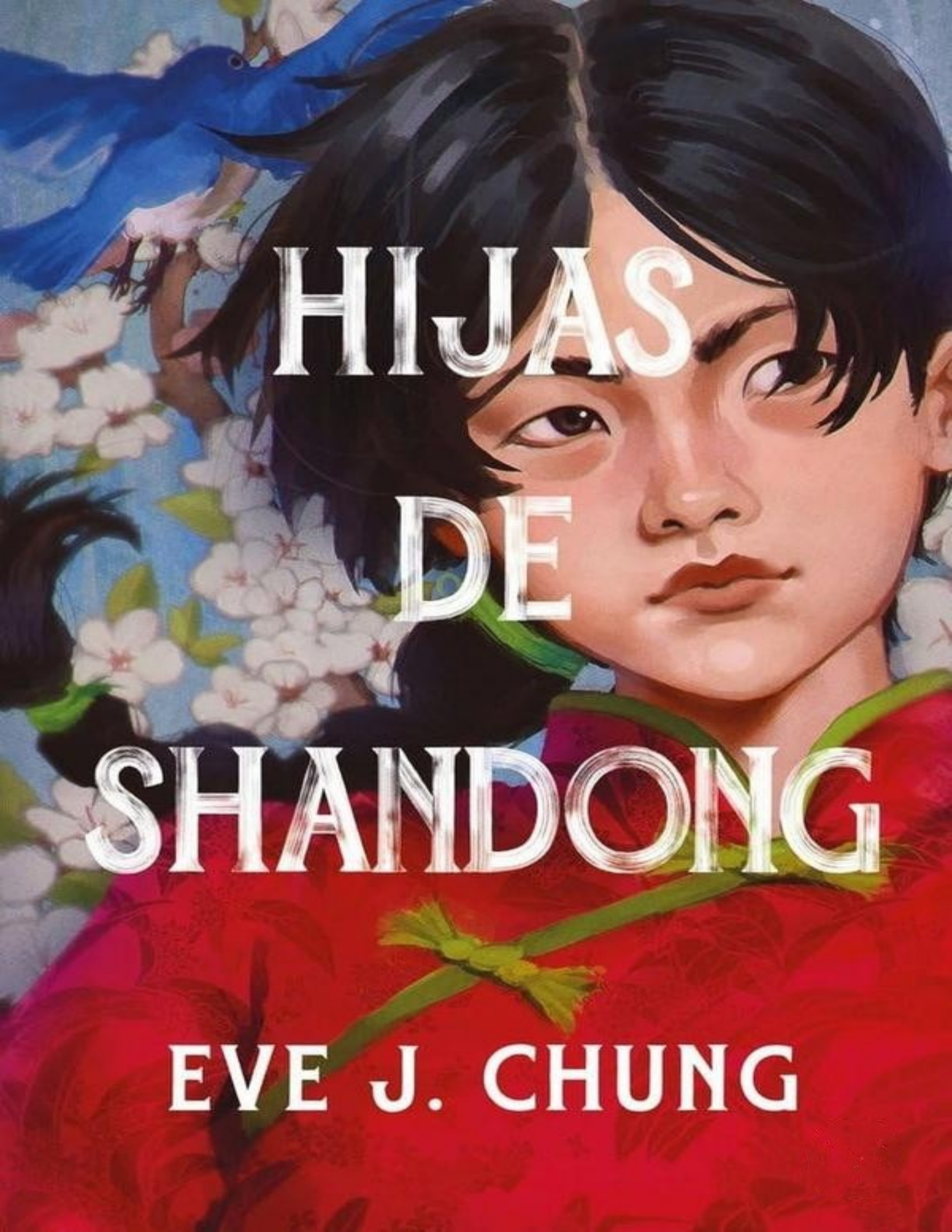

HIJAS
DE
SHANDONG
EVE J. CHUNG

Las hijas son la maldición de los Ang. En 1948, mientras la guerra civil arrasa China, Hai y sus hermanas son abandonadas por su familia. Sin un varón a quien castigar, los comunistas eligen a Hai para pagar por los crímenes de sus antepasados. Juntas, las mujeres traman una huida desesperada. De Shandong a Taiwán, cruzan un país en ruinas, enfrentando hambre, violencia y pérdida. Pero también descubren algo más fuerte que el miedo: la libertad de forjar su propio destino. Una historia de coraje, amor y mujeres que rehúsan rendirse.

Eve J. Chung

HIJAS DE SHANDONG

Título original: *Daughters of Shandong*
Eve J. Chung, 2025
Traducción: Ana M. González, 2025

Revisión: 1.0
18/03/2026

Para mi abuela y para mis hijos,
que nunca llegaron a conocerla.
Espero que, a través de esta
historia, puedan comprender su
fortaleza y apreciar la increíble
persona que fue.

PRELUDIO

Cuando recuerdo mi lugar de nacimiento, Zhucheng, en Shandong, lo primero que me viene a la mente es nuestro *siheyuan*[1], la casa tradicional con patio en la que crecí. Dentro de los muros blancos que albergaron a mi familia durante generaciones, podía oler la comida de mi madre y escuchar a mis hermanas cantar.

Hoy en día, Zhucheng es famoso por los dinosaurios, pero en aquel entonces sus esqueletos dormían, aún sin descubrir, bajo las tierras fértiles. De niña, yo corría por esos campos, bailando con inocencia sobre esos gigantes. Saltaba sobre la muralla exterior de nuestro pueblo, desgastada por el tiempo, una boca de piedra con dientes mellados. Aunque las bombas dejaron cicatrices en nuestro paisaje, resistimos. Volvimos a crecer y reconstruimos.

La paz era escurridiza, breves inhalaciones entre violentas mareas. Cuando la guerra regresó, contuvimos la respiración mientras nos arrastraba en su vaivén. Se tragó a nuestra gente. Reclamó nuestros hogares.

La China que conocía estaba herida, y mi ciudad natal sangraba.

Y, aun así, cierro los ojos y veo ríos que serpentean y campos de flores silvestres. Nubes suaves acarician firmes montañas. Nuestros templos permanecen en pie, desafiantes y sagrados.

Llevo esa tierra en mi sangre, en mis huesos y en mis recuerdos. Desde el otro lado del mar, saco fuerza. En mi presente, siento

calidez. Lo más importante: elijo recordar el amor. Donde sea que esté en este mundo, sigo siendo, y siempre seré, el trigo que brota de la tierra de Shandong, y las flores del norte que florecen en la nieve.

ZUCHENG, SHANDONG

1
SIN HEREDERO

Nai Nai decía que las putas no estaban permitidas en la casa, así que echó a Mamá, cerrando la puerta de madera de un portazo, asustando a los pájaros. No sabíamos dónde estaba mi hermana Di, pero Tres y yo nos sentamos junto a Mamá, que estaba recostada contra la pared del patio de nuestro *siheyuan*, con las manos rojas y agrietadas de lavar platos.

—No os preocupéis —nos dijo—. Se le pasará cuando vuestro padre regrese a casa.

Nai Nai era una señora pequeña y delgada, con el cabello negro como el ébano, manos de ave y unos delicados pies vendados. Aun así, aunque se tambaleaba en sus pequeñas zapatillas de seda, tenía la presencia de un señor de la guerra y una lengua fiera como un látigo.

Yo tenía once años, y ya era lo bastante mayor como para saber que nadie podía calmarla después de un arrebato así. Ni siquiera su primer hijo y el favorito.

Era otoño, y las hojas secas giraban con el viento helado, rozando la hierba amarilla que se mecía con suavidad. Por suerte, ya había terminado la cosecha y la mayoría de los trabajadores se habían ido a casa. Mamá no quería que este espectáculo vergonzoso se convirtiera en chisme —los campesinos odiaban a Nai Nai tanto como amaban los rumores, y esta historia se habría propagado

como un incendio.

Vivíamos en la zona rural de Zhucheng; un pequeño pueblo donde mi familia reinaba. Durante generaciones, nuestros hombres habían sobresalido en los exámenes imperiales, consiguiendo prestigiosos cargos en el gobierno y construyendo un imperio, alquilando tierras y dirigiendo negocios. Nuestro palaciego *siheyuan*, con sus relucientes tejas naranjas y paneles de madera con celosía, era una ostentosa muestra de nuestra riqueza. Magníficos leones de piedra enmarcaban la entrada del patio, lo bastante grande para contener un estanque de lotos lleno de relucientes carpas koi. Nadaban en círculos con pereza, con los ojos abultados, y abrían la boca frente a Tres, que con sus dos años miraba el agua con curiosidad.

Nai Nai tenía olfato para las mentiras y casi siempre podía detectar cuando un secreto rondaba dentro de sus muros. Aun así, Mamá había ocultado su embarazo durante semanas.

—Esta vez será un niño. Puedo sentirlo, Li-Hai —me repetía una y otra vez, como si sus murmullos ansiosos pudieran hacer realidad un hijo varón.

Desde que nací, fui una decepción.

Cuando llegó mi segunda hermana un año después, fue un fracaso. Papá la nombró con nostalgia Li-Di, ya que *di* significa «hermana menor». Luego nació mi tercera hermana; una catástrofe tan terrible que solo recibió un número: Tres.

Tres niñas sacudieron tanto a los Ang, que Nai Nai tomó medidas drásticas.

Aunque vigilaba cada moneda como si fuera un pedazo de su alma, decidió intercambiar una onza de oro por un vistazo al futuro.

Juntas, ella y Mamá fueron a ver a un famoso adivino de un pueblo vecino y le preguntaron si vendría un heredero varón. Mamá escribió la fecha y hora de su nacimiento, mientras este examinaba las líneas de su palma, leyéndola como un mapa de su vida. Entregándole a Mamá un amuleto de ámbar como protección, declaró solemnemente que no tendría un hijo hasta que cumpliera

los treinta y seis años.

Mamá tenía apenas veintitantos en ese entonces, pero Nai Nai volvió a casa eufórica, encantada de que, en algún momento, llegaría un heredero. Les ordenó a mis padres dormir en habitaciones separadas y les prohibió tener relaciones hasta el cumpleaños número treinta y seis de Mamá.

Elogiándose a sí misma por su ingenio, presumió:

—¡Esto nos ahorrará el gasto de criar más hijas!

Al fin y al cabo, las niñas no eran más que esposas para los hijos de otros.

Papá obedeció y se instaló en su propio dormitorio, pero le dijo a Nai Nai que los adivinos eran un fraude.

—Nosotros forjamos nuestro propio destino —insistió, en una débil protesta que ella ignoró.

Por las noches, Nai Nai se mantenía como una guardia vigilante, controlando el pasillo con una frecuencia extraña. Sin embargo, incluso el dragón más fiero sucumbe al sueño, y, unos meses después, Mamá quedó embarazada por cuarta vez.

—No se lo digas a nadie —me susurró, y continuó con sus tareas como si nada hubiera cambiado.

Todas las mañanas se levantaba a las cuatro para preparar el desayuno de unos ochenta trabajadores, que vivían y cultivaban nuestras tierras. Ellos empezaban a trabajar al amanecer, así que Mamá debía moler la harina a la luz de la lámpara. Era una cocinera extraordinaria, y hacía bollos y empanadillas como si fueran obras de arte. Con manos diestras, podía estirar la masa tan fina como papel para hacer wantones mariposa, amasar bollos dulces y esponjosos como nubes, y formar panes elásticos y masticables que se erguían en la vaporera como soldados saludando.

A pesar de nuestra riqueza, Nai Nai vigilaba la despensa con precisión militar.

Todas las noches pesaba la harina para asegurarse de que Mamá no fuera demasiado generosa con los trabajadores, pero la comida nunca era suficiente. Así que, Mamá colaba porciones extra cuando

podía. Con la práctica, aprendió a inventar pequeñas mentiras blancas que lograban escapar del agudo radar de Nai Nai.

Una vez, Mamá hizo bollos de cerdo para el hijo enfermo de un trabajador y le dijo a Nai Nai que la carne se había echado a perder. Ponía fideos extra para todos, y luego alegaba que los ratones habían irrumpido en la despensa.

Los trabajadores apreciaban a Mamá y comprendían la gravedad de esos riesgos, pues tenían un dicho: «Los perros salvajes son peligrosos y los fantasmas dan miedo, pero nada es más aterrador que madame Ang», mi Nai Nai.

Nai Nai podría haber contratado sirvientes para ayudar a Mamá con sus tareas, pero consideraba que la frugalidad era un pilar necesario para mantener la fortuna de los Ang. Además, detestaba a Mamá —primero, por haberse casado con su hijo, y segundo, por tener los pies grandes.

Mis padres habían estado prometidos desde bebés, y la familia de Mamá, los Dao de Rizhao, eran primos *biao* de los Ang. Los primos *biao* tenían apellidos distintos y, en ese tiempo, podían casarse entre sí, mientras que los primos *tang*, que compartían apellido y tumba familiar, eran como hermanos.

Los Dao poseían la mayoría de los barcos en las aguas de Rizhao y prosperaban gracias al comercio marítimo. Una joven rica como Mamá debería haber tenido los pies vendados, y mi Lao Lao lo intentó: le envolvió los pies desde pequeña, insistiendo en que un marido feliz valía el dolor de los huesos rotos. En el mundo de seda y porcelana de Lao Lao, renunciar a la libertad de caminar era un precio aceptable para obtener el afecto de un hombre.

Sin embargo, el Kuomintang, el gobierno nacionalista, había prohibido el vendado de pies, y sus campañas contra esa práctica se volvían cada vez más agresivas. Al cabo de unos años, Lao Lao, a regañadientes, cortó las vendas de Mamá.

El daño, sin embargo, ya era irreversible.

El resto de su vida, Mamá cojeó, con los pies moldeados planos por debajo y un arco pronunciado en la parte superior.

Mientras tanto, Nai Nai se había mantenido desafiante ante la prohibición nacionalista. Estaba orgullosa de sus «lotos de tres pulgadas», y ningún funcionario del gobierno podía asustarla para que renunciara a miles de años de tradición.

—Los pies grandes son para campesinas —dijo con desprecio cuando Mamá, con diecisiete años, llegó para la boda—. ¡Si no eres una dama de verdad, por lo menos sé útil!

Ojalá la versión joven de Mamá hubiera prestado atención a esa señal de alerta y hubiera huido de regreso a Rizhao, suplicando a sus padres otro compromiso. En cambio, siguió adelante con la ceremonia, rompiendo lazos con los Dao: la madre de una novia solía arrojar un cubo de agua por la puerta principal después de la ceremonia, para simbolizar que su hija, como el agua, nunca podría volver.

Salivando, Mamá me contó que sus padres enviaron cajas de cangrejos para aquel banquete, y resultó ser su última comida especial. En nuestro *siheyuan*, a Mamá no le estaba permitido comer cangrejo, porque Nai Nai reservaba los manjares para los hombres. En su lugar, tenía que romper los caparazones y sacar la carne tierna para servírsela en cuencos a Papá y a Yei Yei. Tal vez lograra robar un bocado, de vez en cuando, pero era un gran cambio pasar de una infancia de abundancia a una vida de casada en la que apenas tomaba un rápido bocado, encorvada sobre un mostrador y con un ojo puesto en la puerta.

En su propia casa, mi madre era una ladrona de riquezas diminutas, comiendo estos bocados robados no solo para degustar su sabor, sino para evocar recuerdos de su niñez. Era el único lujo que podía guardarse para sí misma.

La mañana de nuestra expulsión, Mamá estaba en la cocina escalfando huevos para el desayuno de Nai Nai. Mientras llenaba el fregadero de agua, el olor de los platos sucios le provocó náuseas y vomitó.

En la cabeza de Nai Nai sonaron sirenas, y lanzó sus acusaciones como bolas de cañón.

—Estás embarazada, ¿verdad? —gritó, volcando el resto de su sopa. Los hilos blancos de huevo salpicaron toda la mesa.

Mamá debería haber mentido, pero estaba demasiado enferma para pensar con claridad y se derrumbó bajo la mirada de Nai Nai.

Asintió.

Tomando a Tres, me metí debajo de la mesa cuando Nai Nai empezó a sacar tazones de los armarios.

Cuando estaba enfadada, a esta no le importaba malgastar el dinero, lo que significaba que no le importaba nada.

Gritando, lanzó los tazones contra Mamá, que se cubría la cabeza mientras estallaban como bombas de cerámica contra la pared. Trozos afilados se esparcieron por el suelo, mientras Tres temblaba entre mis brazos; sabía muy bien que no debía llorar, cuando Nai Nai estaba de mal humor.

—¡Mi hijo nunca me desobedecería! —chilló Nai Nai, mientras su puntería empeoraba a medida que aumentaba su furia—. ¡Debes haber tenido una aventura! Dime quién es. ¿Es uno de los trabajadores? ¡Sea quien sea, lo descubriré!

Su arenga duró al menos diez minutos y terminó con un «¡Las putas van al infierno!», y las tres fuera, sin chaquetas.

Mientras me frotaba los brazos desnudos, me pregunté qué habría hecho Nai Nai, si el adivino hubiera dicho que Mamá nunca tendría un heredero. ¿La habría matado? ¿La habría vendido? Era difícil decirlo. Había vivido con Nai Nai toda mi vida y quería creer que había un límite para su crueldad.

Sin embargo, la anciana seguía sorprendiéndome.

Desde el otro lado del estanque de koi, mi primo Chiao entró al patio, empuñando una espada de juguete con sus regordetes dedos.

—¡Tía! ¡Hola, tía! —gritó, saltando hacia nosotras con su redonda barriga rebotando—. ¡Mira lo que me ha traído Yei Yei! Hai, ¿quieres jugar a bandidos y señores de la guerra? Tienes que ser el bandido, porque no tienes espada.

Antes de que pudiera responderle que los bandidos también tenían espadas, Mamá dijo:

—Chiao, corre adentro y tráele algo de ropa de abrigo a Hai y a Tres. Está haciendo más frío, ahora que el sol se está poniendo. Cuando vuelvas, tú y Hai podréis jugar.

—¡Está bien! —aceptó Chiao con alegría, sin molestarse en preguntar por qué estábamos atrapadas fuera.

Dentro de nuestro *siheyuan*, Chiao vivía en su propia burbuja de favor, y no se le ocurría que fuéramos castigadas. Después de todo, él era el tan ansiado hijo del hermano menor de Papá, Jian, y el único nieto varón de mi generación.

Él recibía lo mejor de todo. ¡Incluidos los cangrejos! Nai Nai le daba masa frita crujiente para el desayuno y gruesas rebanadas de suave panceta de cerdo estofada para el almuerzo. Yei Yei decía que solo los niños recibían regalos, y volvía de Qingdao con baratijas para Chiao, mientras Di y yo observábamos, con las manos vacías.

Las niñas teníamos suerte de tener techo.

Teníamos suerte de ser criadas.

Teníamos suerte de ser alimentadas.

Yo sentía celos de Chiao, pero sabía que solo los hombres podían rendir culto a nuestros antepasados en la tumba familiar; solo Chiao podría proveer para Nai Nai y Yei Yei, y para mis propios padres, en la otra vida.

A Di y a mí nos enseñaron a rezar por el éxito de Chiao, y lo hacía, porque el bienestar de Mamá en el reino espiritual dependería de él algún día. *Zhong nan qing nu*, un modismo que significaba: «Valorar a los hombres y menospreciar a las mujeres», estaba incrustado en mi comprensión del mundo.

Casi era la puesta de sol cuando Papá llegó a casa, con una bolsa de cuero al hombro, y mi Mamá estaba ansiosa en la puerta.

Tres y yo esperamos fuera, mientras Papá iba a buscar a Nai Nai, para confesar su complicidad en la «traición». Su esposa lo siguió, cabizbaja, bajo su sombra.

Mamá decía que, en otro tiempo, Papá la había amado; yo era demasiado joven para recordarlo. Tal vez fuera cierto, pero veía a mis padres como un animal terrestre y uno marino, encadenados,

obligados a permanecer en la orilla: ambos sobreviviendo, pero ninguno prosperando.

Cuando eran más jóvenes, Papá le colaba a Mamá guisos de carne desde la cocina y le traía flores del campo. Cambió después de irse a estudiar Literatura a la universidad en Qingdao, poco antes de la invasión japonesa.

Para escapar de las bombas japonesas, nos mudamos temporalmente más al norte, a Weihaiwei, un antiguo territorio británico en la costa de Shandong, mientras Papá permanecía en la universidad.

Su educación lo transformó en un hombre que hablaba con proverbios y habitaba el reino de la poesía.

Tras la guerra, volvió al lado de una esposa que solo sabía cocinar y cultivar.

Acostumbrado a maestros inspiradores y a eruditos afines, en casa se encontró con un vacío de silencio que poco a poco se llenó de su resentimiento.

Sin embargo, la piedad filial le exigía producir un heredero. Su miseria —y la de ella—, no importaba.

Papá abrió la puerta, y Tres y yo entramos a la cocina para encontrar a Mamá barriendo los tazones rotos.

Nai Nai estaba sentada a la mesa, con la cara roja, hirviendo de rabia.

—¡Seis años más! ¡Todo lo que te pedí fue que esperaras seis años más! ¡Ahora habrá otra boca inútil que alimentar!

—No puedes tomarte tan en serio lo que dijo el adivino —indicó Papá en voz baja—. Podría ser un niño.

Nai Nai no se calmó, pero no podía permanecer enfadada con su hijo. En cambio, concentró su ira en Mamá, culpándola por ser una tentación.

—Te dije que no desafiaras al destino, pero no me escuchaste —soltó con enfado—. Tu arrogancia ha atraído la desgracia, ¡y tu hija será una plaga para nuestro hogar!

Esa noche, mientras Papá cenaba la comida que Mamá había

preparado, esta tuvo que arrodillarse en el suelo —el castigo favorito de Nai Nai.

Crecí viendo a mi madre de rodillas, a veces durante toda una noche, por faltas menores, como derramar sopa.

La observé con solemnidad, pero ella no quiso devolverme la mirada. Pequeñas lágrimas brillantes caían de sus ojos como perlas, estallando al tocar las baldosas.

«Ojalá, cuando crezca, pueda tener un hijo», pensé, viendo mi propio futuro reflejado en su indefensión.

La vida era injusta, pero Mamá decía que siempre podía ser peor.

—Sé agradecida —me decía—. Al menos has nacido en una buena familia. Es probable que te cases con un hombre rico y tengas una vida cómoda.

Yo temía el matrimonio, pero era tan inevitable como la muerte. Si tenía suerte, tal vez me emparejaría con un hombre cuya madre fuera amable… o estuviera muerta.

2
TRES HERMANAS

En julio de 1948, Mamá estuvo de parto, con el calor del verano pegado sobre ella y Nai Nai quejándose, con amargura, a su lado.

Un bebé lloró, y Nai Nai dejó escapar un lamento angustioso.

Había llegado la Cuarta Hermana, y era una abominación.

Papá ni siquiera se molestó en ponerle nombre, así que Mamá la llamó Li-Lan, con el *lan* que significa «orquídea».

Durante el mes siguiente, Mamá estuvo confinada; un período de reposo posparto, durante el cual debía permanecer en casa y abstenerse de bañarse.

Para estimular la leche de Mamá, la tía Ji, la madre de Chiao, preparaba en secreto carne de cerdo estofada con cacahuetes, omitiendo la salsa de soja para evitar cicatrices y manchas oscuras. Los pies de la tía Ji eran incluso más grandes que los de Mamá, pero ella había dado a luz a un príncipe y, por lo tanto, podía ser una reina.

Sin embargo, las dos mujeres tenían una relación tierna.

Como Nai Nai seguía enfadada con Mamá, la tía Ji le decía que la carne era para Chiao. Cuando había dudas, culpábamos de todo a nuestro preciado heredero, cuya sonrisa afable era nuestra mejor defensa.

Mientras Mamá se recuperaba, nosotras, las niñas, se suponía

que debíamos cubrir sus tareas. Sin embargo, Di siempre estaba escondida. Su mayor talento era encontrar el lugar adecuado en el momento adecuado. Cuando había que repartir tareas, desaparecía. Cuando había que repartir bienes, reaparecía como por arte de magia.

Se salía con la suya, porque no era más que otra niña entre un montón de niñas.

Si me quejaba, Mamá decía que era una quisquillosa —yo era la mayor, después de todo, y era natural que trabajara más y cuidara de mis hermanas y primas menores—. Yo resentía la pereza de Di, pero mi amargura no importaba: mi hermana siempre estaba en su propio mundo y parecía más feliz cuando la dejaban sola.

Por lo general, yo estaba a cargo de cuidar a Tres.

Si había alguien más decepcionado que Nai Nai por el nacimiento de Lan, era ella. Estaba abatida por tener que compartir la atención de Mamá, y me aceptaba a regañadientes como sustituía.

—Acostúmbrate, Tres —le dije—. Con suerte, Lan no será tan molesta como Di, pero, de cualquier manera, ha venido para quedarse.

Era un día abrasador, así que llevé a Tres al río, con la esperanza de que un chapuzón fresco la animara.

Nuestra familia poseía una gran parte de la ribera y plantaba batatas allí cada año. Al final de la temporada de cosecha, teníamos sacos pesados rebosantes de tiras de batata, de un naranja intenso y masticables, que duraban hasta bien entrada la estación fría.

Cargaba a Tres en la cadera, mientras Chiao y su hermana menor, Pei, retozaban junto a nosotros. Las hojas de batata en forma de corazón rozaban nuestras espinillas, y el aire estaba saturado con el olor del incienso y el papel quemado. Era un recordatorio ominoso de que era el Mes de los Fantasmas; una época en que las puertas del inframundo se abrían y la barrera entre nosotros y el reino espiritual se volvía porosa.

—Recordad —les dije a mis primos—, este paseo tiene que ser un secreto.

Mamá era supersticiosa y se enfurecería si supiera que habíamos ido al río, mientras los fantasmas andaban sueltos —y estaría apoplética si supiera que la pequeña Tres estaba con nosotros. ¿Y si un espíritu vengativo causaba un accidente?

Yo solo le temía un poco a los fantasmas, pero me aterraba el sol abrasador que golpeaba desde el cielo.

¡Mamá no podía esperar que evitáramos el río durante el mes más caluroso! Sudábamos tanto, que la ropa se nos pegaba a la espalda y al pecho, y estábamos ansiosos por el alivio que ofrecería el agua fresca.

Tres se aferraba a mí, mientras caminábamos por la orilla; el río murmuraba al hacer cosquillas a los juncos, que a su vez suspiraban satisfechos.

Ese mismo día, más temprano, Chiao y yo habíamos ido a los campos de sandías, buscando las que tuvieran manchas amarillas profundas. Juntos, golpeamos los globos verdes hinchados, escuchando si tenían una carne jugosa y crujiente, y arrastramos nuestra ofrenda de regreso. Cuando encontramos un lugar para sentarnos, saqué varias rebanadas y los cuatro nos hundimos en ellas, con jugo rosa chorreando desde la barbilla, y tiñendo la arena.

—Lavaos —ordené a mis primos, después de clavar las cáscaras en la tierra alrededor de las plantas de batata.

Gritando como monos, Chiao y Pei se lanzaron a las aguas poco profundas, haciendo graznar y aletear a las aves acuáticas. Después de salpicarse la cara, para limpiarse, se adentraron entre los juncos, buscando ranas.

—Croac, croac… —Imitaba Chiao entre risas.

Le quité la ropa a Tres y mis propios zapatos, y, tomándola de la mano, dimos un paso hacia el agua.

El agua giraba alrededor de nuestras piernas, enviando un escalofrío que me recorrió la espalda y se extendió por el resto de mi cuerpo, como viento en las venas.

Tres me miró, con el rostro aún sonrojado, y sonrió con una amplia y dentuda sonrisa. Su cabello, casi castaño claro, caía en

mechones y se le pegaba a la frente sudorosa. Empezó a golpear el agua con sus pequeños pies, salpicando y enturbiándola. Aunque solo era la hermana mayor, no podía dejar de maravillarme de lo pequeña que era: sus diminutos dedos parecían perderse entre los míos, mientras la sostenía con fuerza.

—¡Eh, he cogido una! —exclamó Chiao, levantando las manos ahuecadas, triunfal, como si hubiera encontrado una pepita de oro. Atravesó el agua a grandes zancadas, salpicando a su alrededor, mientras nubes de arena brotaban a cada paso que daba—. ¿Quieres ver una rana? —le preguntó a Tres.

Tres miró con curiosidad sus manos embarradas, que se abrieron como una ostra revelando una perla.

Una rana de río marrón moteada nos observó y parpadeó con sus transparentes y viscosos párpados.

Me eché hacia atrás, pero Tres ladeó la cabeza y estiró la mano para tocarla.

De pronto, como un resorte, la rana saltó de las manos de Chiao y aterrizó con un golpe pegajoso sobre mi brazo.

Sobresaltada, solté la mano de Tres, que retrocedió tambaleante y cayó rígida, como una tabla de madera, al agua.

El tiempo pareció ralentizarse, mientras la veía sumergida, con los ojos abiertos de par en par por el terror, y la arena se arremolinaba a su alrededor.

La agarré con rapidez por debajo de los brazos y la saqué, tosiendo y gritando.

«Mamá me va a matar», pensé, mientras la apretaba contra mi pecho para que no viera lo asustada que estaba.

Tres lloraba a gritos, empapándome la camisa.

—Está bien, Tres —dije con la voz más alegre que pude fingir, frotándole la pequeña espalda—. ¡Solo ha sido un poquito de agua!

Cuando logré borrar el miedo de mi cara, la aparté un poco y le limpié los ojos.

—No ha estado tan mal, ¿verdad?

—Perdóname, Tres —dijo Chiao, con Pei detrás—. ¡No quería

asustarte!

Tres tosió fuerte, con tono acusador, y nos lanzó a todos una mirada agria.

—Por favor, no se lo digas a Mamá —le rogué, esperando que aún no tuviera el vocabulario necesario para hacerlo.

El sol nos secó rápido, mientras volvíamos a casa para el almuerzo, con Chiao y Pei charlando sobre lo hambrientos que estaban.

En la cocina, Mamá tenía ojeras, pero llevaba el cabello recogido en un moño impecable y la ropa limpia. Lan estaba atada a su espalda, con un mechón de cabello negro asomando sobre su hombro.

Con su nariz chata y sus ojillos negros, Lan parecía un pequeño espíritu travieso, disfrazado.

Cansada, Mamá retiró una olla del fogón y no preguntó adónde habíamos ido; probablemente estaba contenta de que Tres estuviera entretenida, y Chiao y Pei fuera de su camino.

Nadie mencionó el río.

Suspirando aliviada, tomé mis palillos para servir fideos en los cuencos de todos.

Pasaron unos días y no volví a pensar en el incidente, hasta que, una tarde, Tres tuvo fiebre.

Aunque era verano, Mamá la cubrió con gruesas mantas, con la esperanza de que el calor ayudara a su cuerpo a luchar contra la enfermedad.

Mamá decía que el frío debilitaba y que el agua permitía que el frío se hundiera hasta los huesos.

Empecé a sentirme inquieta. ¿La caída al río habría enfriado a Tres y bajado sus defensas?

Tres estaba apática, y, en lugar de aferrarse a Mamá o a mí, permanecía callada —demasiado callada—. Cuando la tomaba en brazos, su cabeza se inclinaba y cerraba los ojos, como si fuera a dormirse.

Empezó a toser, débil, pero de forma persistente.

Mamá le dio medicinas de hierbas, que ayudaron un poco, pero Tres nunca se recuperó. Los días se convirtieron t u semanas, y la tos continuó.

No le conté a Mamá lo del río, y tampoco lo hicieron Chiao o Pei —aunque ellos no tenían el mismo sentido de responsabilidad que yo —. Yo era la mayor, y debía haber mantenido a todos a salvo.

El secreto me ardía en el estómago, pero, cuando intentaba decirlo, las palabras se convertían en ceniza, y no encontraba el valor.

Mamá me instaba a descansar, mientras cuidaba de Tres, pero yo solo mordía mi labio y movía la cabeza. Sin conocer la culpa que me devoraba por dentro, me elogiaba por ser una hermana mayor tan dedicada.

En mi mente, repetía una y otra vez la caída de Tres. Aquella rana debía de ser un fantasma —uno que se escondía entre los juncos, esperando para hacer travesuras.

Debería haber sabido que no debíamos ir al río durante el Mes de los Fantasmas.

Deberíamos haber pasado el día quemando papel moneda e incienso.

Yo debería haber protegido a Tres, pero la había llevado hacia el peligro.

No debería haberla llevado.

No debería haberla llevado.

Este se convirtió en el macabro mantra que repetía día y noche, mientras Tres parecía encogerse ante nuestros ojos.

Supimos que Tres tenía tuberculosis. Especialmente contagiosa en el aire cálido y húmedo del verano.

Para evitar que el resto de la familia enfermara, nos quedamos aisladas en una habitación —solo Mamá, yo, Tres y Lan—. Mamá me había dicho a mí y a Di que fuéramos con la familia de Chiao, pero me negué. No era por culpa —era porque sabía cuál era mi lugar, y este era con Mamá—. Nunca podría dejarla pasar por esto sola.

Mi tía dejaba comida fuera de nuestra puerta, y Chiao y Pei a

veces me pasaban notas con chistes y dibujos.

Yo nunca fui buena comediante, pero hacía lo posible por animar a Tres, cantándole canciones y recitándole rimas infantiles.

Como la medicina herbal, mi alegría ayudaba un poco, pero sus efectos empezaron a desvanecerse.

Tres luchaba cada vez menos contra la medicina, demasiado débil para resistirse. Sin embargo, las pociones de hierbas no parecían tener ningún efecto.

Llegó un momento en que dejó de comer alimentos sólidos. La pequeña Tres, que antes rivalizaba con Chiao en glotonería, rechazaba sus platos favoritos: le ofrecíamos batatas, arroz glutinoso dulce y empanadillas, sin éxito.

—Por favor, come —le rogaba—. Solo un poquito.

Mamá le acercaba a los labios rebanadas de pollo húmedo con aceite de sésamo, pero ella solo movía la cabeza y cerraba los ojos. Se moría.

Mamá había enfrentado muchas dificultades en su vida, pero rara vez la había visto llorar. Sabía que les había suplicado a Papá y a Nai Nai que llevaran a Tres a un médico, sin éxito.

Una noche, mientras Lan y Tres dormían, Mamá y yo salimos juntas de la habitación.

Tal vez pensaba que mi compañía fortalecería su petición.

Tal vez creía que le daría valor.

En la sala, Nai Nai estaba sentada en su silla favorita, una hermosa pieza de caoba maciza pulida que provenía de la dote de Mamá. Yei Yei estaba fuera por negocios, y Papá se sentaba al otro lado de la mesa, en una silla a juego de ese mismo conjunto de muebles. Faroles de vidrio proyectaban un resplandor cálido sobre sus rostros, mientras las sombras danzaban por las paredes.

Mamá entró con las manos entrelazadas y la mandíbula apretada.

Nai Nai alzó una ceja al vernos, y Mamá se dejó caer de rodillas, juntando las manos en señal de súplica.

—Por favor —dijo—. Madre, Xiao-Long, Tres está muy enferma. Necesita un médico.

El rostro de Papá se suavizó con simpatía, pero bajo la luz tenue seguía viéndose imponente. Me sentía más como su súbdita que como su hija. Respondió:

—Chiang-Yue, hablamos de esto ayer. La tuberculosis puede tardar mucho en curarse, y debes tener paciencia. Nuestras hijas han estado más enfermas antes, y siempre te has preocupado, pero siempre se han recuperado. Contuve la respiración para no hablar.

Se equivocaba. No sabía nada del historial médico de Tres, apenas le había prestado atención desde que nació. ¿Cómo podía hablar con tanta seguridad cuando era tan ignorante?

—Va a morir —anunció Mamá, con la voz rota—. Se está muriendo. Tiene lesiones en el cuerpo y no quiere comer. Te lo suplico, llama al médico. O déjame llevarla yo misma. Sé que existe un tratamiento para la tuberculosis, y ella lo necesita. Por favor, sálvala.

Inclinó la cabeza y se postró, tocando el suelo con la frente, y yo la imité, haciendo reverencias como si ellos fueran un emperador y una emperatriz viuda, porque en nuestro mundo eso era lo que eran.

Nai Nai pasó los dedos por los grabados de dragones y fénix de su reposabrazos, como si estuviera aburrida por una actuación mediocre.

—Se supone que debes estar en cuarentena —soltó, irritada—. ¿Quieres que el resto nos pongamos enfermos también? ¡Sal de aquí antes de que nos contagies!

Las pulseras de oro en sus muñecas tintinearon, cuando nos hizo un gesto para que nos fuéramos.

Mamá empezó a llorar y, con una voz suave, pero desesperada, dijo:

—Estoy aquí porque mi hija me necesita. Por favor. Puedes castigarme todo lo que quieras. Solo ten compasión de Tres.

Ver llorar a Mamá abrió grietas en mi corazón, y sentí cómo lágrimas calientes comenzaban a correr por mis mejillas.

—No trabajas —indicó Nai Nai, señalando a Mamá como si la

acusara de un crimen. Sus uñas eran largas y cuidadas, a diferencia de las de Mamá, que siempre debía mantenerlas cortas para que no interfirieran con sus tareas—. No entiendes el valor del dinero. Un médico cuesta dinero, y el tratamiento para la tuberculosis es caro. Ni siquiera puedes imaginar lo caro que es. No vamos a desperdiciar ese dinero en una niña.

Mamá se derrumbó y sollozó, inclinándose de nuevo con tal fuerza que su cabeza golpeó con fuerza el suelo.

—Va a morir —repitió—. Solo tiene dos años.

Miré a Papá con súplica, pero él solo permaneció sentado, evitando el contacto visual, como si fuéramos dos extrañas pidiéndole caridad.

La sala era opulenta, con pinturas antiguas de pincel, tallas de cuarzo y ámbar, y copas de cristal alemán expuestas en vitrinas. Estábamos en una jaula hecha de riquezas; aunque Mamá y yo podíamos admirarlas, no eran nuestras. Por dentro, estábamos atrapadas, indefensas, mientras yo imaginaba a mi hermana alejándose, flotando.

Mientras las velas titilaban, me limpié los ojos, frustrada por tener que convencerlos de que la vida de Tres valía, al menos, tanto como cualquiera de esos adornos.

El valor de mi hermana estaba en su risa burbujeante y en sus pequeños abrazos. Se encontraba en la manera en que se maravillaba con los caballos y perseguía libélulas, en cómo me traía mis zapatos cada mañana y me daba un beso antes de su siesta.

Su valor era una amalgama de pequeñas cosas intangibles y de un valor incalculable, pero todo lo que Papá y Nai Nai veían eran cifras. Para ellos, una hija era solo una deuda.

Cambiando ligeramente de posición en su silla, Nai Nai carraspeó y dijo:

—Si Tres de verdad está tan enferma como dices, entonces eres negligente por dejarla sola. Lo que Tres necesita es una madre que esté presente y dedicada, y no dinero tirado por la ventana.

Papá bien podría haber sido una estatua.

Aunque Nai Nai era cruel, yo estaba más enfadada con su silencio impasible. Tres era su hija. ¿Cómo podía ignorar nuestra desesperación? Cada vez que llegaba a casa, Tres corría a recibirlo a la puerta. Su primera palabra había sido «baba», y yo sabía que lo quería.

Sin embargo, en las últimas semanas, no la había visitado ni una sola vez.

Estaba muy enfadada, pero no se me permitía hablar.

«No es su culpa que sea niña», quería gritar. Si Chiao estuviera enfermo, los Ang habrían vendido su *siheyuan* para pagar su cura. Yo sabía que la vida no era justa, pero no creí que fuera tan cruel.

A mi lado, Mamá temblaba tanto, que los dientes le castañeaban.

—¡Tres es un esqueleto ahora mismo! Si vienes a verla, lo sabrás. He hecho todo lo que he podido, ¡y no es suficiente!

—Es irrelevante —respondió Nai Nai—. Es una de cuatro. Tienes otras tres hijas. Lo que suceda es voluntad de los dioses.

—¡Por favor! —Rogó Mamá.

—¡Basta! —Tronó Nai Nai, perdiendo la paciencia. Se puso de pie sobre sus diminutos pies, aferrándose a los brazos de la silla para mantener el equilibrio.

Papá se inclinó y tomó con suavidad a Mamá por el codo, levantándola hasta ponerla de pie.

—Es suficiente, Chiang-Yue —indicó, temeroso de que molestáramos más a Nai Nai—. Deberías volver y cuidar de Tres. Ella te necesita.

A mí me dijo:

—Hai, apoya a tu madre. Sé buena y ayúdala a cuidar de tus hermanas.

Extendió la mano hacia Mamá, pero ella tomó la mía en su lugar y la apretó tan fuerte que casi grité. Estaba tomando prestada mi fuerza, pero yo no tenía nada que darle. Era incluso más impotente que ella, con un rango aún más bajo en la jerarquía de nuestra familia.

Mientras nos retirábamos, Nai Nai tuvo que soltar la última

palabra.

—Te advertí que no provocaras al destino, ¿verdad? Ya tenías tres niñas cuando te dije que esperaras a un hijo. En cambio, trataste de desafiar al destino. Como añadiste otra hija, los dioses deben quitarte una. No tienes a nadie a quien culpar más que a ti misma.

Sus ominosas palabras parecían resonar mientras caminábamos por el pasillo, cada paso cargado de pena.

Mientras sostenía con fuerza el brazo de Mamá, estaba convencida de que un demonio había robado la carne de mi abuela y se hacía pasar por ella en nuestra sala. ¿De qué otra manera podía ser tan malvada?

—No más lágrimas —me susurró Mamá cuando entramos en nuestra oscura habitación. Se recostó y abrazó a Tres—. Solo harás que tu hermana se estrese más.

Me sequé los ojos, pero sabía que Mamá se hablaba a sí misma.

Al día siguiente, Tres dejó de beber y no cedió, por mucho que intentáramos convencerla.

Todo lo que podíamos hacer era acompañarla.

Mamá la envolvió en las mantas de Lan, fajándola con fuerza como si fuera una recién nacida, meciéndola y cantándole nanas con suavidad. Era solo un caparazón, tan pequeña que no pesaba mucho más que Lan.

Tres dejó este mundo, acunada en los brazos de Mamá, con nada más que una melodía para aliviar su dolor.

Cuando Tres dejó de respirar, Mamá dijo en voz baja:

—No dejéis que las lágrimas la toquen.

Con cuidado, la recostó en la cama, poniendo su cabeza sobre una almohada, como si durmiera.

—Los muertos no pueden conocer nuestro dolor, o de lo contrario quedarán atados a este mundo. Ella necesita pasar a una nueva vida. Una vida mejor.

Estallé en llanto, manteniendo las manos sobre mi rostro para asegurarme de que ninguna lágrima cayera donde no debía.

—Lo siento mucho, Mamá —dije—. Llevé a Tres al río durante el

Mes de los Fantasmas. La llevé y cayó al agua. Se enfrió y se debilitó por eso. Si eso no hubiera pasado, tal vez habría sobrevivido.

Me preparé para la ira de Mamá, pero ella solo me abrazó con fuerza.

—Claro que no —indicó—. No es culpa tuya. —Hizo una pausa antes de continuar, con amargura—: Es la voluntad de los dioses.

Aunque mencionó eso, sabía que Mamá me perdonaba porque estaba demasiado ocupada culpándose a sí misma.

Tres fue enterrada en la tumba familiar, en una pequeña parcela, con otros niños que habían muerto en la infancia.

No hubo funeral, pero Mamá, Di y yo vestimos de blanco y quemamos incienso, para despedir su alma. Hicimos una ofrenda a la Bodhisattva Guang-Yin, pidiendo que protegiera a Tres y la guiara hacia su próxima vida.

Busqué en el cielo alguna señal que me asegurara que Tres estaría bien, pero no hubo mensaje en las nubes de algodón que pudiera consolarme.

Mientras el humo se elevaba y el incienso se convertía en ceniza, Mamá dijo en voz alta al Buda:

—Durante dos años la crie. Durante dos años la amé. La lloraré siempre.

El dolor de Mamá se convirtió en su propia enfermedad, pero, en lugar de consumir su cuerpo, devoraba su alma.

Hay momentos en la vida que reproducimos en nuestra mente y en nuestro corazón, fantaseando con finales diferentes, lamentando las decisiones tomadas y midiendo cuánto contribuyeron al resultado que llamamos «destino».

La muerte de Tres —o, mejor dicho, la enfermedad que condujo a su muerte—, es una secuencia que yo he imaginado de cientos de maneras. Para Mamá, debieron ser miles. Debió repasar y analizar cada paso, error y omisión de los meses anteriores, solo para llegar siempre a la misma conclusión: que había fallado como madre.

Cuando salimos de la cuarentena, Di y yo volvimos a compartir habitación, pero no podía ni mirarla. Ella no había adorado a Tres

como yo, y no podía entender lo que Mamá y yo habíamos soportado. Me enfadaba que no se hubiera aislado con nosotras. Me enfadaba que no se hubiera unido a nosotras para arrodillarse ante Nai Nai. Pero, sobre todo, me enfadaba que no compartiera nuestra culpa, nuestro arrepentimiento y nuestro dolor.

3
UNA LISTA DE ENEMIGOS

Los inviernos en Shandong eran largos y duros, especialmente en el interior, donde en diciembre mantos de nieve cubrían el paisaje. Al huir el otoño, ráfagas de viento bajaban de las montañas, aullando frente a nuestras ventanas y golpeando nuestras puertas con furia. Por la noche me acostaba en mi cama, un *kan*[2] con espacio debajo para quemar carbón y dar calor, y escuchaba el lamento de una tierra que anhelaba el alivio de la primavera.

Ese año, los gruesos copos de nieve llegaron temprano: al principio caían con suavidad, como pequeños bailarines descendiendo sobre un escenario, y luego en pesados racimos. Arropábamos a Lan con tantas capas que apenas podía moverse, y, después de terminar las tareas, jugábamos en la nieve.

Chiao estaba cada vez más fuerte que yo, y apretaba tanto las bolas de nieve que lo acusé de esconder hielo dentro.

Cuando nos enfriábamos demasiado, corríamos al interior y nos sentábamos frente al fuego, bebiendo sopa caliente con bolitas de arroz glutinoso —*tangyuan*—, que masticábamos hasta que nuestros dientes y labios quedaban teñidos de negro, por la pasta de sésamo.

No sabíamos que, a solo unos cientos de kilómetros de distancia, medio millón de soldados estaban a punto de ser masacrados.

La Guerra Civil China, que se había reanudado poco después de la retirada japonesa en 1945, parecía estar llegando a su fin.

No era motivo de celebración, porque estábamos en el bando equivocado.

Yo estaba protegida de la gravedad de la situación, pues las noticias me llegaban a través de Mamá, que, a su vez, solo recibía fragmentos de Papá. Él había comparado a los Nacionalistas con un fénix que había enfrentado a los japoneses con las alas rotas, después de décadas luchando contra caudillos y comunistas. Años atrás, estaba convencido de que habían resurgido de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial para liderar una nueva China.

El Partido Comunista, sin embargo, había emergido de esa misma guerra, con un vigor renovado. Reforzado por los pobres del campo y por el armamento que las fuerzas soviéticas habían confiscado a los japoneses, su coalición de voluntarios desordenados se había convertido en un gigante unificado. La ayuda extranjera permitía a Chiang Kai-shek aferrarse a las áreas urbanas, mientras el campo se volvía rojo de forma lenta, pero segura.

A medida que la marea comunista avanzaba, Jinan, la capital de Shandong, se convirtió en la primera gran ciudad en caer.

El fénix de Papá, que antes luchaba por volar, ahora apenas podía mantenerse en pie.

—¡Hemos recibido una carta de mi padre! —gritó Chiao, corriendo al patio tan rápido, que resbaló en un parche de hielo y cayó de espaldas. Se levantó como si fuera de goma y se sacudió la nieve de los pantalones—. ¡Estamos luchando contra los comunistas en Xuzhou!

El padre de Chiao, mi tío Jian, era coronel en el ejército nacionalista. Era diciembre, y no lo habíamos visto desde hacía medio año.

Aun así, yo seguí construyendo mi fuerte de nieve, sin preocuparme por la noticia. Después de todo, era una niña de Shandong. Nuestra gente era conocida por ser luchadora, ya fuera como soldados, mercenarios, bandidos o pendencieros de taberna. Habíamos vivido tanta violencia y guerra, que veíamos el conflicto como una fuerza de la naturaleza: algo fuera de nuestro control que

simplemente debíamos soportar, y al que había que adaptarse.

—¿Está bien el tío Jian? —pregunté.

Aparte de su seguridad, no veía motivo para preocuparme por Xuzhou, que se encontraba en una provincia vecina. No me daba cuenta de que el campo de batalla se había desplazado al sur, porque ya habíamos perdido el norte. Chiang Kai-shek había ordenado abandonar Shandong, y la retirada de tropas estaba casi completa.

—¡Hay demasiada nieve! —gritó Chiao—. ¡Nuestra fuerza aérea no puede volar, y nuestros soldados están desertando por miles! ¡Y hay espías por todas partes! —En su mano, Chiao sostenía una pistola de juguete. Lo que más deseaba era ser como su padre—. Me gustaría estar ahí también. Cuando crezca, voy a pilotar aviones. ¡O conducir tanques! —comentó, levantando su pistola, mientras hacía ruidos de disparos y fingía recibir un impacto en el hombro, antes de lanzarse detrás de mi fuerte.

Solo tenía diez años, y, aunque había vidas en juego, ninguno de los dos comprendíamos el peligro que se avecinaba.

La batalla por Xuzhou, con casi seiscientos mil soldados en ambos bandos, terminó siendo una de las mayores del siglo XX. Asediadas en pleno invierno, las tropas nacionalistas, hambrientas, empezaron a comerse sus caballos. A principios de enero, los comunistas lanzaron una ofensiva final, provocando que nuestros soldados huyeran hacia el sur y consolidaran el control comunista sobre el norte de China.

Una mañana helada, estaba con Mamá en la cocina, conservando vegetales de raíz, con grandes tinajas de barro sobre las mesas y un fuerte olor a vinagre en el aire, cuando, en el silencio de la mañana, un suave golpe en la puerta me sobresaltó.

Alguien llamó: «Señora», buscando a Mamá.

Esta se limpió con rapidez las manos en el delantal, con el ceño fruncido porque no esperábamos a nadie.

Al abrir la puerta, el viento invernal se coló, levantando la harina en el aire como si fuera nieve fina. Tres de nuestros trabajadores

fijos —el señor Hu, el señor Zhang y el señor Wang—, estaban frente a ella. Los conocía de toda la vida; el señor Zhang había trabajado para los Ang durante décadas. Mamá decía que le recordaba a su padre y, a menudo, le daba comida extra o artículos especiales. Recientemente, le había pasado un poco de aceite de flor blanca para sus dedos artríticos e inflamados.

—Por favor, entren —dijo Mamá—. ¡Hace tanto frío!

Los hizo pasar de forma apresurada y ellos inclinaron la cabeza, sacudiéndose la nieve de las botas.

Cerré la puerta temblando.

Algo no iba bien.

Normalmente, los trabajadores saludaban a Mamá de forma ruidosa y alegre, riendo y bromeando, a pesar del duro día que les esperaba.

Su silencio fue más fuerte que cualquier alarma.

Mamá carraspeó y preguntó:

—¿Ya han comido?

—Sí, ya hemos comido —aseguró el señor Wang, mientras los otros dos asentían—. Gracias. Estamos muy llenos.

Mamá tomó una canasta de *mantou*[3] recién cocidos al vapor, que había preparado esa mañana, y les dio uno a cada hombre.

—Voy a preparar té —añadió, apresurándose a buscar unas tazas y chasqueando los dedos para indicarme que la ayudara.

—No, gracias, señora —indicó el señor Wang, guardando su *mantou* en el bolsillo—. No podemos quedarnos mucho tiempo. Y, si alguien pregunta, hemos estado aquí para hablar de añadir horas de trabajo para la primavera.

Mamá se detuvo, pues nunca había oído una petición así antes.

Me hizo señas para que de todas formas pusiera el té, así que fui a hervir agua, haciendo el menor ruido posible, para poder escuchar las voces susurradas de los hombres.

—Señora —dijo el señor Hu, el hombre al que Mamá había dado bollos de cerdo para su hijo enfermo—, debe marcharse del pueblo. Los comunistas vienen a por usted.

Mamá se quedó inmóvil, igual que yo, con el brazo extendido hacia la tetera.

—¿Qué quiere decir, señor Hu?

—¿Sabía que Shandong está ahora bajo control comunista? —preguntó el señor Hu, con las manos entrelazadas con fuerza, nervioso. A su lado, el señor Wang se balanceaba, pasando de un pie al otro.

—Sí, sé que el ejército nacionalista se ha marchado —dijo Mamá, vacilante. No quería parecer ignorante, pero esa era toda la información que tenía—. Sin embargo, volverán. Los comunistas no pueden mantener el norte.

Por lo que sabíamos, los comunistas no estaban organizados: eran como bandidos; aparecían de vez en cuando y nunca se quedaban, porque temían la persecución nacionalista. No podía imaginarme cómo sería su gobierno, y había escuchado a Yei Yei decir que no se mantendrían unidos durante mucho tiempo. Estaba convencido de que se fragmentarían en facciones, como los caudillos, y que nada cambiaría.

Los ojos oscuros del señor Wang se tornaron solemnes cuando dijo:

—Puede que eso sea cierto con el tiempo, pero ahora mismo hay cuadros comunistas en Zhucheng. Están preguntando por los terratenientes y las familias ricas para hacer una lista de enemigos. ¡Los Ang ya están en ella!

—¿Por qué seríamos sus enemigos? —preguntó Mamá—. ¿Es por Jian?

Yo estaba tan confundida como ella. ¿Por qué iban los comunistas a querer luchar contra nosotros? No competíamos con ellos por el poder. ¿No deberían concentrar sus esfuerzos en conquistar el resto del país? ¿No tendrían que preocuparse por capturar a Chiang Kai-shek?

Inquieto, el señor Hu añadió con más franqueza:

—Los comunistas quieren una revolución. Están matando a todos los terratenientes para redistribuirlo todo. Vienen a por vosotros, y

no tendrán piedad. ¡Debe llevarse a sus hijas y marcharse lo antes posible!

Nunca había visto a nuestros trabajadores tan agitados, tan vehementes, como cuando nos dieron aquella advertencia. Nos miraban con urgencia, como si debiéramos dejar los vegetales y empezar a prepararnos de inmediato.

El señor Wang bajó la voz, con el rostro tan tenso que se le formaban pliegues en la piel reseca y enrojecida:

—¡Como mucho, la torturarán, y, en el peor de los casos, la matarán!

Mamá ahogó un grito, alarmada.

Estábamos aisladas en nuestro *siheyuan*, pero los ojos de esos hombres eran como telescopios que reducían la distancia entre nosotras y el resto del campo. Sus palabras sonaban extremas, pero estaba claro que habían presenciado algo horrible.

Aun así, yo no creía que los comunistas pudieran matar a todos los terratenientes de China… pero tampoco habíamos creído que pudieran ganar esta guerra. Subestimarlos parecía ser nuestra mayor perdición —junto con la corrupción e incompetencia que Yei Yei decía que envenenaba a los nacionalistas desde dentro.

—¿Adónde podemos ir? —preguntó Mamá, con el rostro pálido, reflexionando en voz alta—. Si los comunistas controlan Shandong, ¿hay alguna ciudad aquí que sea segura?

El señor Hu negó con la cabeza, y su expresión se suavizó en un gesto de compasión:

—No lo sé. Tal vez Qingdao, que todavía está bajo control del Kuomintang. Es más grande, y la gente no las reconocerá tan fácilmente. Aquí, cada persona y cada animal conoce a la familia Ang… y dónde viven.

El señor Zhang añadió:

—Debe irse antes de que los cuadros comunistas vean su cara y puedan identificarla. Por favor, señorita. Sé que no es fácil marcharse, pero no tendrá vida si no lo hace.

Los otros dos hombres asintieron con fuerza.

—¡Debe darse prisa! —insistió el señor Hu.

—Váyase de día —indicó el señor Zhang—. No de noche, o despertará sospechas.

—Debe actuar como si no supiera nada, como si no sospechara nada —añadió el señor Wang—. No muestre nerviosismo. Haga como si saliera para un simple viaje de compras o de intercambio.

Sentí que me mareaba, mientras los hombres empezaban a hablar todos a la vez, insistiendo con sus sugerencias.

Nuestra familia era tan importante… ¿Cómo podríamos irnos de Zhucheng sin que nadie lo notara? Si los comunistas nos atrapaban en el camino, ¿nos castigarían por intentar huir?

Mamá levantó las manos en señal de rendición.

—Está bien, entiendo. Gracias por pensar en nosotras y por advertirme. Sin embargo, no puedo hacer nada hasta hablarlo con mi esposo y mi suegro.

Mamá se inclinó ante los tres hombres para mostrar su gratitud. Ambas sabíamos que ninguno de ellos apreciaba a Papá o a Yei Yei, y que detestaban abiertamente a Nai Nai, pero se preocupaban lo suficiente por Mamá como para querer salvar a los Ang por ella.

El rostro del señor Zhang se iluminó con una sonrisa triste y tierna.

—No tiene que agradecérnoslo —dijo con suavidad—. Es lo correcto. La conozco desde que se casó con esta familia, siendo una jovencita. No podría vivir con la conciencia tranquila si me quedara de brazos cruzados viendo cómo la matan.

El labio de Mamá tembló. Conmovida, comprendió que los tres corrían un riesgo enorme al advertirla.

Tomó tres sacos vacíos y me dijo en voz alta:

—Hai, llena estas bolsas con *mantou* recién hechos, para agradecer a estos tres hombres que se hayan ofrecido a arreglar los establos, cuando la nieve se derrita un poco. —Volviéndose hacia ellos, añadió—: Gracias por aceptar estas horas extras. Sé que es difícil; especialmente, con este frío.

Até las bolsas, con los *mantou* aún calientes, para que los

hombres pudieran meterlos bajo sus abrigos y tener más calor de camino a casa.

Mamá también tomó unos frascos de col encurtida, huevos cocidos y bolsas de batatas secas, y se los puso en los brazos, ante sus protestas.

Inclinaron la cabeza antes de abrir la puerta, y otra ráfaga de viento helado anunció su partida.

En cuanto se fueron, Mamá corrió a contarle a Papá lo que había escuchado.

Yei Yei y Papá estaban en casa, en Zhucheng, porque la Universidad de Shandong, donde trabajaban como interventor y como profesor, respectivamente, estaba cerrada por las vacaciones de invierno.

Esa noche, mis padres y abuelos se quedaron despiertos hasta tarde discutiendo la advertencia de los trabajadores. Di y yo nos agazapamos en el frío y oscuro pasillo, empujándonos con los codos, para hacernos sitio, mientras escuchábamos con las orejas pegadas a la puerta.

—Todo el mundo tiene un precio —indicó Yei Yei con confianza—. No importa lo que digan los comunistas sobre igualdad y eliminar las clases, aún se les puede comprar. Piensa en los «impuestos» que damos a los caudillos. Con el soborno adecuado, nos dejarán en paz.

La voz aguda de Nai Nai intervino.

—Probablemente, sea una trampa. Los trabajadores quieren que huyamos para poder robarnos mientras estamos fuera. —Nai Nai rara vez hablaba con los campesinos y asumía que la mayoría eran ladrones en potencia. Su amistad con Mamá la hacía desconfiar aún más de ellos—. No podemos ser tan ingenuos. Al fin y al cabo, son gente manipuladora.

—Pero todos hemos oído hablar de los mítines de denuncia —señaló Papá, preocupado—. Los comunistas incitan a los campesinos a matar a los terratenientes. Al norte de aquí, ya ha habido cientos, si no miles, de asesinatos brutales. Oí que a un terrateniente lo ataron y lo quemaron vivo. Mao desea una reforma agraria masiva, y

la forma más fácil de lograrlo es eliminarnos a todos.

«Así que, el señor Hu tenía razón», pensé, y un escalofrío me recorrió al imaginar cómo sería arder en llamas. «¿Nos pasaría eso si nos quedábamos?». Un dedo afilado me pinchó en las costillas.

—¡Hermana! —susurró Di—. ¿Es verdad? ¿Tú lo sabías?

Todavía estaba enojada con Di, porque se suponía que debíamos ayudar a Mamá a lavar los platos, pero, como siempre, había desaparecido, dejándome sola con un fregadero lleno.

—¡Por supuesto que lo sabía! —le solté, tan bajo como pude—. Todo el mundo lo sabe.

—Entonces, ¿por qué Yei Yei es tan terco? —preguntó Di, sin que le afectara mi irritación.

La hice callar, presionando mi oído con más fuerza contra la puerta, para escuchar mejor la discusión de Yei Yei.

—Una vez que los comunistas gobiernen toda China, no se preocuparán por los campesinos. Lo he visto tantas veces —comentó Yei Yei—. Revolucionarios, rebeldes… Todos son idealistas. El poder cambia a cualquiera. El poder es un molde de hierro: transforma a todos en lo mismo. Los comunistas no son diferentes. Se alzarán, gobernarán y querrán lo que todo gobernante desea: más poder y más dinero.

—Pero nosotros también somos Kuomintang —enfatizó Papá—. La Universidad de Shandong está financiada por el gobierno. También nos considerarán enemigos políticos.

—Las líneas de partido cambian todo el tiempo —dijo Yei Yei con desdén—. Shandong ha tenido más gobernantes que los lunares de una bruja. Solo debemos agachar la cabeza, sonreír y decirles lo que quieran oír. Lo más probable es que el régimen cambie otra vez en unos años.

—Los nacionalistas todavía pueden ganar —señaló Nai Nai con esperanza—. La guerra aún no ha terminado. Todavía tenemos ejércitos en el sur.

—La guerra no ha terminado, pero la balanza ya se ha inclinado demasiado —replicó Papá con amargura. Rara vez alzaba la voz

contra sus padres, pero empezaba a frustrarse—. Hemos perdido a varios generales y a cientos de miles de hombres. Quizás, podamos resistir en el río Yangtsé, pero pasarán meses antes de que Chiang Kai-shek pueda recuperar Shandong. Hasta entonces, debemos tener cuidado. Debemos escuchar la advertencia de los trabajadores e irnos.

—¿Y adónde? ¿Y cuándo? —La voz de Nai Nai se volvió estridente—. ¿Y qué pasa con el Año Nuevo? No podemos irnos sin antes honrar a nuestros ancestros. ¡Eso traerá mala suerte!

—La guerra no se detiene por el Año Nuevo —dijo Papá de forma sombría.

Salté cuando la uña de Di se clavó en mi costado.

—¡Deja de pincharme! —le siseé.

Di era impulsiva y rara vez tenía miedo, pero la idea de perderse la cena de la víspera de Año Nuevo la puso nerviosa.

—Seguro que hasta los comunistas celebran el Año Nuevo —susurró—. ¡Todos vuelven a casa para el Año Nuevo!

Sacudí la cabeza.

—Es probable que el tío Jian tampoco venga a casa. Chiao dice que los nacionalistas se están preparando para defender Nankín a toda costa.

Ahora que la guerra tenía un impacto tangible en nuestras vidas, lamentaba mi indiferencia durante el mes de diciembre.

En la sala, escuché a Papá suspirar con exasperación.

—Estoy de acuerdo en que es probable que podamos sobornarlos más adelante, pero ahora es demasiado peligroso. Querrán dar un ejemplo con nosotros, para complacer a sus seguidores. Debemos escapar mientras podamos. Los comunistas aún no han organizado la administración de Shandong. No tienen la infraestructura para vigilar las carreteras. Hay una mínima oportunidad que sería una locura desaprovechar. Siempre podemos volver cuando sea más seguro.

—¡No, si los trabajadores y los comunistas nos roban nuestra propiedad! —gritó Nai Nai—. ¿Cuál es el sentido de salvar la vida si

no hay sustento? Solo estaríamos viviendo para morir otro día.

—Cada día de vida es vivir para morir otro día —dijo Mamá tan bajo, que apenas pudimos oírla.

Nai Nai resopló.

—¿Qué sabes tú? Muchacha insolente. Ve a arrodillarte.

Escuché el golpe de las rodillas de Mamá contra el suelo de madera, incluso cuando toda esta discusión ocurría, porque ella les había advertido del peligro.

—Levántate —dijo Yei Yei de forma distraída; era el único que podía contradecir las órdenes de Nai Nai—. No es momento de pelearnos entre nosotros. Sin embargo, diré que, si tengo que morir, prefiero hacerlo con orgullo en mi hogar, y no como un mendigo en la calle.

—Dejemos de hablar de muerte —soltó Papá, irritado—. Nadie tiene que morir. Solo debemos ser cautelosos.

La voz de Yei Yei se llenó de inquietud.

—Si abandonamos nuestra casa, la perderemos seguro.

—Especialmente, si es una estafa —añadió Nai Nai.

—No creo que los trabajadores le mientan a Chiang-Yue —replicó Papá con gravedad.

—¡Entonces, que Chiang-Yue se quede! —contraatacó Nai Nai—. Si los trabajadores la quieren tanto, no le harán daño. Tal vez pueda usar sus buenas relaciones para convencerlos de que dejen nuestra propiedad en paz.

Me metí un dedo en el oído, preguntándome si había escuchado bien.

«¿Nai Nai acababa de proponer dejar a Mamá aquí, sola, en Zhucheng?».

En la penumbra, los grandes ojos de Di eran como espejos negros, reflejando la tenue luz que se filtraba por el marco de la puerta. No podía saber si estaba tan sorprendida y preocupada como yo, o si todavía pensaba en la cena de Año Nuevo. Nuestros trabajadores nunca le harían daño a Mamá, pero la agitación de Papá me recordó a los tres hombres que temblaban, nerviosos, en

nuestra cocina. ¿Qué sabía Papá que nosotras no? Si él estaba tan asustado, no dejaría a su esposa atrás…, ¿verdad?

La propuesta de Nai Nai flotó en el aire como un buitre esperando aterrizar.

—Es una buena solución —dijo Yei Yei con lentitud—. Chiang-Yue puede convencer a los trabajadores de que preserven nuestra propiedad. Xiao-Long y el resto de la familia vendrán con nosotros a Qingdao. Una vez pase el fervor inicial, o tal vez cuando los nacionalistas recuperen el norte, volveremos. Podemos ser prudentes sin sacrificar todo lo que tenemos.

—Chiang-Yue también puede encender incienso para nuestros antepasados durante el Año Nuevo —añadió Nai Nai, aliviada—. La casa de Qingdao es pequeña, y ella y las niñas tendrán más espacio aquí, con el *siheyuan* para ellas solas.

Di y yo nos miramos, agachadas en nuestra posición de espías. ¿Querían dejarnos a todas? Si se diera la situación, yo elegiría quedarme con Mamá. Para mí, la seguridad no estaba en Qingdao, ni en ninguna otra ciudad. La seguridad era Mamá. Aun así, me ofendía que Nai Nai quisiera abandonarme.

«Vamos, Papá…», pensé. «¡Dile a Nai Nai que está equivocada!».

—Sí —aceptó Yei Yei, sonando más tranquilo—. En Qingdao no tenemos tierra que cultivar y la comida es limitada. Solo estaremos allí, temporalmente, y Chiang-Yue podrá mantenernos informados sobre nuestra casa. Puede escribirnos cuando sea seguro regresar a Zhucheng.

Ojalá pudiera verles las caras y leer sus expresiones. Era agonizante esperar oír lo que pensaba Papá. Sabía que Mamá no discutiría: no podía discutir. Era una esposa que había fallado a los Ang, trayéndoles deudas, en lugar de continuidad. Si no podía darles un heredero, al menos podía proteger su riqueza.

—Chiang-Yue, ¿estás dispuesta a quedarte aquí sola? —preguntó Papá. Aunque sonaba como una pregunta, sabía que era una expectativa.

Hubo una larga pausa, y presioné mi oído contra la puerta, lista

para atrapar cada palabra que saliera de los labios de Mamá.

—Puedo quedarme —dijo Mamá, con lentitud—. Siempre y cuando nuestras hijas mayores vayan a Qingdao. Lan es demasiado pequeña para dejarme, pero, al menos, llevaros a Hai y a Di. Necesito saber que estarán a salvo.

Antes de que Papá pudiera responder, Nai Nai intervino:

—¿Quién las cuidará en Qingdao? Estaremos ocupados. Si tú no estás allí, no podemos encargarnos de dos niñas más. Ya estarán Chiao y Pei, y la casa es pequeña.

Siguiendo la pauta de Nai Nai, Papá respondió:

—Los comunistas van tras los terratenientes, y no tras las niñas pequeñas. Después de purgar a los hombres, seguirán adelante. Solo será una separación de unos meses y luego estaremos juntos otra vez.

Aunque yo esperaba otra respuesta, la falta de voluntad de Papá para luchar por nosotras era habitual, y la decepción que sentí me resultaba tan familiar, como un par de zapatos usados. Sin embargo, no era consciente de las consecuencias que se desencadenarían a partir de la fatídica discusión de esa noche. Las palabras de Nai Nai fueron la pala que cavó nuestras tumbas. El hecho de que Yei Yei estuviera de acuerdo, selló nuestros ataúdes. Pero, en última instancia, fue la conformidad de Papá la que nos enterraría en la oscuridad.

Durante los días siguientes, Nai Nai se convirtió en una comandante militar, dirigiendo a los miembros de la familia sobre qué empacar, qué dejar y qué quemar.

Todos nuestros objetos de valor —joyas, oro y artefactos—, fueron cuidadosamente guardados en carros y en el coche. Nai Nai hizo que Mamá y la tía Ji colocaran los objetos como piezas de un rompecabezas, para asegurarse de que cada rincón y hueco del maletero estuviera lleno.

Me despedí, entre abrazos y lloros, de Chiao y Pei.

Chiao me susurró:

—Después, cuando nos hayamos ido, hazme un favor y tírate un

pedo en la cara de Di, cuando esté durmiendo. Hace frío, así que, si te bajas los pantalones, ¡podrás ver el pedo! Así se despertará con una nube… ¡Una nube de pedo! Prométeme que lo harás y me lo contarás cuando volvamos.

Me reí entre lágrimas, pensando en cuánto lo iba a extrañar.

Le hice un gesto de despedida mientras él y Pei corrían de vuelta con la tía Ji.

Chiao se giró, para hacer un gesto con la mano, imitando un enorme pedo saliendo de su trasero.

Papá se despidió de nosotras y nos dijo que fuéramos obedientes.

Él y Mamá compartieron una despedida fría y formal, mientras Nai Nai lo llamaba, impaciente, para que la ayudara a subir a su carruaje.

Después de que la familia se marchara, me refugié en la calidez de la cocina con Di, notando lo inusualmente vacía que estaba. Empecé a abrir los armarios uno por uno, y los encontré vacíos.

Di, alarmada, revisó la despensa.

Cuando Mamá entró con Lan en la cadera, ya habíamos encontrado unos pocos frascos de verduras en escabeche y doce sacos de harina.

—¿Esto es todo lo que nos han dejado? —le pregunté a Mamá, desconcertada.

Esta examinó la cocina, que parecía saqueada.

—Papá nos ha dejado un tael de oro —indicó, abriendo la mano para mostrar una moneda reluciente, con un círculo en el centro.

—No podemos comer oro —se quejó Di, recorriendo con la vista la cocina en busca de algún bocado que hubiéramos pasado por alto —. Tengo tanta hambre… ¡Al menos podemos venderlo para comprar comida de verdad!

Mamá negó con la cabeza.

—No, esto debemos guardarlo —dijo, metiendo el valioso tael dentro de su camisa, entre su ropa interior, cerca del corazón.

—Entonces, ¿comeremos solo *mantou* y tortitas todo el invierno?

—preguntó Di, mientras yo intentaba calcular mentalmente cuántos días podría durar esta harina convertida en pan.

—Nos las arreglaremos —fue todo lo que comentó Mamá.

Mientras alineaba los frascos sobre la mesa, pude notar, por su expresión concentrada, que ella también sumaba, dividía y calculaba cuándo deberíamos empezar a preocuparnos.

—Podríamos tener problemas mucho más grandes de los que ocuparnos —añadió distraídamente—. Ahora, ayudadme a limpiar.

Cogí un trapo y comencé a limpiar las mesas, mientras Di, haciendo un puchero, tomaba la escoba y barría con desgana, como si estuviera pintando un delicado cuadro en el suelo.

4
LEONES EN LA PUERTA

Con la familia ausente, el patio estaba estancado, silencioso y desierto.

Mis huellas se veían solitarias sobre la nieve, donde normalmente habría círculos de pies pequeños y largas carreras de pies grandes, señales de un hogar lleno y animado.

Di era más independiente que yo y no le molestaba el aislamiento. Acababa de cumplir once años y solo tenía aficiones solitarias: soñar despierta y coleccionar cromos de cantantes famosos. Para Di, la gente en papel y las conversaciones imaginarias eran más interesantes que yo. Su indiferencia amplificaba la ausencia de mis primos. Mientras yo vagaba sola por las habitaciones vacías, aburrida e ignorada, ella se acomodaba en varios rincones de la casa, sosteniendo sus cromos como un abanico, y fingiendo que eran su público. Era difícil verla, pero podía oírla canturrear con una voz grave, que Mamá decía que había robado de una vida pasada —como si perteneciera a una mujer mayor, una que había amado, perdido y añorado—. Di vivía metida en las canciones de amor y, a diferencia de mí, quería casarse pronto, para poder dejar atrás a los Ang.

Mientras yo era obediente, aceptando a nuestros padres, tal como eran, y sacando lo mejor de la situación, Di odiaba ser de segunda clase, frente a Chiao, y hervía de resentimiento ante

cualquier agravio, real o imaginado.

A veces compartía su frustración, pero, aun así, nunca he querido casarme. ¿Por qué iba a querer seguir los pasos de Mamá y pasar el resto de mi vida de rodillas? Por muy malos que fueran los Ang, con seguridad estaríamos peor a merced de las madres de nuestros maridos.

Lo principal que Di y yo teníamos en común era que ambas odiábamos a Nai Nai y estábamos contentas de que se hubiera ido.

Por fin, Mamá podía tener algo de paz.

Intentaba ayudarnos con nuestros estudios, pero le costaba, porque Di y yo ya íbamos más adelantadas que ella en todas las materias. Habíamos recibido clases particulares dos veces por semana, pero, con Papá ausente, nuestros maestros no volverían después de las vacaciones de invierno.

Di celebró las vacaciones prolongadas, pero yo temía quedarme atrás. Ya me costaba seguir el ritmo de Chiao, que tenía acceso a más lecciones y asignaturas que Di y yo juntas.

En los largos silencios, tras la despedida de Papá, Di bailaba con sus cantantes y yo practicaba mi caligrafía y escritura. El fluir de la tinta me ofrecía un pequeño alivio; prepararme para volver a la normalidad era la única forma que tenía de asegurarme de que, tarde o temprano, lo haríamos.

Sin embargo, una semana después de la partida de los Ang, nos sobresaltaron las voces de una turba en el exterior, en nuestros campos. Estaban agitadas y variaban de tono, como el canto de unas extrañas aves. Era raro que hubiera tanta gente fuera en estos meses fríos.

Nuestras ventanas estaban cerradas con postigos de madera, y nos pusimos los abrigos a toda prisa para abrirlas, y así mirar fuera.

Un grupo de hombres y mujeres marchaba hacia nuestro *siheyuan*.

Cerrando de golpe los postigos, Mamá se movió hacia la puerta con rapidez.

—Cuida al bebé —dijo.

Miré a Di, que sostuvo mi mirada e indicó:

—No te preocupes. Me quedaré con Lan.

Asintiendo, corrí detrás de Mamá.

Fuera el sol brillaba y el cielo era azul cerúleo, pero el viento era tan frío que pensé que me arrancaría la piel de la cara.

A medida que el grupo se acercaba, observé que algunos llevaban gorras con una sola estrella roja —el emblema del Partido Comunista—. Varios estaban armados con fusiles y garrotes.

Un joven dio un paso al frente para saludarnos. Sus grandes ojos estaban cubiertos por espesas cejas, y su cabello desordenado enmarcaba un rostro anguloso. Le faltaban dos dientes frontales.

—Soy el camarada Kang Wen-Ming —se presentó. La palabra para «camarada», *tongzhi*, significaba «misma voluntad» o «mismo propósito»—. Busco a los Ang, Ang Hong-Bu y Ang Xiao-Long.

La multitud detrás de él zumbaba llena de excitación, como perros enjaulados listos para cazar.

—Están fuera por negocios —informó Mamá—. Deberían volver en unas semanas.

Los murmullos del grupo insinuaban que los hombres habían huido.

Cerré el puño, con la esperanza de que confiaran en Mamá y se marcharan. Aunque Papá había dicho que los comunistas no harían daño a niñas pequeñas, sus armas me ponían nerviosa.

—¿A dónde han ido a hacer negocios? —preguntó el camarada Kang, ignorando el murmullo.

—A la ciudad —respondió Mamá, y luego añadió—: Qingdao.

—¿Qué asuntos tiene en Qingdao? —insistió el camarada Kang.

Mamá sonrió. Estaba tan tranquila y serena, como si solo fueran vecinos hablando del clima. Me pregunté si la multitud sería capaz de notar el miedo que me hervía por dentro. ¿Nuestra debilidad los haría más agresivos?

Mamá solo dijo:

—Ojalá lo supiera, pero mi esposo no me habla de negocios. Yo solo me encargo de la casa.

Los ojos del camarada Kang recorrieron las largas paredes de nuestro *siheyuan*.

—Una casa hermosa, sin duda —señaló, y luego, con expresión más intensa, añadió—: El gran hogar de un terrateniente, construido con el sudor y la sangre de esclavos campesinos.

Mamá abrió la boca, pero no salió palabra alguna, como una carpa boqueando. Ya habíamos sido amenazados por señores de la guerra y bandidos, y siempre habíamos respondido con sobornos. Ahora, sin embargo, no había nada que ofrecer: el único tael de oro podría haber ahuyentado a un mercenario, pero no a un grupo.

Mi mente corría, pensando qué más podríamos dar. ¿Nuestros sacos de harina? ¿Los peces de nuestro estanque helado? ¿Los leones de piedra de la entrada?

—Zhucheng ha sido liberada ya —anunció un hombre flacucho junto a Kang—. ¡Eso significa que vosotros, terratenientes, ya no podréis oprimir al pueblo de China!

Hubo aplausos dispersos detrás de él, y, al recorrer la multitud con la vista, me di cuenta de que algunas de las personas que había eran trabajadores fijos de la familia. En el centro observé al señor Zhang, que había venido a nuestra casa. ¡No podía creerlo! En sus nudosas manos, hinchadas por la artritis, sostenía un fusil. ¿Cómo podía estar junto a nuestros agresores? ¡Pensé que era amigo de Mamá!

—Nuestra primera misión en la China liberada es la reforma agraria —explicó Kang—. Cada persona, cada campesino, tendrá su propio terreno para cultivar alimentos. —Señaló nuestra casa y los terrenos a su alrededor, y dijo—: Ahora, esto pertenece a todos.

Detrás de él, quienes llevaban armas las blandieron de forma amenazante.

Mamá posó sus ojos de un fusil a otro, evitando las miradas de sus furiosos portadores, y comentó sin más:

—Debo esperar a mi esposo. Volverá en unas semanas. Quizás podáis hablar con él cuando regrese.

—Por supuesto —respondió Kang—. Nos aseguraremos de

encontrarlo. Mientras tanto, usted debe irse. Vamos a confiscar esta propiedad para el pueblo de China y será distribuida de forma justa entre nuestros hermanos y hermanas. El rostro de Mamá se contrajo, revelando su alarma.

—¿Salir? ¿De nuestra casa? —Miró el paisaje nevado y luego volvió la vista a las ventanas cerradas de la habitación donde Di y Lan esperaban. Girándose de nuevo hacia Kang, preguntó—: ¿Adónde deberíamos ir? ¡Es invierno, hace mucho frío y tengo tres hijas!

—Mi hermana menor es apenas una bebé —añadí, y mis palabras salieron escoltadas por nubecillas, mientras mi aliento caliente se mezclaba con el aire helado.

¡Echarnos ahora sería una sentencia de muerte en esta época del año!

Un cuadro, en la parte trasera, dio un paso al frente, con su rostro retorcido por la ira. Estaba bien afeitado, de grandes ojos, guapo, salvo por el odio que albergaban.

—¿Y cuántos campesinos han pasado inviernos enteros con frío y hambre, viendo morir a sus hijos porque eran demasiado pobres para pagar comida y medicinas de verdad? ¡Ahora vosotros, cerdos ricos, por fin aprenderéis el significado de la justicia!

La multitud, detrás de él, empezó a gritar insultos que nunca había escuchado antes.

—¡Sinvergüenzas burgueses!

—¡Parásitos sociales!

—¡Enemigos del pueblo!

Mamá y yo nos encogimos, retrocediendo, mientras sus voces se alzaban y se mezclaban en un estruendo incoherente.

En un instante, un cuadro se lanzó hacia delante y golpeó a Mamá en el estómago con la culata de su fusil. Ella se dobló, y sus gritos fueron ahogados por el rugido de la multitud, que levantaba los brazos, alzándose colectivamente como monstruos erguidos.

Me lancé delante de ella, gritando, preparándome para el impacto de sus armas.

—¡Basta! —chillé con tanta fuerza, que pensé que se me desgarraría la garganta por dentro—. ¡No le hagáis daño a mi madre! ¡Ella no ha hecho nada malo! ¡Parad!

Un disparo ensordecedor atravesó el aire y todos se agacharon.

El brazo de Mamá pasó por encima de mis hombros y caímos juntas al suelo, dejándome sin aire.

—¡Dejadla en paz! —gritó una voz familiar.

Todos miraron hacia el centro de la multitud. Era el señor Zhang, con el fusil apuntando hacia arriba. Corrió hacia nosotras y se colocó entre Mamá y nuestros agresores, con las piernas abiertas y el fusil aferrado tan fuerte, que le temblaban las manos. Un leve aroma a aceite floral blanco emanaba de sus dedos.

—Esta mujer no es más terrateniente que cualquiera de vosotros. Es una esposa miserable, maltratada por la familia Ang, y tan oprimida como cualquier campesino. Quizás más, porque vive con sus opresores.

Mamá y yo nos acurrucamos juntas, con la nieve calando a través de nuestros pantalones, y quemándonos las rodillas.

Tragué saliva, intenté aliviar la presión en mi garganta y calmar la tormenta que se gestaba dentro de mí. Estaba furiosa, indignada, mientras estos extraños susurraban entre ellos, comentando las palabras del señor Zhang. Ni siquiera conocían a Mamá, y ya estaban dispuestos a golpearla. Si el señor Zhang no hubiera intervenido, ¿me habrían golpeado a mí también?

Poco a poco, otros empezaron a hablar en nuestra defensa.

—El viejo Zhang tiene razón —dijo un trabajador—. Los Ang la tratan como a una sirvienta. ¡Se levanta antes que nosotros y cocina el desayuno antes del amanecer!

—¡Ella también trabaja duro! —Añadió alguien más—. ¡No podemos culparla por los crímenes de su marido!

El camarada Kang levantó la mano, mientras más trabajadores salían en defensa de Mamá.

—No será castigada —les aseguró—. Pero la propiedad debe ser confiscada. Los Ang deben irse de inmediato.

Conmocionada, Mamá se incorporó y dijo:

—Me iré, pero tengo dos hijas dentro. Por favor, permitidme ir a por ellas y nos marcharemos juntas.

—Puede llevarse a sus hijas —concedió el camarada Kang—, pero nada más.

—Entiendo —aceptó Mamá—. Vamos, Hai. Debemos vestir y preparar a tus hermanas.

La tomé del brazo, mirando por encima del hombro hacia la multitud, que aún parecía hambrienta de venganza. Nuestra expulsión era apenas un aperitivo, y no se irían hasta saborear nuestra humillación, cuando nos fuéramos.

—Deje la puerta abierta —ordenó Kang.

Mamá obedeció. De todos modos, no podían ver mucho desde la entrada, y las ventanas seguían cerradas con postigos.

Bajando la voz, al entrar en la cocina, Mamá me susurró una sola palabra:

—Harina.

Entendí, y mientras pasábamos junto a la despensa, levanté tres sacos de harina y los sostuve contra mi cadera. Eran pesados, de unos cinco kilos cada uno. Mamá, más fuerte, cogió cuatro.

En el dormitorio de Mamá, Di estaba sentada con Lan en el regazo. Al principio, se asustó, pero pronto se tranquilizó al vernos. No podía haber escuchado toda la conversación, pero seguro que había oído el disparo.

—Mamá, hermana… ¿qué sucede? —preguntó.

Lan se bajó del regazo de Di, cayó al suelo y gateó hacia Mamá.

—No tengo tiempo para explicártelo —respondió Mamá con suavidad, dejando la harina para poder alzar a Lan—. Tenemos que irnos de inmediato. Ve a tu habitación y ponte toda la ropa que tengas. No importa si es incómoda. Quiero que te pongas todas las capas que puedas.

—Pero por qué… —empezó Di, pero, al ver la harina, se detuvo. Se dio cuenta de que pasaba algo grave y se guardó las preguntas.

Mamá le entregó a Di un saco de harina y dijo.

—Ve a la despensa y toma dos más. Átate uno al vientre, otro a la espalda y otro detrás, a la altura del trasero. Y date prisa.

No necesitaba que Mamá me repitiera las órdenes: corrí a vestirme.

Con una de las largas tiras de tela, que usábamos para cargar a Lan, me até los tres sacos al cuerpo. Eran pesados, pero necesitaríamos ese alimento. Aunque, ¿qué haríamos con el frío? Tal vez la harina y las capas de ropa nos aislarían un poco, pero moriríamos, si no conseguíamos un refugio.

—¡Dense prisa! —gritó Kang desde fuera.

Mamá abrió el armario de Papá y se puso encima varias de sus gruesas prendas de invierno. Yo, en mi apuro, me puse todo lo que me iba bien, rompiendo una camisa en el proceso. Once capas de camisas y ocho pares de pantalones después, enrollé ropa interior y calcetines para meterlos en mis mangas. Sobre mi cama, mi muñeca de tela favorita me miraba, suplicando que me la llevara.

—No puedo —le dije con pesar—. Ya tengo que cargar muchas cosas.

Mamá abrió el cajón de su mesita de noche y destapó su caja de joyas, que solo contenía dos cosas. Una era un brazalete de jade que Lao Lao le había regalado el día de su boda; se lo colocó en la muñeca y lo cubrió cuidadosamente con la manga. El jade era de la mejor calidad, verde profundo como el musgo; cuanto más verde, más potentes sus cualidades protectoras. Si había un momento en el que necesitábamos esos poderes, era ese.

La segunda pieza era un anillo de rubí, que Papá le había regalado cuando le anunció que estaba embarazada de mí; después de mi nacimiento, no volvió a recibir más joyas.

Mamá deshizo mi trenza, pasó el anillo por un mechón en la nuca y volvió a trenzarlo para que quedara firme y oculto. Durante todo el proceso, me mantuve atenta, por si se acercaban pasos, segura de que los cuadros entrarían y nos descubrirían. ¿Nos matarían por llevarnos joyas? ¿Nos castigarían por ocultar la harina?

Di volvió, caminando como un pato relleno. Observando la

habitación, Mamá tomó una manta de seda de la cama y envolvió a Lan, metiendo bien las esquinas.

—Vamos —dijo—, antes de que sospechen que hemos hecho algo.

Las tres cruzamos la puerta, rígidas, parpadeando al recibir el golpe del sol en los ojos. Poco a poco pasamos junto a las estatuas de leones, que se habían erigido en amuletos para proteger a la familia. Una parte infantil de mí esperaba que cobraran vida y devoraran a nuestros agresores, uno por uno, pero permanecieron inmóviles, impotentes.

«Como Papá», pensé. «Los comunistas van tras los terratenientes, y no tras las niñas pequeñas. ¿Había mentido cuando lo dijo?».

Al salir, Kang ordenó a los cuadros que registraran la casa.

—¡No dejéis nada sin revisar! —Creía que Papá y Yei Yei se escondían dentro.

Ocho hombres atravesaron el patio, conversando como si estuvieran haciendo una tarea rutinaria, y no despojándonos de nuestro hogar.

El señor Zhang dijo:

—Al menos dejadlas llevarse algo de comida; es una madre con tres hijas.

Molesto, Kang levantó la mano para detener a su equipo.

—Pueden llevarse algunas provisiones —accedió con desgana.

Yo ya luchaba con el peso de la harina, pero me tensé cuando Mamá me pasó a Lan. Liberada, volvió con soltura a la cocina; había pasado su vida cargando niños pequeños mientras trabajaba, y veinte kilos de harina eran comparables a un niño bien alimentado.

Unos minutos después, salió, cojeando y con gesto de dolor, con un tarro de verduras encurtidas y dos sacos de harina encajados bajo cada brazo.

A pesar del frío, tenía la piel húmeda por el sudor que me causaba el peso y la ansiedad. Seguro que la multitud sabía que llevábamos cosas bajo los abrigos. Estaba segura de que alguno nos

manosearía. ¡Estaba segura de que nos meteríamos en problemas!

—Déjeme ayudarla —dijo el señor Zhang, evitando deliberadamente cualquier título honorífico mientras tomaba el tarro y la harina—. Vengan a mi casa. Allí podremos decidir los próximos pasos.

—Gracias —indicó Mamá, cogiendo a Lan, que seguía en mis brazos, mientras avanzábamos con cuidado por la nieve.

Al irnos, algunos miembros de la multitud nos abuchearon y se burlaron, diciendo que el señor Zhang era un esclavo al que le habían lavado el cerebro.

Me avergoncé de haber dudado de él momentos antes, y entendí que había venido con el único propósito de protegernos.

Cuando estuvimos fuera de su vista, el señor Zhang indicó:

—Ahora, denme algunos de los sacos de harina que lleváis, y así podré ayudaros a cargarlos.

Mamá empezó a negarlo, pero luego suspiró y preguntó:

—¿Cómo has sabido que teníamos más sacos?

El señor Zhang sonrió.

—Has sacado cosas de esa casa para dárselas a los trabajadores tantas veces durante estos años… ¿De verdad has creído que me tragaría que la reina de esconder cosas dejaría su propia casa sin llevarse nada?

Me sentí orgullosa de Mamá. No solo por su bondad hacia los trabajadores en el pasado, sino también por su calma y su rapidez para pensar, logrando que saliéramos con nuestras posesiones más esenciales.

Deseando alivio, Di intentó meter las manos bajo sus camisas, pero se dio cuenta de que no podía sacar la harina, porque se la había atado demasiado fuerte. Mamá y yo teníamos el mismo problema: a menos que nos quitáramos toda la ropa, no había forma de soltar los sacos.

—Si puedes cargar a Lan, eso será suficiente —indicó Mamá—. Podemos arreglárnoslas.

El señor Zhang asintió y subió a Lan sobre sus hombros.

Un poco más adelante, en el camino principal, había una carreta tirada por una mula y el señor Wang, que había acompañado al señor Zhang semanas atrás.

—Gracias a Dios que no os han matado —comentó el señor Wang, aliviado, mientras saltaba del asiento del conductor—. ¡A otros terratenientes los han golpeado frente a sus casas hasta matarlos!

Me estremecí, imaginando los golpes que podrían habernos caído, si el señor Zhang no hubiera disparado su arma.

«Los comunistas van tras los terratenientes, y no tras las niñas pequeñas».

Las palabras de Papá resonaron de nuevo, mientras intentaba despejar mi cabeza.

Me dolían las piernas, al intentar mantener el equilibrio sobre la nieve, con el peso de mi contrabando.

—Gracias por vuestra ayuda —dijo Mamá de nuevo, jadeando por el esfuerzo—. Gracias a los dos por vuestra amabilidad.

—No nos dé las gracias todavía —indicó el señor Wang con seriedad—. Rápido, subid a la carreta. Vamos a sacaros de aquí.

Gimiendo, pero, con la ayuda del señor Wang y el señor Zhang, logramos montarnos en el vehículo.

Los dos hombres saltaron al frente, y Mamá mantuvo sus brazos alrededor de nosotras, como una gallina cubriendo a sus polluelos con las alas.

Me recosté sobre ella, todavía incrédula, mientras avanzábamos por el camino, con el rebuzno ocasional de la mula rompiendo el silencio.

En nuestra casa, era probable que los comunistas estuvieran revisando nuestras pertenencias, abriendo armarios y buscando debajo de cada cama *kang* a Papá y a Yei Yei. ¿Cómo reaccionaría el camarada Kang cuando se diera cuenta de que la casa estaba vacía? No podía evitar pensar en mi muñeca, con su vestido amarillo desteñido; ya no jugaba con ella, pero había sido mi juguete favorito cuando era más pequeña. Era tonto aferrarme a esa pérdida, pero

me dolía imaginar a los cuadros arrojándola al fuego. Con suerte, podrían dársela a otra niña.

En el regazo de Mamá, Lan sonreía feliz, sin darse cuenta de que nuestra vida se había puesto patas arriba. Disfrutaba del paseo en carreta, cálida y cómoda, dentro de sus capas de ropa.

5
EL COBERTIZO

La casa del señor Zhang era sencilla, con suelo de tierra, techo de paja, ventanas de papel y una letrina compartida en la parte trasera. Apenas era lo suficientemente grande para él y su esposa, y mucho menos para Mamá y nosotras tres.

Junto a la casa había un cobertizo, hecho de madera y aislado con pacas de heno, para alojar el ganado durante el invierno.

—Lamento no tener más que ofrecerles —dijo el señor Zhang, avergonzado, al abrir la puerta del cobertizo.

Dentro había un burro, varias gallinas y un perro pequeño de color marrón, que ladró al vernos llegar. El suelo estaba cubierto de estiércol, plumas y trozos de heno, y el hedor era tan intenso, que podía saborearlo en la boca.

Incomodado por nuestra presencia, el burro resopló y las gallinas cacarearon nerviosas.

Luchando contra las náuseas, entré, preguntándome dónde íbamos a dormir.

Mamá sonrió y dijo:

—Nos ha salvado la vida más de una vez, señor Zhang. Una deuda sobre otra deuda… Solo tenemos gratitud.

Por repugnante que fuera, al menos el cobertizo nos protegería del viento y la nieve; sin esas paredes, moriríamos de frío.

—Trataré de traerles más comida —indicó el señor Zhang,

dejando la puerta entreabierta.

Una gallina arañaba el suelo con su garra, buscando insectos.

Quizás, si cerraba los ojos, despertaría en mi cálida cama *kang* y descubriría que lo sucedido esta mañana había sido solo una pesadilla. Sin embargo, aunque estaba agotada, estaba demasiado nerviosa para descansar.

Como si leyera mi mente, Mamá dijo:

—No tengáis miedo, niñas. Solo necesito escribirle a vuestro padre para que venga a llevarnos a Qingdao. Tendremos que quedarnos aquí unos días, pero será temporal.

Se quitó la mayor parte de las capas de ropa y las dobló con cuidado, a pesar del desorden que nos rodeaba.

—¿Crees que Nai Nai y Yei Yei se enfadarán con nosotras por perder la casa? —pregunté mientras desataba mis sacos de harina.

—Es probable. —Suspiró Mamá—. Pero ¿qué podíamos haber hecho? Había demasiados cuadros, y llevaban armas.

Di se irguió, molesta, y dijo:

—¡Si tanto les preocupaba, deberían haberse quedado todos a defender nuestra casa! ¿Quiénes son ellos para criticarnos cuando están seguros en Qingdao, preparando una cena de Año Nuevo?

A mí se me hizo la boca agua al pensar en esa extravagante cena, que normalmente incluía un animal que nada, un animal que vuela y un animal que camina sobre la tierra.

En mi mente hambrienta desfilaban aves, cerdo y mariscos, hasta que el rostro severo de Nai Nai detuvo todo de golpe. Estaba segura de que nos prohibiría sentarnos a la mesa por no proteger la propiedad. Peor aún, haría que Mamá se arrodillara durante días.

—Todo irá bien, Di —indicó Mamá, intentando tranquilizarnos—. Si logramos enviar un mensaje pronto, quizás podamos estar en Qingdao antes del Año Nuevo. Hai, ve y pídele al señor Zhang papel. —Al recordar que el señor Zhang era analfabeto, cambió de opinión —. Pregúntale dónde podemos comprar papel y tinta. Primero tendremos que vender esta harina para conseguir dinero.

—¡¿Vender la harina?! —exclamamos Di y yo al unísono.

Habíamos cargado esos sacos todo el camino, con el cuerpo dolorido, pero no podían valer tanto.

—¿Y una joya? —pregunté, tocando mi trenza donde estaba escondido el anillo de rubí. Solté mi largo cabello negro, lo saqué y se lo di a Mamá, que lo guardó en el bolsillo.

—No sabemos lo que nos espera —respondió con cautela—. Puede que tengamos que huir otra vez, y solo tenemos nuestros pies para transportarnos. La harina es pesada y difícil de llevar. Las joyas son ligeras. El dinero es ligero.

En casa, Mamá nunca manejaba dinero, porque Nai Nai no confiaba en ella. La comida venía de nuestras tierras, y cualquier otra cosa la compraba Papá, siguiendo las órdenes de Nai Nai. Ninguna de nosotras entendía el concepto de inflación, así que, cuando el señor Zhang le dijo a Mamá que el yuan no valía nada, ella se confundió.

—Necesito efectivo —informó, como si él fuera el que no comprendía—. Necesito enviar un mensaje a Qingdao.

Con paciencia, el señor Zhang se lo explicó:

—El gobierno nacionalista está demasiado empobrecido… Han estado imprimiendo dinero sin parar, y por eso la moneda no tiene valor.

Según él, el yuan chino valía ahora tres millones de veces menos que una década atrás. En las ciudades, la gente se atropellaba para retirar sus ahorros de los bancos.

—Es mejor que uses la harina para el trueque —continuó—. ¡Un pedazo de pan plano ahora vale fácilmente decenas de yuanes!

Era otra realidad de la guerra para la que no estábamos preparadas.

Con sus limitadas conexiones, el señor Zhang logró ayudar a Mamá a enviar una carta a la casa de Yei Yei, en la Universidad de Shandong. Volver a Zhucheng ahora sería peligroso, pero nuestra familia podría contratar a alguien para recogernos.

Aunque Mamá mostraba una cara optimista, yo veía la inseguridad en el temblor de sus labios al sonreír y en el retorcer de

sus dedos al hablar. Eso me ponía nerviosa, pero no quería que lo notara. Me pregunté si el pasaje costaría más que un tratamiento para la tuberculosis, y si superaría el límite monetario que los Ang habían fijado para nuestras vidas.

«Somos cuatro aquí», pensé. «Con seguridad, el balance estará a nuestro favor».

Se corrió la voz de que estábamos con el señor Zhang, y otros antiguos trabajadores vinieron con lo que pudieron, para ayudarnos. Ahora éramos nosotras quienes recibíamos harina, bollos calientes, verduras y frutas secas, e incluso un poco de cecina de cerdo.

Tras varios días, el señor Zhang nos construyó una pequeña plataforma endeble para dormir: solo cuatro ladrillos y unas tablas de madera, pero, al menos, nos mantenía por encima del estiércol. Barríamos el cobertizo a fondo cada mañana y cada noche, y, poco a poco, el aire se volvió más tolerable.

Por las noches nos acurrucábamos juntas, compartiendo las mismas mantas para mantenernos calientes. Cada mañana despertaba decepcionada por seguir en el cobertizo, con el gallo cantando como si se burlara de mí, recordándome que mi pesadilla continuaba.

Pasaron dos semanas sin noticias de nuestra familia, y llegó el Año Nuevo Lunar, nuestra festividad más importante y bulliciosa. Normalmente, Mamá se preparaba con días de antelación, moliendo trigo y marinando carne, para que la cocina de la víspera, que empezaba mucho antes del amanecer, fluyera como una sinfonía bien dirigida.

Espantando gallinas de nuestra plataforma, Mamá bromeó:

—Qué bien, puedo relajarme, ya que este año no estaré ocupada cocinando.

Di frunció el ceño, mientras arrancaba plumas de nuestras mantas.

—Me pregunto qué estarán comiendo Papá y Nai Nai.

—Probablemente, nada, ya que no tienen a Mamá para cocinarles —bromeé.

Mamá rio tan fuerte, que asustó a las gallinas, que agitaron las alas de forma frenética, levantando polvo y heno en el aire. El perro movió la cola con la conmoción, y me sentí un poco más ligera, al saber que había logrado darle algo de alegría a Mamá.

—Lo que sea que coman, espero que se atraganten —indicó Di en voz baja.

Mamá cerró los ojos. No estaba segura de si no la había escuchado o si simplemente fingió no hacerlo. Palabras tan feas requerían una reprimenda, pero Mamá estaba demasiado cansada para responder. Teníamos la nariz goteando como grifos, y el frío era horrible.

Mientras nosotras tiritábamos en el norte, Chiang Kai-shek temblaba en el Sur.

Oímos decir a los vecinos que la asombrosa humillación de sus fuerzas en Xuzhou había llevado al liderazgo nacionalista en Nankín a pedir su renuncia.

El 1 de febrero de 1949, Chiang anunció su retiro.

En los días que siguieron, yo iba cada mañana a la carretera principal, a veces con Di, y miraba el horizonte, esperando ver el coche de nuestra familia.

Incluso después de una vida de abandono y repetidas decepciones, todavía tenía a mi padre en un pedestal. En nuestro *siheyuan*, siempre esperábamos con ansias su regreso de la universidad, y atesorábamos cualquier pequeña muestra de atención que estuviera dispuesto a darnos: una palabra amable, una palmada en la cabeza… Cualquier gesto que reconociera nuestra existencia. A pesar de sus debilidades, mantenía la fe en él.

Aunque Tres yacía enterrada en la tierra helada, yo miraba ese camino, esperando a Papá, mientras el viento me azotaba la cara.

Cada tarde, agachaba la cabeza y regresaba al cobertizo con los zapatos empapados y los dedos de los pies entumecidos.

La ayuda de los vecinos empezaba a escasear, ya que todos trataban de conservar lo que tenían para el resto del invierno.

Una noche, Di me susurró:

—Es probable que Papá se consiga una nueva esposa. Una que tenga mejor suerte para dar a luz hijos varones.

Esa misma sospecha rondaba en mi propio pozo de oscuros pensamientos, donde me imaginaba a nuestra familia en Qingdao rompiendo la carta que habíamos enviado. Quizás, Papá ya tuviera una amante en la universidad, lista para reemplazar a Mamá; no era raro que los hombres mantuvieran a sus esposas en casa y se entregaran a aventuras amorosas en el trabajo. Las mujeres eran desechabas. Las niñas eran desechables. Incluso los caballos se habían ido con Papá a Qingdao, mientras nosotras quedábamos atrás.

—Mamá dice que vendrá a buscarnos y yo confío en ella —dije, intentando ser valiente. Era lo mejor que podía hacer, porque yo también tenía miedo.

En lugar del coche de Papá, veíamos caras nuevas: los cuadros comunistas que entraban y se quedaban en Zhucheng. Vestían túnicas de estilo militar con bolsillos en el pecho y los costados, y gorras de tela con visera. Difundían su ideología con fervor, mediante discursos, en la plaza del pueblo, y anunciaban sus planes para una China liberada.

A pesar de proclamar una sociedad sin clases, nos habían dividido en nuevas categorías: los nobles, terratenientes y comerciantes; todos considerados enemigos de clase; y los campesinos, siendo los más favorecidos los pobres —gente sin tierras que trabajaba el suelo y entregaba las cosechas a los terratenientes como renta—. Estos eran la mayoría de la población en China, y la fuerza que había impulsado a Mao Zedong y a sus cuadros a la victoria.

Yo sabía poco de Mao. No más de lo que sabía de los caudillos de nuestra región. Tal vez, había escuchado su nombre aquí y allá, desde que se convirtió en líder del Partido Comunista, pero mi familia lo consideraba un matón, y no esperaba que sobreviviera a la Larga Marcha o que siguiera vivo después de la segunda guerra contra Japón.

Para asombro de todos, Mao pasó de serpiente a dragón, regresando de las cuevas de Yan'an con sed de venganza.

Papá había leído algunos de sus primeros escritos y decía que Mao tenía cierto gusto por la sangre. Ahora que era el nuevo dios de la China roja, iba a llover sangre. Y mi familia iba a ahogarse.

Los cuadros persiguieron a casi todos los que llevaban el apellido Ang.

Las noticias corrían de boca en boca, y nos horrorizaba saber qué miembros de nuestra familia eran golpeados, torturados y ejecutados, mientras otros se suicidaban.

En zonas más templadas, cerca del mar, los llamados reaccionarios eran quemados o enterrados vivos.

El hermano de Yei Yei fue atado y arrojado a una zanja, gritando, hasta que lo asfixió la tierra que le echaron encima.

Poco a poco, puñado a puñado, la otrora poderosa familia Ang fue reducida hasta que solo quedaron unos pocos miembros dispersos.

Mamá decía que estaba agradecida de que Yei Yei y Papá hubieran escapado, porque, con seguridad, los habrían matado.

No pensábamos en nosotras mismas.

«Los comunistas van tras los terratenientes, y no tras las niñas pequeñas».

Muchos de nuestros antiguos trabajadores sabían que estábamos con el señor Zhang.

Pronto, los comunistas también lo supieron.

No se nos ocurrió huir.

Ya nos habían quitado la casa, la tierra y la dignidad; estábamos refugiadas en un cobertizo, oliendo a estiércol y comiendo sobras. Además, su pleito era con la familia Ang, y, como Di y yo habíamos escuchado, una y otra vez, las niñas no contaban; en nuestro árbol genealógico, para nuestra generación, solo el nombre de Chiao estaba escrito.

«Los comunistas van tras los terratenientes, y no tras las niñas pequeñas».

El perro del señor Zhang fue el primero en alertarnos de su llegada, ladrando sin parar, junto a la puerta del cobertizo.

Era temprano y todas estábamos dentro, mordisqueando bollos rancios para desayunar.

Nos apresuramos a vestirnos y salimos para encontrar al señor Zhang, hablando firme, pero amable, con un grupo de cuatro cuadros, todos armados con fusiles.

Los cuadros parecieron sorprendidos al vernos.

Para entonces, estábamos tan andrajosas, como cualquier campesino pobre; no nos habíamos bañado desde que dejamos nuestro *siheyuan*, y estábamos cubiertas de suciedad, paja y pelo de animal. Las comisuras de nuestra boca estaban secas y agrietadas, por la desnutrición, y todas habíamos adelgazado. Sobre todo, Mamá.

—Usted debe de ser la señora Ang —dijo uno de los cuadros; el más bajo del grupo—. Soy el camarada Lao Shin-Yi. Buscamos a su esposo y a su suegro.

El camarada Lao parecía tener veintitantos años. Su rostro era suave y juvenil, y tenía los dientes blancos, con algunas manchas negras de caries en los bordes.

—Mi esposo está en Qingdao —respondió Mamá, manteniéndonos a Di y a mí detrás de ella—. No he sabido nada de él, y no sé cuándo volverá.

—¡Miente! —acusó otro cuadro, alto y delgado—. ¡Diga dónde está!

—Les prometo que lo único que sé es que está en Qingdao —insistió Mamá con cortesía—. ¿Acaso estaría yo aquí, sola, con mis tres hijas, viviendo con animales, si supiera dónde está mi esposo?

—Eso es lo que he estado tratando de decirles —añadió el señor Zhang—. La señora Ang y sus hijas fueron abandonadas por el resto de la familia. No saben más que ustedes o que yo.

Yo sabía que intentaba ayudarnos, pero la palabra «abandonadas» se me clavó en el pecho. Era la primera vez que alguien admitía una intención detrás de nuestras circunstancias.

«No nos han abandonado», me aseguré temblorosamente. «Papá solo se ha retrasado. Qingdao está lejos, y el correo es lento. Cualquier día vendrá».

Los cuadros miraron dentro del cobertizo, y, en ese momento, nuestro amigo, el burro, decidió ayudarnos soltando unos humeantes montones de excremento, que cayeron con un *plaf en* el suelo, para confirmar que vivíamos en un lugar así.

Asqueados, los cuadros se volvieron unos hacia otros y conversaron en voz baja, señalándonos a Di y a mí.

Finalmente, el camarada Lao dijo:

—La familia Ang debe rendir cuentas por sus crímenes.

Miró a Mamá, con las mejillas hundidas.

—Muéstrame las manos.

Confundida, pero obediente, Mamá sacó las manos de los bolsillos.

Él las tomó y las examinó con atención, pasando un dedo por los duros callos de ambas palmas y dedos. Parecía un adivino, pero, en lugar de predecir su futuro, estaba leyendo su pasado.

—Son callos gruesos y antiguos —concluyó, aparentemente, impresionado—. Años y años de trabajo.

Se volvió hacia mí y hacia Di, haciéndonos señas para que mostráramos nuestras palmas.

Se me llenó la boca de saliva y tragué nerviosa.

Di y yo nos pusimos una al lado de la otra y extendimos las manos, como si hubiéramos hecho algo mal, y esperáramos castigo.

El camarada Lao repitió la misma inspección, pasando sus dedos por nuestras palmas, que eran suaves, en comparación. Notó que tenía un bulto en el dedo medio, en la primera articulación, cerca de la punta; un callo provocado por el lápiz, cuando escribía. Lo presionó.

—Su familia es verdaderamente privilegiada, si hasta una hija sabe escribir. ¿Eres la mayor?

—Sí —respondí con vacilación.

«No tengas miedo», me dije. «Los comunistas van tras los

terratenientes, y no tras las niñas pequeñas».

Él asintió y le indicó algo a los otros tres cuadros.

—Entonces, vendrás con nosotros —indicó.

Se me hundió el estómago, cuando los cuadros dieron un paso adelante, con los ojos oscuros y sin expresión.

—¡No! —gritó Mamá, corriendo a ponerse entre ellos y yo—. Por favor, no. ¡Por favor, no se la lleven!

Lan empezó a llorar en su espalda, asustada por los gritos de Mamá.

Paralizada por el miedo, solo podía mirarla como la niña que era, esperando que me salvara. No tenía ni idea de a dónde me llevarían o qué me harían. Bien podían ser espíritus del inframundo, listos para arrastrarme lejos de la gente que amaba y de la vida que conocía.

El señor Zhang se apresuró a sujetar el brazo de Mamá para contenerla.

—Por favor, señora, deténgase —dijo, olvidando omitir el título. Tenía el rostro pálido, mientras intentaba calmarla—. Por favor. Solo lo empeorará.

—¡Llévenme a mí! —suplicó Mamá, ignorando a Zhang. Se lanzó hacia delante, intentando zafarse de su agarre—. Por favor, llévenme a mí. ¡Yo represento a mi esposo! ¡Yo represento a la familia!

Dos de los cuadros levantaron lentamente sus fusiles.

El camarada Lao alzó la mano, indicándoles que bajaran las armas.

—Ya había oído que el heredero de la familia Ang trataba mal a su esposa, y, por lo que veo en sus manos, usted no es más que una esclava —indicó—. Las viejas tradiciones permiten que las esposas sean tratadas como animales de granja, para abusar de ellas a voluntad. Nuestra revolución liberará a los oprimidos. No estamos aquí para castigar a las víctimas del sistema anterior.

—Pero mi hija no es más responsable de las acciones de mi esposo que yo —rogó Mamá, mientras los dedos de Zhang se clavaban en sus delgados brazos—. ¡Es solo una niña! ¡No tiene

elección en nada!

Me giré hacia Mamá, pero el camarada Lao me sujetó por los hombros.

Uno de sus compañeros tomó una cuerda y me la pasó alrededor del cuello, como si fuera un caballo o un buey. Me raspó la piel, cuando tiraron de ella, para acercarme a ellos. Con su mano aún aferrada a mí, el camarada Lao dijo:

—Con los hombres ausentes, ella es ahora la heredera de la familia Ang aquí, en Zhucheng.

No podía creer lo que oía.

—Pero soy una niña —susurré, confundida. En mi *shock*, solo pude repetir las palabras que había escuchado decir a Nai Nai—. Soy una boca más que alimentar y una dote que pagar. No soy una Ang.

—¡Una niña no puede ser heredera! —exclamó Mamá—. ¡Se casará y dejará la familia; no es una Ang! ¡Ella no es uno de nosotros! ¡La única Ang aquí soy yo! ¡Llévenme a mí!

—Nuestra paciencia tiene un límite —advirtió el camarada Lao—. La devolveremos una vez que se haya dictado sentencia. Si tanto le preocupa el bienestar de su hija, tráiganos a su esposo y que enfrente el juicio del pueblo, como merece.

Me temblaban las piernas, pero no me atreví a caer, convencida de que la cuerda del cuello se convertiría en una horca.

El horror en los ojos de Mamá drenó cualquier resto de valor que me quedaba. Ella era la persona en quien confiaba para consolarme cuando tenía miedo, y, si ella estaba aterrada, yo estaba perdida.

—Papá dijo que no les hacían daño a las niñas —logré decir, conteniendo las lágrimas—. Estaré bien.

Aunque hablé en voz alta, no pude tranquilizarme al recordar el destino de los Ang en el campo. ¿Qué castigo tendrían reservado los cuadros para mi padre? ¿Tendrían alguna piedad conmigo, ahora que ocupaba su lugar?

—Por favor, traedla de vuelta. —Fue lo único que Mamá pudo decir, con la voz quebrada—. Por favor —rogó a los cuadros—. Ya he perdido a una hija; perder otra, me matará. Por favor, no le hagáis

daño. ¡Solo tiene trece años!

El camarada Lao miró mis zapatos de tela rosada y mi chaqueta roja manchada, y preguntó:

—¿Trece? Pensaba que era más joven. Parece más pequeña. Como he dicho, tráiganos a su marido. Si lo ayuda a evadir la justicia, su hija pagará el precio.

Sin más palabras, me llevó lejos.

La cuerda me rozaba la piel, mientras yo giraba la cabeza para ver a Mamá, que tenía la misma expresión que cuando Nai Nai se negó a pagar el tratamiento médico de Tres: destrozada, impotente y odiándose a sí misma.

Aunque había dejado de forcejear, Zhang mantenía su agarre en su brazo, como si fuera una flecha que saldría disparada, si la soltaba. A su lado, para mi sorpresa, Di se cubría la cara con las manos y lloraba; sus lágrimas iban acompañadas de fuertes y temblorosos sollozos que nunca antes le había escuchado.

6
CENA DE PARTIDO

Los cuadros y yo avanzábamos por el sendero húmedo, con las rodillas débiles. El camarada Lao iba a mi lado, y los demás me vigilaban por delante y por detrás.

La mayoría de las tiendas apenas abrían y los vendedores limpiaban sus letreros, deteniéndose para mirarnos al pasar.

De vez en cuando, reconocía a alguien, pero apartaban la vista, como si el simple hecho de verme pudiera mancharlos por asociación. Las contraventanas se abrían de golpe, mientras desconocidos asomaban la cabeza, especulando en voz alta sobre mi destino.

—¿Crees que le harán daño? —preguntó una campesina a su esposo, pensando que yo no podía oírla—. Es tan joven. No pueden ser demasiado duros. ¡Además, el suelo está demasiado congelado para enterrar a alguien!

Me dio un tic en el ojo y el camarada Lao carraspeó.

—Nadie va a enterrarte —dijo—. Al menos, no lo creo. ¿Cómo te llamas?

Su pobre intento de tranquilizarme me asustó más, que el comentario de la campesina.

«¿No lo cree? ¿Enterrarme era realmente una posibilidad?». Lo último que quería era hablar con él, pero era muy probable que mi supervivencia dependiera de sus caprichos.

—Ang Mu-Yen —mentí—. Mu-Yen.

El camarada Lao saludó a un hombre que llevaba un fardo de cuerda en la espalda, antes de decir:

—Sé que estás en una situación difícil, pero no quiero que pienses que somos el enemigo. Eres joven, y tu generación impulsará este movimiento.

Su rostro parecía más suave que antes, más empático; las arrugas severas de su ceño se habían desvanecido.

Aun así, lo miré incrédula.

—Entonces, ¿por qué intentáis hacerme daño? —pregunté, perturbada ante el hecho de que esperara conversación, mientras me encontraba en una situación tan humillante.

El camarada Lao parpadeó, con indignación, como si lo hubiera insultado.

—No estoy intentando hacerte daño. Debe haber rendición de cuentas por los crímenes de tu familia, pero eso es diferente. —Inclinándose hacia mí, añadió—: Piensa en esto: cuando un niño se porta mal, un padre debe golpearlo para enseñarle, ¿verdad? Eres una chica de Shandong. Seguro que tus mayores te han golpeado antes. —Insegura de a dónde quería llegar, asentí con lentitud; el castigo corporal era común. Sonrió—. Todos los buenos padres disciplinan a sus hijos. El castigo no se da por odio, sino por amor, para hacer que el niño sea mejor persona. Nosotros, los comunistas, somos como tu madre y tu padre: queremos lo mejor para ti y para todos los hermanos y hermanas de China.

Podía notar que estaba orgulloso de su analogía, pero no supe qué decir. Los comunistas no eran mis padres. ¡El camarada Lao no era mi padre! Según su retorcida lógica, parecía que estuviera a punto de recibir un azote en el culo. Sin embargo, mi intuición me gritaba que sería peor.

—Permíteme compartir unas palabras de Mao Zedong —continuó pacientemente, como un profeta—. Ya debes conocer al camarada Mao, ¿verdad? Si no, que esta sea tu primera lección. Mao dijo: «Si tenemos defectos, no tememos que nos los señalen y critiquen,

porque servimos al pueblo». Todos, incluso nosotros los cuadros, necesitamos reflexionar y autocriticarnos, y pensar en cómo podemos mejorar. Los jóvenes como tú pueden ser reeducados. Ya estás dando un paso en la dirección correcta, al vivir con el señor Zhang. Veo potencial en ti, pero debes expiar primero, para poder avanzar.

En lugar de sentirme mejor, estaba aún más confundida.

Mao era irrelevante para mí. Todo lo que sabía era que los comunistas se habían llevado mi casa. Que un comunista había golpeado a mi madre. Y que ahora un comunista me paseaba como a un perro con correa, mientras otro repetía un discurso que apenas entendía.

—Lo entenderás cuando seas mayor —prosiguió el camarada Lao —. Cuando todos los chinos podamos ponernos de pie con orgullo, nuestro país hará lo mismo. Entramos en la era de una China liberada. Una China fuerte. Sin más opio. Sin más colonias. ¡Es un momento emocionante para ser joven y estar vivo!

Me temblaban las piernas mientras subíamos una colina, llegando a un campo familiar donde solía ir a jugar. Al otro lado, había una fila de árboles, un bosque ralo que finalmente llegaba al río. Si seguía el sendero junto al este, unos cuarenta y cinco minutos, llegaría a la orilla donde había llevado a Tres, donde mi familia plantaba batatas cada año. En primavera, este campo se llenaba de plantas silvestres de todos los colores y olía a flores y a tierra húmeda y limpia. Solía correr aquí con mis primos, recogiendo flores y enlazándolas para hacer collares y coronas. Juntos, rodábamos colina abajo, riendo, mientras la hierba y los pétalos se nos pegaban a la ropa.

Me pregunté dónde estarían Chiao y Pei. Me los imaginé en algún lugar cálido y acogedor, con el estómago lleno, riendo y jugando juntos. ¿Pensaban siquiera en mí y en dónde estaba? ¿En cómo estaba? ¿Podrían imaginarse que yo estuviera aquí, con el cuello rojo y en carne viva, por el roce de una cuerda?

El campo de flores silvestres ahora estaba cubierto de nieve tan pisoteada, que estaba compacta, como si se tratara de hielo. Un

grupo de escritorios, quizás diez, estaban dispuestos en semicírculo. Pequeños e idénticos, parecían sacados de una escuela. Había varias personas sentadas detrás de ellos, mientras una gran multitud, de al menos cien personas, se agolpaba detrás.

Jadeé cuando un cuadro tiró de mis manos hacia atrás, cruzando mis muñecas y atándolas, para luego hacer lo mismo con mis codos. Cerca, tres hombres y dos mujeres estaban atados de manera similar, con la mirada inquieta, alternando entre la multitud y los cuadros.

Reconocí a una pareja de apellido Lin, también terratenientes de Zhucheng. No parecían reconocerme; las pocas veces que los había visto fue cuando visitaban a mi padre y nuestro saludo fue de mera formalidad. ¿Habrían sido desalojados? Yo era, con mucho, la más desaliñada, así que quizás no los habían echado o quizás habían encontrado amigos con mejores alojamientos que compartir.

Otro cuadro más musculoso, de mandíbula cuadrada y labios finos, le preguntó al camarada Lao:

—¿Es lo último?

Me trato de eso. No «ella», como una persona, sino «eso», como un animal o un objeto.

—Sí, camarada Cheng —respondió el camarada Lao—. Hija mayor de la familia Ang.

El camarada Cheng, molesto, me miró y dijo:

—Encontraremos a tu padre y a tu abuelo. Pueden salir de Zhucheng, pero no podrán escapar de la revolución.

Parecía mayor que el camarada Lao y desprendía confianza y autoridad, mientras caminaba hacia el frente del semicírculo para dirigirse a la multitud.

Cuando el camarada Cheng estuvo fuera del alcance de mi oído, el camarada Lao me susurró:

—Tu padre es un hombre malo. Es un criminal. Abre los oídos y el corazón, y escucha a la gente que ha sufrido por su culpa. Espero que eso te abra los ojos para que puedas ver por qué debemos unirnos y desmantelar el viejo sistema.

Sin guantes ni mitones, tenía las manos tan entumecidas por el frío, que ya ni siquiera sentía la cuerda áspera que las rozaba.

«Mi padre ha hecho cosas malas», pensé. «¿Es un hombre malo? No lo sabía».

Me habían enseñado a ser leal a mi familia y a estar agradecida con mis padres, que me habían criado. Era Mamá quien me cuidaba, pero el dinero para hacerlo venía de Papá. Eso contaba. Su dinero había asegurado que tuviera ropa para vestir, comida para comer y un lugar donde dormir. No me había dejado morir.

Un pensamiento cruzó por mi cabeza: «Ahora sí te está dejando morir».

Recordé aquella larga noche de debate, después de que los trabajadores nos advirtieran por primera vez. Fue Yei Yei quien quiso quedarse, y Papá quien insistió en irse.

En aquel momento no lo entendí, pero, al pensarlo ahora, me di cuenta de que Papá debía saber lo que iba a pasar. Nos había abandonado, sabiendo que los comunistas vendrían, sabiendo que el ejército nacionalista se había rendido… Nos dejó con nada más que un poco de harina y una sola moneda de oro. Sin armas para defendernos, sin caballos o siquiera un burro para huir. ¿Cómo no iba a ser eso una sentencia de muerte en medio de esta guerra?

La voz atronadora del camarada Cheng interrumpió mis pensamientos:

—¡Trabajadores, amigos, camaradas… liberados! —Pausó, mientras la gente vitoreaba, y su aliento cálido se elevaba como una niebla ominosa—. Hemos luchado juntos, hemos combatido juntos y hemos vencido juntos. Las fuerzas nacionalistas han huido con el rabo entre las piernas. Como ha dicho el camarada Mao, todos los reaccionarios son tigres de papel. En apariencia, los reaccionarios parecen terribles, pero, en realidad, no son tan poderosos. ¡Miradlos ahora!

La culata de un fusil golpeó mi espalda, cuando los cuadros nos empujaron hacia delante y nos ordenaron arrodillarnos. El señor Lin perdió el equilibrio al doblar la rodilla, y un cuadro le gritó que se

incorporara mientras le daba un puñetazo en la cara.

Temblando, el señor Lin se acomodó como el resto de nosotros, con sangre escurriéndole de la nariz.

Éramos seis en fila; yo estaba en el extremo izquierdo, frente a la multitud que ansiaba venganza. En las primeras filas había algunos de los trabajadores de mi familia, pero la mayoría eran desconocidos. Aun así, era como si todos me conocieran. Sus rostros, retorcidos por el odio, me miraban como si personalmente hubiera herido a cada uno de ellos.

A pesar de llevar varias capas de pantalones, mi piel se sentía desnuda contra el suelo helado, mientras la humedad se filtraba a través de la tela.

El camarada Lao se inclinó hacia mí y me colgó un gran cartel de cartón grueso alrededor del cuello. Miré hacia abajo y lo leí: «Opresor; reaccionario; enemigo del pueblo».

El camarada Cheng dominaba a la multitud con un carisma que nunca había visto antes; sus palabras eran como un opio que los mantenía hipnotizados. Con la mano extendida hacia nosotros, dijo:

—Es el pueblo quien llevará adelante esta revolución, y es el pueblo quien juzgará sus crímenes. Hoy os arrodilláis ante ellos, porque habéis pasado cientos de años montados sobre sus espaldas. Cobrando impuestos a los pobres, para que trabajen como esclavos, labrando vuestras tierras, y muriéndose de hambre porque les robáis el fruto de su trabajo. A pesar de vuestra lucha por mantenernos de rodillas, ¡nos hemos levantado para construir una sociedad justa! Y ahora emprendemos juntos una nueva dictadura democrática popular. ¡Una alianza de la clase trabajadora y el campesinado!

La multitud, incluidos nuestros antiguos trabajadores, rugió de aprobación, aplaudiendo con fervor y silbando.

El camarada Cheng esperó a que se calmaran antes de continuar:

—Y ahora ha llegado el momento de que respondáis por vuestros crímenes. El pueblo hablará de su amargura, y se emitirá el juicio.

Cuando se retiró, la multitud comenzó a maldecir; una cacofonía

de quejas creció hasta un clímax. Había tantas voces gritando juntas, que era difícil distinguir insultos individuales, pero algunos resonaron claros.

—¡Escoria maldita de la nobleza!

—¡Terratenientes chupasangres!

—¡Ladrones arrogantes!

—¡Opresores! ¡Matones!

Un trozo de tierra mojada golpeó el costado de mi cara.

La gente empezó a recoger puñados de nieve, mezclada con piedras, y nos los lanzaban con entusiasmo.

El golpe sordo y húmedo me recordó a una pelea de bolas de nieve, pero, en lugar de oír los chillidos de niños jugando, escuchaba los agonizantes gritos de adultos aterrorizados. Sentí cada músculo de mi cuerpo rígido, paralizado, mientras los gritos resonaban dentro de mí, y, de pronto, me di cuenta de que eran mis propios gritos.

—¡No soy terrateniente! ¡Soy una niña! —grité, mientras el hielo derretido me goteaba de la frente a la boca. Nieve y tierra seguían golpeándome el pecho como martillazos, arrancándome el aire de los pulmones—. ¡Basta! ¡No soy terrateniente!

—¡Cerdos! —Insultó una mujer, agitando el puño—. ¡Cerdos egoístas y codiciosos!

—¡No soy un cerdo! ¡Soy una niña! —chillé, pero nadie escuchó.

Papá se había equivocado cuando dijo que no me harían daño. No le importaba. Solo quería salvarse él.

La multitud gritaba quejas, cargadas de veneno, contra familias específicas: los Lin, los Wu, los Zhao y la mía, los Ang.

—¡Cobardes de la familia Ang! —gritó uno de nuestros antiguos trabajadores—. ¡Mi padre trabajó toda su vida para vosotros sin quejarse, y le pagaban tan poco que murió pronto, porque no pudo pagar un médico!

—¡Familia Ang, lamebotas del Kuomintang!

—¡Familia Ang! ¡Nunca nos disteis suficiente comida! ¡Trabajamos de sol a sol, comiendo miserias mientras vosotros os sentabais a engullir!

—¡Ang Li-Hai, tu abuela es malvada!

Levanté la vista, sorprendida al escuchar mi nombre. Otro de nuestros trabajadores de toda la vida avanzó furioso al frente de la multitud.

—¡Tu padre es malvado! ¡Tu familia es malvada! ¡Malditos reaccionarios amantes de los nacionalistas!

Con la cabeza erguida, un puñado de nieve embarrada me golpeó directo en el ojo, y la arenilla ardió al filtrarse entre mis párpados.

¿Qué podía decir? En mi mente, escenas del pasado se sucedían una tras otra: Nai Nai examinando la balanza, regañando a Mamá por perder un kilo de harina. «¡Descuidada!», había gritado. «¡Derrochadora!». Papá y Yei Yei discutiendo sobre la parte de la cosecha que se pagaba como renta. «El 50 % es común. El 50 % es justo».

Claro que los trabajadores pasaban hambre. Claro que estaban enfadados. Claro que querían que muriéramos.

—Lo siento —susurré, aunque nadie podía oírme—. Lo siento por la comida. Lo siento por Nai Nai. Lo siento por mi familia.

«Lo siento por no haber hecho más para ayudar».

Con la visión borrosa, vi a alguien sujetar al trabajador que me había nombrado y arrastrarlo hacia atrás. Sentí que mis rodillas y tobillos estaban a punto de ser aplastadas bajo el peso de mi propio cuerpo, y noté el dolor, como una cuchilla clavándose detrás de las rótulas. El frío se había extendido hasta mis caderas y la postura forzada de mis brazos era insoportable.

La señora Lin gritó cuando una gota de sangre roja brillante manchó la nieve sucia.

Alguien había arrojado una piedra que golpeó la cabeza del señor Lin, abriéndole una fea herida en la ceja.

La gente vitoreó cuando otra piedra pasó silbando, fallando por poco.

Los cuadros comunistas permanecían con los brazos cruzados; parecían satisfechos, como si la energía frenética de la multitud los

alimentara.

Deseé poder tomar una piedra yo misma y estrellársela en la cara. Decían que Papá era malvado, entonces, ¿qué eran ellos?

«Un buen padre, por supuesto», escuché decir al camarada Lao en mi mente.

Asqueada, traté de apartar esas palabras de mi cabeza, pero su cara burlona era todo lo que podía ver.

A mi lado, la señora Lin lloraba. Ella también había recibido varios golpes en la cara, y su mejilla era ya una pulpa amoratada. Con un gemido, su esposo cayó de bruces en un charco de sangre.

—¡Levántate! —gritó un cuadro, corriendo hacia él.

Con la ayuda de otro, intentaron poner al señor Lin de nuevo en la posición, pero ya no podía aguantarse. Era mayor, y el hielo a su alrededor estaba rojo y aguado. Los cuadros lo recostaron contra su esposa, pero los dos se desplomaron, de una forma patética.

—Dejadlos —ordenó el camarada Cheng.

Los dos cuadros se apartaron, y los Lin quedaron tendidos juntos. Ella lloraba, mientras él se mantenía en silencio, con los ojos cerrados.

Observé sus labios, esperando ver su respiración, pero con los sollozos de la señora Lin no pude distinguir si lo que veía era el aliento de él… o si ya no respiraba.

«Está muerto. Lo han matado, y pronto me matarán a mí también».

El camarada Cheng se volvió hacia nosotros y anunció:

—Como resultado de vuestros crímenes contra el pueblo de Zhucheng, se ha determinado que vosotros, terratenientes, seréis despojados de todas vuestras tierras, propiedades y pertenencias personales.

La multitud vitoreó y lanzó alabanzas a los cuadros.

—¡Viva el Partido Comunista! ¡Viva Mao Zedong! ¡Todo el poder a las asociaciones campesinas!

La cuerda, que me había arrancado la piel de las muñecas, estaba manchada de sangre. De los seis, yo era la única sin heridas

que amenazaran mi vida. Sabía que no era la suerte lo que me protegía; era la bondad de Mamá.

Entre la multitud, había varios que la conocían, y era probable que se hubieran contenido o desviado la furia de sus compañeros.

Estaba atrapada en un tira y afloja de karma, entre los pecados de mi padre y las buenas acciones de mi madre.

«¿Sería suficiente su altruismo para salvarme?». El terror me oprimía como un tornillo en un banco, amenazando con arrancarme el aliento. «El suelo está demasiado congelado para enterrarnos».

El camarada Cheng hizo señas al camarada Lao, y ambos se colocaron frente a mí, con sus sombras bloqueando el sol.

—Hija de los Ang —dijo el camarada Cheng—. Tu padre es un mentiroso. Un miembro cobarde de la nobleza, un terrateniente asqueroso, un reaccionario y un opresor del pueblo. Al permitir que se esconda, eres cómplice de sus crímenes. ¿Dónde está?

El corazón me latía desbocado, queriendo escaparse del pecho. Con la garganta seca, mi voz se quebró al hablar.

—Todo lo que sabemos es que está en Qingdao. Mi madre ya se lo ha dicho. Se fue a Qingdao por negocios, y no sabemos cuándo regresará.

—Mientes —acusó el camarada Cheng—. Registramos la casa de tu familia en Qingdao y estaba vacía.

«Imposible».

—Eso no puede ser —dije—. Mi padre no habría dejado Qingdao sin decírnoslo.

—No te hagas la tonta —replicó con una mueca—. Cuando registramos vuestra casa en Zhucheng, también estaba vacía. Sin objetos de valor ni comida. Nadie se va de viaje de negocios y vacía su casa así, a menos que tu madre se haya llevado todos los objetos de valor y los haya escondido.

—No, eso no es así —repliqué enseguida—. Mi madre y yo apenas tuvimos unos minutos para vestirnos y salir. Nos fuimos a pie con mis hermanas y la ropa puesta. Todos nos vieron. ¡No sacamos nada! —Bueno, nada en las manos, aparte de las pocas provisiones

que el camarada Kang nos permitió volver a buscar.

—Entonces, sabías que iban a huir —saltó el camarada Cheng—. Si la casa estaba así de vacía, mientras vivías allí, sabías que no iban a volver. Ahora dinos dónde están. ¡Tu padre y tu abuelo deben enfrentarse al pueblo, que merece justicia!

—Mi padre no nos dijo cuáles eran sus planes —respondí, encogiéndome mientras él se cernía sobre mí como un verdugo—. Estoy diciendo la verdad. Solo nos informó que se iba a Qingdao. —Y si no está allí, ¿dónde podría estar?

—Así que toda tu familia se va a Qingdao, se lleva todo lo que hay en casa y tú no preguntas nada. ¡Admite que estaban huyendo! —Su furia crecía, y sus ojos ardían como llamas negras.

No sabía qué decir, pero deseaba con desesperación que parara. ¿Admitir que mi padre huyó nos traería más problemas? ¿O nos dejaría en paz?

—Yo… Yo no lo sé —reconocí.

Como un trueno, el camarada Cheng me abofeteó con tal fuerza, que casi perdí el equilibrio.

—¡Pequeña perra mentirosa! —Se plantó sobre mí, con las piernas abiertas y la mano levantada, lista para golpearme de nuevo —. Te daré una oportunidad más para decir la verdad. ¿Dónde están tu padre y tu abuelo?

—No lo sé —balbuceé, aterrada y preparándome para otro golpe —. De verdad que no lo sé. Mi madre no lo sabe, mi hermana tampoco. ¡Ninguna de nosotras lo sabe!

Me abofeteó otra vez, más fuerte; pensé que me partiría la mandíbula. Saboreé la sangre al golpearme la mejilla contra los dientes.

—¿Cómo es posible que no lo sepas? —Rugió, con su aliento caliente sobre mi cara—. ¿Cómo puedes ver a la gente de tu casa recogiendo sus cosas, algo que debió llevarles días, y decir que no sabes nada? —Me golpeó otra vez, con el dorso de la mano esta vez.

El camarada Lao intervino:

—Camarada, creo que está diciendo la verdad. Parecía

genuinamente sorprendida cuando has dicho que su casa en Qingdao estaba vacía.

—¡No tengas piedad de la escurridiza sabandija! —Ladró el camarada Cheng.

Este me volvió a abofetear, y caí, golpeándome el hombro contra el hielo. Parte de la multitud empezó a gritar y repetir «¡Sabandija escurridiza!».

—¡Confiesa! —me ordenó el camarada Cheng—. ¡Confiesa! Tu asqueroso padre terrateniente ha huido. Tu abuelo ha huido. Han huido porque son culpables. ¡Son traidores nacionalistas! Creen que pueden escapar de la revolución, pero iremos a por ellos. Confiesa qué otros pecados has cometido para oprimir al pueblo de Zhucheng.

Cada frase iba acompañada de un golpe, mientras los campesinos vitoreaban, satisfechos. Perdí la cuenta de las veces que me golpeó.

—Camarada, es joven —indicó el camarada Lao, dudando. Aunque los comunistas decían no tener rangos, estaba claro que el camarada Cheng era su superior—. Mao dijo que el campo revolucionario debe ampliarse y acoger a todos los que estén dispuestos a unirse a la causa. Ella puede romper con la influencia de su familia y unirse al Partido.

—No, si no puede admitir primero sus propios errores —replicó el camarada Cheng con firmeza—. ¡Confiesa!

Me levantó de un tirón, como si fuera un conejo cogido por la piel del cuello, solo para empujarme de nuevo al suelo, golpeando el suelo con la nariz.

La vista se me nubló. La sangre se acumulaba en mi boca, pero solo la dejé gotear, temiendo que escupirla fuera visto como una falta de respeto.

—No sé qué más puedo decir —balbuceé, con los ojos llenos de lágrimas y las mejillas ardiendo.

—¡Admite que tu familia se ha beneficiado durante generaciones del trabajo de los obreros! —gritó el camarada Cheng, con su cara a

unos centímetros de la mía, sosteniéndome por el cuello de la ropa.

Tragué sangre, antes de poder hablar, con coherencia:

—Mi familia se ha beneficiado durante generaciones del trabajo de los obreros.

—¡Admite que tu familia colaboró con los reaccionarios! ¡Admite que tu padre es escoria nacionalista!

Yo ya lloraba sin control, sollozando y con hipo, sintiéndome una traidora, mientras el camarada Cheng me metía esas palabras en la boca.

—Colaboramos con los reaccionarios. Mi padre es nacionalista… —Me atraganté—. Mi padre es profesor —solté, luchando por hablar entre los sollozos.

Pensé en el tío Jian, que era coronel nacionalista. ¿Lo sabrían? Si lo sabían, ¿debía admitirlo yo misma para evitar más golpes? ¿Contaba el tío Jian también como un crimen mío? No podía pensar con claridad. Estaba demasiado cansada, demasiado fría, demasiado hambrienta, después de semanas de raciones, temblando tanto que tenía que concentrarme para que los dientes no me castañearan.

—La universidad es un pozo de parásitos aristócratas —escupió el camarada Cheng—. Es una máquina de propaganda para mantener a los sin ley en el poder. Tu padre no solo es escoria; está entre los señores de la escoria que sostienen el opresivo sistema feudal. —Otra bofetada ardiente me golpeó tan fuerte que pensé que el cuello se me rompería. ¡Ni siquiera había dicho nada! ¿O fue porque no dije lo que él quería oír?—. ¡Admite que ayudaste a tu malvado padre a escapar! —Rugió el camarada Cheng—. ¡Admítelo!

De pronto, metió la mano en su cinturón y sacó su cuchillo, que brilló al mantenerlo sobre mi cabeza, amenazante.

La luz del sol reflejada en la hoja me cegó y grité, apenas coherente:

—¡Yo no he hecho nada! Mi madre no ha hecho nada. Mis hermanas no han hecho nada. No podemos controlar a mi padre ni a mi abuelo. ¡No podemos cuestionarlos! ¡No tenemos poder! ¡Somos niñas! ¡No nos han querido porque somos niñas! ¡Nos han dejado

atrás porque somos niñas! —Me odié por acobardarme ante él y chillar como un cerdo asustado, pero estaba demasiado débil para ser valiente; demasiado asustada para ser fuerte.

El camarada Cheng, jadeando por el esfuerzo de golpearme, bajó la hoja y dio un paso atrás, con una sonrisa horrible.

—Ahí está —indicó, como si hubiera arrancado un trofeo de mis labios—. La despreciable escoria del Kuomintang ha abandonado a su propia familia. La nobleza es la que sostiene las inútiles tradiciones patriarcales. ¡Son esas tradiciones las que enterraremos mientras liberamos nuestra nación!

Me agarró la trenza y tiró con fuerza de mi cabeza, echándola hacia atrás, exponiendo mi garganta como si fuera a degollarme.

«¿Habrá pasado Tres a su próxima vida o me estará esperando? Si está allí, quizás la muerte no sea tan aterradora».

Con un solo movimiento, me cortó la trenza, dejando caer varios mechones sucios y mojados sobre mi cara.

Caí hacia delante, sobre el hielo, mientras él arrojaba mi trenza a mi lado, como si fuera una serpiente muerta.

Tenía la ropa empapada y el frío me arrancaba la vida, apagando la luz que quedaba en mí. Temblaba tanto que me retorcía sobre la nieve como un gusano que cava. Lo único que quería era cerrar los ojos. Mi corazón latía lento y pesado. Escuché el motor del coche de Papá, fuerte al principio, y luego distante, mientras se alejaba.

El camarada Lao me volvió a poner de rodillas, pero me pesaba tanto la cabeza, que se quedó colgando como la de una muñeca de trapo.

—Que esta sea tu segunda lección —dijo, con suavidad—. Luchamos contra las costumbres y creencias dañinas que Confucio impuso a las masas. No solo estamos liberando a los campesinos y obreros, sino también a personas como tú, que han sido oprimidas por la tradición.

Mi cabeza aún daba vueltas por los golpes y no podía asimilar lo que decía. Indicaba que estaba allí para liberarme, pero acababan de golpearme hasta poder sentir mi cara hincharse, incluso con

aquel frío.

«No es por odio. Es por amor».

El camarada Cheng me miró con desdén.

—No es tarde para ti, pero debes deshacerte de las cadenas de la tradición y desprenderte de la influencia de la nobleza —dijo, y luego miró al camarada Lao—. Con esta hemos terminado.

Yo estaba empapada, helada, con la boca ensangrentada y con un regusto metálico, mientras ellos pasaban a interrogar a los tres que quedaban.

No me di cuenta de que estaban siendo «benévolos» conmigo.

Los dos hombres de la familia Zhao eran terratenientes y aristócratas como mi padre. Después de una brutal paliza, el camarada Cheng los condenó a muerte, y el camarada Lao les disparó en la cabeza con su pistola.

Nunca había visto una ejecución, pero, para entonces, estaba tan entumecida, entrando y saliendo de la conciencia, que apenas me estremecí con el primer disparo.

Algo en mí debió apagarse, porque el segundo disparo ni siquiera lo registré.

La última mujer, la señora Wu, era viuda; su marido había sido asesinado cuando los desalojaron de su casa. Según su interrogatorio, era escritora afiliada a la universidad. Fue condenada a ser reeducada y a casarse con uno de los cuadros comunistas; el que estuviera dispuesto a aceptarla con la nariz rota y el labio partido.

Mucho después de que el camarada Cheng terminara sus inquisiciones, la señora Wu y yo seguimos de rodillas, con los Lin y los Zhao tendidos a nuestro lado, sangre y sesos manchando la nieve.

«¿Qué pasará con sus cuerpos? ¿Quién les dará un funeral?».

Los comunistas nos dejaron allí, hasta bien entrada la tarde, para permitir el relevo en la multitud y que la gente pudiera turnarse para lanzarnos insultos y lo que se les ocurriera.

Tenía los brazos y muñecas tan entumecidos que, cuando por fin

me desataron, fue como si varios cuchillos me cortaran las venas mientras la sangre volvía a mis manos.

—Dejaos los carteles —ordenó el camarada Cheng. Querían que todo el que pasara supiera nuestra vergüenza, como si estar cubierta de tierra, barro y sangre, no fuera suficiente.

Para entonces, había estado de rodillas más de seis horas.

En cuanto me puse de pie, caí, y avancé a gatas, porque lo único que quería era irme.

Nadie tocó al señor y a la señora Lin, que seguían boca abajo sobre el hielo, ni a los dos Zhao.

«El suelo está demasiado congelado para enterrarlos de todos modos».

Me obligué a ponerme de pie otra vez, temblando, desesperada por volver con Mamá. Bajé la colina tambaleándome, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio.

Alguien gritó mi nombre.

—¡Li-Hai! ¡Li-Hai! —Debía ser uno de los cuadros.

Estaba demasiado asustada para mirar atrás, pero también demasiado débil para correr. La nieve crujió bajo unas botas, mientras dos hombres me alcanzaban, y casi lloré de alivio al ver que eran el señor Hu y un joven.

Me pasaron los brazos por los hombros, levantándome sin mucho esfuerzo.

Abrí la boca, y el señor Hu dijo:

—Estás a salvo con nosotros. Te llevaremos de vuelta a casa del señor Zhang. No digas nada. Nos están mirando y escuchando.

—Tenemos que cargarla —indicó el joven—. Si no, iremos demasiado despacio.

El señor Hu asintió.

—Sí. Tenemos que llevarla a un lugar caliente lo antes posible.

Me daba vueltas la cabeza, mientras el señor Hu me alzaba en sus brazos y se apresuraba colina abajo, alejándose del campo que antes había sido tan hermoso.

Mao dijo con infamia: «Una revolución no es una fiesta de té, ni

escribir un ensayo, ni pintar un cuadro, ni hacer bordados; no puede ser tan refinada, tan tranquila y amable, tan templada, cortés, contenida y magnánima. Una revolución es una insurrección, un acto de violencia por el cual una clase derroca a otra».

Antes, él era irrelevante para mí.

Ahora, lo recordaría siempre.

Los recordaría a ellos.

En la oscuridad de la noche, cuando otros niños vieran monstruos, yo vería al camarada Kang y al camarada Lao, jadeando, sonriendo y gritando.

Tardamos lo que parecieron horas en llegar, ya que se turnaban para cargarme. Mantenía la vista fija en el suelo, pues aún llevaba colgado al cuello el cartel de la vergüenza, manchado de rojo por mi sangre.

Llegamos al anochecer, y vi que Mamá nos esperaba fuera del cobertizo, mirando, ansiosa, hacia el camino. Cuando me vio, lanzó un grito y corrió desesperada, arrancándome de los brazos del joven con tanta fuerza, que grité y caí.

Todo el cuerpo me latía de dolor, y, aun así, seguía sin sentir los dedos.

—¡Gracias a los dioses! ¡Gracias a los dioses que estás viva! —Sollozaba, aferrándose a mí, como si pudiera escaparme volando—. Siento no haber podido detenerlos. Siento que haya sido a ti y no a mí.

Se volvió hacia el señor Hu, se inclinó profundamente sin soltarme y dijo:

—Gracias por traerla de vuelta. Gracias, gracias. Nunca podré pagarle.

—No tiene que agradecernos —indicó el señor Hu con gravedad —. Solo me hubiera gustado poder hacer más.

—Ya ha sido un gran riesgo regresar con ella —dijo Mamá, con lágrimas en los ojos, mientras me quitaba con cuidado el cartel del cuello.

—A veces hay que arriesgarse para hacer lo correcto —añadió el

joven.

Entonces, me di cuenta de que era el hijo del señor Hu, el que había estado enfermo y a quien Mamá le había dado los bollos de carne. Había crecido mucho; ya no era un niño, sino ancho y más alto que su padre. Era una semilla que había crecido hasta convertirse en un tallo gigantesco.

Para entonces, Di había salido con Lan a la espalda.

—¡Gracias a los dioses que estás en casa!

—Lo siento mucho —repitió Mamá, llorando y meciéndome como si fuera un bebé, lo que empeoraba el dolor de mis heridas—. Lo siento, Hai. Debería haber sido yo.

—No debería haber sido ninguna de nosotras —señaló Di en voz baja.

—No es culpa tuya, Mamá —indiqué, con la voz ronca y débil—. Está bien. He sobrevivido. Ahora estaré bien.

Mamá me examinó, horrorizada por mi cara hinchada y mis brazos en carne viva.

—¿Qué te han hecho? ¿Quién ha sido? ¿Han sido los hombres que te llevaron?

Negué, rompí a llorar y grité como una niña pequeña, con mis hermanas, el señor Hu y su hijo mirándome.

—Fue todo el mundo, Mamá. Todos. No solo los comunistas. Fue la gente. Algunos de nuestros antiguos trabajadores, también. Han dicho que somos malvados, reaccionarios, opresores… Demasiadas cosas malas para contarlas.

Lo que quería preguntarle era: «¿Papá y Yei Yei han hecho daño a tanta gente que nuestra familia Ang merece ser castigada por la revolución? ¿Merezco llevar este cartel y recibir el odio y el desprecio de todos en Zhucheng? ¿Merecíamos perder nuestra casa y vivir en este cobertizo?».

—Vamos —dijo Mamá—. El señor Zhang ha comentado que podemos llevarte junto al fuego de su casa, para que te calientes.

Me tomó de las manos, y fue como si llevara guantes gruesos: la punta de mis dedos estaba blanca, cerosa y dura.

Al verme, la señora Zhang me envolvió en una manta de lana y me llevó frente al fuego. Con cuidado, me dejó en una silla, mientras el señor Zhang traía agua hervida, que Mamá me sostuvo para que bebiera. Me quitaron los zapatos y moví los dedos de los pies: podía moverlos, pero no sentirlos. Mamá examinó mis manos y pies.

—Es congelación, pero no grave. Te calentaremos, poco a poco.

Con ternura, me limpió el pelo cortado y la cara con una toalla tibia, escurriendo la suciedad en una palangana. Estaba tan sucia, que tuvo que vaciar y volver a llenar la palangana varias veces con agua hervida y jabón.

A medida que el calor se filtraba lentamente en mi cuerpo, me sentí como si me hubieran drogado. Se me cerraban los párpados y me rendí, quedándome dormida.

De tanto en tanto, Mamá me sacudía para que despertara, y yo quise apartarla. Estaba tan cansada… Me imaginaba recostada en un cálido río, dejando que la corriente me llevara lejos, muy lejos de los comunistas, lejos de Zhucheng, lejos de Shandong, de China, y del mundo.

Abrí los ojos y vi el rostro preocupado de Mamá observándome.

Sonreí, débil, y le dije:

—Solo voy a dormir. No te preocupes. Estaré bien.

Ella asintió, con el rostro tenso, pero me respondió con calma:

—Aquí estaré. No me iré.

Volví a cerrar los ojos.

El señor Zhang y Mamá hablaban, pero para mí solo era como el runrún de una corriente de agua, que escuchaba en algún lugar muy lejano. Era como el río cerca del campo de flores silvestres, donde habíamos llevado a Tres a jugar.

7
HUEVO

Durante días evité salir, a pesar de la oscuridad y el olor en el cobertizo.

No era solo por la vergüenza de mi cara, que parecía un mosaico descuidado de moretones rojos y morados. Más que eso, era por la posible humillación de encontrarme con alguien que hubiera estado en el mitin o que me hubiera visto cuando los Hu me cargaron a casa, con aquel horrible cartel colgado al cuello.

Mamá arrojó el cartel al fuego, pero yo sentía que las palabras estaban tatuadas en mi frente; dondequiera que fuera, la gente sabría quién era y que merecía castigo.

La idea de encontrarme con los cuadros, que a menudo paseaban por las zonas residenciales, para charlar con los campesinos, bastaba para mantenerme pegada a nuestra plataforma de madera.

La hinchazón de mis mejillas bajó y los moretones pasaron a un amarillo verdoso, pero hicieron falta semanas para que mi cara volviera a tener un aspecto normal. Aunque recuperé el uso de las manos, mis rodillas quedaron dañadas y mi mente nunca sería la misma. Con el tiempo, pude caminar de nuevo, pero, desde entonces, me dolían las rodillas cada vez que hacía frío, y siempre antes de que lloviera.

Con suavidad, pero firmeza, Mamá abrió las puertas del cobertizo

de par en par y me obligó a enfrentar la luz del día. Dijo que los humanos somos como las plantas y necesitamos sentir el sol en la piel. El nombre de su ciudad natal, Kizhao, significa literalmente «luz del sol».

—En la oscuridad, no sabes qué es arriba y qué es abajo —dijo —. Vamos a cambiarte la ropa y arreglarte el pelo. De todos modos, el pelo corto parece estar de moda en las ciudades.

Trataba de consolarme, pero la trenza que había perdido era como un miembro fantasma. Estaba acostumbrada a apartarla con un movimiento o a encoger el hombro, para que no cayera hacia delante.

En la antigua tradición china, cortarse el pelo era una marca de deshonra.

Con unas tijeras sin filo, Mamá hizo varios ajustes, y pedazos de mi dignidad cayeron al suelo, mientras las hojas de acero chirriaban entre sí.

El señor y la señora Zhang ayudaban todo lo que podían, pero incluso ellos empezaban a temer las repercusiones de asociarse con nosotras.

Los cuadros habían sido amables con el señor Zhang y los demás campesinos, tanto que la gente repetía lo que decía el camarada Lao: que los comunistas eran como sus padres y madres, preocupados por su bienestar. Solo mi familia y yo seguíamos viviendo con miedo, mirando por encima del hombro y dando vueltas en la cama por la noche, sin saber qué traería el día siguiente.

Le conté a Mamá lo que había dicho el camarada Cheng sobre nuestra casa en Qingdao.

—¿Crees que es verdad? —le pregunté—. ¿Crees que se han ido a otro lugar y no nos lo han dicho?

Mamá respondió:

—No lo sé. Puede que haya sido un farol, porque los cuadros querían saber si estabas diciendo la verdad o no. O puede que sea cierto. Quizás Papá nos ha escrito y la carta ha sido interceptada. Ahora mismo, todo es un desastre. Ni siquiera sabemos si tu padre

ha recibido nuestra carta.

A medida que el invierno cedía, los comunistas imponían un control más estricto en la región, restringiendo los viajes para evitar que enemigos de clase y simpatizantes nacionalistas intentaran huir. Conseguir enviar una carta o un mensaje era imposible, a menos que fuera con un cuadro.

—¿Crees que Papá está intentando encontrarnos? —pregunté.

Mamá levantó la vista hacia mí, examinando mi cara con atención, notando dónde quedaban todavía sombras de moretones.

—No —respondió sin vacilar.

Me sorprendió su respuesta. Por lo general, se apresuraba a defender a Papá y a dar una excusa o una explicación en su nombre; incluso si ella misma no se la creía.

Mamá continuó:

—Nadie va a venir a por nosotras. Excepto los comunistas.

Me puse rígida al pensarlo, con el aire atrapado en el fondo de mis pulmones.

Mamá puso una mano cálida y firme sobre mi hombro, y lo apretó con suavidad.

—Hai —dijo—, me persigue el remordimiento de no haberte sacado antes. Y no puedo confiar en que esto haya terminado. Hay demasiadas cosas que no sé, que no puedo saber. No sé dónde está tu padre. No sé si volveremos a verlo. No sé qué pasará en Zhucheng cuando se derrita la nieve. No sé cuánto tiempo más el señor y la señora Zhang podrán dejarnos estar aquí. Pero sí sé una cosa: sé que tenemos que irnos de aquí.

Solté el aire y volví a inhalar.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Cuando se derrita la nieve y estés lo bastante fuerte para caminar durante más tiempo, nos iremos. Cuanto antes, mejor. Sospecho que los comunistas no nos dejarán en paz hasta que encuentren a tu padre y a tu abuelo, y las dos sabemos que ellos no van a volver. No, durante mucho tiempo. Tal vez, nunca.

—¿A dónde vamos a ir? ¿A Qingdao?

Mamá asintió.

—Qingdao es el único lugar al que podemos ir. Quizás tu padre esté allí. Cualquier zona rural será como Zhucheng: habrá mítines y las poblaciones son pequeñas. La gente se preguntará de dónde venimos, y no será difícil que lo averigüen. En Qingdao seremos solo unas hormigas más, y será más fácil ocultar quiénes somos.

Por primera vez en meses, me sentí más emocionada que asustada. Incluso feliz. No sabía cómo sería el viaje, pero, en lo desconocido, hay esperanza. ¿Cómo llegaríamos a Qingdao? No teníamos coche ni caballo. Nadie a nuestro alrededor, salvo los cuadros, poseían vehículos, y los trabajadores no podían prestarnos animales para el viaje. Siendo realistas, si nos ayudaban a escapar, era muy probable que fueran castigados.

—Mamá —pregunté—, ¿cómo vamos a salir?

Esta respondió lo que siempre decía:

—Encontraremos la manera.

Con el paso de los días, obligué a mi cuerpo a sanar lo más rápidamente posible, caminando cada día para ponerme a prueba. Ya no me acercaba a la colina donde estaba el campo de flores silvestres, sino en la dirección opuesta, hacia las montañas.

Un día, me forcé más en mi nueva ruta y vi a Di sentada sobre una piedra, tomando el sol, como una tortuga que busca absorber su calor.

Estuve a punto de gritar su nombre, pero entonces noté que tenía algo pequeño y marrón en las manos.

Con rapidez, me agaché sobre los codos y las rodillas, manteniendo los ojos fijos en ella, como una depredadora torpe. Sin saber que la observaba, golpeó suavemente la cosa marrón contra la piedra por ambos lados y le quitó con cuidado algo de la parte superior.

«¡Era un huevo!».

Di quitó un trozo de cáscara del lado opuesto y luego llevó la abertura a la boca y sorbió.

Me quedé boquiabierta al verla sorber y tragar, lamiéndose los

labios con satisfacción. Tras asegurarse de no dejar ni una gota, tiró la cáscara vacía, todavía como si fuera un globo marrón limpio, al suelo detrás de ella.

—¡Di! —grité, poniéndome de pie y agitando los brazos para llamar su atención.

Sobresaltada, dio un brinco y se incorporó.

—¡Hermana! —dijo con indiferencia, saludándome. Aún tenía un poco de yema en la comisura de la boca.

—¿De dónde has sacado ese huevo? —pregunté.

Di empezó a negarlo, pero luego se dio cuenta de que la había observado y lo admitió.

—De las gallinas del cobertizo.

Yo había asumido que hacía pequeños trabajos a cambio de comida, y me sorprendió saber que era de los Zhang.

—¡Di! —exclamé—. ¡Se supone que esos huevos se los damos a la señora Zhang! ¿Cómo has podido robarlo?

Sabía que tenía hambre; todos teníamos. Pero los Zhang nos habían mostrado tanta bondad, y era muy desagradecido de su parte aprovecharse de ellos.

Di puso los ojos en blanco y comentó:

—La señora Zhang ni lo nota. En cualquier caso, nos estamos muriendo de hambre, y de todas formas nos quitarán la tierra con la reforma agraria. Así que, lo mínimo que pueden hacer, es darnos unos cuantos huevos. Llámalo el último pago de la renta.

No parecía avergonzada ni arrepentida; si acaso, su tono era defensivo.

—No es solo que robar esté mal —indiqué—, sino que ni siquiera has pensado en compartirlo con nosotras.

Meses atrás, la idea de comer un huevo crudo directamente de la cáscara me habría resultado repugnante, pero, en ese momento, cualquier huevo era un buen huevo. Pensé en la facilidad con la que lo había roto y vaciado.

—¿Es la primera vez que lo haces?

—No es asunto tuyo —respondió Di, irritada.

—Sí que lo es —insistí—. ¡Si la señora Zhang quiere echarnos, claro que es asunto mío! ¿Y si sospecha que le robamos? ¡Podría denunciarnos a los cuadros!

—Ella no lo sabrá —soltó Di—. Es invierno, y es probable que las gallinas sean viejas. Todas las gallinas producen menos con la edad. Además, no he cogido muchos.

«¿No he cogido muchos?».

Eso confirmaba que lo había hecho antes. Por las mañanas, abríamos las puertas del cobertizo para que entrara luz y lo barríamos, recogiendo con cuidado los huevos y llevándoselos a la señora Zhang. Me pregunté cuántas veces se habría guardado uno —o quizás más—, en el bolsillo, para venir a este campo y comérselo como una fugitiva.

—¡Todos tenemos hambre, Di! —estallé—. ¡Todos estamos hartos de comer bollos y tortas planas! ¡No eres la única que lo está pasando mal, pero sí la única que es egoísta!

—¿Egoísta? —repitió Di, incrédula—. No tenemos por qué pasar hambre. He visto que Mamá guardó esas joyas. ¿Por qué no las vende y conseguimos comida de verdad? ¿Qué vamos a hacer con esas joyas cuando estemos todas muertas de hambre? También tenemos toda esa harina, que Mamá está racionando sin sentido.

No podía creer que Di fuera tan cortoplacista.

—¿Eres tonta? —le grité—. ¿Tu diminuto cerebro de cerdo no entiende que no tenemos ingresos? Las joyas son para emergencias. Tenemos que ahorrar y ser cuidadosas, ¿no lo entiendes? Necesitamos que nos dure el máximo tiempo posible hasta… —Me detuve.

Siempre decíamos, hasta que Papá venga por nosotras o hasta que nos reunamos con la familia.

—¿Hasta qué? —preguntó Di, adivinando mis pensamientos—. Papá no va a venir. Tenemos que adaptarnos, y eso es lo que estoy haciendo. Me estoy adaptando.

—No —dije, furiosa—. Adaptarse es lo que hacemos en familia, juntas. Lo que tú haces es robar, y solo para ti.

—¿Y si robara un huevo para Mamá estaría bien? —soltó Di—. ¿O para Lan, porque es un bebé? ¿Debo dejarme morir porque no soy ni mayor ni un bebé?

—No tienes que robarles a los Zhang para vivir —enfaticé, frustrada—. La primavera está llegando. Hay conejos en las montañas que podemos aprender a atrapar, y verduras silvestres que podemos recoger. El invierno es duro, pero temporal. ¡Podríamos haberlo soportado sin faltarle el respeto a quienes han sido amables con nosotras!

—¡Bien! —indicó Di—. ¡Toma tu estúpido huevo! —Se agachó, agarró la cáscara y me la tiró a la cara, luego salió corriendo hacia el bosque. Se volvió y gritó—: ¡Bebé de Mamá estúpida! ¡Cara de rana fea!

Estaba furiosa, pero incluso estando sana, Di, con sus piernas largas, corría más rápido que yo. Con las rodillas aún débiles, no podía alcanzarla, y menos corriendo por el sendero irregular hacia casa.

Discutir con Di era inútil y siempre me dejaba más enfadada, que si la hubiera ignorado. Aunque solo le llevaba un año, se suponía que debía escucharme…, pero rara vez lo hacía. Era cierto que, si hubiera robado el huevo para Lan me habría enojado menos, ya que al menos el robo habría sido altruista. Pero ¿para qué pensar en hipótesis? No lo robó para Lan, sino que lo robó para sí misma.

Me quité los trozos de cáscara de la cara y me limpié los restos con la mano.

Miré, para asegurarme de que nadie me veía, y lamí esos fragmentos marrones, y me chupé los dedos, con la esperanza de obtener cualquier resto de alimento.

Aunque nadie me vio, me avergoncé de lo patética que me había vuelto.

Sintiéndome como una ladrona, regresé al cobertizo, debatiendo conmigo misma si contarle o no, lo del huevo, a Mamá.

Por un lado, quería que ella reprendiera a Di.

Por otro, también sabía que Mamá ya tenía suficientes

preocupaciones como para tener que ir a disculparse con los Zhang por las faltas de su hija.

Pero, al acercarme, vi que Mamá estaba hablando con el señor Zhang frente a su casa, en voz baja. Por un momento, olvidé mi enfado y aceleré el paso para escuchar su conversación.

—Ya he hablado con todos —dijo el señor Zhang—. Ahora necesitas un permiso de viaje para ir a cualquier parte. Los cuadros han tomado la mayoría de las ciudades y tienen puestos de control por todos los sitios. Están vigilando las carreteras para atrapar enemigos de clase.

Al verme, Mamá me saludó como si nada y luego cruzó los brazos con frustración.

—¡Los cuadros de aquí nunca nos darán autorización para marcharnos!

Asintiendo, el señor Zhang añadió:

—Claro que no. La familia Ang es demasiado conocida en Zhucheng, y el Partido perdería prestigio si la gente supiera que los hombres han escapado. Los cuadros os mantendrán aquí, hasta que su esposo regrese. Si se rinden con él, significará que usted y sus hijas enfrentarán el castigo completo, que han estado reservando para el señor Ang.

Me estremecí, recordando que el camarada Lao me había designado como heredera de la familia. No quería quedarme esperando otro mitin o más persecución por ser hija de mi padre. Aunque mis rodillas seguían doliendo, teníamos que irnos, y pronto.

—¿Qué tan importante es ese permiso de viaje? —pregunté—. ¿Podríamos fingir que lo hemos perdido, si nos lo piden?

Por la expresión grave en el rostro del señor Zhang, quedó claro que la respuesta era no.

—¡Si no tienen permiso, los cuadros las arrestarán! —exclamó—. Cuando descubran que son de la familia Ang y que han escapado de Zhucheng, ¡es probable que las ejecuten!

Mamá tragó saliva, rodeándome con su brazo.

—Pero no tenemos opción —indicó—. ¡Si nos quedamos aquí,

puede que nos maten de todos modos!

No era adivina, pero incluso yo podía ver que nuestro futuro en Zhucheng se reducía a dos caminos: morir como los Lin y los Zhao, o ser obligada a casarme con un cuadro, como la señora Wu.

—Tenemos que intentarlo —dije en voz baja—. No podemos quedarnos aquí, sentadas. ¿Cómo es ese permiso?

Mamá sonrió, animada.

—Nunca he visto uno, pero no es más que papel y tinta. Si los comunistas no nos lo dan, ¿quizás podamos hacer uno nosotras mismas?

El señor Zhang dudó, sin estar seguro de que nuestro plan fuera viable.

—No son documentos complicados, pero llevan un sello rojo de autorización. Muchos cuadros son como yo y no saben leer, pero todos sabemos buscar ese sello. Sin él, los cuadros sabrán que sus documentos son falsos y ¡las castigarán!

Sin inmutarse, Mamá se volvió hacia mí y dijo con determinación:

—Siempre se te ha dado bien la caligrafía, ¿verdad, Hai?

—Sí —respondí con lentitud, confundida por su optimismo. No solo se me daba bien la caligrafía y la escritura, sino que destacaba en ellas, las amaba. El callo característico en mi dedo era prueba de toda la práctica, pero por muy buena que fuera mi letra, nada podía imitar un sello de autorización—, pero por lo que dice el señor Zhang, ¡parece que el sello es más importante que las palabras en sí!

—No te preocupes por eso —dijo Mamá, entusiasmada—. Tengo una idea. Es un poco loca, pero creo que funcionará. Vamos a ver cuánta harina tenemos. Tendremos que hacer algunos trueques.

8
JABÓN Y TINTA

Con una pila de panes planos entregados con amables palabras, Mamá consiguió algo de papel, y pidió prestados un pincel y tinta negra.

Durante todo ese invierno, Mamá había intercambiado harina por pequeños artículos, como materiales de costura, e incluso un par de calcetines gruesos para Lan. A finales de marzo solo nos quedaban cuatro sacos… y tuvimos que ceder uno más, por una botella de tinta roja. Sostuve esa preciosa botella de vidrio en mis manos, visualizando las pilas de bollos, los cuencos de fideos y la torre de panes planos que ahora se reducían a ese vibrante líquido carmesí.

—Entonces, ¿cuál es tu plan? —le pregunté a Mamá, mientras escribía: Permiso oficial de viaje. Autorización para salir de Zhucheng y entrar en Qingdao, provincia de Shandong. No sabía qué lenguaje formal usar, y esa frase fue mi mejor intento.

—Vamos a hacer un sello —respondió Mamá—. Intercambié varias cosas por un bloque de jabón y podemos usar una horquilla para tallarlo.

Casi dejé caer el pincel.

—Eso es una locura —solté, impresionada—. ¡Pero también es ingeniosa!

Sonriendo ampliamente, Mamá dijo:

—Me alegra que estés de acuerdo, porque vas a ser tú quien va a

hacer el tallado.

Con Mamá vigilando, me senté encorvada a la luz, temblando, mientras sujetaba la horquilla de metal con firmeza, con mis dedos doloridos. Mamá había supuesto que mis habilidades de caligrafía me harían automáticamente buena talladora.

—No viene nadie, ¿verdad? —preguntaba, ansiosa, cada cinco minutos.

—No te preocupes —respondía ella—. Te avisaré. Solo concéntrate en tallar. El jabón se está acabando. ¡No podemos permitirnos seguir cortándolo!

Cada vez que cometía un error, teníamos que rebanar el bloque de jabón para darme una superficie limpia. Iba mejorando con cada intento, pero la presión de las expectativas de Mamá hacía que me sudaran las manos y la horquilla se resbalara. Rizos de jabón caían mientras tallaba meticulosamente: Partido Comunista Chino de Zhucheng. Otra suposición; otra apuesta.

Con un trapo, froté la tinta roja sobre nuestro improvisado sello; luego, lo coloqué con cuidado sobre el papel y presioné, mientras Mamá contenía la respiración.

Lo levanté y me maravillé.

Ese sello rojo era el beso de legitimidad que necesitábamos. Algunos caracteres estaban ligeramente torcidos, pero el permiso parecía auténtico… Al menos, a nuestros ojos.

Durante los siguientes días, la señora Zhang, aliviada de que nos estuviéramos preparando para irnos, nos dejó usar su cocina.

Mamá nos instruyó, a Di y a mí, para que hiciéramos todo el pan plano posible, para el viaje. Sin embargo, mi hermana nunca fue buena cocinando: su masa era tan pegajosa y llena de grumos, que resultaba un desperdicio de harina que ayudara.

Exasperada, Mamá la despachó, y ella salió dando saltos hacia los campos.

«Probablemente, a comer huevos a escondidas», pensé con amargura. De todos modos, no quería su mala compañía en la pequeña cocina. Me dolían los nudillos y articulaciones, mientras

amasaba, y mis turbulentos pensamientos se recreaban en cada posible peligro que nos esperaba.

Una mañana, Mamá me entregó a Lan para que la cuidara, mientras ella hacía unos últimos recados para el viaje.

Nunca se ausentaba mucho, porque Lan todavía mamaba, pero ese día fue una excepción.

Por la tarde, al sentirme inquieta porque Mamá no regresaba, mordisqueé algo de pan plano y le di a Lan un trozo para que masticara. Como una bandida, Di apareció para almorzar y devoró su parte sin apenas masticar, antes de limpiarse la boca con el dorso de la mano, y salir de nuevo.

—¿Has visto o sabido algo de Mamá? —pregunté.

—No —respondió Di por encima del hombro, ya en la puerta.

—¿Puedes llevarte a Lan contigo? —grité, con la esperanza de que cuidara a la bebé, para que yo pudiera hacer pan más rápido—. ¡Di! ¡Di! ¿Te llevas a Lan?

Pero mi hermana ya estaba fuera de mi alcance, o quizás fingía no oírme.

Lan me miraba con ojos tristes —necesitaba leche—, pero yo no tenía nada que darle.

Cada minuto que pasaba se transformaba en un nuevo miedo. ¿Y si Mamá se había tropezado y se había roto una pierna? ¿Y si la había pisoteado un caballo? ¿Y si los cuadros la habían arrestado?

Cayó el anochecer y apilé el último de mis panes, dejando una pequeña pila para los Zhang, a modo de agradecimiento.

Di volvió a casa con el cielo ámbar del atardecer, y le dije, con frialdad, que Mamá seguía fuera.

—Qué raro —comentó—. Ya está oscureciendo. Seguro que vuelve pronto. De todos modos, no podemos hacer nada más que esperar. —Encogiéndose de hombros, se metió en el cobertizo—. Llámame si necesitas ayuda —ofreció sin convicción.

Puse los ojos en blanco, pensando en cómo le había pedido que se llevara a Lan y se había escapado como una potrilla sin riendas. ¿Es que no le importaba Mamá? ¿No entendía la gravedad que

supondría perderla?

Esperé fuera, con la vista fija en el camino, sosteniendo a Lan, que había empezado a llorar.

Tantas veces había mirado ese sendero, esperando ver a Papá, que ahora que había perdido la esperanza en él, me encontraba otra vez aquí, rezando para que el único padre que me quedaba regresara.

«Por favor, vuelve, Mamá. Lamento cada cosa mala que he hecho y todos los problemas que haya causado. Hagas lo que hagas, por favor, no nos dejes también».

La expresión triste de Lan empezó a transformarse en una acusatoria, mientras me miraba y repetía una y otra vez:

—Mamá, Mamá.

—Yo tampoco sé dónde está —dije, meciéndola en mi cadera—. Créeme, yo también quiero que esté aquí.

En la oscuridad de mis pensamientos, sucumbí a mi peor temor.

Mamá nos había abandonado.

Era lo bastante inteligente para saber que las tres seríamos un lastre, y especialmente un bebé como Lan, con quien teníamos que cargar. Ahora tenía el permiso falso y un plan. No había razón para quedarse.

«Mamá nos quiere», me repetí, tratando de tranquilizarme, pero la desesperación aumentaba, y una voz dentro de mí susurraba: «Somos solo una carga. Estará mejor sin nosotras».

Lan lloraba sin parar, deteniéndose solo para inhalar y empezar de nuevo, lo que hizo que los vecinos vinieran a ver qué pasaba.

Cuando les informé que estábamos esperando a Mamá, que no había vuelto, su reacción fue como la de Di: expresaron simpatía y aseguraron que era probable que se hubiera retrasado, pero, al final, regresaron a sus cálidos hogares.

La ausencia de Mamá no era su problema, y, en esta época de inquisiciones, a la gente le iba mejor ocupándose de sus propios asuntos —especialmente tratándose de enemigas de clase como nosotras.

Lan se aferró a mi camisa, empapándome el pecho con sus lágrimas.

—Por favor, no llores —supliqué, a punto de llorar yo también—. Puede que ya no tengamos a Mamá. Nadie nos quiere. —Las palabras de Nai Nai resonaron en mi cabeza, y añadí en voz baja—: Somos solo bocas inútiles que alimentar.

La puerta del cobertizo crujió al abrirse y Di salió otra vez.

—No somos inútiles —espetó, colocándose a nuestro lado.

La miré y no pude evitar decir:

—¿Has podido escuchar esto que he dicho tan bajito, pero no cuando te he gritado para que te llevaras a Lan?

—No sé de qué me hablas —indicó Di, dejando que mi pregunta le resbalara como el agua sobre las plumas de un pato—. Deja de compadecerte. Entra para que los vecinos no maten a Lan a golpes para callarla. Además —añadió—, si de verdad le ha pasado algo a Mamá, entonces necesitamos que descanses bien.

Suspiré y acepté que Di tenía razón.

Los berridos de Lan habían disminuido y empezaba a quedarse dormida, de tanto llorar.

Cuando nos dimos la vuelta para entrar, vi una figura a lo lejos, iluminada por la luz de la luna. Entrecerrando los ojos en esa dirección, alcancé a distinguir a una mujer, empujando una carretilla de estilo chino: una plataforma de madera plana, con una rueda de madera saliente, correas para los hombros y tiradores.

—¡Mamá! —gritamos Di y yo a la vez.

Lan se sobresaltó y volvió a gritar con más fuerza, como si la hubieran secuestrado.

Corriendo para coger a Lan, que la arañó con desesperación, Mamá susurró:

—¡Al cobertizo! No podemos llamar tanto la atención. Hai, coge la carretilla.

Agarré la carretilla y la metí por la puerta, con cuidado de no golpear al burro, que me daría una patada en represalia. Tanteé hasta encontrar algo de pan plano que había envuelto bien en una

manta, para que las gallinas no lo cogieran, y se lo pasé a Mamá con torpeza.

—Siento mucho llegar tarde —dijo, quitándose la ropa para que Lan pudiera mamar. No debía haber comido nada en todo el día. Masticando ruidosamente, explicó entre bocados—: No pensé que tardaría tanto. Fui a ver al señor Hu, para que me ayudara a conseguir un mapa; no quería comprar uno yo misma, porque temía que fuera obvio que íbamos a marcharnos. El señor Hu consiguió uno bueno, con mucho detalle; mañana te lo enseñaré a la luz del día. Debería haber vuelto a casa después de eso, pero tenía miedo de quedarme sin tiempo. Así que fui a buscar nuestra carretilla.

—¿Nuestra carretilla? —repitió Di, confundida.

—Sí —dijo Mamá—. Esta es nuestra carretilla. Es de nuestra propiedad.

—¿Fuiste a casa? —pregunté, sorprendida—. ¿Cómo?

—El señor Hu me llevó con su mula y su carreta. No hasta la puerta, pero sí lo bastante cerca. No quería que se arriesgara a llevarme, porque, si nos atrapaban, los cuadros nos castigarían a ambos —explicó Mamá, con la voz más grave—. Ahora viven cuadros en nuestra casa.

—¡¿Qué?! —exclamamos Di y yo al mismo tiempo.

El odio hirvió en mi interior, al imaginar al camarada Cheng y al camarada Lao comiendo en nuestra mesa, durmiendo en nuestras camas calientes de *kang*, hurgando entre lo que quedaba de nuestras pertenencias y juzgándonos por cómo habíamos vivido. Preferiría que mi muñeca hubiera ardido en el fuego, antes que verla en manos de uno de sus hijos.

Mamá continuó, evitando detenerse en la pérdida de nuestro hogar:

—Todavía conozco nuestra tierra. Fui al cobertizo donde guardamos el equipo grande para la cosecha. Enseguida, encontré nuestra carretilla, pero entonces vi a un cuadro en el camino. Me puse demasiado nerviosa para llevármela a plena luz del día, así que decidí esconderme en el cobertizo hasta que oscureciera. Pensé que,

para entonces, tendrían frío, entrarían para cenar, y yo podría volver caminando sin que me notaran. Siento mucho haberte preocupado.

—Está bien, Mamá —dije, algo avergonzada por haber dudado de ella—. Por un momento pensé que también nos habías abandonado.

Mamá soltó una carcajada.

—¿Abandonaros? ¿Por qué iba a abandonaros? ¿Adónde iría? No hay ningún lugar en este mundo, en esta vida, que valga la pena si no voy con mis hijas —confesó, tomándome la mano en la oscuridad.

Nos abrazamos, y hasta abracé a Di, olvidando lo molesta que estaba con ella, momentos antes.

—Descansad todo lo que podáis —dijo Mamá—. Necesitamos irnos cuanto antes, antes de que corra la voz. Confío en el señor Hu, pero quién sabe quién ha podido verme u oído alguna de nuestras conversaciones. Mañana, en cuanto haya luz suficiente para ver, nos iremos.

9
LUCKY

A primera hora, de la mañana siguiente, recogimos todo nuestro pan plano, envuelto en ropa limpia, unas cuantas cantimploras de agua y lo que quedaba de nuestras pertenencias personales.

Teníamos tan poco, que cabía todo en la carretilla, junto con una brújula del señor Hu y unos huevos cocidos de la señora Zhang.

El cielo del amanecer se sonrojaba, proyectando una suave luz rosada sobre el mapa, mientras lo abría. Viejas arrugas marcaban el papel, desteñido por las repetidas manos de viajeros anteriores.

El señor Zhang conocía bien los caminos, y añadí sus consejos en notas en los márgenes. Había unos ciento cincuenta kilómetros hasta Qingdao; no había puente sobre la bahía de Jiaozhou, así que tendríamos que rodear toda la costa. Esa sería la parte fácil, pues podríamos seguir la playa con el mar a nuestra derecha. El reto estaría en orientarnos por los pequeños caminos rurales sin perdernos; queríamos evitar las carreteras principales, donde tendrían más controles.

Cerrando la puerta del cobertizo, saludamos al burro, que parpadeó y siguió masticando su heno. Las gallinas tampoco se alteraron con nuestra partida. El perro del señor Zhang, sin embargo, gimió al vernos salir. Habíamos pasado mucho tiempo con él; sobre todo, en las noches frías, cuando arañaba la puerta para

entrar al cobertizo. En las semanas posteriores al suceso, se acostaba a mi lado, siendo la única compañía que aceptaba, mientras yacía inmóvil sobre la plataforma de madera. Cuando le preguntamos al señor Zhang su nombre, dijo que era simplemente «Perro». Solo tenía uno, así que no necesitaba diferenciarlo. Era un mestizo de montaña, de pelaje marrón áspero y orejas puntiagudas, pecho ancho y patas cortas y musculosas. Aprendía órdenes sin entrenamiento formal y podía atrapar ratas y conejos. Lo iba a echar mucho de menos.

Mamá se arrodilló y se inclinó ante el señor y la señora Zhang, para mostrar su gratitud por su amabilidad y los riesgos que habían corrido. Si les preguntaban por nuestra partida, dirían que, tras una profunda autorreflexión, comprendieron que no podían asociarse con enemigos de clase y nos habían echado a la calle.

Recé para que su buena voluntad hacia nosotras no les trajera problemas.

Lan iba en la espalda de Mamá y Di caminaba a su lado, mientras yo empujaba la carretilla, ajustándome las correas a los hombros.

Era pesada, pero el señor Zhang había engrasado la rueda y rodaba con suavidad; mucho mejor que la noche anterior.

Mientras nos alejábamos, oímos pasos trotando detrás. ¡Era Perro!

—Vete —le ordené, forzando un tono duro—. Ya le hemos robado muchos huevos a los Zhang, y no podemos robarles también a su perro. ¡Vuelve a casa!

—No te preocupes por él —dijo el señor Zhang, agitando la mano —. Se aburrirá o tendrá hambre y volverá.

Y así seguimos, con Perro escoltándonos por las calles casi vacías del pueblo.

El señor Zhang tenía razón en muchas cosas, pero se equivocó en esa.

Perro no regresó. Ni siquiera cuando cruzamos la puerta de piedra derruida de Zhucheng y dejamos atrás el límite de la aldea. No regresó cuando nos adentramos en los campos, lejos de la

carretera principal. Siguió con nosotras, incluso cuando nos detuvimos junto a un arroyo plateado y tranquilo para descansar, y comer pan plano. Bebió un poco de agua, se tumbó a nuestro lado, jadeando feliz, y saltó de nuevo, cuando reanudamos el camino.

Avanzábamos despacio, pues la carretilla era pesada y los caminos estrechos y desiguales. A veces la rueda se atascaba en un bache y las tres teníamos que empujar con todo nuestro peso, para sacarla de un tirón, haciendo que nuestras pertenencias salieran disparadas por el aire. Las correas distribuían la carga entre los hombros y la espalda, pero las palmas se me llenaron de rozaduras, debido al irregular terreno y la fuerza que tenía que ejercer.

Cuando Di y yo nos turnamos, ya tenía ampollas en hombros y manos.

Aprendiendo de mi error, envolví con trapos las palmas de Di para protegerlas.

Era mediados de abril y, aunque la nieve se había derretido, el aire seguía siendo frío. El jazmín de invierno, la flor que da la bienvenida a la primavera, había estallado, desafiando al clima, a lo largo del camino, con pétalos amarillos radiantes como gotas de luz. El paisaje estaba en su mayor parte deforestado, pero en algunos terrenos, los lugareños habían plantado cerezos, cuyas tímidas flores asomaban entre brotes verdes. Con la brisa, temblaban como si estuvieran mal abrigadas.

Me concentré en su belleza, intentando absorber cualquier alegría que pudiera sostener mi cuerpo, que sentía a punto de romperse.

Aunque traté de prepararme, las caminatas que había hecho en Zhucheng fueron tristemente insuficientes. Incluso con nuestro paso lento, el viaje me destrozaba las espinillas y la columna. Mamá no se quejaba, pero su andar se volvió más torcido a medida que empezó a cojear de dolor, frunciendo el rostro con cada paso.

Cuando esa noche encontramos un lugar para parar, Di parecía a punto de romper a llorar. Se nos había acabado el agua y teníamos la garganta seca, pero no teníamos fuerzas para buscar un arroyo.

Empujamos la carretilla entre todas, para sacarla fuera del sendero y nos acomodamos entre unos arbustos de ramas largas y flexibles que nos cubrieran.

Me dolían los pies, y mis zapatos estaban tan gastados que sentía cada piedra y ramita bajo las plantas. Mamá se dejó caer sobre la tierra húmeda, cerrando los ojos, abrumada por el cansancio. Yo me tumbé, esperando en vano absorber el agua de la tierra por la piel, para calmar mi sed.

Cuando recuperamos algo de energía, reunimos ramas y pusimos nuestras mantas encima, improvisando un lecho para pasar la noche.

Perro aún no se había marchado.

—Supongo que ahora es nuestro perro —dijo Di.

Debería haberme sentido culpable, pero no pude evitar alegrarme por ese inesperado regalo. Apoyándome en Perro, cerré los ojos, sintiéndome más segura con su compañía.

Mamá rompió un trozo de pan y se lo lanzó.

—Al menos, tú no eres una boca inútil que alimentar —indicó—. Puedes avisarnos si alguien se acerca.

—También puede atrapar conejos —añadí.

—Es cierto —dijo Mamá—. ¡Es probable que seas más útil que todas nosotras, si consigues carne!

Ya que Perro era ahora parte de la familia, tuvimos que darle un nombre apropiado.

—Nuestra familia por fin tiene un hijo —bromeó Di. No podíamos llamarlo «Hermanito», porque ese era básicamente el nombre de Di. Así que, lo bautizamos como *Lucky*, porque hay un dicho chino que dice: «Con los perros llega la suerte —*góu lái fú*—», y esperábamos invocar esa buena fortuna con su nuevo nombre.

—¿Te gusta tu nuevo nombre? —le pregunté—. ¿Vas a ser un buen perro y traernos suerte?

El recién bautizado Lucky movió la cola y se acomodó con la cabeza sobre mi regazo.

Por la mañana, la luz pálida que se filtraba a través de mis

párpados me sacó del sueño, pero despertarme fue en sí una pesadilla. Me sentía como si me hubiera peleado con el burro del señor Zhang… y hubiera perdido. Mi cuerpo gritaba, como si me hubieran pateado varias veces mientras dormía y luego pasado por encima con las ruedas dentadas de un carro.

Al obligarme a incorporarme, mis articulaciones tronaron a coro, como si mis músculos se resistieran a cada uno de mis movimientos.

Mamá y Di también tenían un aspecto miserable, y los pies de Mamá estaban tan hinchados que sobresalían de sus zapatos. Solo Lan parecía descansada, después de haber dormido cálida y acurrucada en un nido hecho con nuestra ropa, dentro de la carretilla.

Imperturbable, Mamá desplegó el mapa y lo examinó.

—Creo que estamos por aquí —dijo, señalando entre dos pueblos que yo nunca había oído nombrar—. Supongo que ayer caminamos unos diez kilómetros. Hoy necesitamos hacer más.

—Me matan las piernas —se quejó Di, masajeándose las pantorrillas.

—Come un poco de pan plano —respondió Mamá con estoicismo —. Tenemos que ponernos en marcha y hacerlo más rápido, y más tiempo, si es posible. Podemos hacer pausas, pero no podemos quedarnos rezagadas. Hay peligros en el camino, así que, cuanto antes podamos salir de él, mejor.

—Yo cargaré a Lan —me ofrecí, al ver a Mamá frotarse la parte baja de la espalda. No era seguro poner a la bebé en la carretilla; sobre todo, con el terreno tan irregular—. Tú también necesitas un descanso, Mamá.

Esta sonrió agradecida.

—La llevaré durante el primer tramo y luego podemos turnarnos.

Como burros, avanzamos de forma lenta por los senderos, incorporándonos de vez en cuando a los caminos principales, cuando los secundarios desaparecían.

Las carreteras grandes nos permitían coger agua y comprobar dónde estábamos, ya que a veces había algún cartel o nos

cruzábamos con otros viajeros. Qingdao era una ciudad tan importante, que casi cualquiera podía indicarnos la dirección correcta.

Pasamos por algunos pueblos pequeños, cuyos nombres Mamá comparaba con el mapa para orientarnos, mientras la brújula nos confirmaba que avanzábamos hacia el este.

Cada vez que veíamos a los guardias uniformados, me quedaba paralizada, aunque ellos nos ignoraban, suponiendo que éramos unas campesinas.

Había otros, como nosotras, con carretillas: granjeros que transportaban herramientas, fertilizante y sacos llenos de semillas. Los campos de trigo a nuestro alrededor ya habían brotado y en unos meses se volverían dorados. Aquí, en el norte, el trigo crecía como mala hierba, brotando cada primavera e irguiéndose con orgullo a principios de verano. Al pasar junto a esas plantas jóvenes, me daban ganas de tumbarme y dejar que crecieran a mi alrededor, sobre mí, protegiéndome de los agotadores kilómetros que nos esperaban.

En la mañana del cuarto día de caminata, dos guardias sobre caballos castaños de pelaje brillante nos detuvieron. Llevaba una hora cargando a Lan, que pesaba como una roca en mi espalda. Mientras los guardias se acercaban al trote, pensé en correr, pero Mamá se mantuvo firme. Con el peso extra de Lan y mis rodillas débiles, dudaba que mi cuerpo aguantara el impacto de una carrera.

—Buenos días —dijo uno de los guardias, desmontando de su caballo con agilidad. Sus botas de cuero eran de gran calidad, con hebillas plateadas, pero llenas de polvo del camino—. ¿Adónde van?

—A Qingdao —respondió Mamá, ajustándose las correas de la carretilla sobre los hombros—. Con mis hijas.

El guardia arqueó una ceja, sujetando con fuerza las riendas de su caballo.

—Es bastante lejos. ¿Qué negocios tienen allí?

—El patrón de mi esposo vende té —explicó Mamá—. Pasamos el invierno con mi suegra para ayudarla, y ahora regresamos a casa.

—¿Cuál es su apellido? —preguntó el guardia que seguía montado.

Su caballo, de patas delgadas y pelaje lustroso, era tan elegante que parecía fuera de lugar en aquel miserable camino. Quizás era un animal confiscado a algún terrateniente.

—Zhang —respondió Mamá. Era tan rápida inventando respuestas, como si estuviera en un combate de palabras, bloqueando cada intento del adversario por descubrir la verdad.

—¿Tienen permiso de viaje? —preguntó el que estaba de pie.

Me forcé a sonreír, aunque estaba aterrada.

«Van a saberlo. Nos van a devolver. Ellos tienen caballos, y no hay forma de que podamos escapar».

Percibiendo mi ansiedad, Lucky se colocó entre mí y los guardias, con las orejas hacia atrás y la cola rígida. Su postura puso nerviosos a los caballos, que mostraron el blanco de los ojos, mientras lo miraban.

Sacando del bolsillo delantero el permiso falso, Mamá se lo entregó. ¿Qué había escrito? ¿Partido Comunista de Zhucheng? ¿Debí haber puesto solo Partido Comunista, sin especificar la ciudad?

El guardia desplegó el papel y lo examinó. Luego, se lo pasó a su compañero, que asintió.

—¿De dónde vienen? —preguntó el que estaba montado.

Un alivio me recorrió al darme cuenta de que eran analfabetos: nuestro pueblo estaba escrito con absoluta claridad en el papel.

—De Zhucheng —respondió Mamá.

—¡Eso también está bastante lejos! ¿Viajan solo a pie?

Mamá rio.

—¡Claro! ¿De qué otra forma iríamos? No tenemos dinero para caballos.

Tres mujeres desaliñadas y un bebé. En lugar de un carro, teníamos una carretilla; en vez de un pekinés, un perro mestizo de montaña. No había forma de que sospecharan que tuviéramos relación con la nobleza o los terratenientes.

—Sigan —indicó el primer guardia, subiendo de un salto a su

montura—. Tomen la carretera principal. Es mucho más rápida. —Señaló una intersección donde podíamos incorporarnos a ella.

—Gracias —dijo Mamá, mientras yo sonreía y miraba a Di, que ni siquiera parecía estar nerviosa—. La estaba buscando, nos habíamos perdido —añadió Mamá.

—¡De nada! —respondieron los guardias, sonriendo y saludándonos con la mano, mientras seguían su camino—. ¡Viajen seguras!

10
BAHÍA DE JIAOZHOU

Con la primavera llegaron hierbas y pequeñas plantas que podíamos comer. El *jicai*, una verdura silvestre, brotaba por todos lados, a lo largo de uno de los senderos que encontramos. Lo arrancamos a puñados, raíces incluidas por la prisa, y amontonamos nuestro botín de hojas en la carretilla, para lavarlo cuando llegáramos a un río.

Ni a Di ni a mí nos gustaban mucho las verduras, y en nuestra tradición nunca las comíamos crudas y frías. Sin embargo, un largo invierno, con solo algún repollo encurtido ocasional o un trozo de carne salada, nos había abierto el apetito para el fragante y jugoso crujir del *jicai* recién recogido, que sabía a la esencia misma de la primavera —y de la esperanza—, en un solo bocado.

Después de más de una semana caminando, había desgastado mis zapatos, así que Mamá tomó unos trapos y me envolvió los pies.

El dolor se volvió nuestro constante compañero, irradiando desde los dedos que aferraban las asas de la carretilla, bajando por las caderas, las piernas y hasta cada dedo del pie. La sangre se filtraba a través de los zapatos —o de los trapos, en mi caso—, y rezumaba de las heridas en los hombros, donde las correas de la carretilla nos habían arrancado la piel.

A pesar de las aspiraciones de Mamá, tuvimos que reducir el paso…, pero no nos detuvimos. Cada día éramos como soldados

obedientes, marchando hacia nuestro objetivo, siendo la misma caminata nuestra batalla.

En los peores momentos, me recordaba que, por mucho que me ardieran las piernas, era mejor que el dolor punzante de tener las rodillas clavadas en el hielo en el campo de flores silvestres.

Cada vez que quería abrir la boca para decirle a Mamá que estaba cansada, pensaba en el camarada Cheng y encontraba dentro de mí la fuerza para dar un paso más.

Paso a paso, respiración tras respiración, fuimos saliendo del escarpado terreno montañoso, atravesando campos y, por fin, llegamos al mar.

Antes de verlo, Mamá pudo olerlo. Respiró hondo, como si aspirara un perfume tenue, un aroma que quería absorber en su propio ser. Fue ella quien me dijo que los recuerdos suelen quedar atrapados en los olores, y que a través de la nariz podemos desbloquear cosas que creíamos olvidadas.

—¿A qué huele? —le pregunté.

—A hogar —respondió, sonriente.

Se veía radiante, más feliz de lo que la había visto en mucho tiempo, a pesar de las marcas en sus hombros y las heridas en los pies.

No estaba segura de si con «hogar» se refería a que estábamos más cerca de nuestra casa en Qingdao, a la posibilidad de encontrar a mi padre, o a su hogar de infancia junto al mar.

No le pregunté. Quise dejarla disfrutar de ese momento, saboreando la dulce euforia de haber llegado tan lejos.

A medida que nos acercábamos, yo también detecté un toque salino en el aire.

En el horizonte, la vimos: la bahía de Jiaozhou; una reluciente extensión color aguamarina, como un rollo infinito de seda azul brillando y ondulando con el viento.

La boca de Di se abrió en una sonrisa tan amplia que podía contarle los dientes.

Mientras contemplábamos la magnificencia del océano, sentí un

nuevo aprecio por mi propio nombre: *Hai*, que significa «océano». Hasta ese momento, nunca había entendido lo valioso que era para Mamá.

A lo largo de la bahía, las poblaciones eran más grandes y había más guardias comunistas. Tuvimos que presentar nuestro permiso de viaje tres veces más.

Cada vez que sucedía, me di cuenta de que mantenía la compostura con más facilidad y Mamá repetía las mismas respuestas de siempre. Al igual que con el primer par de guardias, sospechaba que ninguno de ellos sabía leer. Veían el gran sello rojo y nos dejaban pasar; incluso dándonos indicaciones sobre qué caminos tomar.

Mao les había dicho a sus seguidores: «Los comunistas somos como semillas y el pueblo es como la tierra. Dondequiera que vayamos, debemos unirnos al pueblo, echar raíces y florecer entre ellos».

Quizás, esta era la amabilidad a la que se referían los Zhang y otros campesinos.

A medida que nos encontrábamos con más guardias por el camino y junto al mar, me costaba creer que fueran los mismos comunistas que nos habían expulsado, asesinado a mis familiares y casi me habían matado.

Uno de ellos, un hombre delgado, con cara redonda y ojos grandes, vio los trapos en mis pies y nos detuvo. Con una suave sonrisa, hizo un manojo de paja y hierba para reforzar mis improvisados «zapatos».

—Yo tenía que hacer esto todo el tiempo cuando era niño —me dijo, atando tiras de paja alrededor de mis tobillos. Luego metió la mano en el bolsillo y sacó unos billetes, moneda emitida por el Partido Comunista, y se los dio a Mamá—. Compre algo bueno de comer para las niñas —indicó.

No sabíamos cuánto valían, pero agradecimos mucho recibir dinero, y se lo hicimos ver, cada vez que esto ocurría.

Pensé que Mamá guardaría el dinero, pero esa noche fuimos al

mercado con los billetes en la mano.

—Veamos qué podemos permitirnos —dijo, con los ojos brillando.

Había algunos pequeños puestos de comida al aire libre, donde cada vendedor solía especializarse en unos pocos platillos, anunciados en letras grandes, sobre coloridos letreros de madera.

Mamá nos dejó, carretilla y todo, en una mesa pequeña con taburetes rojos, y fue a hablar con un vendedor barrigón de cabello canoso.

Solo el aroma ya era embriagador, y me sentía casi ebria, sentada en mi asiento.

Estos mercados al aire libre solían ser sucios, por los restos de comida y la falta de limpieza, pero mi nariz hambrienta solo captaba los buenos olores: ajo frito, carne guisada, camarones secos y cebolletas recién picadas. El chisporroteo de las cebollas lanzadas al aceite humeante me hacía cosquillas en los oídos, y tuve que mantener la boca cerrada para no babear.

Mamá volvió a sentarse entre Di y yo, radiante.

—Hemos llegado tan lejos, y quién sabe lo que nos espera. Pase lo que pase, al menos disfrutemos un poco —indicó.

Lo que no dijo, pero yo entendí, fue que aún no sabíamos si llegaríamos a Qingdao. Si los comunistas descubrían que nuestro permiso de viaje era falso, no solo sería el fin de nuestro trayecto, sino también el de nuestras vidas. Más valía tener algo que saborear antes de eso.

El vendedor se acercó con un gran cuenco humeante de sopa de pescado. Estaba hecha con un pescado entero, una especie de besugo, y el caldo era espeso y cremoso, gracias a la proteína de los huesos y la piel. Había fideos de almidón de patata, algunas almejas, nudos de algas, trozos de jengibre y gruesas rodajas de cebolleta.

Con estrépito, puso sobre la mesa unos pequeños cuencos, cucharas y palillos.

Hacía tiempo que no teníamos utensilios limpios para comer.

Sacándome la tierra de debajo de las uñas, me limpié las manos en los pantalones lo mejor que pude y empuñé los palillos como si

fueran un arma.

Juntas, nos lanzamos a devorar aquel banquete.

Mamá sacó los ojos del pescado y le dio uno a Di, y otro a mí. Extrajo el cerebro y se lo dio a Lan. Luego chupó el cráneo para sacar cualquier resto. Arrancamos tiras de piel y las sorbimos junto con los fideos, llenándonos la boca con jugosos trozos de carne blanca. Hambrientas de grasa, tragamos hasta la última gota y bocado, masticando incluso el jengibre para exprimir al máximo el caldo.

No hubo conversación. Solo pura dedicación a la comida que había frente a nosotras. Comimos ruidosamente, lanzando los huesos y otros restos a Lucky, que los crujió con entusiasmo.

El vendedor volvió a acercarse, y al principio pensé que iba a regañarnos por comer como bárbaras. En cambio, traía un plato humeante de pececillos fritos, que colocó frente a nosotras.

—Un regalo —indicó, sonriéndonos a Di y a mí, que estábamos encorvadas, con la boca tan llena que nuestro «gracias» fue completamente ininteligible.

Mamá nos dio un codazo y tragamos rápido, para luego exclamar un «¡Gracias!», tan fuerte que Lucky dio un salto.

Agarramos los pescaditos por la cola, quemándonos los dedos y luego la lengua, mientras hundíamos los dientes en sus vientres, llenos de huevas crujientes y de sabor a nuez.

En ese entonces, estábamos delgadas, y nuestros estómagos llenos sobresalían como pequeños globos.

Aunque seguíamos sucias, y ahora apestábamos a pescado y ajo, ¡éramos felices!

Cada cuenco quedó tan limpio que parecía recién lavado; la comida había sido un faro de luz en un momento de oscuridad.

Esa noche dormimos como troncos, profundamente satisfechas, hasta bien entrada la mañana siguiente, cuando despertamos mucho más tarde de nuestro horario habitual.

Aunque nos dolía el cuerpo y nos quejamos al levantarnos, el ánimo estaba alto, recargado por la bondad de desconocidos, y una

noche de puro deleite.

11
PUESTO DE CONTROL

Hora tras hora, día tras día, habíamos rodeado la bahía y nos dirigíamos hacia el sur, rumbo a Qingdao.

A medida que nos acercábamos a la ciudad, el Partido Comunista Chino se acercaba a la victoria. Escuchamos de otros campesinos que el Ejército Popular de Liberación había cruzado el río Yangtsé el 20 de abril, y que en pocos días se hicieron con Nankín. Se oían petardos mientras los cuadros anunciaban con alegría que el EPL había subido al Palacio Presidencial, derribado la bandera nacionalista y colocado la roja y amarilla del Partido Comunista sobre Nankín.

Llevábamos caminando dos semanas, y finalmente llegamos a un punto donde ya no había estrechos caminos rurales. Solo quedaba la gran y amplia carretera principal a Qingdao, con rickshaws, carretas, caballos e incluso algunos automóviles y camiones, levantando polvo sobre nuestras caras, mientras pasaban a toda velocidad.

El camino se llenaba cada vez más de personas desplazadas del campo.

Algunas familias llevaban solo unas pocas pertenencias, mientras que otras viajaban con carretas cargadas de muebles, precariamente equilibrados y sujetos con cuerdas, avanzando con lentitud, como caracoles con caparazones demasiado grandes para sus cuerpos.

Qingdao aún no estaba bajo control comunista, pero todas las

carreteras que conducían a ella sí. Aunque los cuadros negaban estos rumores, escuchábamos que lo único que impedía que el EPL atacara era la Marina estadounidense, que seguía anclada en el puerto de Qingdao.

Había puestos de control por todas partes a lo largo del camino, mientras los cuadros buscaban enemigos de clase, deteniendo, de forma aleatoria, a personas que iban hacia la ciudad. Aquellos que no tenían la documentación adecuada eran enviados de regreso, si tenían suerte; también se arrestaba a personas y se las subía a camiones militares. No tenía ni idea de a dónde iban esos camiones, pero me aterraba la idea de terminar en uno de ellos. Evitaba el contacto visual, nerviosa y sudorosa, rezando para que los cuadros se fijaran en los coches y caballos, y nos dejaran pasar.

Mamá, en cambio, tenía tanta fe en nuestro permiso de viaje que parecía confiada, casi alegre, como si llevara en el bolsillo el documento auténtico.

—Señora —dijo una voz.

Levanté la vista y vi a un cuadro haciéndonos señas. Su rostro estaba marcado con cientos de pequeñas cicatrices, probablemente de viruela, y su nariz estaba torcida, como si se la hubieran roto.

El corazón me dio un vuelco mientras se acercaba a nosotras.

A mi lado, Di parecía aburrida, incluso molesta por la interrupción. Envidiaba su tranquilidad en cada puesto de control, deseando poder tomar prestado algo de su aplomo. Yo, en cambio, me sentía como los muebles de aquellas carretas que habíamos visto: solo que, en lugar de cuerdas, era un hilo el que me mantenía unida. En presencia de los cuadros, un simple tirón me haría desplomar.

Para entonces, habíamos conocido a muchos cuadros que habían sido simpáticos y serviciales con nosotras. Sin embargo, en cuanto veía ese uniforme de cuatro bolsillos, mi visión se nublaba y me encontraba otra vez en el campo de flores silvestres. Recordaba al cuadro que me arregló los zapatos y nos dio dinero, y al que nos sonrió y ofreció direcciones, pero todos esos pequeños actos de

bondad no podían inclinar la balanza contra lo que el camarada Cheng y el camarada Lao habían hecho.

Siempre les tendría miedo.

No importaba lo que dijeran o hicieran: una voz interna me recordaba que su amabilidad no era para Ang Li-Hai, sino para la campesina descalza, cubierta de tierra, con una carretilla en las manos y un perro mestizo siguiéndola.

—¿Autorización de viaje? —exigió el cuadro.

Sin parpadear, Mamá metió la mano en el bolsillo y le entregó el papel. Ya estaba desgastado de tanto manipularlo.

—Ajá. ¿Zhucheng? —dijo el cuadro al leerlo.

Con esa sola palabra, cualquier resto de confianza en mí se desintegró. Este cuadro no era como los demás: este sabía leer. Sentí que el suelo bajo mis pies se hundía y tuve que apoyarme para no caer.

Mamá y Di parecían tranquilas, la larga trenza de mi hermana se movía con la brisa fresca de la primavera. Esa misma brisa me levantaba el pelo corto y me erizaba la nuca. Me pregunté si eran más valientes que yo o si simplemente no habían caído en la cuenta de que un cuadro alfabetizado podría comprender lo que había escrito y notar si algo estaba mal.

—¡Camarada Lao! —llamó—. ¡Ven aquí!

Apreté el brazo de Mamá, con las piernas a punto de cederme. No… ¿Él no? ¿El camarada Lao? ¿Cómo nos había encontrado? Debió viajar en coche, deducir que acabaríamos en esta carretera y esperarnos aquí con otros cuadros, hasta que alguien nos viera. Mi saliva tenía sabor metálico, como a sangre. ¿Estaba sangrando? Tragué, intentando tranquilizarme.

«Estoy bien. Mi boca está bien. ¡Contrólate!».

Desesperada, intenté recordar parte de los discursos de los cuadros de lo que Mao había dicho: «Una revolución no es una cena elegante».

Mis ojos se movieron hacia los camiones militares de color verde aparcados en fila.

«Todos los reaccionarios son tigres de papel».

Nos iban a meter a todas en uno de esos y llevarnos de vuelta a Zhucheng con carteles colgando de nuestros cuellos: «Reaccionaria. Opresora. Enemiga del Pueblo».

Del otro lado de la carretera, un hombre mayor que no reconocimos se acercó.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Al situarse junto al cuadro marcado por la viruela, me di cuenta de que era otro camarada Lao, uno de unos cincuenta y tantos años, con dientes amarillos, arrugas profundas y la barbilla cubierta de rastrojo blanco. No era el camarada Lao que había sentido el callo de mi dedo y asistido al camarada Cheng, pero mi mente no podía escapar de ese lugar. Me aferraba a Mamá tan fuerte, que ella intentó soltarme los dedos de forma discreta.

«Servimos al pueblo. Echar raíces y florecer».

—¿Dónde está Zhucheng? —preguntó el primer cuadro.

—Ah, lejos —respondió el viejo camarada Lao—. ¡Al menos a cien kilómetros, quizás doscientos! ¡Está más allá de la bahía!

—Ah… supongo que por eso —dijo el primer cuadro—. En esa oficina deben hacer las cosas de forma diferente. —Le devolvió la autorización a Mamá y añadió—: Perdón. Muchas oficinas rurales aún no conocen los estándares. ¡Se inventan sus propias reglas! —Él y el viejo camarada Lao rieron—. Que tengan buen día, y caminen con cuidado. En esta ruta habrá más coches y caballos, y son rápidos.

—Claro, gracias, camarada —indicó Mamá, guardando el permiso en el bolsillo con alivio.

Ya habíamos empezado a alejarnos, la carretilla retumbando sobre el camino, cuando escuchamos la voz del viejo camarada Lao gritar:

—¡Esperen! —Nos detuvimos de nuevo y nos giramos con cautela hacia él—. Deberían llevar ese perro atado cuando entren a la ciudad. Esto no es el campo. ¡No pueden dejar a sus animales sueltos, así como así!

—Sí, por supuesto —dijo Mamá, sonriendo—. ¡Gracias por su amable consejo!

—¡De nada! —respondió alegremente el viejo camarada Lao—. ¡Buen viaje!

Con eso, habíamos pasado el último puesto de control en el camino a Qingdao.

Debería haberme sentido eufórica, pero ocurrió lo contrario: sentí la bilis subirme por la garganta, a punto de vomitar. Temblando, apenas pude mantenerme aferrada a las asas de la carretilla. Mi cuerpo resistió hasta que estuvimos fuera de la vista del puesto, y, entonces, mis piernas hicieron por fin lo que llevaban tiempo amenazando: se derrumbaron y caí al suelo, golpeando la mejilla contra la tierra seca y amarillenta. Cualquier cosa que me hubiera mantenido unida se deshizo, y quedé inmóvil, hecha pedazos sobre el camino, enterrada bajo una nieve que caía solo en mi mente. Iba a asfixiarme.

—¡Hai! —gritó Mamá, arrodillándose e intentando sostenerme la cabeza.

Dentro de mí se abrieron las compuertas y empecé a llorar, sollozar, con todo el cuerpo sacudido por la pena. Apenas podía respirar, mis lágrimas eran como olas gigantes que me arrastraban hacia el fondo. Los sonidos estaban amortiguados, pero podía oír a Mamá preguntándome si estaba bien. Unas manos invisibles se habían enroscado en mi garganta, impidiendo que salieran palabras de mi boca.

Cuando conseguí hablar, lo único que pude decir fue:

—No puedo respirar.

Mamá me tranquilizó entre susurros, mientras Di agarraba una manta y me la colocaba sobre los hombros.

Entre las dos me envolvieron y me ayudaron a sentarme, apoyada en la carretilla, mientras Mamá reorganizaba nuestra ropa para hacer un cojín. Juntas, me levantaron y me acostaron, de modo que quedé hecha un ovillo, con las rodillas contra el pecho y las cantimploras de agua a mi lado.

—Está bien —dijo Mamá con suavidad—. Ya casi llegamos. Aguanta solo un poquito más.

Las lágrimas seguían corriendo por mi cara mientras luchaba por coger aire. ¿Cómo podía desmoronarme cuando estábamos tan cerca? Yo era la mayor, y se suponía que debía ser fuerte. Si alguien debía ir en la carretilla, era Lan o Di, y no yo. Se suponía que debía ayudar a Mamá, que ya cargaba con tanto, y odiaba ser otra carga más para ellas.

Mamá llevó a Lan en la espalda y me empujó a mí en la carretilla, mientras Di caminaba a su lado y Lucky detrás de ella. Sentía cada bache y cada irregularidad del camino, por pequeña que fuera, y, sin embargo, el vaivén de la carretilla era extrañamente reconfortante… Era como si por fin pudiera dejarme llevar.

Paso a paso, tal como habíamos hecho durante todo el viaje desde Zhucheng, llegamos a las puertas de la ciudad de Qingdao. Otros viajeros adelantaban a nuestro lento grupo, pero nosotras continuábamos en silencio. El rostro de Mamá era implacable y decidido, con los ojos fijos en aquellas firmes murallas de piedra, sin titubear. Parecía una guerrera a punto de tomar una ciudad, no para los nacionalistas, ni para los comunistas, sino para ella misma y para sus hijas.

—Mira —dijo, cuando por fin las puertas de Qingdao se alzaron ante nosotras—. ¿Has visto algo más hermoso que esto?

Di y yo estiramos el cuello.

La muralla antigua se curvaba hacia afuera, formando un semicírculo imponente, con una pagoda como centinela. Dos entradas flanqueaban los lados, y el camino se bifurcaba en dos, a medida que el tráfico se desviaba en ambas direcciones. Debían haber pasado años, quizás décadas, desde la última vez en que aquellas piedras habían sido fregadas, y un musgo vibrante trepaba por la base y los lados del muro. La mayoría de los bloques se mantenían firmes, pero en varios puntos las piedras se habían desmoronado con el tiempo.

Mamá giró hacia la izquierda, hacia las puertas de hierro oxidado,

abiertas de par en par, como brazos metálicos. Para mí, parecían las majestuosas puertas del cielo. Hermosas.

El cielo azul que brillaba sobre nosotras quedó bloqueado mientras pasábamos bajo el arco de la entrada de la ciudad. Un corto túnel… y luego, de nuevo, la luz.

Cerré los ojos y solté un largo suspiro, como si fuera el aire que había contenido durante todos esos meses. Los abrí y miré a Mamá.

Estaba cubierta del polvo del camino, atravesada por surcos de sudor que le corrían por la cara, y, aun así, irradiaba luz. Habíamos llegado, y ella había vencido.

QINGDAO, SHANDONG

12
DE BOCA EN BOCA

Después de entrar a la ciudad, nos detuvimos para descansar y comer pan plano, mientras yo me recuperaba de mi ataque de nervios.

Mamá había visitado Qingdao solo un puñado de veces, y Di y yo nunca. Aunque seguíamos en la misma provincia, en el mismo país, el simple cambio de tamaño y los edificios de aspecto extraño me hacían sentir como si estuviera en un país extranjero. Lo que más me llamaba la atención era el ruido. Sentadas juntas en un callejón, podíamos oír el chirrido constante de las ruedas de los carros, el repiqueteo de los cascos de los caballos y el golpeteo de los rickshaws. Todos parecían interactuar gritando, sin importar si discutían sobre el tráfico o tenían una conversación amistosa sobre el clima.

A nuestro alrededor, personas con carretas, sacos y maletas merodeaban sin un lugar a donde ir. Muchos de ellos parecían mejor cuidados y tenían más pertenencias que nosotras, pero también había mendigos, incluidos niños que estaba claro que habían vivido en la calle durante mucho tiempo: sus pies estaban negros y su ropa hecha jirones, con la piel agrietada y reseca por la constante exposición al viento y al sol. Incluso los vendedores ambulantes parecían harapientos, suplicando y gritando a la gente para que les comprara algo. Qingdao ya había sufrido de pobreza, pero ahora

había miles de indigentes adicionales, desplazados por la guerra civil.

De vez en cuando, la iglesia católica instalaba puestos para repartir pan y gachas, pero aquello era un caos brutal. Todos se empujaban para llegar a las mesas, sin importarles quienes resbalaban, gritaban o eran pisoteados. Mamá nos mantenía alejadas de esas multitudes, sabiendo que éramos pequeñas y probablemente nos harían daño o nos matarían. Cuando se acababa toda la comida, nos llevaba a pedir, con la cabeza gacha, cualquier sobra que pudieran darnos.

Las primeras noches, Di, Lan y yo dormimos en la calle, pero Mamá tenía demasiado miedo para cerrar los ojos. La trata de personas era endémica en la región, y el caos de la guerra la había vuelto rampante. Con Lucky a su lado, se mantenía en guardia, y dormía unas horas después de que yo despertara al amanecer.

Cuando la luz del día bañaba la ciudad, las masas acurrucadas y hambrientas se levantaban. Sin embargo, también había personas que dormían hasta entrada la tarde. Algunos estaban enfermos, otros borrachos, pero varios estaban muertos. A menudo, estos cadáveres estaban desnudos: almas vivas y desesperadas les habían quitado la ropa, y cualquier cosa de valor.

Mamá susurraba una oración budista cada vez que los veía, pero no se molestaba en cubrirnos los ojos. A esas alturas, si intentaba protegernos de la fealdad del mundo, pasaríamos nuestros días en la oscuridad.

En cada calle, los recién llegados revisaban a otros indigentes, buscando familiares perdidos. Era una red aleatoria y desesperada de gente diciendo: «Soy de esta familia, ¿has visto a alguien de mi familia? ¿No? Bueno, estaré en esta calle. Si encuentras a alguien de mi familia, por favor dile dónde encontrarme».

Mamá hizo lo mismo, preguntando a todos los que encontraba si conocían a alguien de la familia Ang o la familia Dao.

Los padres de Mamá tenían una casa en un área llamada Dabaodao. Aunque la gran flota naviera de los Dao estaba anclada

en Rizhao, ningún negocio podía ignorar el puerto comercial de Qingdao, así que habían comprado una base para operaciones comerciales durante la primera década de la ocupación alemana. Alemania había tomado la ciudad como protectorado en 1898 y la había dividido entre europeos, que vivían en el Distrito de las Villas, y los chinos adinerados, que vivían en Dabaodao.

Los alemanes habían modelado meticulosamente el Distrito de las Villas, según sus propias ciudades natales, con calles de nombres alemanes y parques llenos de árboles que recordaban a sus bosques nativos.

Para cuando Yei Yei se mudó a Qingdao, la segregación ya no era estricta, y los chinos ricos podían vivir en cualquier lugar. En 1924, los cuarteles militares alemanes, en el Distrito de las Villas, se convirtieron en el campus de Qingdao de la Universidad de Shandong. Como Yei Yei era el contralor encargado del plan de estudios universitario, el gobierno le dio una casa en el campus, acorde con el prestigio de su cargo.

Mamá se sentía incómoda en la Villa, porque le parecía demasiado extranjera, y, en su opinión, indecente.

Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, Qingdao había recibido a los marines estadounidenses estacionados allí para desarmar a los japoneses, apoyar a Chiang Kai-shek y contrarrestar la influencia de la Unión Soviética.

Dado su historial de imperialismo, Mamá asociaba a los occidentales con clubes nocturnos y burdeles. Por lo que nos contaba, imaginábamos que, de noche, mujeres poco recatadas, con rostros blanqueados con polvo y labios rojos brillantes, deambulaban por las calles de la Villa como fantasmas hambrientos. Sin embargo, esa incomodidad no podía competir con nuestra hambre. Nos habíamos quedado sin provisiones y la búsqueda de familiares era urgente.

De la mano, entramos a la Villa, solo para descubrir que la Universidad de Shandong estaba cerrada; los marines estadounidenses tenían un cuartel en el campus, pero estaba casi

desierto: la mayoría de los extranjeros ya habían sido evacuados.

Por el personal de los restaurantes cercanos supimos que las clases habían sido suspendidas y que los profesores habían huido al sur, a ciudades controladas por los nacionalistas.

Después de meses de silencio y de las palabras del camarada Cheng, no nos sorprendió que los Ang se hubieran ido. Aun así, me sentí amargada. ¿Cómo podían haberse marchado de Qingdao sin avisarnos? Recordé una foto granulada de Shanghái que había visto. ¿Estaría nuestra familia allí, paseando feliz por sus calles cosmopolitas?

Nuestros estómagos vacíos no nos permitieron lamentarnos mucho tiempo, ya que Mamá nos redirigió a buscar a su propia familia.

Sin un mapa, vagamos hasta encontrar Dabaodao, que tenía una mezcla de arquitectura china y europea. Era más sucio que la Villa, con calles más estrechas y edificios abarrotados, y letreros casi exclusivamente en chino. Como asesinas, nos dispersamos, abordando a todos en la calle para pedir información sobre la familia Dao.

Hablamos con cientos de personas, hasta quedarnos roncas, pero sin éxito.

Finalmente, Mamá vio a un hombre con bata blanca y varios paquetes en las manos, y lo detuvo cuando entraba en una farmacia.

—Disculpe, por favor. ¿Conoce a alguien con el apellido Dao? —preguntó.

Había adivinado que era farmacéutico y, por su profesión, podría conocer a la gente del vecindario.

—Sí —respondió este. Aunque su tono fue educado, sonaba apurado—. Conozco a un Dao Chiang-Sen, que vive a unas calles de aquí.

El rostro de Mamá se iluminó por la emoción.

—¡Es mi hermano menor! —exclamó—. ¿Está aquí, viviendo en Qingdao?

El hombre se apoyó en la puerta de la farmacia y cambió el peso de sus paquetes.

—No sé cuánto tiempo estará por aquí —dijo—, pero lo vi hace apenas unas semanas. Viene a mi farmacia con regularidad, cada vez que está en Qingdao; ha sido un cliente fiel desde hace mucho tiempo.

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo? —preguntó Mamá—. Me casé y dejé a mis padres hace más de diez años, y no recuerdo su dirección en Qingdao.

El farmacéutico miró a Mamá con sospecha, y luego a nosotras, dejando claro con su postura que no quería que entráramos en su tienda. Con desdén, notó la presencia de Lucky, que seguía suelto, a pesar de la advertencia del camarada. Se le veía preguntándose cómo un hijo de la acaudalada familia Dao podía estar relacionado, y mucho menos emparentado, con un grupo de pordioseras apestosas como nosotras.

—No puedo dar esa información —respondió con sequedad.

—Por favor —suplicó Mamá—. Mis hijas y yo estamos solas. Mi esposo se ha ido y no tenemos ingresos ni comida. Necesitamos familiares que puedan ayudarnos a salir de la calle. Es peligroso, y mi hija menor ni siquiera tiene un año.

La mirada del farmacéutico se posó en Lan, que estornudó con fuerza, antes de apoyar la cabeza en el hombro de Mamá. Suspirando, dijo:

—No sé su dirección, pero puede intentar ir a la calle Jianing y preguntar por él allí. —Señaló más allá, donde la calle principal se dividía en varios callejones—. Puede que no haya letrero. Así que, cuando esté cerca, vuelva a preguntar.

Mientras Mamá se inclinaba para agradecerle, cerró la puerta, aliviado de que nos alejáramos de su negocio.

La zona residencial de Dabaodao era ordenada y uniforme, con complejos de apartamentos dispuestos en acogedoras cuadrículas. La calle Jianing estaba llena de casas *liyuan*[4], construidas por los alemanes y únicas en Qingdao: edificios blancos, con techos

triangulares de color rojo anaranjado, conectados por callejones y patios interiores. Varias familias compartían estos espacios, creando comunidades muy unidas.

Mamá nos llevó calle arriba y calle abajo, preguntando a todos por su hermano menor. Más rápido de lo que esperábamos, encontramos a una anciana que lo conocía y que, a diferencia del farmacéutico, no tuvo reparos en señalar exactamente dónde vivía.

—El señor Dao vive en la planta baja de esa unidad —indicó, señalando la casa *liyuan*, al otro lado de la calle. Su rostro estaba arrugado, pero su cabello seguía oscuro y sobresalía por debajo de un sombrero blando con flores. Llevaba un conjunto cubierto de estampados florales, una explosión de colores que, curiosamente, combinaban entre sí. En una mano sostenía una escoba. Acercándose un poco más, levantó el dedo índice y advirtió—. No querrán ir allí ahora mismo… Tiene tuberculosis.

—¿Qué? —exclamó Mamá, alarmada—. ¿Cómo lo sabe?

La anciana resopló y respondió:

—Yo lo sé todo. He vivido en esta calle durante más de cuarenta años. Mis padres eran trabajadores aquí, cuando llegaron los alemanes. Conozco a todos los que han pasado por aquí, y todo lo que sucede. ¿Quiénes son, por cierto? —preguntó, acercándose tanto, que su nariz casi tocó la nuestra.

—Soy la hermana mayor del señor Dao —respondió Mamá, echándose hacia atrás, para guardar espacio.

—Ah —dijo la anciana, acercándose de nuevo. La noté recelosa, con los ojos moviéndose de los andrajos de mis pies a Lan, que dormía en la espalda de Mamá, tan cubierta de polvo, que parecía una muñeca de barro. Con la intensidad de su mirada, parecía estar tomando fotos con la mente—. Soy la esposa del señor Ding. Su hermano vino aquí hace apenas unas semanas, pero conozco a su familia. ¿Vienen también de Rizhao?

—Sí —mintió Mamá. Por si los camaradas nos buscaban, no quería que nadie supiera que habíamos viajado desde Zhucheng.

—¿Y cómo están las cosas allí? —se interesó la señora Ding, más

curiosa que preocupada. Antes de que pudiéramos responder, contestó ella misma—: Probablemente, muy mal, por su aspecto. ¿Los comunistas han empezado la reforma agraria? —Sus ojos se posaron en nuestra carretilla casi vacía, y añadió—: ¿Dónde está su esposo? ¿Están solas?

—Es una situación complicada —comentó Mamá, decidida a no dar detalles de lo que nos había pasado—. Le agradecemos mucho haber encontrado a alguien tan bien informado como usted, pero mis hijas están cansadas y necesitamos ver a mi hermano. —Tomó la mano de Di y me hizo señas para que empujara la carretilla hacia delante—. Esperamos verla pronto.

—Oh, así será —aseguró la señora Ding con alegría—. ¡Siempre estoy aquí!

Su tono era amable, pero no pude evitar sentirme amenazada. Después de lo ocurrido en Zhucheng, queríamos ser discretas, pasar desapercibidas y que nos dejaran en paz. Resultaba inquietante pensar que nada más llegar ya había un par de ojos curiosos observándonos, y unos labios sueltos, listos para contar nuestras actividades a cualquiera con un oído y unos minutos libres.

Nos despedimos de la señora Ding, sintiendo su mirada clavada en nuestras espaldas, mientras nos dirigíamos a la que supuestamente era la casa de mi tío.

En el patio, había varias cuerdas de tender ropa con prendas lisas, desteñidas por tantos lavados. Dos bicicletas se apoyaban contra la pared trasera, unidas con una larga y oxidada cadena, que atravesaba las dos ruedas de cada una. A lo largo de las paredes laterales, grandes macetas con plantas caídas por falta de agua. En la puerta de la primera unidad colgaba, al revés, un diamante rojo con el carácter de la suerte, *fu*.

Mamá se acercó y llamó con fuerza.

Mientras esperábamos, Di volvió para cerrar la entrada del patio y, con una sonrisa, saludó de nuevo a la señora Ding.

Pasaron varios minutos y hubo que golpear de nuevo, antes de que un hombre, que parecía mayor que Mamá, abriera la puerta.

Llevaba una camisa y unos pantalones de algodón negro, que le quedaban grandes para su delgado cuerpo; noté que no llevaba cinturón y que se había sujetado el costado del pantalón con una pinza de ropa. No había duda de que estaba emparentado con Mamá: en su rostro vi el de ella, en versión masculina, con pómulos altos, cejas separadas y una nariz fina. Su piel era amarillenta y tenía ojeras marcadas. Una barba rala cubría su mentón.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó.

Mamá levantó los brazos en el aire y chilló de alegría, sonando como una niña.

—¡Eres tú! ¡Gracias a los dioses, eres tú! ¡Gracias a los dioses que hemos encontrado la casa correcta!

Sus ojos se abrieron al reconocerla y sonrió, mostrando un diente de oro.

—¿Hermana mayor?

Mamá asintió, riendo, y se inclinó para abrazarlo. A pesar de su aspecto demacrado, sabíamos que era cinco años menor que ella.

—¡Ha pasado tanto tiempo, pequeño Sen! Chicas —indicó, girándose hacia nosotras—, ¡saludad a vuestro tío Sen!

—Hola, tío Sen —dijimos Di y yo a la vez.

Me pregunté si la señora Ding tendría razón sobre lo de la tuberculosis, y mantuve la distancia, preocupada de que el rápido abrazo de Mamá fuera suficiente para contagiarla.

—Me alegra veros en Qingdao —empezó tío Sen, eligiendo sus palabras con cuidado—. Pero, si estáis aquí, significa que habéis huido de Zhucheng, ¿no?

Como el farmacéutico y la señora Ding, sus ojos fueron directos a mis andrajos y a Lucky, que se mordía la parte trasera del cuerpo.

—Sí —afirmó Mamá, y el peso de lo que habíamos sufrido hizo que la alegría del reencuentro se desvaneciera—. Estos últimos meses han sido terribles, y el viaje hasta aquí, agotador. Te contaré los detalles más tarde, pero, en pocas palabras, no podemos volver a casa. Al menos, no por ahora, y creo que durante mucho tiempo.

El tío Sen asintió, comprensivo, y dijo:

—También fue una pesadilla en Rizhao. —Cuando vio que el rostro de Mamá se cubría de temor, añadió—. Madre y padre están vivos y razonablemente bien. Les dije que vinieran a Qingdao, pero padre está demasiado débil para hacer el viaje y madre no quiere dejarlo. Cuando pueda reconstruir nuestro hogar aquí, les enviaré un coche. Por ahora, los comunistas los han dejado en paz.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó Mamá, preocupada—. Nosotras también creíamos que los camaradas nos perdonarían, pero nos equivocamos. ¿Te obligaron a soportar un mitin de denuncia?

—¡Dios me libre! —exclamó el tío Sen con un escalofrío—. Aunque he visto algunos. Fueron espectáculos repugnantes y sangrientos. Hemos tenido problemas financieros desde hace tiempo; no sé cuánto sabes de eso, pero al final ha sido una bendición. Cuando los comunistas llegaron a Rizhao, tenían cabezas más grandes que colgar.

El tío Sen miró por encima del hombro de Mamá hacia la puerta del patio, que estaba cerrada. Levantó la vista hacia las ventanas de los pisos superiores y de los apartamentos de enfrente, y vio que algunas estaban abiertas.

—Puedo contarte más, luego. Esto puede parecerte extraño —añadió vacilante—, pero tu esposo nos escribió a Rizhao.

Sentí un nudo en la garganta cuando Mamá dio un respingo. Por su expresión, supe que esperaba buenas noticias.

—¿Mi esposo está todavía en Qingdao? —preguntó, esperanzada.

—No —respondió el tío Sen, con un movimiento de cabeza y mirando de nuevo con nerviosismo hacia las ventanas abiertas—. Lamento decepcionarte, pero es una larga historia. ¿Habéis comido ya?

—Solo un poco —empezó Mamá, ansiosa por saber más sobre Papá—. No mucho.

Siguiendo la costumbre, el tío Sen debería habernos invitado a su casa para tomar un refrigerio o incluso una comida. En cambio, se movió incómodo. Bajó la voz, hasta un susurro ronco, y dijo:

—Hermana mayor, estoy recuperándome de tuberculosis. No quiero que ni tú ni tus hijas os enferméis. Estoy mucho mejor que antes, pero me preocupa seguir siendo contagioso.

Di y yo dimos un paso atrás, al verlo carraspear, pero Mamá permaneció inmóvil.

—Ya hemos sobrevivido a la tuberculosis —informó esta, impasible—. El año pasado. Y la verdad es que, si dices que mi esposo no está en Qingdao, no tenemos a dónde ir. Hemos dormido en callejones los últimos diez días. Ha sido duro para nosotras, especialmente para mis hijas.

Mamá pensaba sobre todo en nosotras, pero yo sabía que para ella era aún más difícil: vigilaba cada noche y, aun así, se levantaba cada día para pedir comida y buscar familiares.

Mientras el tío Sen se limpiaba la nariz, recordé que Di no había estado expuesta a la tuberculosis. Abrí la boca para objetar, pero me di cuenta de que Mamá tenía razón. ¿A dónde más podíamos ir? Las calles estaban llenas de enfermedades y delitos. Refugiarnos con un pariente enfermo seguía siendo más seguro que estar a la intemperie con otra gente desesperada y hambrienta.

—Entonces pasad —nos invitó el tío Sen con calidez—. Sois bienvenidas en mi casa. Coged solo vuestras cosas, podéis dejar la carretilla aquí fuera; nadie en este barrio necesita utilizar la herramienta de un campesino. El perro también se queda aquí afuera —añadió—. Sin embargo, no puedo prometer que nadie se lo coma. Los tiempos son duros y parece bien alimentado. —Soltó una carcajada, tosiendo entre risas, al ver la expresión horrorizada en mi cara.

Le susurré a Lucky que volveríamos, y lo empujé bajo la carretilla, diciéndole que se escondiera y evitara a cualquier extraño.

Seguimos al tío Sen dentro de su apartamento, quitándonos los zapatos.

Cuando me agaché para desatar los nudos de las tiras que sujetaban mis harapos, la tela estaba tan gastada que un simple tirón de mis dedos la rompió.

Las ventanas del apartamento eran de vidrio, y la luz entraba, hermosa, iluminando un conjunto de muebles tallados. Era parecido al que teníamos en Zhucheng, pero la madera parecía más vieja y necesitada de barniz. La casa del tío Sen era una mezcla extraña de riqueza y pobreza; los muebles eran caros, pero las paredes y estantes estaban vacíos.

—Haré té —anunció el tío Sen—. ¿Por qué no os laváis? Ahora funciona el agua, así que habéis tenido suerte. El baño está allí. —Señaló una pequeña habitación con un lavabo metálico con grifo y palanca.

Mamá entró primero, mientras Di y yo esperábamos fuera, curiosas.

Puso el tapón en el lavabo y, al levantar la palanca, el agua salió a borbotones. Nosotras jadeamos, asombradas. En Zhucheng, había que sacar el agua del pozo, lo cual ya era mejor que tener que caminar hasta el río. Recordé a Papá elogiando el sistema de agua de Qingdao como una maravilla de la ingeniería. Escuchar su descripción de un grifo moderno no se comparaba con verlo con mis propios ojos.

Una por una, enjuagamos la tierra y el polvo de nuestras caras, cabello y manos. Había un desagüe en el suelo, así que Mamá encontró una jarra e hizo que nos laváramos el cuerpo también. Lan gritó cuando Mamá la frotó, furiosa por haber sido despertada de su siesta. El agua helada me erizó la piel, pero se sentía maravillosa mientras corría hasta mis pies y desaparecía por el desagüe, llevándose las huellas del viaje.

Bañarnos ayudaba a poner distancia entre nosotras y Zhucheng, como si pudiéramos borrar parte de la vergüenza que nos había marcado.

Después de secarnos, elegimos nuestra ropa más limpia y nos reunimos con el tío Sen en la sala.

Nos dio una taza humeante de té oolong dorado a cada una.

—Este té es del sagrado Monte Lao —presumió, mientras el calor de la porcelana se filtraba en mis dedos.

Ese té fragante era uno de los pocos lujos que quedaban en la casa de los Dao. Supimos que, antes de la llegada de los comunistas, el padre de Mamá, mi *Lao Yei*[5], había dilapidado la fortuna familiar en su pipa de opio, fumándose el futuro del tío Sen. Cuando el imperio Dao se derrumbó, *Lao Yei* yacía en una neblina inducida por la droga, una prisión creada por él mismo. Para cuando aparecieron los comunistas, la ira popular contra ellos estaba apagada. Lo más importante: su riqueza estaba en barcos, no en tierras, lo que significaba que los Dao eran comerciantes, no terratenientes, y estos últimos eran el principal blanco de los levantamientos rurales.

Los camaradas confiscaron los últimos bienes de los Dao, pero les perdonaron la vida, y permitieron que el tío Sen se marchara.

Mientras sorbíamos el té, Mamá empezó a impacientarse, sentándose al borde del asiento y moviendo el pie.

—Bien, sobre la carta de tu esposo —empezó el tío Sen, recostándose en su silla, mientras el vapor caliente del té salía de la taza—. Si lo que dice en la carta es cierto, él y el resto de los Ang están en Taiwán.

—¡¿Taiwán?! —exclamamos Mamá, Di y yo a la vez.

—¿Qué hace allí? —preguntó Mamá, confundida.

Taiwán nos resultaba tan exótica y desconocida como Alemania o Japón. Estaba tan al sur y separada por mar, que bien podría ser otro país. ¿Qué hacían hombres de Shandong, criados a base de trigo e inviernos, en esa isla tropical, frente a la costa de Fujian?

El tío Sen tomó un papel doblado que estaba sobre la mesa junto a su silla.

—Me la llevé cuando salí de Rizhao. Me reí de mí mismo en ese momento, pensando que era imposible que fuera a verte, pero tal vez fue un sexto sentido lo que me hizo cogerla. —Le entregó a Mamá la carta, escrita en un papel grueso y de alta calidad, blanco como una perla—. Xiao-Long nos pidió que nos asegurásemos de que recibieras esta carta, que dirigió a ti. Supongo que no pudo comunicarse contigo en Zhucheng y pensó que tal vez intentarías

encontrarnos a nosotros.

Mamá tomó el fino papel, que crujió cuando lo desplegó apresuradamente.

Di y yo nos inclinamos sobre su hombro para leer el contenido, y ella no nos apartó. Nosotras también merecíamos saber lo que contenía.

«Querida Chiang-Yue», comenzaba la carta, «espero que esta carta te encuentre, y lamento no poder decirte esto en persona. No podremos regresar a Zhucheng en un futuro cercano. Poco después de nuestra llegada a Qingdao, recibimos noticias de Jian instándonos a huir del norte, no hacia el sur, a Shanghái, sino en barco hacia Taiwán».

El tío Jian, padre de Chiao, era la oveja negra de una familia profundamente arraigada en el mundo académico. En su infancia había sido un alborotador, pasando más tiempo fuera del aula, castigado por mala conducta, que sentado en su pupitre. Solía decir que odiaba leer, odiaba las matemáticas y, sobre todo, odiaba estudiar. Para Yei Yei, la identidad de los Ang era inseparable de su linaje de eruditos, y presionó a sus dos hijos para que persiguieran posiciones destacadas en universidades. Padre cumplió con su camino asignado, mientras su hermano se rebeló.

A pesar de las súplicas y amenazas de Yei Yei, el tío Jian se alistó en el ejército, inscribiéndose en la Academia Militar de Huang Pu, el centro de formación más prestigioso para soldados bajo el gobierno nacionalista. Fundada por Sun Yat-Sen y financiada por la Unión Soviética, Huang Pu formó a muchos comandantes militares, tanto para los nacionalistas como para los comunistas. Mientras el tío Jian se entrenaba allí, uno de sus compañeros de clase era nada menos que Chiang Ching-Kuo, primogénito del generalísimo Chiang Kai-shek.

Mientras padre estaba seguro en Qingdao durante la Segunda Guerra Mundial, el tío Jian estaba en el frente, luchando contra los japoneses, forjando relaciones con compañeros de armas, que luego dirigirían el ejército nacionalista. Su destreza en el campo de batalla

y su aguda mente estratégica lo hicieron ascender con rapidez, convirtiéndose en coronel, poco después de la rendición de Japón.

Su cargo y su amistad personal con Chiang Ching-Kuo le dieron acceso a información confidencial que Chiang Kai-shek ocultaba, incluso a la mayoría de las autoridades nacionalistas.

Según la carta de padre, el tío Jian sabía ya en 1948 que Taiwán estaba siendo preparado como punto de retirada.

Chiang Kai-shek había ordenado en secreto que los tesoros del Museo del Palacio fueran enviados a Taipéi, junto con todas las reservas de oro del Banco Central, unos cuatro millones de taeles. Apenas existían registros escritos de estas órdenes, pero Chiang Ching-Kuo se lo había contado al tío Jian, y este había comprendido que incluso el generalísimo estaba perdiendo la fe. Los nacionalistas iban a perder el continente.

El tío Jian advirtió a Yei Yei y a padre que pronto no habría más pasajes marítimos de Qingdao a Taipéi, y los instó a irse lo antes posible. Tenía informes de cada batalla importante y, solo con ver las cifras, sabía que los nacionalistas no podrían recuperarse de sus pérdidas. Previendo un éxodo de continentales tras la victoria comunista, sugirió que la familia se estableciera temprano en Taipéi, antes de que la isla se viera desbordada por los recién llegados. Gracias a sus contactos, podía conseguirles un pasaje seguro y autorización para viajar.

Mientras los administradores de la Universidad de Shandong discutían trasladarse a Shanghái, Yei Yei se apartó de sus colegas y se aferró al salvavidas que le tendía su díscolo hijo, cuyas palabras se habían vuelto oro, y cuya información privilegiada era inestimable.

En cuestión de días, toda la familia estaba en el puerto, embarcando en uno de los últimos barcos que partían directamente de Shandong.

Padre afirmaba que no había habido tiempo para volver a por nosotras, pero que había intentado enviar una carta a nuestro *siheyuan*. No estaba claro si se había perdido en el correo o si los comunistas la habían interceptado; tal vez así fue como el camarada

Cheng supo que nuestra casa en Qingdao estaba vacía.

De cualquier forma, nunca la recibimos, y el porqué o el cómo eran irrelevantes. Las palabras escritas de padre no podían habernos alimentado, albergado o protegido de las personas con las que nos dejaron. Cuando dijo que no tuvo tiempo, yo entendí que no tuvo voluntad. El viaje de regreso a Shandong era demasiado peligroso para el precioso primogénito de una familia prestigiosa, un riesgo inaceptable, solo por las vidas de mujeres y niñas.

Mamá se quedó quieta, con el peso de las palabras de padre, absorbiendo el contenido de su carta.

—Lo siento, hermana mayor —dijo el tío Sen, con la mirada fija en su sagrado té, que no era lo bastante divino como para aliviar nuestra hambre. No había comida en su cocina, y él mismo había sobrevivido a base de té, hierbas medicinales y sopa de fideos de los puestos callejeros—. Tu esposo no volverá. Al menos, por ahora, y parece que pasará mucho tiempo.

La taza de Mamá estaba vacía, las hojas de té formaban un patrón en el fondo tan confuso como nuestro futuro incierto. Levantó la cabeza, y habló:

—Pequeño Sen, necesitamos un lugar donde quedarnos. Necesitamos estar a salvo. Necesitamos refugio, y no tenemos a dónde ir. No cogeremos ni tu comida ni tu dinero, pero agradeceríamos el favor de compartir tu espacio. Sé que somos muchas, pero huimos de Zhucheng con nada más que lo que llevábamos puesto y esa carretilla.

Sin dudarlo, el tío Sen indicó:

—No necesitas pedírmelo como una mendiga. Somos familia. Hay otra habitación, donde tú y las niñas podéis quedaros. No hay cama, pero podemos poner algunas mantas y toallas en el suelo. Te ayudaré en lo que pueda, pero yo tampoco tengo mucho. —Señaló los estantes vacíos y añadió—: He vendido cosas para sobrevivir, pero todo se ha ido en el tratamiento de mi tuberculosis. No estoy lo bastante fuerte para trabajar todavía, pero buscaré empleo en Qingdao cuando pueda.

—Yo también buscaré trabajo —anunció Mamá con optimismo.

—Esto está hecho un desastre —advirtió el tío Sen—. Decenas de miles de empleos se perdieron cuando todos los extranjeros huyeron. Los conductores de rickshaws no tienen negocio, y las fábricas han cerrado. Los estadounidenses se han ido, así que hasta las prostitutas están desempleadas. Todo el mundo, en todas partes, está buscando trabajo.

Mamá nunca había tenido un empleo, ni ganado un salario en su vida, pero había trabajado para Nai Nai en condiciones más abusivas que muchos trabajos. No le temía al trabajo duro, ni se consideraba por encima de ninguna tarea.

—Haré todo lo posible —afirmó—. Mientras tengamos refugio, mis hijas y yo podremos encargarnos del resto.

13
ZAPATOS DE CAJAS DE CERILLAS

El tío Sen nos había dicho que se estaba recuperando de la tuberculosis, pero pronto quedó claro que su salud no mejoraba. Pasaba la mayor parte del día en la cama, agotado, y a veces con fiebre, tosiendo tan fuerte que nos despertaba por la noche.

Cuando estaba bien, era buena compañía, salvo por sus constantes bromas sobre sacrificar a Lucky y servirlo para la cena. Me decía:

—En la ciudad es diferente al campo. Aquí solo la gente rica tiene perros. Cuando el ejército comunista llegue a Qingdao, serán los primeros en llevárselo, para presumir de riqueza con su gordita mascota.

Lucky no estaba gordo, ni mucho menos, pero el tío Sen tenía parte de razón. Los perros en la ciudad eran generalmente adornos peludos, no animales de trabajo, como los de los campesinos en Zhucheng. Sin embargo, Lucky no era un perro faldero, y se defendía bien: no solo cazaba ratas como un gato, sino que también comía basura, como una cabra. Antes, había perros y gatos callejeros por las calles, pero ahora los mendigos hambrientos se los habían comido todos. Incluso la gente atrapaba ratas y otros animales, y hurgaba en las alcantarillas para encontrar cualquier bocado que llenara sus estómagos vacíos.

A donde fuera, Lucky me seguía como una sombra protectora. Nunca olvidaría que fue este quien ladró, para advertirnos aquella mañana en que el camarada Lao y su grupo vinieron a llevarme.

Oíamos que, en el campo, las familias ya no podían tener perros.

Los cuadros espiaban agazapados, al lado de las puertas y ventanas, escuchando conversaciones, y, con un perro en casa, el más mínimo sonido o incluso el olor de un fisgón hacía que ladrara, alertando a los habitantes.

Mientras Mamá buscaba trabajo, Lan se quedaba con el tío Sen, y Di y yo íbamos a los mercados. Rebuscábamos en la basura y pedíamos sobras, manteniéndonos a distancia de los cientos de niños y mendigos que buscaban en los mismos callejones.

Los vendedores ambulantes nos echaban, agitando cucharones y espátulas de forma amenazante, golpeando, si nos quedábamos demasiado cerca de sus clientes. No es que fueran crueles; simplemente había demasiados pilluelos con dedos rápidos y muy pocos comensales con otras opciones.

Estallaban peleas brutales por, literales, montones de basura, y la gente vigilaba sus «territorios» como animales.

—¡Yo pido aquí! —gritó un niño cuando pedí comida sobrante en un puesto de fideos.

Se acercó a mí, y, cuando me mantuve firme, bajó la cabeza y embistió como un toro. Gritando, salí corriendo, tirando taburetes y golpeando una mesa, haciendo que un cubo de palillos se desparramara por el suelo.

Lucky se interpuso entre el niño y yo, gruñendo, y le dio un mordisco en el talón cuando él giró y huyó en la dirección opuesta, estrellándose contra otra mesa, antes de atravesar el resto del mercado.

El vendedor agarró una escoba para golpear a Lucky, pero este lo esquivó con agilidad y salió disparado por un callejón, donde me encontró agazapada en las sombras.

Nunca volvería a acercarme a ese puesto, y sospechaba que el niño tampoco.

En este sentido, Lucky era útil a veces, pero, en general, él y Di eran pésimos compañeros para buscar comida, porque se comían cualquier cosa, apenas la encontraban.

Regañé a Di y le recordé que debíamos guardar comida para Mamá, que estaba amamantando y necesitaba alimentarse tanto por Lan, como por ella misma. Siempre que encontraba sobras de carne, o incluso huesos, los guardaba en una bolsa para llevarlos a casa. Los huesos podían hervirse para hacer caldo, que era nutritivo y llenaba.

La mayoría de los ricos ya se había ido, pero todavía quedaba una población considerable, con recursos, que frecuentaba los restaurantes. La gente peleaba por esa basura de «primera», que incluía comida desechada por personas, que comían tan bien, que podían permitirse tirar lo que les sobraba.

Di y yo ya no temíamos a las multitudes y dejamos de hacer caso a la advertencia de Mamá sobre ser pisoteadas: yo era pequeña y me escabullía bien entre la gente, y a veces lograba atrapar algo realmente bueno, como un gran hueso de cerdo, con algo de carne y tendón todavía pegados. A menudo nos daba diarrea, por comer comida sucia o en mal estado, pero nuestros estómagos eran resistentes y rara vez enfermábamos de gravedad.

Compartíamos con el tío Sen todo lo que llevábamos.

A veces, nos daba objetos para vender o intercambiar en el mercado negro, que se había convertido en el mercado principal, a medida que el comercio de la ciudad se reducía al mínimo. Para entonces, el tío Sen ya no tenía nada que estuviera en demanda; nadie quería sus plumas estilográficas caras, ni sus pergaminos de pintura antigua, y se vendían por el equivalente a unos pocos centavos.

Con algo de dinero, Mamá compró más harina y un poco de azúcar moreno, para hacer bollos dulces para el desayuno.

Por las mañanas, yo llevaba la carretilla llena de bollos a una calle concurrida e intentaba venderlos.

Qingdao tenía una mezcolanza de monedas, y, en los buenos

días, un puñado de ellas tintineaba en mi bolsillo. Pensaba en los relucientes taeles de oro y plata que se usaban en la China imperial, y me preguntaba cuándo vendería Mamá el tael que aún guardaba en su ropa interior.

Aunque había regañado a Di por criticar a Mamá por conservar las joyas, no podía evitar desear que las vendiera para poder comer de verdad.

Un día, estaba sentada en la esquina con mi carretilla de bollos, cuando Mamá vino corriendo hacia mí.

—Hai —dijo, emocionada—. Necesito la carretilla. Tenemos que sacar los bollos.

La ayudé a poner una manta en el suelo, apilar los bollos encima y doblar la manta, para que se mantuvieran húmedos y suaves.

En cuanto el último bollo estuvo fuera, Mamá agarró las asas y salió corriendo, lo más rápido que pudo, sobre sus maltrechos pies, mientras la carretilla crujía y traqueteaba en protesta.

¡Había encontrado trabajo!

En la zona industrial de Qingdao había una fábrica de cerillas que seguía abierta, ya que estas seguían siendo muy demandadas. Todo el mundo competía por un puesto, y el encargado de contratación había decidido dar prioridad a su familia. Es decir, a quienes compartían su apellido. Cuando Mamá fue a preguntar por empleo, él le dijo que todos los puestos estaban reservados para gente del clan Fa. Sin pestañear, Mamá dijo:

—¡Mi apellido es Fa!

Y así, de la noche a la mañana, pasó de ser la señora Ang, a la señorita Fa, y recibió cartones impresos para doblar en cajitas de cerillas.

Llevó el cartón hasta la casa del tío Sen, y Mamá, Di y yo los doblamos —torpemente, al principio—, pero pronto éramos capaces de montar cajas casi dormidas.

El señor Fa pagaba a Mamá con harina de maíz; dos mil cajitas, a cambio de un kilo, que luego intercambiábamos o usábamos para hacer pan de maíz para vender.

Me puse muy contenta cuando Mamá me regaló un par de frágiles zapatos de tela negra, que había conseguido en un trueque, en el mercado callejero. Tenían suelas de goma, así que por fin podía caminar con más comodidad. Mis pies ya tenían gruesos callos, pero era maravilloso tener un pequeño lujo: algo que no había sido recogido de la basura, sino que había sido comprado especialmente para mí.

14
RUBY RING

El 25 de mayo de 1949, los últimos restos de la Séptima Flota de la Marina de los Estados Unidos zarparon de la ciudad.

Una semana después, el 2 de junio, los tanques del Ejército Popular de Liberación entraron en Qingdao, poniendo oficialmente la ciudad bajo control comunista. Filas de cuadros marchaban por las calles, cantando canciones de victoria, proclamando una nueva era de igualdad y prosperidad.

Los enormes tanques verdes con cañones largos nos aterrorizaban a todos, y dentro de cada uno yo imaginaba al camarada Cheng o al camarada Lao agazapados, listos para arrastrarnos de vuelta al infierno.

Hacía lo posible por evitar a los cuadros, pero eran numerosos, y a veces intentaban comprar nuestros bollos. Cuando se acercaban, tenía que saludarlos con una sonrisa, ignorando mi ansiedad, mientras tensaba las piernas, preparada para correr en caso de que alguno me reconociera.

Una vez más, estábamos listas para huir.

—No podemos huir de ellos para siempre —dijo una noche Di, mientras estábamos sentadas en el suelo de la sala, doblando cajas de cerillas.

Esta las doblaba con prisas, y a veces tenía que rehacerlas para que las paredes quedaran alineadas y las cajas pudieran cerrarse

bien. Era nuestra única fuente de ingresos estable y quería conservarla.

Mamá apiló otra caja terminada en una canasta, que luego transportaríamos en la carretilla.

—No se trata solo de huir de los comunistas —indicó—. También necesitamos encontrar a nuestra familia.

Con cada día que pasaba, Mamá estaba más decidida a ir a Taiwán, una meta que para mí parecía tan inalcanzable como viajar al reino de los dioses. Apenas habíamos logrado ir de Zhucheng a Qingdao… ¿Cómo íbamos a recorrer diez veces esa distancia, por tierra y mar?

—¿Por qué intentamos volver con ellos, cuando nos han abandonado? —preguntó Di, poniendo en voz alta el resentimiento que yo también sentía.

Ni ella ni yo sentíamos entusiasmo alguno por reunirnos con los Ang. Echaba de menos a mis primos, pero no podía imaginarme vivir en paz con ellos y cenar con Papá y Nai Nai, cuando todavía me dolían las rodillas por arrodillarme sobre el hielo.

Mientras mis emociones hervían a fuego lento, las de Di estaban en ebullición.

Odiaba a Papá.

Odiaba a Nai Nai.

Los odiaba a todos, incluso a nuestros primos, que no habían hecho más que obedecer.

Solo dos temas ocupaban los pensamientos de Di: la comida y la venganza.

—No tenemos otras opciones —replicó Mamá, exasperada, mientras Di la miraba con ojos como dagas—. ¿Qué quieres que hagamos?

—Quedarnos aquí, en Qingdao —contestó mi hermana, como si fuera obvio. Cuanto más agitada se ponía Di, más descuidadas quedaban sus cajas y más torcidas salían—. Ahora tenemos una casa aquí; un lugar real donde quedarnos.

—El que tiene una casa aquí es el tío Sen —enfatizó Mamá,

notando la calidad lamentable de las cajas que salían de los dedos de Di. Despacio, estiré la mano para coger el cartón que le quedaba y ponerlo en mi propio montón—. En cualquier caso —añadió—, necesitamos más que una casa. No tengo un trabajo fijo, y no tenemos dinero.

Di lanzó su última y descuidada caja a la canasta, y espetó:

—Sí que tenemos dinero. Estamos ganando dinero, y encontramos comida. Tal vez, Hai y yo también podamos conseguir un trabajo de verdad. ¡Podemos hacer vida aquí!

—Apenas sobrevivimos —explicó Mamá, recordando los días en que tuvimos mala suerte y regresamos solo con unos pocos restos de la basura, o las veces que quitamos gusanos de las frutas pasadas—. Un solo desastre y estaremos hundidas. No podemos seguir viviendo así. Tendremos más recursos y una vida mejor, si encontramos a tu padre.

Con las manos ya vacías, Di se tensó de hombros, como un gato con el lomo arqueado.

—¡Ni siquiera sabemos si Papá está realmente en Taiwán! ¡Podría haber cambiado de idea, después de enviar la carta! —Su labio se curvó en una mueca al decir—: ¡Por lo que sabemos, hasta podría estar muerto!

Mamá rara vez nos pegaba, pero le dio una bofetada a Di, lo suficientemente fuerte como para que yo saltara.

—¡Cuida tus palabras! —espetó—. ¡Los dioses siempre escuchan, y no voy a permitir que maldigas a nuestra propia familia con desgracias!

El sonido del golpe pareció resonar en la habitación, pero Di ni siquiera parecía molesta. Si acaso, estaba orgullosa, con una marca roja, en forma de mano, que comenzaba a formarse en su piel. Di era un petardo, en una sociedad en la que la contención era una virtud. Para ella, lograr que un oponente perdiera la calma era una conquista. Se deleitaba, porque significaba que los había roto.

Ellos habían explotado, y, de repente, el mundo ya no era tan solitario, porque debajo de su piel ellos también eran petardos.

Mamá respiró hondo, con el rostro enrojecido, y dijo:

—Nuestro lugar está con nuestra familia. El tío Sen no puede cuidarnos. Está enfermo y, en algún momento, tendrá su propia familia de la que ocuparse.

La primera esposa del tío Sen había muerto durante el parto, unos años antes, y los comunistas tomaron el control, antes de que pudiera volver a casarse. Ahora, incluso si se recuperaba de la tuberculosis, sus perspectivas de matrimonio serían escasas.

Con la flota de los Dao desaparecida, era un pobre, apenas sobreviviendo, tras desmantelar el esqueleto de su viejo imperio naviero. Era extraño que Mamá le atribuyera habernos cuidado, cuando en realidad éramos nosotras quienes lo cuidábamos: las que traíamos dinero y comida, las que cocinábamos y limpiábamos la casa, mientras este permanecía acurrucado en su cama.

—Incluso si no encontramos a tu padre en Taiwán, estaremos más seguras bajo el gobierno del Kuomintang —indicó Mamá.

Un trozo de cartón se deslizó entre mis manos y me cortó el dedo; era una herida pequeña, pero la sangre brotó igual. Con rapidez, lo aparté de las cajas, que no podíamos manchar. No me entusiasmaba volver con Papá, pero me aterraba vivir de nuevo bajo el yugo de los comunistas. Me estremecía cuando un cuadro se acercaba a mí, y anticipaba el día en que alguien de Zhucheng me viera en Qingdao. ¿Me recordarían el camarada Lao y el camarada Cheng, y reconocerían mi rostro entre los cientos y miles que había aquí? No lo sabía, pero vivir con ese miedo era asfixiante.

—Los comunistas ya no saben que somos Ang —replicó Di—. Por lo que saben, podríamos ser la familia sin padre de un campesino o de un soldado comunista. Nadie del campo tiene documentos de identidad. ¡Si queremos cambiar nuestro apellido, lo único que tenemos que hacer es anunciar uno nuevo! Fa… ¡Todos seremos Fa!

—Estás equivocada, Di, y eres muy corta de vista —respondió Mamá con gravedad—. Esta revolución apenas está comenzando. ¿De verdad crees que el derramamiento de sangre terminará con los terratenientes? No soy soldado ni política, pero sé, en lo más

profundo de mi ser, que la situación aquí empeorará mucho antes de mejorar. Eres demasiado joven para entenderlo. Los comunistas han matado a mucha gente rica, pero eso significa que también han matado a mucha gente educada. ¿Qué sigue? ¿Promesas vagas de igualdad? Los comunistas son bandidos, sin un plan concreto para gobernar. En el futuro cercano, seguirán haciendo lo que saben, y en lo que son expertos: matar gente e incitar a la violencia. ¿De verdad crees que nos dejarán en paz en esta casa *liyuan* cuando tantos de nuestros vecinos saben que estamos emparentadas con los Dao? —Di no tuvo réplica, así que Mamá continuó—: Una vez que los comunistas se organicen, volverán a hacer listas. Las calles de aquí son más crueles que en Zhucheng, como todas sabemos, por nuestros primeros días. No quiero que nos echen una segunda vez, porque, si eso pasa, realmente no tendremos nada: ni al tío Sen, ni al señor Zhang que nos acoja.

—Que nos echen puede que ni siquiera sea lo peor que nos pase —añadí en voz baja.

Di me lanzó una mirada acusadora, como si siempre estuviera del lado de Mamá, pero su silencio era su bandera blanca. Se abrazó las rodillas y nos observó, mientras doblábamos el cartón restante, apilando las cajitas de cerillas, como bloques de juguete, en la canasta.

Ninguna de las tres había salido nunca de Shandong, y el viaje a Taiwán requeriría mucho más que un buen mapa y una brújula. Los barcos a Taiwán solo salían de territorio nacionalista, que se encogía cada vez más rápido. La hermosa y vibrante Shanghái había caído en mayo, y los nacionalistas se habían replegado todavía más al sur, hasta Guangzhou. Estábamos atrapadas tras las líneas enemigas, y miles de kilómetros nos separaban de territorio aliado. No podíamos cruzar los campos de batalla con nuestra carretilla y nuestras pilas de pan plano. Había demasiados puestos de control, demasiados riesgos y demasiada distancia que recorrer.

Había trenes que podían llevarnos al sur, desde Qingdao, pero las estaciones eran incluso más caóticas que los dispensarios de comida

católicos.

La gente había intentado salir incluso antes de que llegaran los tanques del EPL. Ahora que la bandera del Partido Comunista ondeaba sobre las puertas de la ciudad, el deseo de escapar estaba en su punto más alto. Los vagones de pasajeros estaban tan abarrotados, que cientos de personas se subían a los techos, aferrándose unas a otras, para no caer sobre las vías. Los billetes de tren eran imposibles de conseguir, y las taquillas casi siempre estaban cerradas.

Incluso en el mercado negro, los billetes eran raros y carísimos.

Los verdaderos se vendían en cuestión de segundos, mientras abundaban los falsos. Los vendedores agresivos los agitaban con fuerza ante los viajeros ansiosos, ofreciendo esperanza y vendiendo mentiras.

Mamá se metió en los callejones y encontró más de diez tipos de billetes, cada uno diferente en color, textura y diseño.

Era imposible para nosotras discernir cuáles eran auténticos y cuáles eran estafas.

Estábamos tan concentradas en esos billetes imposibles que olvidamos el riesgo que asumíamos cada vez que regresábamos a la casa del tío Sen.

En Zhucheng habíamos sido más fuertes y habíamos pasado la cuarentena con Tres, sin siquiera toser.

En Qingdao, debilitadas por la desnutrición, todas contrajimos tuberculosis.

Durante varias semanas tosimos, como si tuviéramos alquitrán en los pulmones. Nos turnábamos para descansar, pero no podíamos quedarnos dentro durante mucho tiempo: teníamos que salir a vender o mendigar, o no sobreviviríamos.

Hubo días en que yo temblaba de fiebre, pero salía con la carretilla llena de bollos y un trapo atado a la cara, para contener la enfermedad. Como era verano, la gente me miraba, mientras yo me sentaba envuelta en una manta gruesa, con los ojos rojos y el rostro miserable.

—Bollos… —Alcanzaba a decir cuando tenía fuerzas—. ¡Bollos dulces recién hechos!

Para Mamá, Di y yo, la enfermedad alcanzó su punto máximo en julio. Nos acostumbramos a la tos, la fatiga y el dolor, y trabajamos, a pesar de todo.

Gradualmente, los síntomas disminuyeron, y Di fue la primera en recuperarse.

Mamá y yo la seguimos, pero Lan era demasiado pequeña y frágil. Apenas tenía un año y había pasado la mayor parte del tiempo encerrada con el tío Sen.

La enfermedad se propagó por su sangre y atacó sus huesos. No podía decirnos cómo se sentía, pero lloraba sin consuelo. No nos dimos cuenta de lo grave que era la infección, hasta que sus piernas empezaron a hincharse.

Cuando la tuberculosis afecta los huesos, normalmente ataca la columna. Nuestra hermana apenas había comenzado a caminar, pero ahora no podía levantar las piernas, ni doblar las rodillas.

Mientras Lan lloraba toda la noche, yo no podía evitar pensar en Tres.

La echaba tanto de menos.

Me dolían los oídos por el sonido de su voz, la melodía de su risa, incluso por sus molestos llantos. En unos meses se cumpliría un año de su muerte. Su ausencia era más que un vacío en nuestras vidas, porque perderla había deshilachado el tapiz de nuestra familia, dejando un desgarrón en nuestra frágil red, que nunca podría repararse.

En nuestros días más miserables, me sentía agradecida de que ella no tuviera que sufrir con nosotras. Pero, de forma egoísta, todavía deseaba que estuviera aquí, para verla crecer: un año más vieja, un año más fuerte, un año más sabia.

No podíamos perder también a Lan.

Eso destrozaría a Mamá.

Aunque Di y yo le recordábamos que quedarnos con el tío Sen era una necesidad, y no una elección, no podíamos aliviar la culpa

que pesaba sobre ella, como un sudario.

El tío Sen se sentía fatal y hurgó entre los restos de sus pertenencias para ver si algo podía ayudar a pagar el tratamiento de Lan.

Mamá rechazó su ofrecimiento y recurrió a las joyas que habíamos sacado de contrabando de Zhucheng. Después de darle Mamá el anillo de rubí, ella lo guardó a salvo, dentro de su moño, en la nuca.

Cuando Mamá deshizo el moño y sacó el anillo, su cabello cayó en ondas arrugadas. Antes, su pelo era suave y brillante, tan negro como el carbón y tan luminoso como los ópalos. Ahora estaba seco y quebradizo, como la paja que había cubierto el suelo del cobertizo del señor Zhang. Se deslizó el anillo en el dedo y se bajó las mangas sobre los nudillos para ocultar el reluciente rubí de los ojos agudos de los ladrones.

Antes de salir, envolvió a Lan y la dejó dormida en un nido de mantas.

—Seguid doblando cajas de cerillas —nos indicó—. Con cuidado —añadió, mirando a Di.

Mamá nunca nos dijo cuánto dinero consiguió por el anillo, pero después de venderlo tomó a Lan y fue directamente al consultorio de un médico.

Tras examinarla, el médico le informó a Mamá de lo que debía comprar y dónde hacerlo.

Había escasez, tanto de medicinas como de suministros médicos, pero en el próspero mercado negro de Qingdao se podía adquirir casi cualquier cosa… Excepto el elixir de la vida y billetes de tren legítimos, al parecer.

Mamá temía que los medicamentos del mercado negro fueran falsos, ya que se sabía que algunos estafadores embotellaban mezclas de vinagre y azúcar, y las vendían como remedios. Sin embargo, los estantes de los hospitales y farmacias legítimos estaban vacíos.

Prometiendo que los vendedores, que el médico conocía, eran de

confianza, le proporcionó a Mamá las indicaciones precisas sobre a qué puestos acudir, e incluso detalles sobre el aspecto de los vendedores, para evitar confusiones.

Mamá salió del consultorio con el nombre de un antibiótico escrito en la mano y regresó con los bolsillos casi vacíos y dos tubos de vidrio llenos de un líquido transparente. Una enfermera inyectó el contenido de uno de los tubos en el trasero huesudo de Lan, lo que le bajó la fiebre esa misma noche.

Con el resto del dinero de la venta del anillo, Mamá compró una *silkie*, una gallina de piel negra, para preparar una sopa, que se suponía era eficaz para favorecer la recuperación. Guisó la *silkie*, junto con bayas goji, dátiles rojos, jengibre y dientes de ajo. Hizo que Lan bebiera todo el caldo y comiera el hígado, y el corazón de la gallina.

Mamá cortó una porción de la pechuga para el tío Sen y guardó el resto de la carne para alimentar a Lan en los días siguientes.

Di y yo deseábamos con ansias agarrar un muslo de pollo e hincarle el diente, pero la vida de nuestra hermana pendía de un hilo.

Alimentamos a Lan, aunque fue una tortura no morder nosotras mismas.

Mientras la observábamos comer, Di se lamió los labios, pero no dijo nada.

Más tarde, olimos los huesos del pollo, mientras comíamos nuestro pan, imaginando que también masticábamos carne.

Después de una semana, Mamá llevó de nuevo a Lan al consultorio para su segunda inyección.

A diferencia del tío Sen, Lan respondió bien al tratamiento, y poco a poco volvió el color rosado a sus mejillas. Era una niña delgada, ya que Mamá nunca había tenido suficiente leche, pero su cara empezó a redondearse, cuando volvió a comer con entusiasmo.

Ahora el problema era que Mamá había perdido la mayor parte de su leche materna, tras su propia batalla contra la tuberculosis. No podíamos costear otro tipo de leche para Lan, así que tuvimos que

darle agua tibia, espesada con harina, azúcar y sal.

Cada día que pasaba, la salud de Lan mejoraba, pero sus piernas quedaron dañadas de forma permanente. Incluso con alguien ayudándola, solo podía apoyar peso en su pierna derecha; la izquierda colgaba, inerte. Nuestra hermana solo podía gatear, impulsándose hacia delante con los brazos y dándose apoyo con la pierna derecha. Si estaba muy motivada, podía agitar las extremidades y avanzar más rápido, ondulando como una serpiente.

—Nunca se casará —dijo Mamá con pesar, restregando las manchas de tierra de las camisas de Lan, que barrían el suelo con sus movimientos.

La condición de nuestra hermana hacía aún más urgente encontrar a Papá, no solo por los gastos médicos adicionales, que Mamá preveía, sino también porque estaba convencida de que tendríamos que cuidar de Lan toda la vida.

—Tú y Di necesitáis casaros bien —dijo—. Y entonces tendré que cuidar yo misma de Lan. ¿Qué voy a hacer cuando sea vieja?

—Nosotras también cuidaremos de Lan —intenté consolarla.

La ropa que le habíamos traído empezaba a quedarse pequeña, así que adaptaba algunas de mis camisas más pequeñas, remangando las mangas y ajustando el cuello con alfileres, para que pudiera usarlas como vestidos.

—Vuestros maridos no lo permitirán —respondió Mamá con tristeza—. Sus familias quizás ni siquiera os acepten a ti o a Di como novias, si saben que tenéis una hermana que necesita cuidados a largo plazo. Podrían pensar que Lan nació así, y temer que transmitan la afección a sus hijos.

Lan se arrastró hasta Mamá y le abrazó los tobillos, porque percibía que estaba triste, aunque era demasiado pequeña para entender la causa.

Mamá la levantó y la abrazó, apoyando la barbilla sobre su pequeña cabeza.

Gran parte de la esperanza de Mamá dependía de encontrar a Papá, pero él la había dado por sentada y la había dejado atrás.

Quise señalar que no había garantía de que Papá pagara el tratamiento médico de Lan, pero no quería echarle en cara la muerte de Tres, mientras lamentaba el futuro de Lan.

A pesar de las quejas de Mamá, estábamos agradecidas.

Así como la muerte de Tres había destrozado nuestro mundo, la supervivencia de Lan nos permitía ver todo con una nueva luz.

Mamá cambió aquel anillo de rubí por la vida de Lan. El dinero estuvo en nuestras manos, apenas un segundo, antes de pasar al médico y a los vendedores, pero esa transacción nos hizo sentir poderosas.

Nuestros estómagos nunca estaban llenos, pero podíamos tomar decisiones.

Nuestro dinero era escaso, pero lo controlábamos nosotras.

En Zhucheng vivíamos con muchos recursos, pero éramos impotentes, suplicando e inclinándonos ante Papá y Nai Nai por cada compra.

Pensé en las noches que habíamos dormido en la calle y en las veces que Di y yo vomitamos por haber comido comida podrida. Sin embargo, cuando llegó el momento, pudimos proteger a los nuestros. Entendí que no podíamos depender de nuestro pequeño alijo de joyas a largo plazo, pero este intercambio me enseñó más sobre el dinero, que cualquier sermón de Nai Nai sobre el ahorro.

Aprendí que el dinero es irrelevante, a menos que sea tuyo.

Para mí, un trabajo era más importante que un marido.

Con mis propios ingresos, podría cuidar de Lan, y también de Mamá en su vejez.

Tal vez, estaría bien, si no encontrábamos a Papá.

Estaría bien si Mamá no tenía un hijo.

Estaría bien si Lan, Di o yo no nos casábamos.

Me hice la promesa de que, sin importar dónde termináramos, trabajaría y ganaría dinero para poder mantener a Mamá y a mis hermanas.

Quizás entonces, las cuatro pudiéramos ser felices.

15
EL POLICÍA WEI

A finales del verano, empezamos a arrastrar los muebles de tío Sen al mercado, para venderlos, pero la demanda de sillas y sofás antiguos era muy baja.

La mayoría de las personas que tradicionalmente podían permitirse pagarlos estaban listas para huir y no querían acumular nada voluminoso.

Al final, vendimos esas elaboradas piezas por el equivalente a unos pocos dólares estadounidenses.

Aunque el tío Sen estaba demasiado débil para salir de Qingdao, estaba dispuesto a ayudarnos en todo lo que pudiera.

Mamá le había preguntado por los billetes de tren, y él le dijo que la única manera de conseguirlos era, con suerte, en el mercado negro, o a través de una conexión en el gobierno. Tío Sen conocía a un primo mayor que era policía en Qingdao y tenía el apellido Ang. Con voz débil, dijo:

—La policía conoce a alguien en todas partes, y, si no lo conoce, puede hacer una nueva conexión con bastante facilidad —refiriéndose a la corrupción y al soborno, que se habían vuelto actos característicos de las instituciones gubernamentales.

Tío Sen no tenía la información de contacto de este primo, pero recordaba su nombre: Ang Xiao-Wei.

Aunque nunca lo habíamos conocido, por el «Xiao» que había en

su nombre, sabíamos que era de la misma generación que Papá. Probablemente, con un padre que era primo *tang* o incluso hermano de Yei Yei.

Recorrimos Qingdao de punta a punta, preguntando en cada barrio por la estación de policía local, y luego entrando en la comisaría para pedir por Ang Xiao-Wei.

Varias de las oficinas estaban cerradas.

Con la grave situación económica del gobierno nacionalista y su retirada del norte, muchos funcionarios públicos, incluidos los policías, ya no recibían sus salarios completos —algunos incluso perdieron sus trabajos, mientras que otros temían la persecución y habían huido.

Pasó una semana antes de que encontráramos una comisaría donde un oficial conociera a Ang Xiao-Wei y pudiera darnos indicaciones de dónde trabajaba.

Esta estación resultó estar en Dabaodao, en la planta baja de una casa *liyuan*, en una concurrida calle comercial. No muy lejos de donde vivía el tío Sen.

La primera vez que fuimos allí, estaba cerrada.

Mamá me envió a vender bollos fuera todos los días, para vigilar, en caso de que abriera.

Era agosto, y los olores de la ciudad cobraban vida con el calor. Eran muchos: el olor de los excrementos de las letrinas, el olor de la basura podrida de los mercados al aire libre y el olor de la pobreza: cuerpos sin bañar, cuerpos enfermos y, a veces, cuerpos muertos.

Me sentaba frente a la estación de policía, esperando que el aroma de los bollos dulces superara los hedores a nuestro alrededor y atrajera a algunos clientes.

Un jueves, la oficina finalmente abrió.

Me acerqué con mi carretilla, cuando un oficial uniformado abrió la puerta principal. Me miró con cautela.

—¿Necesitas ayuda, jovencita? —preguntó.

—Busco al primo de mi madre —expliqué—. También es policía. ¿Su nombre es Ang Xiao-Wei?

El oficial pareció aliviado al escuchar que yo buscaba a alguien y no que acudía a presentar una denuncia. El crimen en Qingdao era una epidemia, y la ciudad no tenía suficientes recursos para investigar o procesar la mayoría de los casos.

—Sí, es mi colega —respondió el oficial—. Estará de turno aquí, desde las dos de la tarde. Puedes volver luego.

La estación solo abría los jueves y viernes, debido a la falta de fondos, con solo uno o dos empleados trabajando a la vez. Las mañanas de los jueves eran las horas más ocupadas, ya que la gente debía esperar toda la semana para poder presentar una queja.

Le agradecí al oficial, notando que detrás de mí había personas agraviadas esperando para entrar.

Saltando y corriendo por el callejón, casi atropellé a alguien con la carretilla, debido a la emoción de llegar a casa.

La señora Ding me gritó que tuviera cuidado, cuando empujé la puerta del patio con tanta fuerza, que golpeó contra la pared.

Mamá estaba sentada fuera, doblando cajas de cerillas, con la precisión de una máquina humana.

—¡Lo he encontrado! —grité—. ¡He encontrado a tu primo Wei!

Mamá dejó a un lado la caja que doblaba, tomó a Lan y la levantó con alegría, haciéndola rebotar sobre su cadera.

—Saquemos nuestra ropa más bonita para dar una buena impresión, cuando lo conozcamos —dijo, feliz.

Esa tarde, las tres nos lavamos y revisamos nuestras pequeñas pilas de ropa.

Hacía tiempo que habíamos cambiado nuestras blusas bordadas de seda por harina de maíz, pero aún teníamos unas camisas limpias de algodón azul, que nos hacían parecer mujeres educadas y respetables.

Mamá nos llevó a todas a la oficina, caminando con pasos cortos y rápidos, que delataban su ansiedad. ¿Creería esta persona, a quien nunca habíamos visto, que éramos de su familia? Había tantas estafas en ese momento… Ninguna de nosotras tenía nada que probara que éramos parte de la familia Ang, y en la compañía de

fósforos Mamá se hacía llamar señora Fa.

Cuando abrimos, una campana de metal atada a la puerta sonó.

El interior de la estación estaba vacío y un poco sucio, pero tuvimos suerte, porque no había nadie más en la sala de espera. En el escritorio había solo un oficial, a quien reconocimos de inmediato como el primo Wei: su parecido con Yei Yei era notable. Incluso en estos tiempos de escasez, parecía sano y fuerte; era el típico hombre de Shandong, con hombros anchos y brazos y piernas robustos. Incluso tenía algo de barriga, que sobresalía de su camisa.

—Buenas tardes —saludó Mamá, con la voz un poco más aguda de lo habitual—. Vengo amablemente a preguntar por el señor Ang Xiao-Wei. Soy la esposa de Ang Xiao-Long, nuera de Ang Hong-Bu.

El supuesto primo Wei se levantó y salió de detrás de su escritorio para saludarnos, con los brazos abiertos en señal de bienvenida.

—Yo soy Ang Xiao-Wei —dijo, entusiasmado, como si nos reconociera—. Siempre es un placer conocer a la familia. Conozco al tío Hong-Bu… ¡Él trabaja en la universidad! ¿También se ha marchado a Shanghái? ¿Cómo está? —Frunció el ceño y añadió—: Espero que no esté en problemas.

—No, está a salvo en Taiwán —aseguró Mamá—. Igual que mi esposo. Rápido, niñas, saludad a vuestro tío Wei. —Se sonrojó, avergonzada por haber olvidado este importante ritual social.

—Buenas tardes, tío Wei —dijimos Di y yo al mismo tiempo.

Como él era un primo *tang*, Mamá lo llamaba «Hermano Mayor», lo que significaba que estaba obligado a tratarnos —y cuidarnos—, como si ella fuera su hermana.

—Buenas tardes —respondió el primo Wei—. ¡Qué niñas tan bonitas y educadas!

—Gracias —indicó Mamá, continuando como si estuviera en un tribunal y esa fuera su única oportunidad de contar su historia—. Las cuatro estábamos atrapadas en Zhucheng. Los comunistas nos echaron de nuestra casa, y, recientemente, logramos viajar hasta aquí, a Qingdao.

La expresión jovial del primo Wei se desvaneció.

—Entonces tienen problemas —señaló—. He tenido la fortuna de estar a salvo en Qingdao, pero he escuchado noticias horribles sobre nuestros familiares en el campo. Historias realmente terribles. Por favor, siéntense.

Sacó una silla para Mamá y tomó dos más de la zona de espera vacía, para mí y para Di. Disculpándose, fue hasta la entrada y la cerró con llave, colocando un cartel que decía que la comisaría estaba cerrada.

Al volver a sentarse en su escritorio, tomó papel y un lápiz.

—Una costumbre —explicó, dejándolos a un lado con torpeza—. Supongo que lo que están a punto de contarme no es oficial, ¿verdad?

—Así es —respondió Mamá, sentándose con Lan en su regazo—. Mi esposo y mi suegro huyeron pronto, por suerte. Vinieron primero a Qingdao y, desde aquí, mi cuñado logró asegurarles el pasaje a Taiwán.

—Eso es impresionante —comentó el primo Wei, con un matiz de envidia—. La gente luchaba con uñas y dientes para llegar a Taiwán. ¿Por qué no fueron con ellos?

—Fue un error mío —explicó Mamá—. Me ofrecí a quedarme en casa, para cuidar la propiedad, mientras la familia se marchaba a Qingdao. Ninguno de nosotros pensó que la reforma agraria sería tan brutal. No pudimos comunicarnos, y ellos no tuvieron más opción que irse primero a Taiwán.

Intenté no estremecerme por su explicación, pero, por el rabillo del ojo, observé que la cara de Di estaba tan roja como el sello en nuestro permiso de viaje.

No me atreví a mirarla directamente, temiendo que alguna de las dos soltara la verdad: ¡que Mamá fue la que les advirtió y la primera que quiso huir!

En la cultura china, abandonar a una esposa era vergonzoso. Incluso si solo tenía hijas.

Mamá había modificado la historia para que Papá salvara la cara,

haciendo que pareciera que había sido su propia estupidez la que nos había maldecido. Aunque entendía que considerara que el honor de Papá se reflejaba sobre el de ella, sentí un nudo en la garganta, mientras aceptaba su mentira con mi silencio.

No pude saber si el primo Wei simplemente no notó nuestras expresiones o si fingía ignorancia, para evitar una situación incómoda. Solo asintió y dijo:

—Creo que todos subestimamos lo cruel que sería la reforma agraria. Yo también intenté advertir a mis familiares, ya que aquí, en Qingdao, escuchábamos las noticias de las reformas más al norte. Hubo algunos lo bastante inteligentes como para irse, como el tío Hong-Bu y tu esposo. Algunos se fueron al sur, a Nankín y Shanghái, pero creo que nadie esperaba que la purga fuera tan rápida. Muchos de los terratenientes fueron ejecutados el mismo día que los desalojaron. Mi propio hermano y su esposa fueron golpeados hasta morir —añadió, retorciéndose las manos para contener su dolor—. No por los comunistas, sino por su propio hijo.

Mamá se cubrió la boca con las manos.

Incluso Di se quedó desconcertada; su furia fue reemplazada por el asombro. Imágenes sórdidas se agolparon en mi mente y no quise escuchar más detalles, pero el primo Wei continuó, abriendo las compuertas de su angustia:

—Los comunistas reunieron a la familia y le dijeron a mi sobrino que matara a sus padres. Al principio, se negó. Mi cuñada sabía que, si desobedecía, entonces los matarían a todos. Es por eso, por lo que le dijo a su hijo que obedeciera, esperando que tal vez lo dejaran vivir. Al menos el muchacho podría darles a sus padres una muerte rápida y misericordiosa; todos habíamos oído hablar de torturas y palizas prolongadas. Su madre le pidió que los matara de un solo golpe. Así que, mi sobrino, que no es mucho mayor que sus hijas —quizás quince o dieciséis años—, tomó un garrote, apuntó bien y les aplastó el cráneo de un golpe. Los comunistas le permitieron el paso a Qingdao, después de eso, y así llegó a mí.

Mamá tragó saliva, y yo intenté sacudirme de la mente la imagen

de los sesos de los Zhao esparcidos sobre el hielo.

Ojalá mis recuerdos hubieran sido como el grifo del baño del tío Sen, algo que pudiera controlar con solo girar una manilla. En cambio, salían a borbotones, inundando mis pensamientos, con los gritos de los Lin, impidiendo que me concentrara en la conversación actual.

—Al menos el chico está a salvo —dijo Mamá, con tono distante.

El primo Wei negó con la cabeza.

—No. Fue horrible. El pobre quedó traumatizado. Vagaba por mi casa como un cadáver viviente. Hice todo lo posible por ayudarlo, pero tomó mi pistola y se suicidó unas semanas después de llegar.

—Dios mío —susurró Mamá—. *Amituofo*[6] —añadió, invocando el mantra budista, como bendición para un renacimiento en paz.

Mientras el primo Wei mostraba sus cicatrices, nosotras manteníamos las nuestras ocultas. Mamá ni siquiera le había contado al tío Sen sobre mi mitin de denuncia, y yo misma no quería que nadie lo supiera. Había una parte de mí que creía que podíamos borrar el pasado, si fingíamos que nunca había ocurrido.

—No supe cómo salvarlo —indicó el primo Wei con tristeza, como si confesara un pecado—. No sé si mi hermano algún día me perdonará por no proteger a su hijo…, y por dejar que él y su esposa murieran para nada.

—Lo siento mucho —dijo Mamá, intentando consolarlo—. Hizo lo que pudo, y no fue su culpa.

Pero sabíamos, por experiencia propia, que no existían palabras que pudieran aliviar su dolor, ni consuelos capaces de borrar su culpa.

El primo Wei asintió, con un vacío en la mirada, y su rostro ceniciento.

—No sé cuántos Ang quedamos ahora. A muchos de nosotros nos han matado durante estos últimos meses…

Mamá suspiró en señal de acuerdo.

—Vivimos en la calle, cuando llegamos aquí, buscando parientes. Le pregunté a cada persona que encontré, si habían visto a otros

Ang, sin éxito. Sospecho que pocos logramos llegar hasta aquí, desde el campo. Mis hijas y yo tenemos suerte de estar vivas, y aún más de haber llegado tan lejos.

—Me alegra que hayan logrado salir —dijo el primo Wei, todavía abatido—. Solo espero que haya más como ustedes, viviendo ahora en la ciudad, para que algún día pueda encontrarlos. Es triste saber que nuestras raíces han sido borradas. Jamás podré perdonar a esos cerdos comunistas por lo que han hecho, y aceptar someterme a ellos, mientras toman mi querida Qingdao. Será difícil de soportar.

Pronto, el primo Wei tendría que trabajar para los mismos cuadros que tanto odiaba. El Partido Comunista iba poco a poco asumiendo la administración de Qingdao, y había prometido reanudar el pago de salarios a todos los funcionarios públicos.

Mao, a través de sus cuadros en la plaza, había prometido no arrestar ni dañar a ninguno de los funcionarios nacionalistas, incluidos los policías, quienes tenían derecho a permanecer en sus puestos.

Por necesidad, la revolución debía ser más flexible en las ciudades, que en las zonas rurales. La vida en lugares como Zhucheng era simple y directa. Las ciudades, sin embargo, eran máquinas complejas, con cientos de miles de engranajes, que no podían romperse al azar. Sin compromiso, la revolución se detendría por completo.

—Yo siento lo mismo —indicó Mamá, intuyendo lo difícil que sería la adaptación que se avecinaba.

Yo también lo comprendía: el estómago se me revolvía cada vez que tenía pequeñas charlas con los cuadros que compraban nuestros bollos. Los odiaba, pero necesitábamos su dinero para sobrevivir.

—No estoy segura de si puedo pedirle este favor ahora —dijo Mamá—, porque no quiero comprometer su transición ni causarle problemas.

—¿Problemas? —repitió el primo Wei, dejando atrás su abatimiento. Bajo la superficie, su pena seguía latente, pero puso buena cara, y su voz resonaba como la de un verdadero hombre del

norte—. ¡Ambos somos Ang! ¡Somos primos tang! ¡Compartiremos una tumba familiar! Si no nos cuidamos entre nosotros, ¿quién más lo hará? Por favor, no me insulte cuando la misma sangre corre por nuestras venas. Pídame su favor —dijo.

Mamá sonrió, aliviada por su ánimo.

—Mis hijas y yo necesitamos comprar billetes de tren para la provincia de Guangdong —dijo despacio, intentando medir su reacción—. He ido a la estación varias veces, pero siempre están agotados. Incluso he buscado en el mercado negro, pero la mayoría de esos billetes son falsos. Necesito ir a Taiwán para estar con mi esposo, y para que mis hijas estén con su padre.

El primo Wei asintió con entusiasmo.

—¿Cómo ha podido dudar en pedirme algo tan básico? Por supuesto que les ayudaré. Quedamos tan pocos Ang ahora. Quiero que usted y su esposo estén a salvo, y juntos, como debe ser. Dicho esto, los billetes son difíciles de conseguir. Incluso para nosotros, los policías. Demasiada gente quiere viajar, y no hay suficientes trenes: hay escasez de carbón por la guerra. Muchos ofrecen grandes sobornos a los vendedores de billetes, y, aun así, no consiguen para todos. —Se detuvo para hacernos la pregunta que tanto temíamos —. ¿Cuánto dinero tienen?

—No mucho —respondió Mamá, avergonzada. Pude ver sus dedos de los pies moverse nerviosos, a través de la delgada tela negra de sus zapatos, mientras yo pensaba en los millones de cajitas de cerillas que tendríamos que hacer para acercarnos a la suma de un soborno aceptable. ¿Podríamos pagar en harina de maíz?—. También tengo algunos objetos que puedo vender —añadió, con un atisbo de esperanza.

—Eso es bueno —respondió el primo Wei—. Tengo algunos amigos que pueden ayudar, pero incluso el favor de la amistad no reemplaza el peso del oro. Les prometo que haré lo mejor que pueda, pero no puedo garantizar nada.

Mamá bajó la voz, aunque no había nadie cerca, y susurró:

—Tengo un tael de oro. ¿Será suficiente?

Esa moneda era el único objeto que Papá había considerado dejarnos.

La ira me hirvió por dentro al imaginarlo disfrutando del viaje en barco hacia Taiwán, con carne para comer y dinero de sobra, mientras nosotras estábamos aquí, arañando por conseguir billetes de tren. Ese pequeño tael de oro valía fácilmente cientos de buenas comidas… Cientos de tazones de sopa de pescado.

—Normalmente, no —respondió el primo Wei, sin rodeos—. Pero insistiré.

—Muchas gracias, primo Wei —dijo Mamá, tomando su mano con ambas, en señal de gratitud.

—Deje de agradecerme —insistió el primo Wei—. Se lo he dicho: somos familia. Esto es un deber, y no un favor.

—Sé que se arriesga al ayudarnos —indicó Mamá—. No lo daré por sentado.

—No se preocupe por mí —contestó el primo Wei, sin darle importancia—. Fui funcionario nacionalista. Ahora soy funcionario comunista. Bueno…, en cuanto me paguen, claro.

Metió la mano en su bolsillo y sacó unos pocos billetes de plata yuan.

—No tengo mucho ahora, pero, por favor, acepte lo poco que puedo ofrecerte.

Mamá apartó su mano y sacudió la cabeza.

—Ya estamos en deuda. Sería indigno aceptar todavía más.

—Insisto —dijo el primo Wei, metiendo el dinero en la mano de Mamá—. Si quiere agradecérmelo, no me insulte rechazando mi regalo. —Cerró sus dedos sobre el dinero, y ella se inclinó, aliviada de tener algo que pudiera ayudar a llenar el vacío financiero que dejaría el tael—. Venid a verme de nuevo la próxima semana. Con suerte, tendré buenas noticias para ustedes.

10
ESPECTÁCULO DE UNA SOLA MUJER

Cada jueves esperábamos, con ansias, visitar al primo Wei, mientras estaba de turno.

Aunque cada vez que íbamos nos decía, con disgusto, que no había avances con los billetes, disfrutábamos de su compañía. Era agradable hacer visitas sociales, cuando mis días, de otro modo, eran una sucesión de tareas mundanas.

A pesar de no tener nada concreto, Mamá empezó a prepararse para marchar, por si los billetes aparecían. El viaje en tren hasta la provincia de Guangdong duraría cerca de una semana, y esta vez no podíamos hacer pan plano: sería una locura arriesgarse a que se echara a perder.

Por eso, Mamá decidió hacer pan duro, que sabía horrible, pero tenía una vida útil larga. Había que remojarlo en agua para hacerlo comestible, y, aun así, costaba masticarlo. Sin embargo, si conseguíamos billetes dentro de dos meses, ese pan denso y seco seguiría siendo apto para comer.

Al final de cada día, apilábamos nuestro pan duro en la cocina, al igual que pequeños ladrillos, como si construyéramos un muro, en previsión de una batalla.

Mientras tanto, el número de cuadros del Partido en Qingdao seguía aumentando.

Caminaban por las calles, incluso se metían en callejones

privados, repartiendo panfletos de propaganda. Fotos impresas de Mao Zedong aparecían en tiendas y paredes, y se entregaban a la gente para agitarlas en eventos públicos.

Ya había oído su nombre incontables veces y soportado su doctrina, pero fue la primera vez que me detuve a mirar su rostro.

Me lo había imaginado distinto —como una gran estatua, un gigante imponente—. Pero ahí estaba: algo calvo, algo gordo, con papadas que colgaban a los lados de su boca, como dos pequeños cojines —nada notable ni intimidante—. Sin embargo, este era el hombre que nos había puesto de rodillas y sostenía a China en su puño.

Algunos días, los cuadros irrumpían en las plazas públicas con camiones cargados de harina tosca, sin refinar, que repartían en bolsas de tela.

Aunque la harina era de baja calidad, seguía siendo alimento, y la gente festejaba, al verlos llegar. Multitudes de pobres trepaban unos sobre otros, con los brazos extendidos hacia los cuadros, que gritaban las palabras de Mao: «La dictadura democrática del pueblo necesita la dirección de la clase obrera. Porque solo la clase obrera es la más visionaria, la más desinteresada y la más revolucionaria. Toda la historia de la revolución demuestra que, sin la dirección de la clase obrera, la revolución fracasa; y que, con la dirección de la clase obrera, la revolución triunfa».

El movimiento comunista de Mao había dependido tradicionalmente de los campesinos rurales, pero en las ciudades los granjeros eran escasos.

Por esa razón, los cuadros se adaptaron, enfocándose en los obreros urbanos, aquellos cuya sangre y sudor alimentaban las fábricas.

No podía evitar sentir cierta admiración por cómo moldeaban su lenguaje según su público.

Di escuchaba también estos discursos y observaba la ciudad con sus ojos atentos. Absorbiendo las palabras de los cuadros, empezó a soltar frases, que reconocía de las plazas. Discutía más con Mamá y

se negaba a visitar al primo Wei, a quien vaticinaba encarcelado por planear sabotajes. Al mismo tiempo, se volvió cada vez más insistente en quedarse en Qingdao, convencida de que estábamos al borde de una gran nueva era.

—No lo entiendo —le dijo Mamá una tarde, mientras llevábamos varias pilas de cartón a nuestro patio—. Tenemos una vida tan miserable aquí. ¿No quieres volver a comer comidas normales y dormir en nuestra propia casa?

—Nuestra vida aquí mejorará —respondió Di con seguridad, levantando a Lan.

Ahora teníamos que llevar a Lan a nuestras obligaciones, porque el tío Sen estaba demasiado enfermo y esta era muy activa. Él quería descansar en paz, sin que nuestra hermana pequeña revolviera la casa.

—Los comunistas no nos harán daño. Podemos construir una nueva vida aquí, sin Papá —insistía.

Yo pensé: «Jamás volveré a ser tan ingenua como para creer que los comunistas no me harán daño».

Las tres cargamos el cartón al interior, gruñendo por el peso, al dejarlo junto a la puerta.

—No podemos construir una vida haciendo cajitas de cerillas —respondió Mamá. Teníamos cortes de papel en todos los dedos, que tardaban días en sanar, por nuestra mala salud, pero estábamos dispuestas a doblar más, si eso significaba más dinero; simplemente no había suficiente trabajo—. ¿Y qué pasa con vuestros matrimonios? ¿Queréis casaros con hombres pobres y pasar el resto de vuestras vidas pidiendo y comiendo sobras? ¡Puede que los hombres ni siquiera os acepten si saben que venís de una familia rota! ¿Y Lan y sus necesidades médicas?

—Ten más fe, Mamá —dijo Di, con los ojos brillantes. Se había tragado las promesas lujosas de los cuadros de Mao—. El Estado nos proveerá. Habrá médicos baratos para Lan y oportunidades para nosotras. Habrá suficientes empleos para todos, porque habrá nuevas industrias en cada ciudad. Incluida Qingdao. ¡Hai y yo

podremos trabajar en una fábrica y viviremos bien con tres ingresos!

—El trabajo en una fábrica no es un sueño, Di —advirtió Mamá—. Nunca lo has hecho y no tienes ni idea de lo agotador que es. Aunque consigamos empleos, no podemos quedarnos con el tío Sen para siempre.

—¿Y por qué no? —exigió saber mi hermana—. Nosotras somos quienes lo cuidamos. Nos necesita. Sin nosotras, ¿qué crees que le pasaría?

Di y yo compartíamos la misma idea: era probable que el tío Sen muriera, si nos íbamos.

Cada mañana, Mamá le preparaba té y hierbas, y Di y yo le llevábamos las comidas a la cama. Incluso vaciábamos su orinal y le lavábamos la ropa. Sin nosotras, no habría quien trajera sobras, le hiciera pan o cumpliera con las tareas domésticas.

Sospechaba que Di también pensaba que podríamos quedarnos con su casa, cuando falleciera. En su forma algo macabra, ella era una optimista.

Mamá y el tío Sen, en cambio, compartían un pensamiento abierto: él se recuperaba, pese a todas las señales contrarias.

—Cuando el tío Sen se recupere, encontrará esposa y comenzará su propia familia —respondió Mamá con seguridad—. Llegado el momento, tendremos que irnos, y entonces deberemos pagar por una vivienda. Algo que no podemos costear.

—¿Quién va a casarse con el tío Sen? —bufó Di, riendo—. No tiene dinero y parece un esqueleto.

—¡Una chica pobre que no tenga otra opción! —replicó Mamá, irritada—. ¡Una chica pobre como tú y Hai! Cuando mires al tío Sen, recuerda que tu marido estará en su misma categoría, si seguimos en esta ciudad. ¡Con nuestra situación actual, tendrías suerte de casarte con un hombre que tenga alguna propiedad! Por muy enfadada que estés con tu padre, es innegable que su riqueza os comprará un mejor esposo y un mejor futuro.

—¡No quiero arrastrarme de vuelta con alguien que me abandonó! —gritó Di—. ¡Tengo orgullo, y no necesitamos a Papá

para sobrevivir!

A medida que su voz se elevaba, tomé a Lan en mis brazos y la mecí, sabiendo que estaba tan harta de esta pelea como yo.

—Me niego a volver a ese basurero, y tú también deberías, Mamá. ¿Por qué eres tan cobarde?

Las palabras de Di fueron atrevidas, pero, en lugar de explotar, como ella quería, Mamá dejó escapar un largo y cansado suspiro. Sabía que estaba furiosa, pero no tenía la energía para seguirle el ritmo al fuego de Di. Para Mamá, cada día era una cadena de agotadoras y monótonas obligaciones, y nunca tenía suficiente tiempo libre para recuperarse.

—No voy a seguir discutiendo contigo —indicó, al rendirse—. Si tienes tanta energía para pelear, haz más cajitas de cerillas y aporta algo útil.

—Tienes razón —siseó Di, aún más irritada por la negativa de Mamá a involucrarse—. No sé por qué pierdo energía intentando convencerte, si de todos modos el inútil del primo Wei no nos conseguirá los billetes del tren. —Se marchó, dando un portazo tan fuerte, que una pila de cartón se vino abajo. Pocos segundos después, oímos la puerta del patio cerrarse de golpe, seguida de los gritos de la señora Ding quejándose del ruido.

Mamá se cubrió la cara con las manos; estaba tan derrotada como un trapo viejo y raído, por fregar la misma mancha obstinada, una y otra vez.

—Necesito terminar este lote de cajitas de cerillas —dijo, recogiendo con cansancio el cartón que se había caído.

Miré por la ventana hacia el patio, donde Lucky dormía a la sombra de unas sábanas tendidas. Era probable que Di ya estuviera a varias calles de distancia. Se había acostumbrado a Qingdao y conocía los callejones de Dabaodao, como las venas de su propia mano.

Sin que Mamá lo supiera, incluso se había aventurado varias veces al Distrito de las Villas, y había entablado relaciones con dueños de restaurantes, que a menudo le daban comidas baratas,

que ella comía allí mismo.

Di podía ser encantadora cuando quería, y aparentaba más edad de la que tenía. Era alta, bastante guapa y tenía facilidad con las palabras. Cuando le preguntaba por qué no traía nada para compartir, solo se encogía de hombros y decía que la porción que le habían dado era pequeña.

En tiempos difíciles, Di era un espectáculo como mujer, y gracias a eso no solo era una superviviente, sino también una trepa. Aunque detestaba lo egoísta y egocéntrica que podía ser, no dudaba que podría prosperar en el nuevo Qingdao; en realidad, podría haber prosperado en cualquier parte de la nueva China.

No sabía qué estaría haciendo en ese momento, pero no podía evitar envidiar lo fácil que le resultaba escapar de sus responsabilidades.

—Haré un poco más de pan duro —dije, dejando a Lan, y enfrentando nuestra realidad.

Cuando Di regresó, ya era de noche.

Entró de puntillas y se acurrucó en su rincón, evitando a todos. Olía a humo de parrilla, de los mercados callejeros, y parecía satisfecha. Nosotras estábamos enfadadas con ella, pero no le importaba. Se tenía a sí misma, y para ella eso le bastaba.

17
HARINA GRUESA

De forma permanente, había personas esperando fuera de la estación del tren, formando una fila con sus maletas, durmiendo allí, noche tras noche, con la esperanza de conseguir billetes, apenas salieran a la venta.

En septiembre, el primo Wei avisó a Mamá de que estaba a punto de imprimirse un nuevo lote de billetes.

Fuimos las tres juntas a la estación, a un gran edificio de estilo alemán, con una alta torre con un reloj.

No éramos las únicas que habíamos recibido el aviso anticipado, y ya había una cola que se extendía mucho más allá de la estación, cien metros calle abajo.

Mamá terminó esperando en la fila durante tres días. Di y yo le llevábamos comida y, de vez en cuando, la relevábamos para que pudiera ir a casa a descansar. Por las noches, dormía en la calle, con unas mantas para amortiguar el suelo.

Al tercer día, la cola comenzó a moverse y todos se apresuraron a recoger sus pertenencias desparramadas. Estallaban peleas salvajes cada vez que alguien era acusado de colarse, y no había policías en las calles para separarlos: todos los agentes disponibles estaban dentro, protegiendo a los vendedores de billetes, que se preparaban para la anarquía.

Fuera, la gente se golpeaba hasta sangrar, mientras los que

seguían en la fila observaban, apretados unos contra otros, como cerillas en una caja, aterrados de ser derribados y perder su sitio.

Más cerca de la estación, un pequeño grupo aprovechó el caos y cargó contra la fila, como un batallón, colándose por las puertas de la estación.

En cuestión de minutos, todo el orden se desintegró, cuando la multitud entró en pánico y se abalanzó hacia delante, temiendo que esos recién llegados se llevaran los billetes, por los que habían esperado tanto.

Los billetes se agotaron de nuevo, antes de que Mamá pudiera siquiera entrar en la estación.

Un poco más adelante, se escuchaban gritos, cuando agresivos ladrones asaltaban a quienes habían logrado comprarlos. Una joven yacía en el suelo, apretándose la cara ensangrentada y gritando que le habían robado los billetes. Detrás de Mamá, otros lloraban, maldecían y se lamentaban, pero no había nada que hacer. Cuando los que quedaban en la cola se marchaban con las manos vacías, otros avanzaban con ansias, decididos a seguir esperando hasta el próximo lote.

Mamá regresó a casa, con un montón de mantas en los brazos, arrastrando los pies, y lista para desplomarse.

Le di uno de los bollos dulces, que no había logrado vender esa mañana, y las dos nos sentamos en el patio, junto a nuestra carretilla, que ya empezaba a chirriar fuerte, cada vez que la empujábamos.

Sentía que la suerte era una corriente contra la que teníamos que remar, y que, después de días de esfuerzo, estábamos exactamente en el mismo sitio que al principio.

En un raro gesto de desesperanza, Mamá me dijo:

—Tu hermana tiene razón. No vamos a conseguir esos billetes.

Rompió el bollo en dos mitades y me devolvió una; luego, se metió su parte en la boca.

Le tomé la mano, sintiendo las ásperas callosidades de sus palmas, y apoyé mi cabeza en su hombro. Trabajaba tan duro, pero

no podíamos descansar, o acabaríamos todavía peor. Mantener nuestro miserable *statu quo* ya era en sí una lucha.

—Tú siempre dices que encontraremos la manera, ¿verdad, Mamá? —Intenté consolarla—. Y si no, entonces es la voluntad de los dioses.

En el silencio, escuchábamos el murmullo lejano de los vecinos en el piso de arriba, y el silbido de la brisa otoñal, que se colaba por el callejón.

—Sí, es cierto —respondió Mamá, masticando distraída—. Aunque qué pérdida de tiempo… La próxima vez, debería llevarme unas cajitas de cerillas para doblar.

—Y yo —dije—, caminaré arriba y abajo de la fila con nuestra carretilla y venderé pan a todos esos hambrientos que tienen miedo de perder su lugar.

Mamá sonrió y comentó:

—Qué hija tan lista tengo.

Intenté ser optimista, pero también estaba agotada, sabiendo que tendríamos que repetir esta farsa. Tal vez, nos iría mejor llegando tarde y colándonos delante, como habían hecho otros…, aunque no éramos lo bastante valientes ni lo bastante estúpidos para arriesgarnos a que nos molieran a golpes quienes perjudicáramos.

Me pregunté si alguno de esos que se colaron consiguió un billete. Ojalá que no, aunque también sabía que no debía esperar justicia en una ciudad donde había gente viviendo en las alcantarillas y pisoteándose por un cuenco de gachas de arroz.

El 1 de octubre de 1949, Mao Ze-Dong se plantó en la Plaza Tiananmén de Pekín y proclamó la victoria, declarándose presidente de la nueva República Popular China.

La única potencia extranjera que reconoció al gobierno de Mao fue la Unión Soviética, que rompió de inmediato relaciones con los nacionalistas.

Un desfile militar y una pequeña exhibición aérea marcaron ese primer Día Nacional, y doscientas mil personas se reunieron para

celebrarlo.

En Qingdao, los cuadros montaron radios sobre camiones y retransmitieron el discurso de victoria de Mao por todas partes. En las calles, la gente gritaba y encendía petardos, agitando la bandera roja y amarilla de la nueva república.

—¡China ha sido liberada! ¡China ha sido liberada! —cantaban soldados del EPL, entonando canciones revolucionarias, con lágrimas de alegría corriéndoles por las mejillas. Los miembros del público que sabían la letra se sumaban, unidos por esos himnos que anunciaban el fin de la guerra.

Yo estaba con Di en la plaza principal de Qingdao, y ella también vitoreó; era lo más inteligente que podía hacer, rodeada de cuadros y simpatizantes del Partido, pero yo me sentí traicionada. El partido que gobernaba mis pesadillas ahora gobernaba mi país, y mi hermana felicitaba a la gente como si fuera el Año Nuevo.

En las últimas semanas, me había estado preparando mentalmente para enfrentar la posibilidad de vivir bajo el gobierno comunista por tiempo indefinido. Me obligaba a enfocarme en lo positivo: que, por fin, la guerra se acabaría. Aunque intentaba pensar como Di, y creer que habría empleos y estabilidad, me sentía caer cada vez más en la desesperación.

Taiwán parecía un sueño imposible, mientras imaginaba cómo se cerraban los caminos para llegar a él.

La declaración de victoria de Mao fue seguida por una expansión de la autoridad del EPL en Qingdao.

Aunque este cambio fue, al principio, aterrador, en realidad creó una oportunidad de oro para el primo Wei.

Dado el caos en la estación de tren, el EPL decidió desplegar a sus soldados para ayudar a mantener el orden durante la próxima ronda de venta de billetes. Al mismo tiempo, también vigilarían quién intentaba huir y, por tanto, atrapar a cualquier traidor buscado.

El primo Wei era astuto, y predijo que sus superiores también aumentarían la presencia policial en la estación, para demostrar que

tenían todo bajo control. Con tan pocos trabajos disponibles, nadie quería que el EPL empezara a reemplazar a los policías, y, especialmente, a los de alto rango.

El primo Wei emprendió una campaña de relaciones muy calculada, entregando estratégicamente botellas de licor y crujientes pasteles de luna dorados a superiores claves en la jefatura, como «regalos», para celebrar el Festival de Medio Otoño, en octubre. Cuando se publicaron las asignaciones, el primo Wei estaba en la lista de oficiales que reforzarían a los vendedores de billetes en la próxima venta.

Mamá le dio las gracias con entusiasmo, pero el primo Wei le advirtió que moderara sus expectativas.

—Habrá al menos treinta policías más, además de mí, y todos, incluido el propio ejército de los comunistas, intentarán conseguir billetes. Como sabes, valen una fortuna en el mercado negro. La próxima venta será a principios de noviembre, para viajar en diciembre. ¿Todavía tenéis ese tael de oro?

—Sí —confirmó Mamá. En realidad, lo llevaba escondido en su ropa interior, pero no era apropiado que metiera la mano para sacarlo.

—Tendrá que traerlo aquí, antes de que yo vaya a la estación. Esperemos que sea suficiente.

Al despedirnos, nos dio unos pasteles de luna y nos deseó un feliz Medio Otoño.

Me comí el mío, mientras volvíamos a casa —tenía mi relleno favorito, de loto—. Aunque deseaba comerme también el de Di, me contuve y lo guardé envuelto en un paño para ella.

Al doblar hacia nuestro callejón, vimos a la señora Ding barriendo la calle frente a su patio.

La señora Ding tenía la entrada más limpia de todo Qingdao: siempre estaba fuera barriendo los escalones, lavando las puertas o colgando la ropa, con la puerta del patio abierta.

No era tan mala como habíamos pensado al principio.

Era entrometida y se metía sin pudor en los asuntos de todos,

pero su naturaleza chismosa era más producto de la soledad que de la malicia.

Pronto, nos dimos cuenta de que era muy protectora con su calle y con todos los que vivían en ella. A veces esto resultaba molesto, ya que advertía a la gente de amenazas potenciales basadas en sus propios prejuicios —la llegada del hijo ilegítimo de alguien, «Es una estafa, aseguraba», o un pariente medio japonés, «Su padre es un violador, susurraba»—. Sin embargo, en general, la señora Ding era de ayuda; ella y otros ancianos de la zona siempre estaban dispuestos a colaborar.

Con la condición del tío Sen, Mamá empezó a dejar a Lan con la señora Ding, cuando ninguna de nosotras podía cuidarla.

La señora Ding no tenía hijos propios, y enseguida asumió el papel de abuela voluntaria. Cuando podía, también nos daba un poco de grasa de cerdo o naranjas. Tenía sobrinas y sobrinos, que a veces le enviaban dinero, pero se ganaba la vida alquilando el piso de arriba, que era de su propiedad, junto donde vivía. Eso la convertía en casera. Una de pequeña escala, y, probablemente, fuera del radar de cualquiera, pero su ansiedad y su afición por escuchar detrás de las puertas la hacían igual de paranoica con los comunistas.

—No es por meterme en lo que no me importa —le dijo a Mamá un día, aunque esa era su principal afición—, pero tu hija menor está fraternizando con los cuadros del Partido. Sé que es una niña y que no se da cuenta, pero alguien tiene que decirle que no puede estar llamando la atención de esa gente por aquí. Queremos que nos dejen en paz. ¡Yo he estado aquí desde que estaban los alemanes! ¡Y los japoneses! Es mejor que pasemos desapercibidos e inadvertidos. Créame, lo sé.

—Hablaré con ella —aceptó Mamá con cansancio.

No nos sorprendió el comportamiento de Di. Los niños a menudo se acercaban a los cuadros, porque repartían caramelos y pequeñas tarjetas dibujadas de Mao, que recordaban a las que Di solía coleccionar.

Al igual que los cuadros que habíamos encontrado por el camino, los de Qingdao podían ser extraordinariamente amables con los niños de la calle, como misioneros predicando un evangelio.

Las canciones favoritas de mi hermana eran las de amor, pero, en su ausencia, los himnos del Partido eran un buen sustituto.

Día a día, semana a semana, Di se había ido acercando a esos hombres y mujeres, con sus uniformes de cuatro bolsillos; los ganadores en nuestra ciudad de perdedores.

Cuando Di empezó a llegar a casa con bolsas de harina gruesa de los camiones de los cuadros comunistas, Mamá eligió un momento para sacar el tema.

—Di —dijo—, ¿cómo consigues esta harina?

—Igual que todos —respondió mi hermana. Cruzó los brazos y se apoyó en el marco de la puerta de la cocina—. Los cuadros la reparten en la plaza.

Mamá puso la harina sobre la mesa y preguntó:

—¿Hablas con alguno de esos cuadros?

—No —dijo Di, tajante. Parecía una serpiente enroscada, lista para saltar.

Yo estaba en la sala con Lan, que fingía jugar con unas bolas de papel arrugado, los únicos juguetes que podíamos darle.

—La señora Ding me ha dicho que te ha visto hablando con cuadros.

Y así, Mamá había quitado el seguro de la granada.

Di estalló, con el rostro enrojecido y los brazos abiertos:

—¡La señora Ding es una vieja estúpida que está demasiado sorda y ciega para ver o escuchar nada bien! —Mientras gritaba esto, pensé que, con toda seguridad, la señora Ding tuviera la oreja pegada a nuestra puerta y lo había oído todo—. Tengo que hablar con la gente. Necesitamos comida, ¿no? ¿Cómo vamos a conseguir algo, si me quedo sentada con las manos en los bolsillos? ¿O quieres que sea como el tío Sen y me quede en la cama, callada?

Di había insistido en que jamás pediría comida.

Yo le había dicho que ese era un principio poco realista para

nuestra situación económica. Sin embargo, me di cuenta de que las definiciones de Di estaban hechas a la medida de su orgullo. Nunca pedía comida de forma directa, pero entablaba conversación con la gente adecuada, en el lugar adecuado, y les contaba nuestra situación. Hablaba de cómo comíamos de la basura y de que tenía una «hermanita lisiada», que no tenía leche para beber. Aquellos de buen corazón, que simpatizaban con Di, le daban cosas de forma voluntaria.

Mamá se llevó las manos a la cabeza y dijo:

—¿Qué les dices de nuestra familia? Tenemos que ser cuidadosas, Di. ¿No recuerdas lo que nos pasó en Zhucheng? Lo mejor es mantenernos fuera de su vista.

—Estáis temblando de miedo por nada —gritó Di—. Ya no estamos en Zhucheng. Nadie aquí nos conoce. Los cuadros no son tan malos como pensáis. Todo es propaganda nacionalista, que os hace creer que son monstruos perversos.

—No —intervine, poniéndome de pie tan rápido que asusté a Lan —. Creo que son monstruos porque los he visto disparar a la gente. El señor y la señora Lin fueron apedreados hasta morir. A nuestros familiares los enterraron vivos y los golpearon. ¿Recuerdas cómo volví después de aquel mitin? ¿O lo has olvidado porque alguien te ha puesto una bolsa de harina delante de la cara?

—En todos los grupos hay gente mala, pero eso no significa que todos sus miembros sean malos —replicó Di con el fervor de una seguidora—. También hay nacionalistas malos. Chiang Kai-shek habría convertido a China en una colonia estadounidense. ¡Al menos, bajo los comunistas, los extranjeros han huido!

—La Unión Soviética también es extranjera —apunté—. ¿O es que los cuadros ya te han dicho que son chinos?

Al oírnos discutir, Lan empezó a llorar y gateó hacia la cocina.

—Basta ya —espetó Mamá con dureza, tomando a Lan, para frotarle la espalda—. Di, jamás, jamás puedes contarles a los cuadros lo que pasó en Zhucheng. No puedes decirles nada sobre nuestra familia. Se supone que no estamos en Qingdao.

—¿Creéis que soy tan estúpida? —gritó Di, con los puños apretados y los nudillos blancos—. ¿Creéis que me darían algo si les dijera quién es nuestra familia? Piensan que soy hija de campesinos y que mi padre ha muerto de tuberculosis; la misma enfermedad que ha lisiado a mi hermana.

—Por todos los dioses… —Mamá jadeó—. ¿Saben dónde vivimos? ¿Qué más les has dicho?

—Nada más —indicó—. No necesitan saber dónde vivo. Les dije que estamos con un pariente. Un obrero industrial sin trabajo.

—¿Y si algún día alguien te sigue? —preguntó Mamá con incredulidad—. ¡Podrías meternos a todos en problemas, si descubren que has mentido! ¡Podrías meter en problemas al tío Sen!

—No exageres —replicó Di—. Si tanto te preocupa, a la que deberías gritarle es a la señora Ding, que es la primera en señalar nuestra casa a cualquier extraño.

Mamá respiró hondo y ordenó:

—Quiero que dejes de hablar con los cuadros. Solo traerá problemas.

—¡Nos ha traído comida! —chilló Di—. Soy la única que intenta aprovechar esta ola para sacar a nuestra familia adelante. ¿Crees que podremos evitar a los cuadros para siempre? ¡Ellos son los dueños de esta ciudad!

—Podemos evitar a los cuadros hasta que subamos al tren y nos vayamos —recordó Mamá con firmeza—. No nos quedaremos en Qingdao.

—¡Habla por ti! —gritó Di—. Voy a unirme a la Liga Juvenil Comunista. Y, cuando tenga edad suficiente, ¡me uniré al Ejército Popular de Liberación!

Esas palabras fueron como una bofetada para Mamá y, dándose media vuelta, corrió a la habitación que compartíamos, cerrando la puerta de un portazo tan fuerte, que las ventanas temblaron.

Mamá soltó un suspiro de exasperación.

—¿Por qué tiene que ser todo tan difícil con ella?

Escuché al tío Sen toser con fuerza en la otra habitación y gritar

con voz débil:

—¡Esa chica va a romper mi casa con tanto portazo!

—Perdona, Sen —le respondió Mamá.

Le di a Lan un trozo de pan duro, que mordisqueó, mientras seguía en brazos de Mamá. Pensé en la señora Ding, que probablemente ya estuviera preparándose para advertir a los vecinos de que Di iba a traer a los cuadros hasta nuestras casas, y también pensé en mi hermana, que, con seguridad, estaría llorando en el cuarto, sintiéndose incomprendida por el resto de la familia.

A veces los cuadros se metían en nuestro callejón, lo que nos ponía nerviosas. Colocaban carteles de Mao, lo que enfurecía a la señora Ding.

Cuando se iban, ella lavaba las paredes y decía que era una pena tener que quitar los carteles, solo para fregar la superficie debajo.

Estos pequeños actos de resistencia nos daban algo de consuelo, pero eran inútiles, ya que los nacionalistas retrocedían cada semana más.

Para el quince de octubre, los ejércitos de Chiang habían abandonado Guangzhou y se habían dirigido al oeste, hacia Chongqing.

Empecé a preocuparme de que Di tuviera razón y que nunca pudiéramos huir de los comunistas. Aunque lográramos llegar a Taiwán, podría ser solo cuestión de tiempo, antes de que el Ejército Popular de Liberación se tragara la isla y todo el país quedara unido bajo su bandera roja y amarilla.

18
TAEL DE ORO

Con un ahorro cuidadoso, habíamos levantado una pequeña fortaleza de pan duro para prepararnos para el invierno.

El sol se volvía perezoso, escondiéndose detrás de las nubes y retirándose más temprano cada día que pasaba.

Durante la noche, el aire frío se colaba por las calles de Qingdao y nos sorprendía al abrir la puerta por la mañana.

Tirité y saqué el abrigo cálido que había traído de Zhucheng. Deseaba con desesperación que, para cuando el invierno llegara con toda su fuerza, ya estuviéramos viajando hacia el sur.

Mamá volvió a la comisaría, tael de oro en mano, y entregó la moneda al primo Wei el jueves antes de que le tocara su turno en la estación de tren.

—Rezad —nos ordenó Mamá—. Cuando tengáis tiempo, rezad. Es todo lo que podemos hacer.

Di le hizo el honor de ignorar la petición, en lugar de discutir.

Yo intenté obedecer, pero me costaba creer en el poder de la oración a esas alturas. Aun así, realicé el ritual, arrodillándome ante mi ventana y suplicando a la bodhisattva Guang-Yin que nos ayudara.

Tal vez eso bastó, porque unos días después, el primo Wei vino a nuestra casa con una sonrisa en la cara.

Mamá y yo lo recibimos fuera, en el patio, para evitar exponerlo

a la tuberculosis.

Él metió la mano en el bolsillo y sacó un juego de billetes recién impresos, que aún olían a tinta fresca.

Mamá gritó de alegría, me abrazó con fuerza y las dos saltamos de emoción.

No solo había conseguido billetes para Guangdong, sino que había conseguido pasajes hasta Shenzhen, un pueblo del condado de Bao'an, en la frontera con Hong Kong. Saldríamos en un mes, el 10 de diciembre.

—No tengo cómo agradecerle lo que ha hecho por nosotras —le dijo Mamá al primo Wei—. Mi familia le estará siempre agradecida.

—Somos familia —respondió este, moviendo la mano—. No necesito agradecimientos. Solo quiero que estén a salvo. Encuentre a su esposo, tengan muchos hijos y asegúrese de que el apellido Ang continúe.

Era irreal tener por fin esos billetes en las manos: un tael de oro convertido en papel.

El primo Wei ya se había marchado cuando Di llegó con otra bolsa de harina gruesa de los cuadros. Se quitó la chaqueta, la colgó junto a la puerta y dijo:

—La señora Ding me ha preguntado por qué ha venido un policía a nuestra casa. Le he respondido que no lo sabía, pero que probablemente fuera el primo Wei. Estaba muy contenta. Según ella, lo más útil es tener un pariente médico, pero un policía también está a la altura. ¿Ha sido el primo Wei el que ha venido o estamos en problemas?

—Ha sido el primo Wei —le aclaró Mamá, llevando la harina gruesa a la cocina—. Ha venido a traernos nuestros billetes de tren —terminó esa última frase con tono neutro, sin saber cómo reaccionaría Di.

Yo contuve la respiración, pero el rostro de mi hermana no se inmutó.

—Así que no era tan inútil después de todo —comentó, y pasó cerca de Lan y de mí, para ir directamente a nuestra habitación,

cerrando la puerta.

Mamá y yo nos miramos, sorprendidas. Esperábamos una explosión y lágrimas, pero esa extraña calma de Di nos dejó inquietas.

—¿Y si no quiere ir? —pregunté.

Mamá frunció el ceño, pero solo respondió:

—Hablaremos de eso, si llega el momento. Por ahora, debemos prepararnos todo lo que podamos. Necesitaremos dinero cuando lleguemos a Shenzhen, así que intentaré conseguir más trabajo en la fábrica de cerillas. Otra persona puede quedarse con mi puesto después, así que quizás otros trabajadores estén dispuestos a dejarme reclamar una parte mayor de cartón este mes.

—Yo trataré de vender más bollos —añadí.

Mamá no se lo contó a nadie, salvo al tío Sen, y nos recalcó a Di y a mí que debíamos mantenerlo en secreto. Yo no tenía a quién decirle nada, pero sospechaba que mi hermana había hecho amistades en la ciudad.

—Sobre todo —dijo Mamá con gravedad—, no podéis decirles nada a los cuadros.

—A los cuadros no les importaría —soltó Di—. Tienen cosas más importantes que preocuparse por un grupo de campesinas cogiendo un tren.

La actitud despreocupada de mi hermana me molestaba. Era obvio que sabrían que no éramos simples campesinas, si habíamos conseguido esos billetes. Aunque quizás tuviera razón: tenían problemas más grandes que investigar cómo habíamos conseguido entrar al sistema de billetes.

Yo tenía otro dilema: qué hacer con Lucky. Mamá fue clara con que no podíamos llevarlo en el tren.

—No quiero darle a nadie ningún motivo para negarnos la entrada o echarnos una vez que estemos a bordo —indicó con firmeza.

—¿La gente no lleva animales en los trenes? —pregunté.

—Eso era antes —contestó Mamá—. Estos trenes irán

abarrotados de personas. Los billetes que ha conseguido el primo Wei ni siquiera son con asiento. ¿No has visto a la gente que viaja en los techos?

Se me encogió el corazón al salir al patio y ver a Lucky moviendo la cola para saludarme.

—Ojalá pudiéramos llevarte a ti, en lugar de a Di —le dije. Él apoyó su cuerpo contra mi pierna y, al darse la vuelta panza arriba, me pidió que le rascara la barriga—. Apestas —dije con cariño—. Tendría que haberte bañado este verano, para que fueras más atractivo. ¿Cómo vamos a encontrar a alguien que cuide de ti?

Un jueves, llevé a Lucky conmigo a la comisaría del primo Wei, usando unos trapos atados como correa. Quería que causara buena impresión.

Al abrir la puerta, saludé al primo Wei, que estaba en su escritorio. Él me devolvió el saludo con calidez y me preguntó dónde estaba Mamá.

—Está en casa —respondí—. He venido sola.

El primo Wei miró a Lucky y dijo:

—No se permiten perros en la comisaría, salvo los perros policía.

Me arrodillé y me incliné hasta el suelo, como había visto hacer a Mamá ante Nai Nai, tantas veces.

—Quiero pedirle un favor, tío Wei.

Me sentí mal, sabiendo que ya había hecho tanto por nosotras y que no teníamos nada para compensar la enorme deuda que le debíamos.

—Basta. Levántate, por favor —dijo el primo Wei, algo avergonzado—. Sabes lo que pienso de los favores entre familia. ¿Qué pasa, Hai?

—¿Crees que Lucky podría tener un trabajo como perro policía? —pregunté.

El primo Wei observó a Lucky, que era mucho más pequeño y rechoncho que los elegantes pastores alemanes, que normalmente cumplían esa función. Soltó una carcajada sonora y atronadora, y, antes de darme cuenta, yo había empezado a llorar.

—Es un buen perro —indiqué, intentando defenderlo lo mejor posible entre lágrimas. Me limpié la cara con la manga, que tenía un agujero, y añadí—: Puede conseguir su propia comida. Incluso atrapa ratas y conejos. Es obediente y puede vigilar tu casa. Es un perro muy, muy bueno.

El primo Wei se obligó a dejar de reír, aunque, de vez en cuando, se le escapaba una risita que disimulaba con una tos.

—Lo siento, Hai. Por favor, no llores. Es que tenemos perros específicos para ese tipo de trabajo. No podemos aceptar cualquier perro. Quizás pueda preguntar por ahí y ver si encuentro un hogar para él. ¿Qué clase de perro es?

—La mejor clase de perro —respondí, empezando a hipar por el llanto.

Lucky me lamió la cara, cosa que normalmente no le permitía, porque comía tanta basura que su aliento olía fatal. Lo aparté y me limpié la baba de la mejilla.

—Es un perro de montaña. Un perro campesino, en realidad… Un verdadero proletario. El mejor tipo de perro para tener ahora que el Partido Comunista está en el poder.

El primo Wei no pudo evitarlo y soltó otra carcajada, pero enseguida recuperó la compostura, al ver lo abatida que estaba.

—Lo siento, Hai. No sabía que te importaba tanto este perro. Veré qué puedo hacer. Preguntaré. No prometo nada, pero lo intentaré.

Asentí y le di las gracias, saliendo de la comisaría, sintiéndome tonta.

En una época en la que la gente se moría de hambre, mi súplica por mi perro debía parecer el colmo de lo burgués.

Me pasó fugazmente por la cabeza que, si Di se quedaba en Qingdao, quizás podría cuidar de Lucky, pero sabía que era muy probable que lo vendiera al mercado de carne, si le convenía. También estaba el tío Sen, pero bastante tenía con su propia salud, como para encargarse de otra criatura viva.

—¿Y si te escondemos en una maleta? —le dije a Lucky de

camino a casa.

Aunque ni siquiera teníamos una maleta. Solo unas bolsas raídas para nuestras pertenencias, y no había manera de meterlo ahí.

Al doblar hacia el callejón, vi a la señora Ding en su puesto habitual, envuelta en una chaqueta y con la escoba en la mano. Se dio cuenta de que tenía los ojos hinchados y me preguntó:

—Hai, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado?

Tener que responderle hizo que rompiera a llorar otra vez, y no sabía qué decir, sin revelar que nos íbamos. Mamá se enfurecería si contaba nuestros planes, al equivalente del periódico del barrio.

—¿Un cuadro te ha hecho daño? —preguntó la señora Ding, enfadándose—. Dime. Te ayudaré. Lo resolveremos juntas.

No era tan rápida inventando como Mamá o Di, pero al final logré decir:

—El tío Sen no nos deja quedarnos con el perro. Dice que el ladrido lo molesta, cuando intenta descansar. Necesito encontrarle un nuevo hogar.

—¿Eso es todo? —preguntó la señora Ding—. Pensaba que te habían robado o que alguien había muerto. Me has asustado con tanto drama. Tu apestoso perro puede quedarse en mi patio, cuando tu tío esté descansando. Quizás sea agradable tener a alguien más vigilando las puertas conmigo.

No podía creer lo que escuchaba.

—¡Gracias, señora Ding! —exclamé, abrazándola con tanta fuerza, que le crujieron los huesos—. ¡Gracias, gracias, gracias!

—Cálmate —dijo, apartándome—. Ya me dejáis a Lan, ¿qué es una criatura más?

Ella pensaba que solo aceptaba a Lucky de forma temporal, pero yo esperaba que, si se acostumbraban el uno al otro, pudiera quedarse en su patio de forma permanente, cuando llegara el momento de nuestra partida.

A partir de ese día, empecé a llevar a Lucky cada mañana a casa de la señora Ding. Le mostré sus trucos: que podía sentarse, tumbarse e incluso bailar con una orden.

—Es muy listo —insistí—. Si lo lleva a la montaña, ¡puede atrapar conejos! Puede asegurarse de que en su casa no haya ratas. Tiene mucho talento.

—¿Y para qué voy a llevar a este animal a la montaña? —replicó la señora Ding—. Niña tonta. Es probable que tu chucho solo se eche una siesta. Es lo único que le he visto hacer. ¡Conejos, dice! — Me hizo un gesto con la escoba para que me fuera, y yo me alejé corriendo a vender bollos, con la carretilla chirriando ruidosamente.

19
TREN DE VAPOR

Mamá reunió algunos sacos viejos de harina y cosió con ellos unas mochilas para que lleváramos nuestras pertenencias en el viaje. Reforzó las correas, pero, aun así, sugirió que las lleváramos delante, para poder sostener el peso con los brazos, si era necesario…, y también para evitar que los ladrones nos las arrancaran de la espalda.

No teníamos mucho, y podíamos vestir la mayor parte de nuestra ropa en capas. Lo más voluminoso que debíamos empacar era el pan duro y la ropa extra para Lan, que, de vez en cuando, tenía accidentes. Ya no hacían falta trapos para Mamá, que había perdido su período meses atrás, por la falta de nutrición, y Di y yo todavía no lo habíamos tenido —yo cumpliría catorce y Di trece, en diciembre.

Mamá dejó una pequeña fortaleza de pan duro apilado para el tío Sen, con la esperanza de que le bastara para pasar el invierno. Compró una bolsa de carbón para él, a tres veces el precio habitual por la escasez, y puso en su cama la manta de seda que habíamos traído de Zhucheng.

—Adiós, pequeño Sen —dijo—. Cuídate. Te escribiré cuando lleguemos a Shenzhen.

El tío Sen apenas salía de la cama y ni siquiera se incorporó para despedirnos. Me regaló una sonrisa débil, cuando le dije adiós.

—Cuidaos. Escribidme de nuevo cuando lleguéis a Taiwán. Que el viento sople rápido a lo largo de vuestro camino.

Mientras preparábamos las últimas bolsas, voluminosas y deformes, Mamá y yo nos preparamos para la pelea con Di, que estábamos seguras de que habría.

Para nuestra sorpresa, se plantó en la puerta con su mochila lista —llena de pan duro, como las nuestras—, y, al cargarla delante, apenas podía asomar la cabeza por encima.

Sin decir palabra, cerramos la puerta con llave.

Mamá llevaba a Lan en la espalda y una bolsa enorme colgada al pecho.

En el patio, Lucky corrió a recibirnos, poniéndose de pie sobre sus patas traseras y olfateando. Dejé mi bolsa en el suelo y lo abracé largo rato, conteniendo las lágrimas. No quería que sospechara que nos íbamos, aunque quizás nuestras bolsas fueran advertencia suficiente.

Abrí la puerta del patio y salió disparado, creyendo que todos íbamos juntos a una nueva aventura.

Era temprano, pero la señora Ding estaba fuera, sentada en los escalones con una taza en la mano y un gran hervidor de acero a su lado. Se levantó y nos ofreció té, pero declinamos. Al ver nuestras bolsas, dijo:

—Supongo que hoy es el día.

—Lamento no habérselo dicho antes —indicó Mamá, inclinándose, en señal de agradecimiento.

—No se disculpe —respondió la señora Ding—. Ya lo sabía.

—¿Cómo? —preguntó Mamá.

La señora Ding me miró, y se me hundió el estómago pensando que fuera a confesar que yo le había revelado el plan. Luego, volvió a mirar a Mamá y respondió:

—Lo sé todo. ¡He estado aquí desde que llegaron los alemanes! —Señaló la puerta de su patio—. Manda al perro sucio dentro.

—Gracias, señora Ding —dije, empezando a llorar.

Di me dio un codazo.

—Cálmate —susurró, aunque también le temblaba la voz—. No seas tan llorona, que es vergonzoso.

Abracé a Lucky otra vez y lo conduje al patio de la señora Ding.

—Tendrá que mantener la puerta cerrada —dije entre sollozos—. Si no, va a seguirme.

La señora Ding asintió.

—Ya lo sé, ya lo sé. Hemos pasado bastante tiempo juntos; conozco a este animal. No caza conejos, te lo aseguro. —Le dio un beso en la mejilla a Lan y un abrazo cálido a Mamá, Di y a mí—. Cuidaos. Por favor, escribid. Necesito saber cómo está la pequeña Lan. Ahora que la guerra ha terminado, el correo debería ser más fiable. —Prometimos escribirle y la señora Ding nos despidió con la mano, aunque vi que se emocionaba—. Daos prisa o perderéis el tren —indicó, dándose la vuelta para servirse más té.

La caminata hasta la estación se hizo larga, y no podía sacudirme la incómoda sensación de haber olvidado la carretilla. Sabía que no podíamos llevarla en el tren, pero tenía tan arraigado el hábito de apretar esas asas de madera, escuchando el chirrido de la rueda y el traqueteo de la plataforma al rodar por el camino…

Mi corazón latía con una mezcla de emoción y miedo, cuando nos acercamos a la estación. La enorme torre del reloj estaba sobre nuestras cabezas y había un mar de gente delante.

No había fila alguna, solo una masa informe a lo largo del andén.

Como un dragón de acero, el brillante tren negro reposaba en las vías, soltando un poco de vapor por las válvulas.

Mamá nos dijo que nos tomáramos de las manos, mientras avanzábamos. Los billetes los llevaba bajo la blusa, en el sitio donde antes estaba el tael de oro. Temía tanto perderlos, que no le importaba si la juzgaban por meter la mano entre el pecho para sacarlos.

La locura del andén me recordó a la vorágine cuando los católicos o los cuadros del partido repartían comida.

Mamá abrió paso con el hombro, y las tres nos aferramos con fuerza a las muñecas de las otras, luchando con todas nuestras

energías para permanecer juntas, mientras avanzábamos hacia la entrada del tren.

Sobre el rugido de la multitud, oí a un empleado del ferrocarril gritarles a todos que retrocedieran.

Dos guardias armados flanqueaban a cada revisor de billetes. Otros empleados extendían los brazos formando una barrera entre el revisor y el resto.

—Un grupo a la vez —gritó un oficial—. Todos los que tengan billete podrán subir. Será más rápido, si lo hacemos de forma ordenada. ¡Por favor, retrocedan y formen una fila!

Había varios puntos de acceso al tren; al menos, uno por cada dos vagones. En algunos, la gente lograba organizarse en filas cortas y torcidas, justo ante el revisor. En otros, en cambio, los revisores tenían que meter la mano al azar entre la multitud, para tomar los billetes y gritar a sus compañeros que dejaran pasar a ciertos grupos.

Cerca de allí, una pelea estalló como una bomba: un revisor había identificado unos billetes falsos.

Un hombre profería insultos, insistiendo en que los había conseguido allí mismo, en la estación.

Los oficiales del EPL lo sujetaron, pero, con la multitud apretada, apenas podían avanzar.

El hombre pataleaba sin control, derribando a varios, mientras los oficiales luchaban por arrastrarlo, como hormigas intentando llevarse a un saltamontes.

Al pasar junto a nosotras, la gente se apartó para esquivar sus patadas y casi caímos.

Observé que el hombre vestía bien, con una camisa tradicional de seda limpia y cuello alto.

—¡No me empujes! —Rugió una mujer, cuando perdí el equilibrio y caí contra ella.

Usé ambas manos para empujarme en la dirección contraria.

—No puedo evitarlo —solté—. ¡A mí también me empujan!

—Vamos —me gritó Mamá desde atrás.

Apreté más la mano de Di y avanzamos otra vez. Era como estar con el agua al cuello en el océano y tratar de avanzar contra la marea.

El revisor más cercano no estaba lejos, pero la gente de delante tensaba los hombros para impedirnos avanzar. Todos en ese grupo aferraban sus billetes y los agitaban de forma frenética hacia el revisor, que revisaba uno tras otro con ansiedad y enviaba a la gente hacia los escalones de acero del vagón.

Pasó como media hora, antes de que estuviéramos al frente, listas para entregar nuestros billetes.

Las tres mantuvimos los hombros pegados, formando una barrera de huesos, para que nadie se colara por delante.

Mamá metió la mano bajo su blusa, sacó los billetes y estiró el brazo, todo lo que pudo, hacia el revisor, que los tomó como una deidad recibiendo una ofrenda.

Sentí los dedos de Di clavarse en mi brazo, mientras el hombre examinaba cada billete. Ella también estaba nerviosa.

El revisor asintió y se los devolvió a Mamá.

—Suban —ordenó.

Felices, rompimos el cerco de la multitud, saltando por la puerta abierta del vagón, para subir los escalones. Me volví para ayudar a Mamá, ya que llevaba el peso extra de Lan.

Aunque era un día frío, dentro del tren hacía calor, estaba húmedo y olía a agrio, por el aliento y el calor de varios cientos de cuerpos apretados.

Los asientos solo estaban reservados para quienes tenían billetes de primera. Eran de madera y estaban dispuestos en hileras, todos en la misma dirección, salvo unos pocos que se enfrentaban entre sí.

No solo todos los asientos estaban ocupados, sino que la gente estaba tan apretada, que no se veía ni un hueco.

Avanzamos, empujando, hasta encontrar un lugar en el suelo.

Alguien había abierto una ventana, pero había demasiada gente entre nosotras y la brisa.

A los pocos minutos, vimos cómo un brazo entraba por ella,

luego un hombro y una cabeza. Desde el exterior, varias personas trepaban.

Se escuchó un grito desde el andén y luego un disparo.

Los oficiales agarraron al que trepaba, y este soltó un alarido, al ser arrastrado hacia abajo.

Pero los policías eran menos que la multitud.

Aquí y allá, alguien lograba colarse por la ventana, riendo, aliviado, al aterrizar sobre otros pasajeros, que le chillaban y empujaban con furia.

—¡Bájense del techo! —gritó un oficial afuera—. Cualquiera que esté en el techo será fusilado. Solo los pasajeros con billetes legítimos pueden subir. Repito, ¡bájense del techo!

Segundos después, sonaron disparos y la gente gritó.

Mamá nos abrazó por instinto, como si su propio cuerpo pudiera protegernos de una bala perdida.

Lan empezó a llorar.

—¡Salir! —gritaba—. Quiero salir. Quiero casa. Quiero salir.

Mamá intentó calmarla, pero Lan la apartaba y arqueaba la espalda, chillando.

—No podemos salir —traté de explicarle—. Por favor, Lan, ¡tienes que callarte!

Esta siguió llorando sin control, pero no había nada que pudiéramos hacer. Nadie se quejaba; todos estaban pendientes de los disparos y los gritos que venían del techo del tren.

Cada vez más gente empujaba para entrar en nuestro vagón.

Yo pensaba que era imposible meter a más, pero seguían apareciendo cabezas y cuerpos, que subían por la escalera.

Nos sentamos con las rodillas contra el pecho y las mochilas sobre ellas.

Tras lo que pareció una eternidad, el silbato del tren sonó, fuerte y agudo.

—¡Por fin vamos a movernos! —dijo Di.

Era un viejo tren de vapor, y tomó varios minutos que la caldera acumulase el calor suficiente para que los vagones empezaran a

moverse.

Con un chirrido y una sacudida, el dragón dormido despertó y comenzó a arrastrarse.

El silbato sonó otra vez, mientras nos alejábamos, y Mamá se recostó contra la pared del vagón, aliviada. Encima de nosotras había una ventana que no se abría, pero podíamos mirar el exterior, si estirábamos bien el cuello.

La estación quedó atrás, mientras tomamos velocidad.

Lan finalmente se había calmado y dormía en el regazo de Mamá, cuando oí a un pasajero decirle a su compañero:

—¡Mira ese perro junto a las vías!

—Wow, corre rapidísimo —respondió el otro.

Me incorporé de golpe.

El estómago me dio un vuelco, pero me tranquilicé pensando que debía de ser un perro callejero cualquiera. Lucky estaba seguro en el patio de la señora Ding.

Me asomé por la ventana y vi un perro pequeño, marrón, con orejas puntiagudas, corriendo tan rápido junto a las vías, que sus patas eran un borrón. Ladraba, mientras saltaba entre la hierba amarilla, casi alcanzando nuestra ventana.

Se me rompió el corazón al reconocerlo. ¡Era Lucky!

—¡No! —grité, poniéndome de pie y golpeando con las manos el cristal—. ¡Lucky! ¡Vete a casa! ¡Vuelve con la señora Ding! ¡A casa!

No podía oírme, y probablemente tampoco podía verme, aunque tuviera la cara pegada al cristal. Debió de escabullirse por la puerta del patio, cuando otro vecino la abrió, y salió disparado, en dirección al callejón. Con su olfato de cazador de conejos, debía de haber seguido nuestro rastro hasta la estación y deducido que habíamos subido al tren.

Todos en el vagón me observaban, y Mamá tiró de mi brazo con tanta fuerza, que pensé que me lo arrancaría de la articulación.

—¡Basta, Hai! —me espetó, cortante—. ¡Siéntate!

La ignoré y me aferré a la ventana.

Lucky corría tan rápido como podía, con la lengua colgando y el

aliento formando nubecillas en el aire frío.

El tren empezaba a dejarlo atrás, y redujo el trote.

Pensé que era un perro muy listo… ¿Podría un pastor alemán haber rastreado nuestro camino entre toda esa gente hasta la estación? Tal vez. Pero eso solo significaba que Lucky estaba tan calificado como cualquiera para ser un perro policía. El primo Wei había sido un ignorante al dejar pasar esa oportunidad.

—¡Vete a casa, Lucky! —grité, con la esperanza ilógica de que pudiera oírme—. ¡Vuelve con la señora Ding!

—¡Suficiente, Hai! ¡Contrólate! —Mamá usó ahora ambos brazos para bajarme.

Lucky se había detenido y sentado en la hierba, jadeando, mientras nuestro tren se alejaba, más y más.

—Es solo un perro. Es listo y sabe el camino a casa. Con seguridad, dará la vuelta y volverá a casa de la señora Ding, donde esta lo esperará.

No pude apartar la vista de él, mientras se encogía en la distancia, hasta convertirse en un puntito marrón tan pequeño, que ya ni siquiera parecía un perro.

—No, si alguien en la calle lo atrapa y se lo come antes —soltó Di.

Me giré hacia su cara engreída. Sabía que estaba de mal humor y solo intentaba provocarme, pero no me importó.

Gritando, me lancé sobre ella. Era más grande y fuerte que yo, pero tenía la ventaja de la sorpresa y logré tirarla hacia atrás.

La gente detrás de ella gritó, pero sus voces sonaban lejanas, ahogadas por la sangre que me latía en los oídos.

Me senté sobre el pecho de Di, le inmovilicé los brazos con mis rodillas y empecé a abofetearle la cara con ambas manos.

—¡Te odio! —le chillaba—. ¡Te odio! ¡Te odio y ojalá te hubieras quedado en Qingdao!

—¿Qué les pasa a todas mis hijas? —bramó Mamá.

Había dejado a Lan en el suelo, que empezó a llorar otra vez, y me agarró del cuello de la camisa, para separarme de Di, que

todavía alcanzó a darme un par de golpes, antes de resignarse a sentarse. Incluso con Mamá en medio, Di se estiró para darme un manotazo en la cara, mientras yo intentaba morderle la mano.

—¡Controle a sus hijas, señora! —gritó alguien cerca.

—¡Deberían tirarlas a todas del tren! ¡Qué forma de comportarse! —Añadió otro.

Mamá nos empujó contra la pared del vagón y se colocó entre nosotras, con la pequeña Lan llorando en sus brazos.

—¡Y encima habéis despertado a vuestra hermana! ¡Niñas horribles! ¡Si nos echan de este tren, os voy a pegar tan fuerte que no podréis sentaros durante semanas!

Era raro ver a Mamá tan enfadada, pero yo también estaba furiosa.

—Ojalá nunca hubiéramos salido de Qingdao. —Lloré—. No quiero ir a Taiwán. No quiero ver a Papá. Solo quiero volver con el tío Sen. —Mamá y yo casi nunca discutíamos, pero las palabras salían de mi boca sin freno—. A Papá no le importamos. Si le importáramos, habría insistido en que fuéramos a Qingdao con la familia. Llevaban tanto dinero, que podrían haber pagado a alguien para que fuera a Zhucheng a buscarnos, antes de irse a Taiwán. ¡Pero no lo hicieron! Estaba dispuesto a sacrificarnos, para contentar a sus padres. No le importamos. ¡Con seguridad, ya haya encontrado otra esposa en Taiwán y está a punto de tener otro hijo!

Mamá me dio un fuerte manotazo en la cabeza con la mano libre.

—¡Cierra la boca! No puedo creerlo, Hai. Precisamente de ti.

Ni siquiera me sentí mal por ponerla de mal humor.

Todas las sospechas y temores que había guardado en silencio salieron de golpe, y no podía retirarlos. Aunque pudiera, no habría querido. Me sentí bien al gritarlo, como si al hacerlo limpiara al fin algunas de las heridas que me habían podrido por dentro.

Di cruzó los brazos y se recostó contra la pared, pareciendo satisfecha. No porque su plan de provocarme hubiera funcionado, o porque Mamá me hubiera pegado, sino porque le había demostrado que no era la única con reservas sobre reunirnos con nuestra familia,

y que, por lo tanto, no estaba sola.

Las tres nos quedamos en silencio, mientras el tren seguía su camino por el campo.

Miré por la ventana, pero solo veía un cielo tan azul, que costaba creer que hubiésemos tenido una mañana tan agitada y dolorosa.

20
SHENZHEN

El lento tren de vapor se detenía en cada estación de la línea. La gente podía bajar a estirar las piernas y comprarles a los vendedores que esperaban en los andenes con canastas de comidas sencillas y rápidos tentempiés.

Mamá tenía tanto miedo de no poder volver a subir al tren, que no nos permitió bajar. Pasaba nuestras cantimploras por la ventana, para que otros las llenaran por nosotras; aunque la realidad es que tampoco teníamos dinero para gastar en bocadillos. Nos quedábamos en nuestro rincón y comíamos pan duro, rompiendo trozos y chupándolos, hasta que se ablandaban lo suficiente para poder masticarlos.

Los baños del tren eran inmundos, y yo evitaba beber demasiada agua, para no tener que usarlos a menudo.

En Jinan, y de nuevo en Pekín, tuvimos que cambiar de tren.

Los primeros ferrocarriles de China habían sido construidos por extranjeros, que habían reclamado distintos protectorados y colonias en el país. Como no había existido un esfuerzo coordinado, la red ferroviaria era un mosaico, y los rieles y trenes tenían distintos anchos, según quién los hubiera construido. Muchas estaciones y tramos habían sido dañados por las bombas japonesas durante la Segunda Guerra Mundial, y saboteados estratégicamente por los comunistas en la Guerra Civil. Los nacionalistas habían retirado

materiales de vías menos transitadas para reparar las principales, y para el final de la revolución menos de la mitad de las vías eran utilizables.

Aunque teníamos bastante tiempo para hacer cada conexión —incluso varias horas en Pekín—, Mamá estaba demasiado ansiosa como para dejarnos deambular. Íbamos directas al andén y nos metíamos en el tren, tan pronto como podíamos, dejándonos caer en el suelo, para reclamar un pequeño pedazo de territorio para nosotras.

Viajamos en trenes de vapor durante ocho días, durmiendo sentadas o acurrucadas como gatos. Algunas personas en los vagones conversaban entre sí con entusiasmo, otras con ansiedad, pero casi todas hablaban de lo mismo: Hong Kong. Cómo era, cómo llegar, y lo más importante, si la frontera estaría cerrada.

—Solo están dejando pasar a los nativos de Guangdong. —Escuchamos decir a alguien—. Necesitas una tarjeta de identidad.

—No —corrigió otro—, necesitas una tarjeta de identidad de Hong Kong.

—Yo he escuchado que solo hace falta una visa de entrada —añadió un tercero.

—¿Y dónde se consigue eso? —preguntó el primero.

—No lo sé —respondió el tercero—. Lo veremos cuando lleguemos.

Mamá, Di y yo permanecimos en silencio. Había demasiado dolor entre nosotras, y no el tiempo suficiente para que las heridas cicatrizaran.

Yo pasaba las horas preocupándome, deseando que Lucky hubiera logrado regresar sano y salvo, y maldiciéndome por no haberlo atado dentro del patio. Lo imaginaba abriéndose paso entre las multitudes, y aún me asombraba de cómo había sido capaz de seguir nuestro rastro.

Por las noches, lo visualizaba acurrucado, roncando en el patio de la señora Ding, como si con solo imaginarlo pudiera hacerlo realidad.

Solo Lan parecía encontrar algo de alegría en el viaje.

La gente en los vagones era amable con ella, y los que tenían asiento, a veces la dejaban sentarse en sus rodillas, para que pudiera ver mejor por la ventana.

Pero esto solo sucedió los primeros días.

Poco después, estábamos tan sucias de estar en el suelo que nadie con asiento quería tocarnos. Mi ropa y la piel expuesta de muñecas y manos estaban negras, como si me hubiera caído dentro de una cubeta de carbón.

A medida que nos acercábamos a Shenzhen, los nacionalistas se preparaban para las últimas fases de su retirada del continente.

En cada estación, los pasajeros intercambiaban noticias, fragmentos recogidos de vendedores y empleados del ferrocarril.

Al parecer, los nacionalistas llevaban trasladando sus recursos militares a Taiwán desde agosto. Chiang Kai-shek había salido de su retiro para liderar la retirada, con unos sesenta aviones que volaban a diario entre China y la isla. Aproximadamente, dos millones de soldados y civiles nacionalistas migraron por aire y mar.

El 10 de diciembre, el mismo día que salimos de Qingdao, los comunistas atacaron la última ciudad bajo control nacionalista: Chengdú.

Tras una defensa fallida, Chiang Kai-shek y su hijo Chiang Ching-kuo escaparon por poco, desde el aeropuerto de Chengdú, y emprendieron su último viaje hacia Taiwán, del que nunca volverían a China.

Cuando llegamos a Shenzhen, los nacionalistas ya se habían ido, y todo el continente había caído.

21
FRONTERA

La estación de tren de Shenzhen había sido construida por los británicos en 1911, la última parada en la China continental de su línea ferroviaria Kowloon-Hong Kong.

El servicio de trenes de pasajeros entre Hong Kong y China había sido suspendido el 14 de octubre de 1949; apenas un día antes de la victoria comunista en la provincia de Guangdong.

La estación en sí tenía un salón principal largo y bajo, con una cerca de alambre cubierta en parte por vegetación silvestre.

Sentíamos el cuerpo entumecido por la falta de movimiento, y tuvimos que sostenernos unas a otras, tambaleándonos, mientras atravesábamos el vagón y bajábamos las escaleras hacia el andén.

Hacía tanto calor, que parecía principios de primavera en Shandong, excepto que el aire era húmedo.

A nuestro alrededor, la gente se volcaba en caóticas oleadas, como si los vagones vomitaran su contenido sobre la plataforma. Campamentos humanos cubrían la estación, muchas veces eran solo mantas sobre el suelo de tierra; cientos de refugiados del norte se habían instalado a lo largo de las vías.

El edificio principal tenía vigas de madera altas, y a sus costados se alineaban desvencijados puestos de vendedores que ofrecían caña de azúcar, peras, maíz y ostras secas.

Carteles de Mao Zedong y de su primer ministro, Zhou Enlai,

pegados en las paredes, y la bandera roja del Partido Comunista colgaba triunfante en la entrada y salida.

Algo más lejos, se escuchaban las voces retumbantes de los cuadros comunistas, que cantaban canciones de victoria, alabando la gloria de Mao y celebrando la unificación del continente.

Habíamos huido de una ciudad controlada por comunistas, solo para caer en otra. Ahora, con menos recursos y sin contactos familiares. Era el 18 de diciembre, mi cumpleaños, pero no importaba. Teníamos que encontrar refugio, y debíamos encontrar comida.

Di miró la multitud de refugiados, que se agolpaba en la estación, y dejó su bolsa en el suelo, aún medio llena con el pan duro que había apilado con cuidado.

—¿Vamos a quedarnos aquí? —preguntó con cautela.

—No —respondió Mamá, haciendo un doble nudo en la tela que sostenía a Lan, a su espalda—. Es probable que estas personas estén tratando de averiguar cómo conseguir permiso para entrar a Hong Kong.

—¿No tenemos que hacer lo mismo? —pregunté.

—Quizás —dijo Mamá—. Pero sospecho que no es tan estricto. Mira a las personas que están aquí fuera: casi todos son hombres.

—En el tren, he escuchado a alguien decir que el gobierno ha prohibido la entrada a soldados nacionalistas con uniforme —informó Di.

—Lo sé —respondió Mamá—. Pero hemos escuchado muchas cosas en el tren, sobre cuáles son las reglas, quiénes pueden entrar y quiénes no. A estas alturas, lo mejor es intentarlo primero y ver qué hacen las autoridades. Si nos rechazan, al menos podremos preguntarles cuáles son los requisitos reales. Levanta la bolsa, Di. Hemos estado sentadas durante una semana, y deberíamos ir caminando.

—¿Ahora? —gritamos Di y yo a la vez.

Aunque habíamos estado sentadas, estábamos agotadas y cubiertas de mugre.

—No hasta la isla de Hong Kong —dijo Mamá, exasperada—. Solo necesitamos cruzar la frontera. No está tan lejos. —Señaló la corriente de personas que bajaban del tren y se movían en grupo, como si fueran un cardumen. Pero no iban hacia fuera de la estación, sino siguiendo las vías del tren—. Todos se dirigen al territorio británico. ¿Creéis que toda esta gente tiene permiso de entrada? Lo único que sabemos con certeza es que el servicio de trenes ha sido suspendido. Recemos para que la frontera aún esté abierta para nosotras. Si lo está, es solo cuestión de tiempo, antes de que las autoridades también la cierren. ¡Debemos darnos prisa!

Di y *yo* asentimos, rindiéndonos.

No quería cometer el mismo error que en Zhucheng y perder una oportunidad por esperar demasiado.

Con un gruñido, Di volvió a colgarse la bolsa al hombro.

Nos fundimos entre la multitud y seguimos las vías, caminando con cuidado para no tropezar con los durmientes de madera.

Había unos cinco kilómetros entre la estación de Shenzhen en China y la estación de Luohu en Kowloon.

Más allá de la estación, un grupo de cuadros comunistas uniformados —los mismos que habíamos oído cantar antes—, nos observaban. Algunos parecían jóvenes, quizás incluso más que yo, y había tanto hombres como mujeres.

Como babuinos jubilosos, nos gritaban desde detrás de la cerca de alambre mientras pasábamos.

—¡Corred con los demonios blancos, perros imperialistas!

—¡Decidle a Chiang Kai-shek que vamos a por él!

—¡Mao Zedong expulsará a los extranjeros!

—¡El Ejército Popular de Liberación nos llevará a Hong Kong pronto! ¡Nos vemos en unas semanas!

A nuestro lado, todos caminaban con el rostro sombrío, ignorando a los cuadros, que no hacían más que patear a los abatidos.

Gente de otras partes de Guangdong llegaba a Shenzhen por los caminos de tierra, entraba a la estación y proseguían, por las vías,

hacia Luohu. Incluso había algunos hombres con uniformes del ejército nacionalista, pese a la supuesta prohibición. Era probable que se hubieran separados del resto del ejército durante las batallas y habían llegado caminando desde otras partes de la provincia.

Con el sol, el movimiento y el esfuerzo de cargar las bolsas, empezamos a sudar.

Teníamos un aspecto patético, con nuestros morrales de sacos de harina y los rostros sucios, pero la compañía era la misma.

Todos estábamos cansados, ansiosos y asustados, pero también decididos.

Al acercarnos al puente que conectaba Shenzhen con Kowloon, encontramos un embotellamiento, porque la entrada era demasiado estrecha, y también porque la gente se detenía a hacer fila en un pequeño edificio de ladrillo, que debía de ser una oficina administrativa del gobierno de Hong Kong.

Entrecerrando los ojos debido al sol, observamos la entrada del puente, que no era más que un túnel de ladrillo para trenes; el resto del puente estaba descubierto.

Justo antes del paso elevado, había seis guardias fronterizos. Estaban armados, pero incluso con esas armas no podían detener el flujo de personas que cruzaban. De vez en cuando, alguien agitaba un papel frente a los guardias, pero la mayoría evitaba el contacto visual, caminando tensos, como si esperaran que el puente se desplomara en cualquier instante.

Los guardias fronterizos observaban a la multitud, deteniendo a algunas personas y enviándolas a la oficina de ladrillo.

Por lo que pudimos apreciar, a todo soldado con uniforme lo apartaban.

Los soldados que había por detrás de nosotras entraron en pánico y comenzaron a quitarse los uniformes, arrojándolos a un lado de las vías, avanzando desnudos hacia el túnel.

Sentí vergüenza ajena al verlos, con la piel brillante y pálida, y las líneas oscuras del bronceado, marcando donde normalmente terminaba su ropa.

A veces, también escogían a hombres vestidos de civil.

No estaba claro cuál era el criterio que seguían, pero noté que parecían enfocarse exclusivamente en los viajeros varones.

Un hombre vestido con una simple camisa gris y pantalones de trabajo se nos acercó, con una bolsa militar de lona verde en el hombro.

—Disculpen, señoritas, ¿viajan solas? —preguntó.

—No —mintió Mamá, colocando las manos sobre nuestros hombros de manera protectora. Siempre evitábamos que supieran que estábamos solas—. Mi esposo está en ese edificio de ladrillo, esperando nuestros permisos.

—¿En serio? —preguntó el hombre, con una sonrisa incómoda, mientras intentaba parecer amigable—. Las he visto caminar desde la estación de Shenzhen. —Nos acercamos unas a otras como imanes, antes de que el hombre añadiera con rapidez—: No quiero hacerles daño. Solo esperaba poder escoltarlas, a través de la frontera. No es seguro que las mujeres viajen solas.

—No le hagan caso —dijo otro hombre, adelantándose para interponerse entre el primero y nosotras. Iba bien vestido, con un traje occidental impecable y un maletín en la mano. Su bigote estaba bien recortado y peinado—. Quiere entrar con ustedes, porque probablemente no tenga permiso, y las familias tienen muchas más posibilidades de pasar, que un hombre solo.

—Ocúpese de sus propios asuntos, viejo —replicó el primer hombre, acercándose más a Mamá, como si quisiera marcar territorio.

Imperturbable, el hombre del traje siguió el paso, moviéndose con elegante seguridad.

—Debería tener más dignidad, y no intentar aprovecharse de una madre sola con sus hijas. —Se volvió hacia Mamá, que intentaba alejarnos de ambos, y agregó—: No deje que nadie se una a su grupo. Es más fácil que entre una familia que un soldado, pero lo más fácil es que lo hagan mujeres y niños no acompañados. En Hong Kong hay una oficina de bienestar social, que prioriza la

protección de mujeres y niñas. Si quiere entrada asegurada a Hong Kong, vaya sola.

—No sabe nada —gritó el primer hombre, lanzándose hacia nosotras—. Hong Kong es peligroso. Hay crimen por todas partes y los bandidos secuestran niñas, constantemente. Déjeme cruzar con ustedes y le prometo que protegeré a su familia, cuando estemos en la ciudad. ¿No quiere ir a Taiwán? ¿No cree que será más fácil si va acompañada de un soldado? Ayúdeme aquí, y yo la ayudaré en Taiwán.

Mamá aminoró el paso. Había pronunciado la palabra mágica: Taiwán, y, por su expresión, supe que consideraba su propuesta. Ni siquiera habíamos pensado en las restricciones o requisitos para pasar a la isla.

—Puras habladurías —resopló el hombre mayor—. Señora, si quiere lo mejor para sus hijas, entre sola. No comprometa lo que tiene por delante, pensando demasiado en el futuro.

Mamá asintió, con su desconfianza inicial pesando más que las tentadoras promesas del soldado.

—¿Y usted quién se cree, vestido como un extranjero? —espetó el soldado, alzando la voz—. ¿Se cree mejor que nosotros? ¡Seguro que quiere aprovecharse para cruzar con ellas!

El hombre mayor negó.

—Tengo un permiso de entrada. Y sé todo esto, porque solía trabajar para el Ministerio de Relaciones Exteriores en Shanghái. Desde abril del año pasado, las autoridades de Hong Kong emitieron directrices para regular la entrada, pero las reglas no se hacen cumplir estrictamente. Soldados como usted pueden arriesgarse a pasar frente a los guardias o ir directamente a la oficina de visados e intentarlo allí. Puede hacer múltiples intentos; no lo recordarán. Tarde o temprano, uno de los guardias lo dejará pasar.

—Diablo arrogante —escupió el primer hombre.

Se alejó y avanzó más rápido hacia la entrada del túnel.

Sentí alivio al verlo desaparecer, mezclándose con la multitud.

—Gracias por su ayuda —le dijo Mamá al hombre del traje, por

ayudarnos con aquel compañero indeseado.

—De nada —respondió este, levantando su sombrero—. ¡Buena suerte y cuídense! ¡Nos vemos al otro lado! —También se adelantó, sacando un papel del bolsillo.

Algo más adelante, vi cómo les mostraba el formulario a los guardias.

Pensé en lo confiada que había parecido Mamá, al enseñar nuestro permiso falso, y no pude evitar preguntarme si su traje occidental y su seguridad no eran también una farsa.

Mamá nos empujó hacia la entrada del puente, donde los guardias ya rechazaban a los soldados desnudos. Me tensé mientras nos acercábamos y contuve la respiración, esperando que el caballero mayor tuviera razón.

Los guardias ni siquiera pestañearon cuando pasamos, y la oscuridad del túnel nos envolvió durante un instante.

Al salir, vimos la estructura plateada de acero del Puente Luohu: apenas setenta metros nos separaban de la libertad.

Años después, la gente arriesgaría sus vidas para cruzar esa frontera; muchos nadando, a través del río, desesperados por huir del régimen comunista.

Para nosotras, esa corta caminata fue una de las partes más sencillas del viaje.

Al otro lado del río, en la estación de Luohu, la cantidad de campamentos improvisados era diez veces mayor que en Shenzhen. Oímos que en solo dos meses habían pasado de China a Hong Kong unas doscientas mil personas. La mayoría se trasladaría más adelante hacia la isla de Hong Kong, pero Luohu era el lugar donde los viajeros exhaustos —muchos de los cuales habían caminado durante días—, podían por fin sentirse aliviados y descansar.

Había una bomba de agua cerca, y vendedores que ofrecían pescado salado y pasteles de arroz en puestos de madera.

Se me hizo la boca agua, pero sabía que no debía pedirle dinero a Mamá.

Encontramos un sitio para dejar nuestras bolsas, con los hombros

llenos de heridas, acordándome de las correas de nuestra carretilla.

Mamá dejó a Lan en el suelo y examinó los alrededores, tocándose la espalda dolorida.

El soldado que había querido escoltarnos también lo había logrado. Estaba en cuclillas, con su bolsa verde abierta, comiendo grandes bocados de un trozo de carne de cerdo seca.

No pude evitar pensar que, si lo hubiéramos dejado unirse a nosotras, quizás ahora también estaríamos comiendo carne de cerdo seca.

Mamá me sorprendió, al atraernos en un fuerte abrazo, a Di y a mí.

—Feliz cumpleaños, Hai —dijo.

Pensaba que lo había olvidado.

A pesar del cansancio, sonreí.

—Gracias, Mamá.

—Celebremos con un poco de pan duro —bromeó, ya que era lo único que teníamos para comer.

Nos sentamos en el suelo, demasiado cansadas para hacer nada más que abrir las bolsas y mojar el pan en un poco de agua.

Por ahora, estábamos a salvo de la persecución comunista, pero las palabras de los cuadros, que nos habían hostigado, seguían resonando en nuestras cabezas. Solo podíamos esperar que el Ejército Popular de Liberación no nos siguiera al otro lado de la frontera.

HONG KONG

22
MENSAJE EN UNA BOTELLA

Hong Kong era una ciudad como ninguna que hubiera visto antes. Enorme, reluciente, casi alienígena, con construcciones enormes y autobuses de dos pisos.

Los mercados callejeros eran caóticos y abarrotados, con vendedores alineados entre edificios y pasillos repletos de compradores, a ambos lados.

La ropa colgaba de las ventanas en varas de madera, y por todas partes había coloridos carteles que anunciaban productos tanto de Oriente como de Occidente.

Fuera de los hoteles, los conductores de rickshaws se alineaban de forma ordenada, como soldados, esperando clientes.

Algunos nombres de calles me sonaban extraños y ásperos —Victoria, Wellington, Hennessy, Pottinger…—. Y ni hablar de la presencia de tantos extranjeros europeos; hombres con zapatos brillantes y trajes occidentales, y mujeres con sombreros de ala ancha, vestidos ceñidos y tacones altos, viajando en relucientes rickshaws dorados o en coches elegantes.

Los británicos iban con cautela, frente al gobierno de Mao, y reconocieron formalmente a la República Popular de China el 6 de enero de 1950. Fueron la primera gran potencia occidental en hacerlo, debido a su posición única en Hong Kong y a sus sustanciales intereses económicos en el propio continente.

Durante las primeras semanas, vivimos en las calles, hurgando en la basura de los mercados y comiendo el resto de nuestro pan duro.

Mamá intentaba amamantar a Lan, que se quejaba porque la leche salía solo a gotas.

Los ocupantes ilegales se apiñaban en casas colectivas, pero muchos otros, sin familia ni dinero, improvisaban refugios en callejones y soportales. Incluso en las azoteas había pequeñas tiendas de campaña.

Por todas partes, la gente cocinaba, comía y dormía a la intemperie.

Bandas de niños vagaban recogiendo leña descartada para cocinar, y escarbaban en la basura en busca de sobras.

Di y yo ya habíamos entrenado en Qingdao, y teníamos pies rápidos, y dedos aún más rápidos.

Un camión oxidado, cargado de verduras, cayó en un bache y una caja se resquebrajó. Como confeti, cientos de frijoles se esparcieron por la calle, y nosotras gritamos jubilosas, como si fuera un desfile del Año Nuevo Lunar.

Corrimos hacia la calzada, con los dedos ágiles, recogiendo cada frijol que podíamos, mientras esquivábamos coches que tocaban la bocina.

—¡Basura de ocupas! —nos gritó un conductor.

Por poco me atropelló una bicicleta. Su dueño tocó el timbre con furia, al pasar a toda velocidad.

Pero yo no me desanimé. ¡Estaba emocionada porque habían llovido frijoles!

Competimos con otros niños para llenar los bolsillos, escudriñando el suelo en busca de esos tesoros rojos y cerosos.

Cada tarde, nos encontrábamos con Mamá en la oficina de correos.

En la calle que conducía a ella, vendedores que se dedicaban a leer y escribir cartas instalaban sus puestos, mostrando su caligrafía.

Mamá entregaba unas cuantas monedas a uno de ellos, para

escribirle una carta a Papá —era más barato pagar por el servicio que conseguir papel y tinta—. Como el cobro era por palabra, dictábamos solo lo esencial: el nombre de Papá y el de Yei Yei, y una breve frase indicando que estábamos en Hong Kong y que queríamos reunirnos con ellos en Taiwán.

El escribiente, un hombre delgado, de piel curtida y dedos largos y elegantes, nos aseguró que muchos refugiados enviaban cartas sin dirección y que, gracias al boca a boca, solían llegar a su destino.

Yo observaba cómo su muñeca movía el pincel con destreza, maravillándome al ver cómo la tinta florecía sobre el papel.

Fue la primera vez que comprendí que uno de mis talentos, la caligrafía, podía convertirse en fuente de ingresos.

—Tal vez yo pueda montar un puesto —le dije a Mamá, mientras sostenía la carta con cuidado, esperando a que secara.

—No digas tonterías, Hai —desestimó Mamá—. Mira toda esta competencia. Eres una niña, y además una mujer. No importa lo buena que sea tu caligrafía, porque nadie pensará que eres mejor escribiendo que todos estos hombres.

Años atrás, habría estado de acuerdo, y, aunque no lo hubiera estado, me habría callado, pero ahora, la idea se asentó como una semilla en mi cabeza. No habíamos llegado a Hong Kong siendo sumisas, sino ingeniosas, y cualquier ingreso era un peldaño más en la escalera que nos separaba del hambre y de la supervivencia.

Después de reunirnos en la oficina de correos, buscábamos un lugar para acampar por la noche.

No podíamos quedarnos mucho tiempo en ningún sitio.

Las patrullas desalojaban con diligencia los asentamientos callejeros, que se habían vuelto focos de crimen y suponían peligros de incendios, y de salubridad.

Durante el día, cargábamos nuestras bolsas con nosotras, que se aligeraban poco a poco, conforme agotábamos nuestras provisiones.

La dura realidad de la vida sin hogar ya no nos sobresaltaba.

Lo que nos chocaba ahora era la hostilidad de la población local.

Por primera vez en nuestras vidas, éramos minoría. La mayoría

de la gente en Hong Kong hablaba cantones, la lengua predominante en la provincia de Guangdong. En cambio, Mamá, Di y yo solo hablábamos shandongés. Sabíamos unas pocas frases básicas en mandarín, que podíamos soltar en caso necesario, pero nuestro fuerte acento del norte provocaba que nos costara hacernos entender.

De inmediato, la gente notaba que no pertenecíamos allí, y los locales nos culpaban de traer más pobreza, enfermedad y crimen a Hong Kong.

Lo que más me dolía era que esas acusaciones eran ciertas.

Yo estaba sucia.

Era pobre.

Comía basura.

No quería hacerlo, pero no podía evitarlo.

Era duro ser como una alimaña en una ciudad resplandeciente.

Poco a poco, refugiados como yo empezamos a desbordar la zona urbana; una mancha extendiéndose como gangrena.

Tras la Segunda Guerra Mundial, la población de Hong Kong rondaba los seiscientos mil habitantes. A finales de 1950, se dispararía a dos millones. Las autoridades de Hong Kong ya no podían permitir que nos filtráramos sin control, y la policía comenzó a interceptar refugiados en el centro de la ciudad, para dirigirlos a una antigua zona, en la costa oeste de la isla, el Monte Davis.

Por los callejones y junto a los basureros, escuchamos rumores de otros ocupas: que existía un lugar con comida y alojamiento para gente como nosotras.

Parecía demasiado bueno para ser cierto.

—Seguro que es un burdel gigante —indicó Mamá—, donde el alojamiento es una jaula y las mujeres pagan el arroz con su cuerpo.

Su desconfianza creció aún más, cuando la gente insistía en que las mujeres y las niñas recibirían un trato especial. Estábamos demasiado acostumbradas a luchar por lo mínimo, como para creer que algo podía ser gratis.

Muchos refugiados habían entrado sin permisos legales, y, al ver

un policía, corrían despavoridos. Algunos especulaban con que el Monte Davis era una gran trampa, para reunirnos y luego cargarnos en camiones, para mandarnos, encadenados, de regreso al continente.

—Escondeos, si veis a la policía —nos advirtió Mamá, convencida de que todo era una artimaña.

Mientras Mamá llevaba a Lan a la Oficina de Enlace Nacionalista para preguntar sobre cómo viajar a Taiwán, Di y yo volvimos a los mercados, listas para abrirnos paso a codazos entre la multitud de compradores.

Nos desviamos para caminar junto al mar, donde podíamos ver flotas de barcos pesqueros salpicando el horizonte. Muchos pescadores chinos habían huido de los comunistas por el océano y ahora vivían en sus barcos.

«Debe ser agradable», pensé con envidia, «tener un hogar flotante y pescado para cenar».

En un dulce ensueño, me imaginé con un puesto de caligrafía; el sonido de las monedas mientras escribía cartas para gente esperanzada, que suspiraba ante la belleza de mis trazos. Con mis ganancias, compraría un barco para nosotras. Mamá estaría en casa, acunada por el mar, con la brisa en las velas y sopa de pescado cada noche.

—Quizás algunos marineros tengan sobras de pescado —le dije a Di. Tan poderoso era el recuerdo del sabor de aquella sopa, que mis fosas nasales se ensancharon, buscando su aroma.

—Col de repollo viejo se encuentra fácil —contestó Di, añadiendo a mi guiso imaginario—. ¡Y quizás hasta unas cebolletas!

Algunos botes atracaban en ese momento, y corrimos al muelle, aflojando la lengua, mientras nos preparábamos para mendigar en un torpe cantonés.

Detrás de nosotras, alguien gritó en shandongés:

—¡Eh, chicas! ¿Sois del norte?

Emocionada por oír nuestra lengua, me giré esperando otro refugiado.

Para mi sorpresa, el que hablaba llevaba un uniforme gris de policía, con calcetines blancos altos, cinturón ancho y sombrero puntiagudo. Debía habernos oído hablar. Me sonrió, mostrando una fila de dientes blancos y cuidados, y yo chillé:

—¡Di, corre!

Arrojamos nuestras bolsas, y salimos disparadas hacia el laberinto de calles, buscando escabullimos en un callejón de ocupas, para perderlo entre los campamentos.

El policía tenía la altura y el porte de un norteño, y oía sus grandes pies golpeando cada vez más cerca, mientras sus largas piernas lo impulsaban tras nosotras.

—¡Alto! —gritó—. ¡No voy a haceros daño!

«Mentira», pensé, moviendo brazos y piernas con más rapidez.

En el poco tiempo que llevábamos en Hong Kong, había visto cómo los policías trataban a los refugiados. Británicos, chinos o indios, siempre nos gritaban en lenguas que no entendíamos, y, al no obedecer, repetían lo mismo más fuerte y más furiosos.

Junto a las patrullas de ocupas, derribaban tiendas, golpeaban a quienes protestaban, y arrasaban los callejones, mientras las madres se apresuraban a alzar a sus hijos y recoger sus pertenencias más preciadas.

Me ardían los pulmones y sentía un punzante dolor en las rodillas, pero tenía que correr.

«No puedo volver al continente. No puedo volver con los comunistas».

Las manos grandes del policía agarraron mi camisa por detrás, y la tela se rasgó cuando me atrajo hacia sus brazos.

Me moví, chillando como un animal salvaje atrapado.

Di redujo la velocidad para mirarme por encima del hombro, con los ojos muy abiertos, llenos de pavor. Siempre había sido más fuerte, más alta y más rápida.

—¡Sigue corriendo, Di! —Rugí—. ¡Corre todo lo que puedas! ¡Corre!

Ella soltó un grito de miedo, bajó la cabeza y aceleró. Su larga

trenza ondeaba por detrás, como una cometa.

—¡Cálmate! —ordenó el policía—. ¡Te he dicho que no te haría daño, pero si sigues forcejeando, tendré que hacerlo!

Sus brazos eran de hierro; un agarre imposible de romper.

Me maldije por mi descuido, por dejar que una fantasía de sopa de pescado me costara la libertad, y dejé caer los brazos y piernas, inertes.

—Así está mejor —dijo, bajando los brazos, pero sujetando con firmeza mi muñeca—. Solo quiero hablar contigo. No tienes problemas.

Su tono era suave, pero yo desconfiaba.

—¿Cómo es que hablas shandongés? —pregunté.

—Me reclutaron en Weihaiwei —contestó. Esa zona había sido arrendada a los británicos, antes de los años 30—. Hay unos cuantos cientos de policías entrenados allí, que ahora servimos en Hong Kong. Soy norteño como tú. ¿De qué ciudad vienes?

Curiosamente, saber que era de Shandong alivió mi miedo —en una ciudad donde nos trataban como basura, resultaba alentador ver que uno de los nuestros estaba en una posición de poder.

«Uno de nosotros». Cuando dejé Shandong, no había comprendido lo importante que se volvería mi identidad lingüística y provincial.

—Soy de Qingdao —indiqué, lo bastante cauta como para no revelar que en realidad era de Zhucheng—. Pero he estado en Weihaiwei. Cuando los japoneses bombardearon Zhucheng, mi familia vivió allí unos años. ¡Teníamos una casa con techo de algas marinas!

El policía sonrió.

—Sí, los techos de algas son cálidos en invierno y frescos en verano. Entonces, ¿por qué estás en Hong Kong, hermanita? —preguntó—. ¿Tu padre es soldado nacionalista?

Me mordí el labio, sin saber qué responder.

En el continente, mi primer instinto era negar cualquier vínculo con los nacionalistas. Pero, en Hong Kong, ¿podía ser algo bueno?

Los funcionarios siempre estaban de un lado o del otro. Mi seguridad dependía de convencerlo de que estábamos en el mismo bando.

El policía me soltó el brazo.

—Esto no es un interrogatorio —indicó—. Te pregunto, porque hay ayuda para quienes acaban de llegar del continente. Debes tener hambre, ¿verdad? Puedo llevarte a un sitio con comida. Puedo llevar a toda tu familia.

La voz de Mamá resonó en mi cabeza: «Nunca vayas a ningún lado con un hombre extraño, por mucho que te haga promesas».

—No, gracias —respondí con cortesía, apartándome un poco—. Estoy bien. Solo necesito encontrar a mi hermana.

El policía suspiró.

—Está bien. Enséñame tu tarjeta de identificación para anotarlo y te dejaré marchar.

No tenía, pero no podía dejar que lo supiera. Independientemente de si simpatizaba con comunistas o nacionalistas, él imponía las reglas en Hong Kong, y yo ya las había roto al cruzar la frontera.

—Tengo —dije, cuadrando los hombros, intentando parecer tan segura como lo estaría Mamá en una situación así—, pero me la he dejado en casa.

Él asintió con escepticismo, como si esa fuera una excusa que había oído muchas veces.

—Entonces, iremos juntos a tu casa para que la cojas.

Tragué saliva. ¿Y ahora qué? Ni siquiera tenía casa. No podía llevarlo a ningún lado, y mucho menos con mi familia. Si me devolvían al continente, al menos me consolaba saber que Mamá y mis hermanas estarían a salvo en Hong Kong.

Pero yo tenía mucho miedo de regresar sola a China, porque no era lo bastante valiente para enfrentar de nuevo esa situación. Quizás podría volver a Qingdao y quedarme con el tío Sen. ¿Y si ya había muerto? ¿Me adoptaría la señora Ding?

Empecé a llorar, agradecida de que Di no estuviera allí para poner los ojos en blanco y llamarme cobarde.

—Por favor, no me mande de vuelta a la frontera —supliqué—. Por favor. No puedo regresar allí.

El policía se agachó para quedar a mi altura, quitándose el sombrero para mostrarme el rostro. Tenía los ojos separados, una curva en la nariz y labios finos y rosados.

—No voy a deportarte, hermanita. Es solo que no podemos permitir que tantas personas como tú deambuléis por las calles. Además, es peligroso: están secuestrando chicas jóvenes y vendiéndolas.

Sollozando, me limpié la cara con las manos sucias, todavía insegura de lo que iba a pasar conmigo. Había destinos peores que la deportación, como acabar encerrada en un gigantesco burdel.

—¿Adónde se supone que vamos? —pregunté.

El policía metió la mano en el bolsillo, sacó unos trozos de sepia seca y me los tendió.

—Voy a llevarte a Monte Davis.

23
MONTE DAVIS

Había estado en la comisaría lo que parecían horas, cuando Mamá y Di irrumpieron por las puertas. Saltando de mi silla, corrí hacia ellas y rodeé a mi familia con los brazos.

—¿Estás herida? —preguntó Mamá, sujetando mi cara entre sus manos. Sus dedos fríos calmaron mis mejillas encendidas.

—Estoy bien —respondí.

Para mi sorpresa, me lo había pasado bien.

El policía, el oficial Li, me aseguró que solo me retendría temporalmente, y me dio galletas de malta con mantequilla y té con leche azucarada. Tenía migas en la camisa y una cálida sensación en el estómago, por la bebida caliente.

Al instante, Di notó las migas y el vaso vacío junto a mi silla, y dijo:

—¿Nosotras muertas de preocupación por ti, y tú aquí sentada, tomando té y comiendo galletas?

Al parecer, después de que me atraparon, Di había corrido al centro urbano.

Tras preguntar por la Oficina de Enlace Nacionalista, encontró a Mamá, todavía en la fila, después de esperar toda la mañana.

En cuanto Mamá supo lo sucedido, rompió sus propias reglas y se dirigió a cada policía en la calle, usando una mezcla torpe de mandarín e invenciones con señas, para dar conmigo.

Pensando que Mamá intentaba denunciar un secuestro, un oficial cantonés la llevó con rapidez con un colega que hablaba shandongés.

Aliviado de que no fuera realmente un secuestro, el oficial shandongés explicó lo que probablemente había pasado y adivinó en qué comisaría estaría, basándose en el lugar del encuentro.

Sacudiendo las migas, dije:

—Me habría ido, pero el oficial Li no me ha dejado. Me ha dicho que debía esperar hasta que tuviera tiempo para llevarme a la Oficina de Inmigración para el registro.

La comisaría donde estábamos era mucho más grande que la de primo Wei en Qingdao. Había un pasillo con una luz parpadeante, que debía llevar a las oficinas. Una puerta chirrió al abrirse, y escuché los pasos del oficial Li acercándose.

—Aquí está. ¡Podéis preguntarle si no me creéis!

El oficial Li saludó.

—*Madam*, usted debe de ser la madre de Hai.

Antes de que pudiera decir más, Mamá hizo una reverencia y dijo:

—Sí, lo siento mucho por las molestias que mi hija le haya causado. Gracias por ser tan amable con ella.

Aunque apreciaba los deliciosos bocadillos del oficial Li, me molestó que insinuara que yo era una molestia —¡había sido él el que me raptó y me arrastró a la comisaría! ¡Había sido él el que la había preocupado!

—De nada —respondió el oficial Li, satisfecho—. Se ha portado muy bien. No ha causado problemas. —Al notar a Di, añadió—: Veo que has vuelto. ¡Eres rápida!

—Gracias —dijo mi hermana, tomándolo como un cumplido—. ¿Puedo comer galletas también?

Mamá le lanzó una mirada fulminante, avergonzada, pero Di fingió no darse por aludida.

El oficial Li rio.

—Sí, claro. Traeré más galletas. Pero antes necesito hablar con

vuestra madre. Chicas, esperad aquí. Por favor, acompáñeme, *madam*.

Di y yo nos sentamos en las sillas, mientras Mamá, Lan y el oficial Li desaparecían por el pasillo. Mi hermana tomó mi vaso y lo inclinó para sorber las últimas gotas de té con leche.

—Estoy agotada —se quejó—. ¿Sabes lo lejos que está la Oficina de Enlace de donde estábamos? Me duelen las piernas. Ojalá no me hubieras dicho que corriera.

—Te estaba salvando —me defendí. Tuvimos suerte de que el oficial Li resultara ser muy servicial. Por cada uno como él, había diez hombres malos que atrapaban chicas por otras razones—. ¡Me estaba sacrificando!

—Eras una paranoica —me soltó—. Si no hubieras perdido la calma, habríamos podido ir todas a comisaría, como gente civilizada. No debí hacerle caso a una gallina como tú. —Se metió las manos bajo las axilas y movió los codos imitando las alas.

—¡No soy una gallina! —repliqué furiosa. Si creía que iba a disculparme por ser precavida, estaba muy equivocada. En su lugar, dije lo que sabía que la enfadaría más—: Además, el oficial Li me ha dado sepia seca. Me la he comido toda. Ya no queda nada. ¡Y estaba deliciosa!

Cuando Mamá y el oficial Li regresaron, Di y yo ya no nos dirigíamos la palabra, sentadas de espalda y enfurruñadas.

Mamá no le dio importancia, porque el oficial Li había conseguido convencerla de que el Monte Davis era legítimo, y estaba emocionada de ir a un lugar con comida y alojamiento. Según él, el gobierno británico financiaba, de forma discreta, servicios humanitarios, a través de organizaciones benéficas y las ONG, que podían dar alivio a los refugiados, sin generar más conflictos políticos con la China continental —Mao estaba furioso porque Hong Kong acogía a muchos simpatizantes nacionalistas.

Mientras Di y Lan comían galletas, me armé de valor y le pedí al oficial Li papel y lápiz.

Mamá estaba mortificada y protestó, diciendo que eran

innecesarios.

Cuando él fue a su oficina a buscar unas hojas, ella me susurró entre dientes:

—¡El oficial Li no es el tío Wei! ¡No podemos seguir pidiéndole favores!

Mamá sonrió cuando el oficial Li volvió con un pequeño montón de papel de desecho y un lápiz afilado. Le di las gracias, como si nos hubiera regalado un saco de oro.

—¿Poniéndote al día con tus estudios? —me preguntó.

Asentí y sonreí.

Di y yo no habíamos tenido enseñanza alguna en al menos dos años, y, aunque me habría gustado ponerme al día, no tenía ni idea de cómo hacerlo. Quería el papel para que pudiéramos ahorrar dinero en cartas, para poder escribirle a la señora Ding y al tío Sen.

Juntos, salimos de la comisaría y fuimos directamente a la Oficina de Inmigración, para solicitar tarjetas de identidad; era algo que necesitábamos para registrarnos en la Oficina de Bienestar Social.

En el breve lapso, antes de nuestra llegada al Monte Davis, mi imaginación había echado a volar, alimentada por el azúcar de la malta y el té con leche.

El oficial Li había dicho que el Monte Davis había sido parte de la defensa costera británica, y que tenía barracones y un depósito de artillería. Durante la Segunda Guerra Mundial, los japoneses usaron sus edificios para detener prisioneros de guerra. No sonaba muy glamuroso, pero, desde mi perspectiva, cualquier cosa con cuatro paredes y un techo sería extraordinaria.

No sabía mucho de Gran Bretaña, salvo que era un país rico y lo bastante poderoso para robarnos tierras. Su antiguo enclave militar debía de haber sido prístino y bien abastecido, con despensas repletas de hogazas de pan y barriles de gordas salchichas.

En la Oficina de Inmigración conocimos a otro norteño, de Shanxi, el señor Chong; era un exsoldado, que también se dirigía al Monte Davis. Estaba en sus treinta, casi calvo, vestido con ropa de buena calidad, hecha a medida, pero sucia.

Cuando nos escuchó hablar en nuestro dialecto, preguntó si habíamos conocido a alguien más con su apellido y de su provincia. Meses atrás, había escrito a su esposa e hijas, indicándoles que se reunieran con él en Guangzhou.

Antes de que pudieran reencontrarse, los nacionalistas se habían retirado, y el señor Chong había huido cruzando la frontera. Ahora que la seguridad fronteriza se intensificaba, temía que su familia quedara atrapada en China.

—Tengo dos hijas, más pequeñas que vosotras dos —nos explicó con tristeza—. Sin mí, mi familia no tiene ingresos. Las echo tanto de menos… Veros a vosotras duele, porque las recuerdo aún más. Solo puedo rezar para que los comunistas sean misericordiosos. Y, si no lo son, solo espero que alguien esté siendo amable con mi esposa y mis hijas, dándoles un lugar donde quedarse, si tienen frío, y comida, si tienen hambre. Daría cualquier cosa por encontrarlas.

Ver la desesperación del señor Chong, al hablar de sus hijas, me contagió de melancolía. No pude evitar pensar en Papá, y me pregunté si él nos echaba algo de menos. En Taiwán no tenía hijos. ¿Se sentía solo sin nosotras? ¿Se preocupaba? Quise creer que en algún lugar de Taipéi mantenía la misma conversación con un grupo de extraños, sufriendo, al relatar la pena de habernos dejado atrás.

Más que nada, quería una excusa para perdonarlo, para dejar de lamentar lo que había hecho.

Nuestra carta debía de estar ya en un barco de vapor, avanzando sin dirección, tan ambiciosa como un mensaje en una botella.

Junto al señor Chong, caminamos hacia el Monte Davis, al que el gobierno llamaba la Aldea Ciudadana.

Los oficiales de inmigración nos habían indicado que nos debíamos registrar en el Hospital Mayflower, el centro administrativo.

Mamá había sonreído cuando le entregaron nuestras tarjetas de identidad; saber que no seríamos castigadas por entrar ilegalmente, nos quitaba un gran peso de los hombros.

Al cruzar Kennedy Town, empezamos a notar un penetrante olor.

Era común que las grandes ciudades tuvieran zonas sucias aquí y allá, pero este hedor se volvía cada vez más fuerte, conforme nos acercábamos a nuestro destino.

Había esperado una encantadora ciudadela con vistas al mar.

En cambio, encontramos una fea ladera, infestada de hombres sucios y desaliñados, con ojos hundidos y expectativas rotas. Vagaban por los senderos de tierra, como muertos vivientes. Eran los restos esqueléticos e insatisfechos del ejército de Chiang Kai-shek.

Sabía que, como mendigos, no podíamos ser exigentes, pero cuando un hombre harapiento se bajó los pantalones, gruñó y defecó junto a un árbol, me pregunté si no estaríamos mejor en los callejones urbanos.

Pero ya no teníamos elección —la policía reunía a los refugiados sin hogar y los llevaba hasta allí.

Cada campamento de paracaidistas, que había sido derribado, parecía haber vuelto a aparecer en la ladera, desfigurando el paisaje con frágiles tiendas y chozas de barro. Muchas de esas estructuras eran simples triángulos hechos de papel aceitado o esteras de ratán, sostenidas sobre postes de bambú.

Cuando el viento soplaba, los olores eran un ataque, como si estuviéramos en una letrina gigante, construida en el basurero de un mercado de pescado.

—¿Esto es el Monte Davis? —preguntó Di con incredulidad.

Había un pequeño edificio de cemento que debía de ser el hospital. Estaba pintado de blanco, con letras rojas en inglés, que no podíamos leer. Debajo estaba escrito en chino, pero la pintura estaba tan descolorida y descascarillada, que solo podía distinguir unos pocos caracteres. Desde la puerta, se extendía una cola desordenada de personas; la mayoría, con apenas una bolsa o dos, como pertenencias.

—Debe serlo —dijo Mamá, aferrando su mochila con cautela—. Esa gente debe de estar esperando para registrarse.

—Uf…, otra fila larga —exclamó el señor Chong, secándose la frente—. Supongo que no tenemos nada más que hacer, pero, desde que he llegado, no he hecho más que esperar en colas.

—Nosotras también —indicó Mamá—. Pero si podemos conseguir comida de forma regular, valdrá la pena.

Después de ver a los hombres demacrados en las colinas, ya había abandonado cualquier expectativa sobre la calidad o cantidad de la comida.

Aun así, Mamá tenía razón.

Incluso el pan duro y el arroz viejo eran bienvenidos; especialmente, si se daban de manera rutinaria. Si teníamos calorías aseguradas, Di y yo podríamos rebuscar con menos ansiedad.

Al ponernos en la fila, Mamá desató a Lan para aliviarse del peso.

La mayoría de las personas que había por delante de nosotras eran hombres, sentados o tendidos en el suelo, lo que era señal de que la fila avanzaba con lentitud.

—¿Toda esta gente también intenta ir a Taiwán? —pregunté.

El señor Chong dejó sus bolsas y se agachó, apoyando los codos en las rodillas.

—Sí, por supuesto. Pero ahora mismo, ir a Taiwán es más difícil que ir a Gran Bretaña.

—También lo he escuchado —dijo Mamá, preocupada—. Iba a la Oficina de Enlace Nacionalista para entender el proceso, pero no llegué a hablar con nadie.

Me sonrojé, sabiendo que se había marchado de forma apresurada para buscarme.

Un joven delante de nosotras se dio la vuelta, mostrando los dientes en una amplia sonrisa.

—Perdonen la interrupción, pero no pude evitar oírlos hablar shandongés. ¿También son norteños?

Parecía un adolescente, de apenas unos años mayor que yo. Estaba bien musculoso, con un corte de cabello limpio y corto. Su

pierna derecha había sido amputada por debajo de la rodilla, y la herida palpitaba y estaba hinchada. Supuraba pus y varias partes estaban negras. A su lado había un grueso bastón de madera, en el que debía apoyarse para caminar.

—Sí, todos lo somos —respondió el señor Chong—. Yo soy de Shanxi, y estas encantadoras señoritas son de Shandong.

Cuando dijo «encantadoras», supe que era solo una expresión, pero me hizo sonreír. En mi flamante tarjeta de identidad había la foto de una chica macilenta, con mejillas huesudas y cabello lacio hasta los hombros. Llevaba mi ropa, pero su rostro no era el mío. Tenía profundas ojeras, y miraba a la cámara como si fuera un cascarón sin alma. Nunca había sido bonita, ni siquiera en Zhucheng, pero no creía que fuera tan fea. ¿O sí lo era? Me dolió pensar que me había convertido en una versión femenina de los hombres que habíamos visto vagando por el Monte Davis, y la presencia de un chico cercano a mi edad, me hizo aún más consciente de mi aspecto.

El joven tenía una sonrisa ladeada, y, aunque su pierna debía de dolerle, parecía de buen humor.

—Los norteños tenemos que mantenernos unidos —dijo con alegría—. Soy de Binzhou, en Shandong. Mi apellido es Lin. Lin Biao-Wu. ¿Han conocido a algún Lin por aquí?

—No —respondió Mamá, mientras el señor Chong también negaba con la cabeza—. Somos de Zhucheng, Shandong. El apellido de mi esposo es Ang. ¿Han conocido a algún Ang?

Biao-Wu no había conocido a ningún Ang, ni tampoco a ningún Chong.

Éramos de zonas demasiado lejanas de la provincia, como para conocer a las familias de los demás, aunque me pregunté si estaría relacionado con los Lin, que habían sido asesinados en el mitin de denuncia. En Qingdao todos eran norteños, pero aquí, en Hong Kong, hablar shandongés era suficiente para convertir a alguien en familia —aunque no siempre.

En las calles, los norteños todavía se robaban entre sí, se

golpeaban entre sí, y, en raras ocasiones, se mataban entre sí.

Sin embargo, en general, intentábamos llevarnos mucho mejor que en Shandong.

—Hace mucho tiempo que no voy a casa —dijo Biao-Wu con nostalgia—. No he visto a mi madre desde 1948. Fui al sur con el ejército, cuando se retiraba, y le escribí a mi madre y a mis hermanos, diciéndoles que me encontraran en Guangzhou. Les he escrito cinco veces más, desde entonces, pero no he recibido respuesta. Para mí es difícil recibir correo, ya que me he mudado mucho, pero espero que, como estaré en Hong Kong durante un tiempo, tal vez pueda saber de ellos.

Muchos soldados tenían historias similares —como Biao-Wu y el señor Chong—. Habían luchado con lealtad por los nacionalistas, solo para darse cuenta de que debieron salvar a sus seres queridos mucho antes. Qué amargo debía de ser lo de tener que permanecer, como si fueran engranajes obedientes, mientras los líderes de arriba —incluido el tío Jian—, ya sabían, desde hacía meses, que esta guerra estaba perdida, y se apresuraban a evacuar a sus propias familias, mientras los comunistas avanzaban.

—Mi padre fue soldado nacionalista —continuó Biao-Wu, llenando nuestra espera con retazos de su vida. Hablaba con la seguridad de un hombre que sabía que era apuesto y estaba acostumbrado a la amabilidad—. Lo mataron los japoneses en la Segunda Guerra Mundial. Solo me quedan mi madre y mis abuelos. Después de morir mi padre, mi madre fue a Jinan a trabajar. Me dijo que no me alistara en el ejército, porque no podría soportar perderme, pero yo quería hacerme un nombre, para poder cuidarla mejor, cuando fuera mayor.

—Espero que su madre esté a salvo y bien, donde sea que se encuentre —dijo Mamá con simpatía—. Es usted un buen hijo.

—No, realmente —comentó Biao-Wu, masajeando su pierna herida—. Me alisté en el ejército, después de que me pidiera que no lo hiciera, y ahora quién sabe si nos volveremos a ver. Tenía dieciséis años cuando me marché. En ese momento, pensé que la guerra

habría terminado para mi cumpleaños número dieciocho. Supongo que no me equivoqué respecto al final de la guerra, solo que me uní al bando equivocado.

El señor Chong rio con amargura.

—Todos nosotros aquí lo hicimos —dijo, mientras tocaba un brazalete de cuero en su muñeca, que su hija mayor había trenzado —. Y nuestras familias son las que sufrirán.

Cada minuto de la vida del señor Chong en Hong Kong estaba lleno de culpa. Aunque Mamá le recordaba que su propia supervivencia era esencial para el bienestar de su familia, él se consideraba un cobarde.

El señor Chong, y muchos otros en el Monte Davis, se negaban a identificarse como «refugiados», a pesar de haber huido de la persecución. Asociaban la palabra con el miedo y la desesperación. Muchos de ellos eran intelectuales, empresarios o funcionarios del gobierno. Aunque estaban en la ruina, eran orgullosos y se consideraban en una situación difícil, pero temporal —como Mamá había hecho, cuando estábamos en el cobertizo del señor Zhang.

Después de tres horas en la fila, llegamos a la mesa de registro.

Nos recibió un británico corpulento. Tenía una barba tupida, que parecía un jardín descontrolado; empezaba debajo de los ojos y llegaba hasta la mitad del cuello, fusionándose con su cabello, de modo que parecía llevar puesta una máscara hecha con la piel de un animal. Cuando agitó la mano hacia Lan, ella lloró, tapándose los ojos con las manos, como si, al no verlo, pudiera volverse invisible.

Mamá enterró el rostro de Lan en su pecho para ahogar el ruido, y soltó una de las pocas palabras en inglés que conocía: «*Sorry! Sorry!*».

Su nombre era Guh-Ling —«Colin»—, y no parecía molesto.

Nos habló con amabilidad, en un mandarín rudimentario, mientras copiaba la información de nuestras tarjetas de identidad. Nos dijo que habíamos tenido suerte —el antiguo hospital de viruela había sido convertido en un refugio temporal, y había habitaciones reservadas para mujeres, niños y soldados heridos—. Según Colin,

los cuatro conseguimos la última «habitación» disponible, que, en realidad, era un armario. No tenía ventana ni ventilación, pero sentimos que habíamos ganado la lotería —tendríamos una puerta y un techo real sobre nuestras cabezas.

A Biao-Wu lo asignaron una cama, en una gran sala, compartida con otros veteranos, con urgente necesidad de tratamiento médico.

El señor Chong, mientras tanto, fue instado a buscar un espacio libre en la ladera, y levantar su propio refugio, con lo que pudiera encontrar.

Mientras el hombre se marchaba, ansioso por encontrar algo impermeable, nosotras avanzamos hacia otra fila, para recibir vales de comida.

Mi vida en el Monte Davis fue una serie de colas interminables y tediosas, ya que nosotras, y miles más, esperábamos durante horas cuatro veces al día: primero por vales de comida y luego, otra vez, por el servicio de alimentos.

La recompensa diaria por nuestra paciencia eran dos tazones de gachas de arroz, escasamente mezcladas con repollo, zanahorias y raras hebras de cerdo desmenuzado.

Di y yo seguíamos yendo a los mercados para complementar nuestras comidas —teníamos que hacerlo.

El Monte Davis no tenía agua corriente, electricidad ni instalaciones sanitarias básicas, pero, aun así, estábamos agradecidas cada vez que entrábamos en nuestro refugio temporal —especialmente cuando el clima era adverso.

Unas semanas después de establecernos, Mamá nos llevó de nuevo a la Oficina de Enlace Nacionalista, tras escuchar sobre unos supuestos permisos de entrada a Taiwán, que todos querían, pero nadie tenía.

El cielo estaba despejado cuando salimos, pero, después de esperar una hora en la cola, nubes de tormenta oscuras aparecieron en la distancia, desplegándose tan rápido, como tinta sobre papel mojado.

En veinte minutos, ya no se vio el sol.

Comenzó a lloviznar, y algunas personas, al final de la fila, salieron corriendo.

Yo no me atreví a quejarme. Habíamos esperado tanto, y estábamos a solo unos metros de entrar al edificio —¡Sería una locura rendirse ahora!

Amontonadas, protegimos a Lan, cuando empezó a llover a cántaros, empapando nuestra ropa y corriendo por nuestras espaldas.

—¡Oiga! —gritó alguien delante de nosotras, al guardia de la puerta—. ¿Podemos esperar dentro? ¡Hace frío y aquí hay enfermos y niños!

—Solo treinta personas pueden estar dentro, al mismo tiempo —respondió el guardia con calma. El primero gimió, y la gente empezó a gritar, pero el guardia solo añadió—: Si rompo las reglas, más de cien de vosotros os vais a abalanzar por la puerta. ¡Es un riesgo para la seguridad!

Un relámpago brilló sobre nosotras, dentado y brillante.

Con los ojos en el cielo, Mamá levantó a Lan y me la entregó.

—Hai, lleva a tus hermanas a casa. Yo seguiré esperando aquí.

Apenas podía escucharla, por encima del ruido del agua, golpeando los techos y azotando los edificios.

—¡Ven con nosotras! —le grité, insegura de cuánto duraría la tormenta—. ¡Siempre podemos regresar a la oficina otro día!

Mamá solo me empujó, rehusándose a rendirse una segunda vez.

—¡No tardaré! ¡Marchaos!

La lluvia caía en densas cortinas, golpeándonos los hombros, como si estuviéramos bajo una cascada.

Asentí, y, acurrucando a Lan contra mí, Di y yo salimos de la fila.

Mientras chapoteábamos de regreso al Monte Davis, Lan comenzó a gritar, cuando la lluvia entró en sus ojos y boca.

—Cálmate, Lan —le dije—. Es solo agua. No puede hacernos daño. Solo tenemos que soportarlo, hasta que lleguemos a casa. Pronto estaremos secas, te lo prometo.

Amaba a Lan, pero exageraba cada dificultad diez veces más.

Un trueno estalló, como una explosión sobre mi cabeza y reverberó en mi pecho.

Avanzando a trompicones, salté sobre charcos, con los zapatos empapados y los hombros adoloridos por el peso de Lan. El viento había aumentado y nos empujaba con fuerza, amenazando con lanzarnos al suelo.

—Espero que Mamá ya esté dentro de la oficina —le grité a Di—. ¡Espero que esté bien!

Mi hermana respondió algo, pero no pude oírla, por encima del torrente de lluvia que azotaba mis oídos.

Cuando llegamos a Monte Davis, ríos de agua lodosa y fétida corrían colina abajo, y las tiendas cedían ante los vendavales, aleteando de forma caótica, antes de salir volando de sus armazones de bambú. Sus habitantes gritaban y corrían en busca de refugio bajo los árboles o irrumpían desesperados en las chozas de sus vecinos.

Esto no era solo una tormenta —era un tifón.

Di forzó la puerta de nuestro refugio temporal, y se abrió de golpe con tal fuerza, que se estrelló contra la pared de cemento.

Hicieron falta tres personas para cerrarla de nuevo, amortiguando el estruendo de la tormenta, cuando por fin encajó.

Cientos de refugiados abarrotaban el vestíbulo y los pasillos, empapados y sombríos.

Mientras avanzábamos como podíamos hasta nuestro armario, otro trueno sacudió el edificio.

—Nunca debimos haber dejado Qingdao —comentó Di con voz temblorosa, entrando al armario y arrojando su ropa al suelo, con un chapoteo.

Esperando que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad, palpé a ciegas, hasta encontrar un trapo para secar a Lan, que seguía llorando.

Más que nunca, extrañé la casa del tío Sen. Nuestro armario era tan húmedo y mohoso. Con cada movimiento que realizábamos, parecía que caíamos más en el abismo.

—También tengo miedo —admití, limpiándome el rostro—. No sé si llegaremos a salir de este infierno. Por lo que dice la gente, parece que ir a Taiwán es imposible.

—Espero que Mamá obtenga respuestas hoy —dijo Di—. Espero que vuelva pronto.

—Yo también —indiqué, envolviendo mi cabello en una vieja camiseta y poniéndome ropa seca.

Sentí que mi vida era como la tormenta que se había desatado fuera; como si fuerzas fuera de mi control me golpearan sin tregua, sin final a la vista.

Nos acurrucamos bajo nuestras delgadas mantas, mientras el calor de nuestros cuerpos arrancaba poco a poco el frío de los huesos. Escuchaba a Lan chuparse el pulgar, y, por la forma en que su cabeza se apoyaba contra mi hombro, supe que se quedaba dormida.

Debimos quedarnos dormidas, porque la llegada de Mamá me despertó de golpe.

Algo de luz se filtraba por las ventanas del pasillo, iluminando los charcos plateados que se formaban a sus pies.

—Gracias a los dioses que has vuelto —murmuré, frotándome los ojos.

—Sí, parece un milagro —dijo Mamá, tosiendo, cerrando la puerta y sumiéndonos de nuevo en la oscuridad—. Varias calles estaban inundadas cuando salí, y hubo un derrumbe en la colina. Cientos de refugios se han destruido, y no cabe un alma en el vestíbulo.

Cuando le había dicho a Lan que el agua no podía hacernos daño, estaba equivocada.

Esta tormenta mataría gente.

A medida que arreciaba, los refugiados se adentraron más en el refugio, llenando también los pasillos y escaleras. Finalmente, quienes estaban dentro, atrancaron las puertas, y nadie más pudo entrar, por mucho que golpearan y gritaran pidiendo paso.

—¡Tened piedad! —clamó un hombre en el vestíbulo—. ¡Puede

haber niños fuera! ¡Podemos dejar entrar a unos pocos más!

Algunos se apoyaban contra la puerta.

Otra voz gritó:

—¡No serán solo unos pocos! ¡Aquí también hay niños! No queda ni un centímetro libre y seremos aplastados, si la gente entra por la puerta.

Nadie volvió a discutir.

Estaba tan abarrotado, que las paredes del refugio parecían listas para reventar y colapsar.

La tormenta no amainó hasta la mañana siguiente, cuando finalmente el sol se abrió paso entre las nubes, inconsciente del caos y el sufrimiento causados en su ausencia.

Nuestros zapatos se hundían en el barro, cubierto de ramas y escombros.

La ladera había quedado devastada.

La gente buscaba, desesperada, sus pertenencias y restos de sus refugios que habían volado.

Bajo algunas chozas arruinadas, asomaban miembros humanos —un brazo aquí, una pierna allá—. Unos cuantos cuerpos yacían sobre la hierba húmeda, con los rostros tan manchados de tierra, que resultaba imposible reconocerlos.

Sentí lástima por los muertos, pero alivio de que Mamá no estuviera entre ellos.

«¿Qué tan cerca había estado de perder la vida por esperar tercamente en esa fila?».

En el caos había oportunidad, y los supervivientes se lanzaron a reclamar cualquier cosa de valor. Sabía que era mal karma aprovechar la desgracia ajena, pero la pobreza era su propia guerra, y necesitábamos toda la ayuda posible para sobrevivir.

Después de la tormenta, el señor Chong se construyó un refugio mejor, con paneles de cartón alquitranado, Mamá recogió una manta, y yo encontré una olla.

En un revoltijo de ropa empapada, Di encontró un palo delgado y pulido. Lo cogió, revelando finos cabellos deshilachados en su

extremo —un pincel de escritura.

—¿Puedes hacer algo con esto? —me preguntó.

Lo levanté hacia el sol, maravillándome de su hallazgo embarrado, como si fuera una joya.

—¡Sí! —El mango estaba agrietado y algunos pelos rotos o doblados, pero podría valer—. ¡Esto es fantástico!

Di cruzó los brazos, orgullosa y satisfecha.

—Considéralo un regalo de cumpleaños atrasado.

Acaricié el extremo, tratando de enderezar los pelos lo mejor posible.

—Gracias, Di. Pero ahora tendré que buscar un regalo para ti. —Su cumpleaños había sido poco después del mío.

Di solo se encogió de hombros y dijo:

—En cuanto ganes algo de dinero escribiendo, cómprame algo rico para comer.

Su respuesta me dejó atónita. No solo había prestado atención cuando le conté a Mamá lo de poner un puesto de caligrafía, sino que también recordaba la conversación. Aún más sorprendente, creía que era posible —que yo podía trabajar, y tal vez tener éxito.

Guardé con cuidado el pincel, esperando que su dueño no lo echara de menos. Ser pobre me había vuelto peor persona, pero también una más valiente.

24
PUERTAS CERRADAS

Después de arriesgar su vida esperando en la fila, Mamá se reunió con un oficial de enlace, que solo confirmó lo que otros refugiados ya nos habían dicho: aunque las autoridades de Hong Kong estaban desesperadas por enviarnos a Taiwán, el gobierno nacionalista dudaba en aceptarnos.

El proceso para obtener un permiso de entrada era enredado, y requería que una solicitud fuese enviada por un patrocinador que ya estuviera en Taiwán, y avalada por dos oficiales militares de alto rango.

Para todos los que nos encontrábamos en Monte Davis, era necesario que las estrellas y los planetas se alinearan a la perfección, para que eso ocurriera.

Muchos ni siquiera teníamos una dirección en Taiwán a la cual escribir, y mucho menos una persona dispuesta a completar el papeleo.

En febrero nos despedimos del señor Chong, que había decidido regresar a China continental, para encontrar a su familia.

—¿Y si los comunistas lo matan? —le pregunté.

El señor Chong respondió con firmeza:

—No tiene sentido estar a salvo aquí, sin mi esposa e hijos. No puedo ser feliz sabiendo que ellos pueden encontrarse en peligro. Otros soldados desertaron durante la guerra. Mao puede

considerarme un desertor tardío. No me importa a quién deba jurarle lealtad. Lo único que quiero es volver a casa.

Cuando dijo eso, lo admiré y envidié aún más a sus hijas.

Me recordé a mí misma que Mamá nos amaba, y que eso debía ser suficiente, pero tenía el estómago hecho un nudo, porque sabía que, mientras el señor Chong arriesgaría la vida por sus hijas, mi padre quizás ni siquiera estaría dispuesto a rellenar el papeleo de nuestros permisos.

Un día soleado, las autoridades de Hong Kong enviaron camiones para llevar al señor Chong y a otros que querían regresar a China, hasta la frontera, solo para que los oficiales de inmigración de Guangdong los devolvieran a todos.

El gobierno de Mao consideraba a esos leales nacionalistas un estorbo, y no eran bienvenidos, por ser considerados posibles alborotadores.

El señor Chong volvió a Monte Davis, cabizbajo, arrastrando los pies hasta su choza.

—Me esforcé tanto en escapar de China, y resulta que ni siquiera nos quieren. Tendré que buscar una forma de cruzar la frontera de forma ilegal…, otra vez.

Biao-Wu y yo lo seguimos, mientras el lodo chapoteaba bajo nuestros zapatos.

—He oído que los comunistas son mucho más severos castigando a los inmigrantes ilegales —comentó Biao-Wu—. ¡Es probable que le disparen si le atrapan!

—¡¿Inmigrante?! —exclamó el señor Chong—. Soy un hombre chino. ¡Soy de Shanxi! Inmigrante… ¡Al diablo!

Al día siguiente, el señor Chong partió hacia Sha Tau Kok, un pequeño pueblo en el norte, con una frontera más relajada.

Cuando los británicos demarcaron su territorio, después de la Segunda Guerra del Opio, trazaron la línea justo a través de Sha Tau Kok, marcada solo con una piedra. Los compradores cruzaban de un lado a otro con frecuencia, y las probabilidades de éxito en ese cruce eran relativamente altas.

Nunca supimos si lo logró, porque jamás volvimos a tener noticias suyas, tras su partida. Sin embargo, elegí creer —necesitaba creer—, que un padre que amaba tanto a sus hijas lograría reunirse con ellas.

Poco después de que el señor Chong se marchara, Biao-Wu hizo un anuncio espectacular:

—¡Los nacionalistas han aceptado recibir de nuevo a sus veteranos, así que las autoridades de Hong Kong han fletado un barco para novecientos de nosotros, en dirección a Taiwán!

Sus ojos brillaban de emoción, mientras lo felicitábamos, aunque la noticia era agridulce para nosotras. Le habíamos tomado cariño a Biao-Wu, que encajaba con nuestra familia como una pieza perdida de un rompecabezas.

Cuando llegamos, pasamos varios días juntos en la sala de espera del hospital.

La pierna de Biao-Wu se había podrido tanto, que los médicos tuvieron que reamputarla, cortando justo por encima de la rodilla.

Lan, por su parte, tenía una pierna mucho más corta y delgada que la otra. Solo podía caminar de la mano de alguien, y, tras unos pocos metros, le dolían. A los médicos les preocupaba mucho más su desnutrición que su pierna, pero lamentablemente no podían solucionar ninguna de las dos cosas.

Nos enviaron de vuelta con solo un pequeño frasco de vitaminas.

Mientras Biao-Wu se preparaba para su viaje, le escribí a regañadientes otra carta a Papá. Mamá consideraba la buena fortuna de Biao-Wu como propia, y le pidió que nos ayudara a contactar a nuestra familia.

Cuando le entregué el papel doblado, prometió con entusiasmo entregarlo.

—¡Preguntaré a cada soldado por ese tío Jian tuyo, encontraré a tu familia y los acompañaré al muelle, cuando salgan tus permisos!

Mamá estaba agradecida, pero yo era escéptica. No habíamos recibido respuesta a la carta que habíamos enviado más de un mes atrás.

Tal vez, no le había llegado a Papá, pero sospechaba que la había ignorado al recibirla.

Mi oscuro corazón libraba una batalla constante, entre la niña que quería creer lo mejor de mi padre y la superviviente que sabía que no podía depender de él.

Cuando tuve la oportunidad, llevé a Biao-Wu a un lado y le dije:

—Tengo otro favor que pedirte, cuando llegues a Taiwán. Si mi padre no patrocina nuestros permisos de entrada, ¿tú lo harías?

Incluso en Hong Kong, Mamá seguía diciéndole a la gente que nuestra separación de la familia había sido un malentendido. Al mostrarle a Biao-Wu la fragilidad de nuestros lazos familiares, me avergonzaba tener que esconder otro secreto más de ella.

Biao-Wu se mostró confundido con mi petición.

—Hai, por supuesto que tu padre patrocinará vuestros permisos. ¡Es tu padre! Aunque en realidad es tu tío Jian quien debe completar la solicitud, ya que tu padre no forma parte del ejército. Pero sé que tu familia responderá por vosotras. ¡Ten un poco de fe!

Mis labios se apretaron en una fina línea. Sería imposible explicarle a alguien como Biao-Wu, que había tenido el amor de su padre y la adoración de sus abuelos, lo frágiles que eran mis lazos familiares.

Su rostro se puso serio, al ver que no respondía, y añadió:

—Pero te lo prometo, si algo sale mal, yo personalmente os patrocinaré.

—Gracias —le dije, rodeándolo con los brazos y cerrando los ojos contra su pecho, para que no viera mis lágrimas.

Un abrazo así, entre un hombre y una mujer solteros y sin parentesco, era inapropiado, pero su promesa era un paracaídas, y con él por fin podía permitirme tener esperanza.

Después de que Biao-Wu se subiera al autobús rumbo al puerto, sentimos su ausencia todos los días.

Lan le llamaba sin cesar, insatisfecha con la explicación que le había dado Mamá, de que se había ido a Taiwán y que pronto lo veríamos allí.

Mamá hablaba de Taiwán como una certeza. Como si estuviéramos en un tren y fuera la siguiente parada; como si lo único que necesitáramos para llegar, fuera paciencia.

Unos días después, fuimos a hacer fila por los vales de comida y nos sorprendió ver a Biao-Wu esperando para registrarse.

—¡Pensé que te habías ido a Taiwán! —exclamó Mamá, mientras Lan chillaba de alegría.

—El gobierno no me aceptó —respondió Biao-Wu, con los hombros caídos, y el peso del viaje en vano, drenándole la fuerza—. Pero no os preocupéis —añadió, forzando una sonrisa artificial—. Le he entregado vuestra carta a uno de mis amigos, que sí fue admitido. Me dijo que la entregaría en mi nombre. Confío en él. Me ha dado su palabra, así que sé que llegará a vuestra familia.

Resultó que el gobierno nacionalista había aceptado a todos los soldados sanos en ese barco, pero se negó a llevar a veteranos con discapacidades.

La cama en el antiguo cuarto de Biao-Wu ya había sido asignada a otra persona, pero los voluntarios del hospital le dieron una colchoneta delgada para poner en el suelo.

—Lo más insultante —nos dijo Biao-Wu durante la cena—, es que yo podría haber servido como soldado. Sé sostener un arma. Incluso con la muleta, sigo siendo bastante rápido. También hay trabajos de escritorio que hacen los soldados. Cuando estaba en el campo de batalla, los nacionalistas prometieron que ningún soldado sería abandonado. Después de ese maldito viaje en barco, hasta su miserable islita, ni siquiera me miraron. Solo me rechazaron.

Cuando se unió al ejército, Biao-Wu había sido un muchacho dorado: fuerte, atractivo y carismático. Seguía siendo todo eso —lo veía en él—, y estaba furiosa con los nacionalistas por su crueldad. Había entregado su pierna por su causa, y precisamente ese sacrificio lo volvía invisible. Pensé que Taiwán debía ser el lugar perfecto para Papá: una tierra poblada de hombres poderosos, que solo se salvaban a sí mismos y a quienes consideraban dignos.

A finales de febrero, llegaron demasiados refugiados nuevos a

Monte Davis, que necesitaban atención médica urgente.

La Oficina de Bienestar Social tuvo que hacer espacio en el refugio temporal, y, según sus criterios, Biao-Wu fue considerado «apto», por lo que lo enviaron a los cerros.

Nuevos asentamientos ilegales brotaron como feos hongos, y cientos de hombres dormían sobre la hierba sin techo alguno.

Mientras tanto, nuestro armario tuvo que alojar a dos mujeres nuevas: la señora Tung y la señora Gao. Ambas tenían diecisiete años —solo tres más que yo—. Eran jóvenes esposas de soldados nacionalistas de Zhaoqing, en Guangdong.

De no ser por la guerra, mi propia familia ya estaría buscándonos pretendientes a Di y a mí, tejiendo alianzas con familias prestigiosas.

Como Mamá, esas chicas esperaban reunirse con sus maridos en Taiwán.

Para un poco de privacidad, colgamos una sábana delgada para separar los espacios. No hablamos mucho, porque ellas solo hablaban cantonés, y la barrera del idioma era mucho más fuerte que la de la tela.

En menos de una semana, todas nos infestamos de piojos.

Me picaba tanto la cabeza, que me rasqué hasta abrirme la piel, encontrando pequeños huevecillos blancos en mis manos y sangre bajo mis uñas. Para eliminarlos, tuvimos que empapar nuestro cabello en veneno para cucarachas, que ardía como fuego.

Mamá se dio por vencida con Lan y le rapó la cabeza.

Mi hermana pequeña pataleó y gritó todo el tiempo.

Observando su cuero cabelludo a parches, Mamá solo comentó:

—Tampoco es que tengamos que impresionar a nadie.

La infestación fue desmoralizadora, pero Mamá logró aferrarse a su optimismo, convencida de que pronto llegaría una carta de Papá.

Los voluntarios del hospital repartían correo durante el servicio de vales de comida, que se convirtió en el momento favorito de Mamá. Su alegría, mientras esperaba las cartas, era contagiosa, pero su desilusión, cada vez que los voluntarios movían la cabeza de manera negativa, nos drenaba el ánimo.

Sin que Mamá lo supiera, le había enviado una carta a la señora Ding, contándole todo sobre nuestro viaje en tren, el cruce de la frontera y nuestras primeras semanas en Hong Kong. Le aseguré que estábamos bien, que por ahora teníamos comida y un lugar donde quedarnos. Le pedí que nos contara cosas de Lucky y del tío Sen. Firmé con mi nombre y pedí prestado a Biao-Wu el dinero del franqueo para enviarla.

Cada noche imaginaba cómo sería una carta de Papá, o incluso del tío Jian, de la señora Ding o del tío Sen. Pasaba horas en la oscuridad componiéndome cartas a mí misma, pensando incluso en cómo sería sentir el papel entre mis manos. A veces las noticias inventadas eran buenas, y sonreía en la oscuridad. Otras veces eran malas, y lloraba lo más bajo posible, esperando que nadie me escuchara.

A final del mes, llegó un sobre para Mamá, que se abalanzó sobre él, como si fuera el elixir de la vida, convencida de que sería de Papá. Pero, al desplegar la hoja, la letra no era de él.

Al final, estaba el nombre de Nai Nai.

Nuestros corazones se hundieron, porque no podía ser nada bueno.

Temerosa de leerlo, Mamá dejó caer la carta.

Con cuidado, la cogí de su regazo y la abrí de nuevo, con el mentón de Di asomando sobre mi hombro.

Nai Nai nos decía con crudeza que no fuéramos a Taiwán. Contaba que Papá había conocido a otra mujer, una joven enfermera que había ido a esa isla con el ejército. Iban a casarse, y ya era demasiado tarde para cambiar nada. Esperaba que Mamá pudiera encontrar un nuevo marido en China y ser feliz.

Tanto poder en un solo pedazo de papel, un peso pluma que parecía capaz de quebrarnos.

Me había estado preparando para un desenlace así y no debería haberme afectado… Pero me afectó.

No debería haber importado… Pero importaba.

«¿Cuántas veces tenía que fallar Papá para que yo aprendiera?».

Ese pensamiento me angustió aún más, al darme cuenta de que no habría otra oportunidad, porque nunca volvería a vernos.

Durante varias horas, Mamá no reaccionó. Era como si no hubiera leído la carta, incapaz de digerir su contenido.

Di y yo, demasiado frustradas para quedarnos quietas, salimos a recoger sobras en los mercados urbanos. Levantábamos polvo con nuestros frenéticos pasos, tratando de alejarnos lo máximo posible de Monte Davis.

—Papá es una mierda —soltó Di, al pasar frente al hospital—. Es una mierda de persona. Ojalá se muera.

Debería haberla reprendido por desear algo tan horrendo, pero, en cambio, encontré alivio en su rabia.

—Yo también lo odio —dije, con veneno en mis palabras—. Esto era lo que quería desde el principio. Una nueva familia, con muchos hijos Ang, para compensar a todos los Ang que los comunistas han matado.

—Ojalá, solo tenga más hijas —replicó Di.

—¡Que ese sea su castigo! —Añadí. La inferioridad de las niñas estaba tan arraigada en nuestras mentes, que frases así salían sin pensar en lo que realmente significaban—. Ojalá, Nai Nai muera. Ojalá le dé tuberculosis y se ahogue en su propia sangre.

—Eso sería demasiado bueno para ella —indicó Di—. Ojalá, los comunistas conquisten Taiwán y la torturen a ella, y a Papá, también.

—Sí, eso es mejor —aprobé, admirando la creatividad de Di.

Estábamos furiosas y, a la vez, impotentes.

Mientras rebuscaba en pequeños montones de basura viscosa, mi rabia crecía al imaginar la boda de Papá; un banquete lujoso que seguramente tendría cangrejos, pescado y carne fresca. Ojalá, se cortara las manos con las cáscaras de cangrejo y que cada espina de pescado se le clavara en la garganta.

Esa tarde, mientras esperábamos en la fila por la comida, Mamá se

desplomó como una muñeca de trapo sin relleno. Cayó al suelo y comenzó a llorar, enterrando la cara en las manos, para ahogar los sollozos.

Miré a Di, y ella me entendió sin que dijera nada.

—Yo guardaré nuestro sitio —indicó—. Lan puede quedarse conmigo. Marchaos.

Sostuve a Mamá por el brazo y pensé en todas las veces que había tenido que sostener a Nai Nai, que se tambaleaba sobre sus pies vendados.

Había llovido un poco y todo estaba mojado.

Guie a Mamá hacia un lado de la colina, me quité la chaqueta, estremeciéndome, mientras el aire húmedo y frío se me pegaba a los hombros, y la extendí sobre una roca, para que pudiera sentarse en algo seco. Ella se dobló hacia delante, apoyando la cabeza en su regazo, llorando como si el cielo se hubiera derrumbado.

—Deberíamos habernos quedado en Qingdao —dijo—. Tal vez habría conseguido un trabajo de verdad. Quizás habríamos tenido una vida mejor. Al menos, allí teníamos una casa de verdad y ganábamos dinero vendiendo pan. ¿Para qué arrastré a mis hijas hasta aquí? ¿Para alimentar a los piojos en este miserable armario de hospital y comer gachas viscosas? Lo siento, Hai. Lo siento por Di. Lo siento por Lan. No puedo creer que haya sido tan estúpida como para pensar que tu padre nos aceptaría.

No sabía qué decir. Para un niño, presenciar el derrumbe de un padre es un espectáculo aterrador.

Para mí, Mamá siempre había sido la fuerte, nuestra columna vertebral. Incluso antes de que nos abandonaran. En el último año, a través de todas las penurias, estar con Mamá había alimentado mi valor, como si ella pudiera transmitirme su valentía. Verla tan rota, por culpa de la desesperación, me cortaba el aliento, y lo único que pude hacer fue inclinarme sobre ella y abrazarla fuerte, mientras lloraba.

Pensé en nuestra llegada a Qingdao, cuando yo había perdido toda compostura y tuvieron que empujarme en la carretilla.

Pensé en Mamá entonces, firme y decidida, y me aferré a esa versión de ella.

Me aferré a mí y a Di, recorriendo los mercados y vendiendo bollos, a pesar del frío, arriesgando la vida por unos frijoles y pasando junto a cadáveres en el barro.

Me aferré a sostener a Lan, temblando y a la vez ardiendo de fiebre, con tuberculosis; a la pérdida de Tres; a los días en el sucio cobertizo, el tren inmundo y los callejones fétidos.

Tiré de todos esos hilos, de momentos en los que había tenido que ser fuerte, para poder ser para Mamá lo que ella había sido para mí.

Ya no era una niña.

No tenía el lujo de serlo. Me lo había arrebatado el camarada Cheng y los aldeanos de Zhucheng. Me lo había quitado el hambre, el agotamiento y la lucha constante por sobrevivir.

—No lo lamentes —le dije a Mamá—. En la frontera con Hong Kong dijiste que siempre debemos intentarlo. Ellos pueden rechazarnos, si quieren, pero al menos lo hemos intentado. Y ahora, debemos descubrir qué hacer con nuestras vidas. Incluso si tenemos que ser solo nosotras, podemos lograrlo. Paso a paso.

Mamá levantó la vista y se secó los ojos.

—Me siento tan tonta.

—Todos son tontos en esta guerra —respondí, recordando palabras similares que había escuchado decir al señor Chong—. ¿No recuerdas a todos esos soldados arrancándose los uniformes en Shenzhen y cruzando el puente, desnudos?

Mamá logró soltar una pequeña carcajada, aunque las lágrimas seguían corriendo por su rostro.

—Os he decepcionado a todas —indicó. Cada palabra iba cargada de vergüenza.

—No —dije con firmeza—. Quien nos ha decepcionado ha sido Papá.

Casi rompo a llorar al recalcarlo, así que dejé de hablar.

Nos quedamos en silencio unos minutos, abrazadas.

—Papá nos ha fallado —repetí cuando me recompuse—. Tú has sostenido a esta familia. Tú la has mantenido unida.

Di se acercó, con Lan en brazos.

—Las personas en la fila detrás de nosotras han dicho que nos guardarán el sitio —nos contó, mientras las dos se inclinaban para abrazarnos.

Mamá comenzó a llorar de nuevo, pero esta vez no pude evitar acompañarla. Di también empezó a secarse los ojos, y solo Lan nos miraba con seriedad, preguntándose por qué todas estábamos tan tristes.

—Saldremos adelante —prometí—. Estamos juntas y estamos vivas. Encontraremos la manera.

25
OPORTUNIDADES

La carta de Nai Nai, tan cruel como fue, me dio el regalo del cierre.

Antes solía obsesionarme con Papá, preguntándome si había recibido nuestra carta, y preguntándome qué haría al respecto. Durante horas, reproducía los eventos de mi pasado, como si analizar esos fragmentos de tiempo pudiera darme claridad sobre su estado mental y sus sentimientos hacia nosotras.

Aunque su abandono definitivo nos asustaba, también había una libertad tras quemar ese puente.

Empezamos a pensar en un plan a largo plazo, y Mamá comenzó a buscar trabajo. A finales de 1949 y principios de 1950, hubo varias huelgas industriales en Hong Kong, cuando los trabajadores exigían mejores condiciones y un pago justo.

Muchas empresas vieron la afluencia de refugiados como la solución a su problema, y explotaron con gusto a los que estaban suficientemente desesperados como para trabajar largas horas, por salarios miserables.

Muchos de los refugiados, que antes habían sido abogados, académicos y médicos, ahora luchaban por trabajos como obreros industriales.

Biao-Wu encontró empleo en una fábrica de cerillas, donde producía decenas de miles de cerillas al día.

Mamá lo acompañó una mañana y le dijo a su gerente que solía trabajar en una fábrica de cerillas en Qingdao, sin revelar que solo doblaba cajitas.

El gerente la contrató en el acto, aliviado de tener una trabajadora que no necesitaría entrenamiento.

Con la ayuda de Biao-Wu, Mamá aprendió rápido, y empezó a superarlo en producción.

Trabajaban turnos de doce horas, saliendo de Monte Davis antes del amanecer y volviendo a tiempo de entrar en la cola de la cena, antes de que cerrara.

Pasar todo el día de pie ya era un desafío.

Cuando los empleados del gobierno aprendieron a reconocernos, Di y yo logramos convencerlos de entregarnos los vales de comida de Mamá y Biao-Wu, para que estos pudieran volver a casa a un ritmo más llevadero.

Una oficial británica de asistencia social, llamada Anita, a quien nosotras llamábamos «Ang-Ni-Da», fue especialmente amable con nosotras.

La señorita Anita era baja, apenas un poco más alta que Di, y tenía el cabello más peculiar que había visto nunca: castaño claro, tan rizado y voluminoso, que no podía usar sombrero. Decía que era por culpa de la humedad. Sus ojos eran grises, y tenía pecas por todas partes; incluso en los antebrazos y manos. Aunque tenía acceso a un intérprete, hacía un esfuerzo sincero por aprender mandarín y conversar con nosotras.

La señorita Anita a veces traía dulces para Lan y, más importante aún, traía papel para mí. Yo le había contado que avanzaba con mi servicio de redacción de cartas, y me sorprendió su entusiasmo. Dijo algo en un mandarín torpe sobre las mujeres dueñas de negocios, y, al día siguiente, regresó con una pequeña piedra de tinta para ayudarme a empezar.

«Soy una inversora», dijo orgullosa, hojeando su diccionario inglés-mandarín. «¡Espero que ganes mucho dinero!».

Estaba agradecida por su ayuda y conmovida por su dedicación

en tender puentes, entre nuestros idiomas.

Con Lan a la espalda y los materiales en las manos, marché hacia la oficina de correos. Después de vender bollos en Qingdao, anunciar mis servicios me resultaba natural.

—¡Redacción de cartas! ¡Lectura de cartas! ¡Servicios baratos y accesibles! —gritaba a los transeúntes.

No pude evitar extrañar mi carretilla. Para entonces, era probable que el tío Sen ya la hubiera vendido en el mercado negro; un triste destino para un objeto que había adquirido tanto valor sentimental.

No tenía un puesto, ni hablaba cantones, pero estaba dispuesta a cobrar menos. Sostener el pincel en mi mano me hacía sentir elegante, incluso con la ropa gastada y los dedos sucios. Había vivido tanto tiempo como un animal… Escribir palabras, aunque fueran dictadas por otros, me permitía recuperar algunos jirones de mi humanidad.

El primer día tuve tantos clientes, que me quedé sin papel.

Mientras contaba mis monedas, satisfecha, otro vendedor escupió al suelo y dijo en mandarín:

—No te creas tanto. La gente viene a ti porque eres un caso de caridad, como un masajista ciego. No eres buena escribiendo, solo das lástima.

Cerré rápido los dedos, temiendo que intentara arrebatarme mi ganancia.

Otro vendedor lo oyó y soltó:

—Déjala, Gao-Bing. No seas cruel. ¿No ves que es una niña con un bebé lisiado?

Gao-Bing bufó y replicó:

—Viejo Liao, es una refugiada y está usando a ese bebé para atraer negocio. Si es que puede llamarse negocio… ¡Además, cobra menos que nosotros y nos baja los precios a todos!

—Oh, vamos —replicó el viejo Liao—. ¡No es más que una mendiga! Déjala en paz.

La lástima de Liao era tan ofensiva, como la agresión de Gao-Bing.

—¡Puedo hablar por mí misma! —solté.

Ellos pensaban que las palabras de Gao-Bing podían herirme, pero no sabían quién era yo. A esas alturas, ya estaba acostumbrada al desprecio, las miradas sucias y la burla. Con cada mes que pasaba, arrastrándome en lo más bajo de la sociedad, me volvía un poco más salvaje.

—No estoy aquí para ser artista. Estoy aquí para mantener a mi familia. No importa por qué los clientes vienen a mí, y no me importa lo que pienses. ¡Comentarios mezquinos de un hombre celoso como tú no me impedirán ganar dinero!

El viejo Liao soltó una carcajada, golpeando la mesa, mientras se doblaba de la risa.

Gao-Bing echaba humo.

—¡Haz lo que quieras, mocosa! Pero te advierto: mantente lejos de mi puesto. ¡No quiero que tu hedor espante a mis clientes!

—¡No me culpes si son tus horribles muestras las que los asustan! —le respondí.

Me alegré de que Mamá estuviera en la fábrica, porque se habría horrorizado de verme hablar así.

—¡Lo tomaré como un cumplido! —Rugió él—. ¡Deben de ser hermosísimas, si a una cochinilla fea y sin gusto como tú no le agradan!

Le saqué la lengua, con la cara ardiendo. Era un patán, pero era más fuerte que yo y posiblemente vengativo.

«No me haría daño instalarme más lejos de él, la próxima vez», pensé, mientras guardaba mi pincel y las monedas en el bolsillo.

Con mis ganancias podía comprar más papel.

Si el ritmo de trabajo se mantenía, algún día podría comprar un pincel mejor. Quizás entonces pudiera exhibir mis propias muestras de caligrafía, que dejarían las de Gao-Bing en ridículo.

Fiel a mi palabra, busqué a Di y las tres fuimos a comprar albóndigas de pescado elásticas y dulces de «barba de dragón», con el dinero que había ganado.

Lan observaba, asombrada, cómo el vendedor estiraba la maltosa

cubierta de azúcar en polvo, hasta volverla ligera como la seda, y doblaba aquellos hilos finísimos alrededor del maíz triturado y el coco rallado.

El dulce era un torbellino de texturas, que se derretía en nuestra boca, se volvía chicloso y luego crujiente; una bomba de azúcar con un toque de sal.

La comida era alegría.

La comida era amor.

Mientras nos sentábamos en la calle, riendo y lamiéndonos los dedos pegajosos, me sentí orgullosa de poder comprarnos un fragmento de felicidad. Al fin, había una luz en este abismo que nos rodeaba.

Mientras Mamá estaba en la fábrica y yo escribía cartas, Di, la diplomática, comenzó a aprender cantonés e inglés, haciéndose amiga de los dueños de restaurantes, que le pagaban unas monedas por lavar platos o limpiar el suelo.

En Qingdao, Mamá y yo temíamos que Di estuviera a un saco de harina de unirse a un tanque y al Partido Comunista. Ahora que estábamos en Hong Kong, se había olvidado de Mao y estaba fascinada con la monarquía británica.

En el fondo, Di era una superviviente, y no una persona leal.

Una vez más, se había adaptado.

Juntas, Mamá, Di y yo, nos las ingeniábamos con el objetivo de mudarnos a un apartamento real, con Biao-Wu y nuestros compañeros cantoneses.

Nadie en Monte Davis podía permitirse marcharse solo, pero un colectivo podía apretujarse en un diminuto apartamento y hacerlo funcionar. Quizás incluso podríamos volver a tener electricidad y agua corriente.

A finales de marzo, había unos cinco mil refugiados en Monte Davis, mientras la batalla por la isla de Hainan, uno de los últimos bastiones nacionalistas, seguía en pie.

Más soldados nacionalistas llegaban en barco y abarrotaban las oficinas administrativas del hospital y las laderas.

Cerca de allí, las familias adineradas de Victoria Peak estaban cada vez más furiosas por el hedor de la pobreza que les llegaba. Muchos de los ricos eran también extranjeros y llevaban presionando al gobierno, desde principios de año, para que nos reubicaran.

Las autoridades de Hong Kong enviaron otro barco con casi novecientos veteranos nacionalistas a Taiwán. Esta vez, el gobierno de Chiang aceptó solo a los que tenían permisos de entrada. Treinta y cinco hombres desembarcaron en Taipéi; todos los demás volvieron a Monte Davis.

—Esto es indignante —exclamó Biao-Wu, mientras él, Di y yo observábamos a los hombres hacer fila para reinscribirse. Con nosotros estaba otro norteño, Han Ming-Zhu, un hombre de unos cuarenta y tantos, que se había convertido en nuestro nuevo señor Chong—. Todos son hombres sanos. ¿Cuál es su excusa ahora?

El señor Han era originario de la provincia de Hebei y había trabajado para el Ministerio de Justicia en Pekín. Fue de los primeros refugiados en instalarse en Monte Davis, y había construido un refugio de madera resistente, con muebles de verdad dentro.

Todo el mundo lo conocía, pues se había propuesto como misión personal recibir a cada recién llegado. En respuesta a la pregunta de Biao-Wu, dijo:

—El gobierno teme que haya espías comunistas escondidos entre nosotros.

—¿Así que, ochocientos ciudadanos valiosos son enviados de vuelta a pudrirse en Hong Kong, por la posibilidad de que haya un solo comunista entre ellos? —preguntó Biao-Wu, incrédulo.

—Por supuesto —afirmó el señor Han—. ¿Cómo puedes ser tan ingenuo, Biao-Wu? La seguridad nacional es de suma importancia. ¿Qué sabemos en realidad de la gente que hay aquí? Algunos llegamos con documentación, pero muchos solo tienen su tarjeta de identidad de Hong Kong. Un oficial de inteligencia comunista podría cruzar la frontera con facilidad, ir a la Oficina de Inmigración e inventarse un nombre falso, y una vida falsa. —Inclinándose hacia delante, como si contara una historia de fantasmas, bajó la voz y

añadió—: Y así, los comunistas se infiltran en nuestra comunidad, esperando la primera oportunidad de ir a Taiwán y destruirnos desde dentro.

Biao-Wu cruzó los brazos.

Por culpa de esa paranoia, miles de soldados estaban estancados en Hong Kong en condiciones miserables.

—Entiendo ese punto de vista —indicó—. Pero, aun así…, con las preguntas adecuadas sería bastante fácil descubrir quién es realmente uno de nuestros soldados y quién es un impostor.

—¡Por supuesto que no! —exclamó el señor Han, incrédulo—. Muchos de nuestros soldados desertaron durante la guerra. Podrían regresar como espías, o entrenar a otros para pasar nuestros filtros. ¡Piensa, Biao-Wu! Ya no eres apto para el trabajo físico, así que necesitas entrenar tu mente. Si afilas tu inteligencia, se te abrirán puertas cuando llegues a Taiwán.

—Ya te lo he dicho —replicó Biao-Wu, molesto—, no quiero ir a Taiwán.

A mi lado, Di también intervino:

—Yo tampoco quiero ir a Taiwán. He escuchado que hay demasiados recién llegados y el gobierno no puede manejar el reasentamiento.

El señor Han era la persona más patriótica que había conocido, y cualquier crítica a los nacionalistas, por mínima que fuera, desataba en él una defensa férrea.

—¡Disparates! —exclamó, indignado—. El reasentamiento lleva tiempo. ¡No puede hacerse de la noche a la mañana! No es que los británicos estén haciendo un mejor trabajo aquí. Vosotros dos sois muy testarudos. Tendréis más oportunidades en Taiwán, que en Hong Kong. Aquí estamos en una colonia gobernada por extranjeros. ¡En Taiwán nos gobernará nuestra propia gente!

Aunque el señor Han nunca había estado en Taiwán, hablaba de la isla como si fuera nuestra patria.

Sin embargo, desde que había leído la carta de Nai Nai, pensar en esa isla solo me recordaba que Mamá había sido traicionada, y

que mis hermanas y yo no éramos deseadas. No quería estar en ningún lugar cerca de la familia Ang, y agradecía que el mar nos separara.

—¿Cómo puedes ser tan optimista, si tu propio permiso de entrada ni siquiera ha llegado? —le pregunté.

El esquivo permiso del señor Han era un tema doloroso.

Resopló, lleno de rabia.

—No voy a perder mi tiempo discutiendo con unos niños que ni siquiera entienden que les doy consejos por su propio bien. ¡Mi permiso llegará, y, cuando lo haga, me reiré de vosotros desde mi mansión en Taipéi!

Nos hizo un gesto de desdén, y, como era nuestro mayor, obedecimos, apartándonos, mientras él seguía observando a los hombres miserables de la cola de registro.

Di, Biao-Wu y yo teníamos distintas teorías sobre el señor Han.

Un hombre como él, con un puesto prestigioso en Pekín, debería haberse mudado a Taipéi hacía mucho. Con sus conexiones, su permiso de entrada tendría que haber sido rápido.

A Di no le gustaba el señor Han y creía que era un mentiroso que nunca había trabajado en el Ministerio de Justicia.

Biao-Wu, en cambio, sostenía que el señor Han debía de haber ofendido a un oficial de alto rango, que ahora bloqueaba la aprobación de su solicitud.

Ambos creían que yo estaba loca, pero yo estaba convencida de que era un espía y que estaba allí a propósito. Corrían rumores de que los nacionalistas tenían oficiales de inteligencia en Hong Kong, dedicados a reclutar refugiados para ataques guerrilleros, a través de la frontera. Eso explicaría su naturaleza suspicaz y sus esfuerzos por vigilar a todos en Monte Davis.

Esa noche, durante la cena, el señor Han nos ignoró, aún molesto por nuestra conversación anterior.

Junto a Biao-Wu, los cuatro nos sentamos en el suelo a comer, con algunos veteranos del norte; todos cuidando con esmero nuestros tazones para no derramar ni una gota de nuestra preciosa

comida.

Biao-Wu y sus amigos sorbían de forma ruidosa. De vez en cuando, alguno soltaba una broma vulgar y otro fruncía el ceño señalando que había «damas» presentes.

No había nada tradicional en cómo vivíamos en Hong Kong.

Nuestra vida había sido destrozada por la guerra, pero quizás eso significaba que podíamos recomponerla de una forma distinta. Tal vez aquí, al fin, podríamos vivir, no como se suponía que debíamos, sino como quisiéramos.

26
LA CARTA

A fínales de abril llegó otra carta.

Mamá estaba en la fábrica, y la señora Anita me entregó el sobre, mientras me preparaba para ir a la oficina de correos.

—Para tu madre —dijo.

Al principio me emocioné, pensando que era de la señora Ding o quizás del tío Sen.

Cuando la señora Anita desapareció de mi vista, destrocé el sobre y abrí la carta, esperando noticias de Lucky. Se me erizó la piel al darme cuenta de que era del tío Jian. Leí la carta tres veces, sin creer lo que veían mis ojos.

El tío Jian decía que nos escribía de nuevo, porque no había recibido respuesta nuestra y temía que su carta anterior se hubiera perdido. Un soldado repatriado le había entregado nuestra carta desde Monte Davis, y Yei Yei quería que fuéramos a Taiwán.

El tío Jian se encargaría de nuestros permisos de entrada.

¿Teníamos algún documento de identificación? Si lo teníamos, necesitaba copias. Si no, debíamos conseguirlos cuanto antes. A finales de mayo habría otro barco rumbo a Taiwán. Si los permisos llegaban a tiempo, tal vez pudiéramos ir en él. Debíamos contestarle lo más pronto posible —anotó una dirección en Taipéi, clara, para que no hubiera error en los caracteres.

Doblé la carta y la sostuve en la mano, como si fuera una bomba.

Semanas atrás, habría celebrado esta noticia, pero Nai Nai había destrozado nuestro mundo, y ahora el tío Jian aparecía con una diminuta tirita, incapaz de salvar los escombros.

Yo ya me había reconciliado con el rechazo de la familia Ang, y, en lugar de alivio, sentí rabia, porque de nuevo se tambaleaban mis cimientos.

La carta del tío Jian planteaba más preguntas de las que respondía. ¿Papá se había vuelto a casar? ¿Acaso quería que regresáramos? Al parecer, era decisión de Yei Yei llevamos a Taiwán. ¿Papá lo apoyaba? Era él quien más obligación tenía hacia nosotras, pero la carta ni siquiera venía de su mano. ¿Acaso no tenía opinión, o esperaba que interpretáramos sus pensamientos a través de Nai Nai y de su hermano menor?

Metí la carta en el bolsillo, até a Lan en mi espalda y salí corriendo lo más rápido que pude para buscar a Di en el centro de la ciudad.

La encontré sentada fuera de uno de los restaurantes donde limpiaba, con un cuenco de *dumplings* en la mano.

Al verme, pude notar que estaba debatiéndose sobre si debía esconder el cuenco o no, pero yo no estaba allí para reprocharle que comiera sin nosotras. Había cosas que había aprendido a aceptar, y el instinto individualista de supervivencia de mi hermana era una de ellas.

—Hemos recibido una carta del tío Jian —solté.

Tenía la boca llena de *dumpling*, pero reaccionó con los ojos, que se abrieron tanto que pensé que se le saldrían de las órbitas.

Extendió la mano, y yo le pasé la carta, a la vez que tragaba un pedazo tan grande, que pude verlo deslizarse por su garganta.

Mientras desplegaba el papel, aproveché para arrebatarle el cuenco. Solo quedaban dos *dumplings*. Con la destreza de un maestro de kung-fu, metí uno en mi boca y el otro lo lancé por detrás de mi hombro, directo a la boca de Lan.

Mi hermana pequeña graznó al principio, pero luego empezó a masticar feliz, con el jugo del *dumpling* escurriéndose sobre mi

hombro. No podía pelear contra la glotonería de Di, pero al menos había aprendido a jugar bajo sus reglas, o bajo la ausencia de ellas, cuando se trataba de comida.

—No lo entiendo —exclamó Di—. ¡Nai Nai nos dijo que no fuéramos!

—El tío Jian dice que envió otra carta —respondí—. ¿Crees que esa bruja la interceptó y envió la suya propia?

—Es probable —indicó Di, furiosa—. Es una vieja maliciosa. ¿Crees que también se inventó lo de la enfermera?

—No tengo ni idea de qué es verdad y qué mentira en la carta de Nai Nai —contesté—. Pero sabemos que el tío Jian no mentiría. Lo que quiere Yei Yei está por encima de lo que desean Nai Nai o Papá, así que supongo que por eso está tramitando los permisos él.

Los ojos de Di se movieron hacia su cuenco vacío, pero no dijo nada.

En circunstancias normales, haberme comido esos *dumplings* habría sido una declaración de guerra, y Di me habría tumbado para molerme a golpes, hasta hacerme llorar. Pero la carta del tío Jian era un frágil tratado de paz entre nosotras, recordándonos que los agravios que teníamos la una contra la otra, no eran nada comparados con la rabia que sentíamos hacia Nai Nai y Papá.

Sin previo aviso, Di comenzó a romper la carta.

—¿Qué haces? —chillé, arrancándole el papel de las manos.

Lan también chilló, molesta por mi brusco movimiento, golpeándose la cabeza contra mi cuello.

—¡No podemos darle esto a Mamá! —gritó Di—. ¡Nos va a arrastrar a Taiwán!

—¡Pero nosotras queremos ir a Taiwán! —le dije de vuelta.

—No —replicó Di—. Mamá quería ir a Taiwán, pero eso fue antes de que nos dijeran que no nos querían.

—Nai Nai no nos quiere —rebatí, aferrándome a las manos de Di, mientras Lan empezaba a tirarme del pelo en protesta—. ¡El resto de la familia no siente lo mismo!

La dueña del restaurante, una mujer china regordeta, con el pelo

corto y rizado, vestida con un vestido floreado de estilo occidental, escuchó nuestra pelea y salió corriendo.

—¿Qué es todo este alboroto? —preguntó en mandarín con fuerte acento—. ¡Vais a molestar a mis clientes!

—Perdón, señora Siew —dijo Di en cantonés.

Aproveché ese instante para darle una patada en el estómago y arrancarle la carta de las manos.

Lan rebotaba en mi espalda, mientras corría tan rápido como podía, esperando que Di me embistiera con furia. Sin embargo, estaba demasiado ocupada en reparar su relación con la señora Siew, fuente tanto de comida como de ingresos.

Jadeando, con los pulmones ardiendo, mantuve el paso hasta Monte Davis, con la carta apretada en mi mano, ignorando el dolor de espalda por el peso de Lan y los pellizcos que me daba en los hombros.

Había sudado tanto, que la tinta había empezado a correrse.

Parte del inicio estaba borrosa, pero la dirección permanecía clara.

Me concentré y la memoricé, por si Di lograba hacerse con ella de nuevo.

Esa noche, mi hermana no volvió para la cena.

Lan y yo esperamos solas para recoger los vales, con Lan parloteando sobre *dumplings*.

Mamá y Biao-Wu regresaron exhaustos, oliendo a serrín y azufre, con las manos manchadas de fósforo rojo.

Durante la cena de gachas, le hablé a Mamá de la carta, mostrándole los dos pedazos rasgados.

—Ha sido un accidente —mentí—. Di también quería leerla y me la arrebató de la mano.

No tenía ganas de explicarle nuestra pelea y, en el fondo, no culpaba a Di por sus emociones.

Mamá sostuvo la carta, uniendo las dos mitades, como si fueran las piezas de un collar de pareja.

—Ninguna de vosotras debería haber leído esto sin mí —nos

reprendió, aunque no estaba enfadada. Le brillaban los ojos y le temblaban las manos—. Nuestra familia nos quiere —susurró—. ¡Van a patrocinar nuestros permisos de entrada! ¡Desean que vayamos a Taiwán!

Una amplia sonrisa le iluminaba el rostro, como si hubiéramos presenciado un milagro. Para ella, los muertos habían resucitado.

—¡Vaya, eso es maravilloso! —exclamó Biao-Wu, dándole una palmada en el hombro—. ¡Estoy tan feliz por usted! Su esposo es un buen hombre, después de todo. ¡Supongo que habrá cancelado el matrimonio!

—No lo sabemos —interrumpí—. La carta es de nuestro tío Jian, y no dice nada sobre mi padre.

Mamá me fulminó con la mirada. Ahora que los Ang habían vuelto, quería salvarle la cara a Papá y evitar hablar de asuntos familiares delante de Biao-Wu.

—Debe haberlo hecho —dijo—. No puede tener dos esposas.

Su cuchara se hundió en las gachas, mientras doblaba la carta de nuevo. La poligamia era ilegal, pero no hacía mucho que era común que los hombres ricos tuvieran concubinas. ¿Las leyes serían distintas en Taiwán?

—¿Crees que Nai Nai nos mintió? —insistí. Para mí, Biao-Wu era más familia que cualquiera de los Ang—. ¿O fue Yei Yei quien intervino para detener el matrimonio?

—Ya basta, Hai —dijo Mamá, levantando la mano. Su voz era firme, pero estaba demasiado feliz como para enfadarse con mis preguntas—. No importa. No sé qué estará haciendo tu padre, pero al menos en Taiwán tenemos familia. Podemos construir una vida mejor. Confío en el tío Jian. Mientras consigamos esos permisos, ¡mis oraciones serán respondidas!

Biao-Wu me miró, confundido por mi sombría expresión.

Parte de mí se sintió mal por arruinarle a Mamá el momento, pero otra parte pedía cautela. No se había hecho nada todavía. No se había presentado ninguna solicitud, no se había aprobado ningún trámite, y no teníamos ni idea de qué tipo de bienvenida nos

esperaba.

La carta del tío Jian parecía haber borrado el dolor de Mamá, como si sus semanas de angustia nunca hubieran existido.

¿Estaba loca por dudar de nuestra buena fortuna? ¿Era mezquino de mi parte guardar rencor?

El sol se ponía cuando Di regresó a escondidas, evitando mirarme a los ojos, mientras cogía su cuenco de gachas, que yo le había guardado.

Era muy arrogante.

Debería haberme comido su parte, que era lo que ella habría hecho.

Mamá estaba radiante de alegría, y yo, en cambio, estaba enfadada con todos, excepto con Lan.

—Por fin has vuelto —dijo Mamá, llena de júbilo, todavía sin saber que Di había roto la carta—. Tenemos algo de dinero ahorrado. ¡Vamos todos al mercado nocturno a comprar unos bocadillos para celebrar!

Di llegó con las defensas en alto y lanzó de inmediato su ataque.

—No quiero ir a Taiwán. ¡Quiero quedarme en Hong Kong!

El rostro de Mamá se enrojeció, y Biao-Wu carraspeó para inventar amablemente una excusa que nos diera privacidad.

—Tengo que acostarme temprano esta noche —indicó, levantando su cuenco vacío—. Nos vemos mañana en la cena. Mientras tanto, sed amables con vuestra madre: solo tenéis una, y os quiere más que nadie.

Me parecieron palabras condescendientes, pero lograron despertar mi culpa. Sabía que el trabajo en la fábrica estaba destrozando a Mamá, y que cada día sudando en aquel taller mal ventilado la desgastaba más.

Biao-Wu se acomodó la muleta bajo el brazo y se apresuró hacia la ladera, mientras la tensión entre Mamá y Di aumentaba.

Apenas estuvo fuera de nuestro alcance, Mamá soltó:

—No deberíamos ventilar nuestras quejas delante de otros. No quiero que discutáis frente a Biao-Wu, ni frente a nadie en Monte

Davis. Tenemos más suerte que muchos, al contar con familia que nos patrocine. ¿Sabéis cuántas personas aquí desearían ese privilegio?

—¡Esa familia nos abandonó! —gritó Di—. ¡Estamos mejor en Hong Kong y ya no los necesitamos! ¡Pronto tendremos suficiente dinero para salir de Monte Davis y podremos reconstruir nuestra vida sin ellos!

Mamá suspiró.

—Di, ¿por qué tienes que hacerlo todo tan difícil? ¿Vamos a repetir cada discusión que mantuvimos en Qingdao?

—¿Y qué hay de los comunistas? —preguntó Di, recordando a sus antiguos amigos—. Llevan meses planeando y entrenando para tomar Taiwán. ¿Acaso es seguro para nosotras ir allí, si va a estallar la guerra?

—¿Y quién dice que Hong Kong es más seguro? —replicó Mamá, alzando la voz.

—Un ataque contra Gran Bretaña no es lo mismo que un ataque contra la República de China —indicó Di, orgullosa—. La señora Anita dice que Mao todavía teme a Occidente, y que Gran Bretaña es poderosa.

—¡Di, nosotras no somos británicas! —señaló Mamá, sonando como el señor Han.

—¡No tenemos que ser británicas para vivir bien aquí! —le espetó Di—. ¡Aquí también hay oportunidades para mejorar nuestras vidas!

Su discusión era tan ruidosa, que la gente nos miraba, pero no teníamos otro sitio al que ir; habría sido aún más incómodo pelear en el armario, con la señora Gao y la señora Tung a pocos centímetros de nosotras.

—Di, ¿estamos viviendo en el mismo Hong Kong? ¿No te das cuenta de lo poco que gano? ¿Qué oportunidades ves para ti? He estado observando, y lo único que encuentro son trabajos mal pagados y labores que destrozan el cuerpo. ¿Quieres pasar el resto de tu vida limpiando cocinas?

—¡No pasaré el resto de mi vida limpiando cocinas! —respondió

Di con fiereza—. Voy a ser camarera, y luego, tal vez, cocinera. Y un día, dueña de un restaurante. Pase lo que pase, quiero lograrlo sola, y no con la caridad de los Ang.

—¡Nuestra vida aquí se sostiene gracias a la caridad! —explotó Mamá, demasiado furiosa como para preocuparse por guardar las apariencias—. Al menos en Taiwán, recibiremos ayuda de nuestra propia familia. Eso no es caridad: es obligación. —Antes de que Di pudiera replicar, Mamá continuó—: Tú eres una niña, así que todavía puedes soñar. Yo soy una madre, así que debo planear tu futuro y el mío. Aquí solo sobrevivimos. En Taiwán podremos aspirar a más. Yo también tengo orgullo, pero me lo tragaré con gusto, si eso significa darles a mis hijas una vida mejor.

Los ojos de Di brillaron llenos de rabia.

—No nos uses como excusa. Eres una cobarde, y solo corres de vuelta con Papá, porque tienes miedo de fracasar.

—No le hables así a Mamá —intervine, pues las palabras de mi hermana habían cruzado la línea.

Esta me fulminó con la mirada, y pude ver que me culpaba de esta pelea, por ser la niñita de Mamá, que había abierto esa carta llena de problemas.

—¡Debo tener miedo! —gritó Mamá—. ¡Debo pensar en vosotras tres! ¿Qué harías en mi lugar? ¿Rechazar un hogar seguro para tus hijas? ¿Decir que no al dinero, a la seguridad, a la comida…? Comida de verdad.

—¡Prefiero hacer cajitas de cerillas y comer basura el resto de mi vida, antes que volver a vivir con Papá y con Nai Nai! —le gritó Di—. ¡Al menos así tendría dignidad!

—Oh, por favor, Di —solté—. Tú fuiste la que correteó con los comunistas por un poco de harina, y ahora glorificas a los colonizadores por un cuenco de gachas.

—¡Eso es distinto! —exclamó Di—. ¡Eso es adaptarse!

—Pues entonces, ¿por qué no puedes adaptarte a los Ang de la misma manera? —preguntó Mamá, frustrada.

—Sí, Di —añadí—. No puedes ponerle otra etiqueta a lo que

haces y decir que eres mejor que los demás. Esto es como cuando aseguras que no mendigas, mientras cuentas historias tristes a cualquiera que tenga comida. ¡Eres tan mendiga como nosotras!

Las lágrimas brotaron en los ojos de Di y cayeron por las comisuras.

—¡Os odio a las dos! —bramó—. Siempre os ponéis en mi contra. ¿Por qué no os vais todas a Taiwán a besarle los pies feos a Nai Nai? Yo me voy a quedar aquí, con Biao-Wu. —Agitó su trenza al darse la vuelta y salió corriendo hacia la ladera.

—¡Di, regresa! ¡Regresa ahora mismo! —gritó Mamá saliendo tras ella—. ¡Se está haciendo de noche y es peligroso!

Mamá empezó a correr tras Di, pero la detuve.

—Está bien, Mamá. Yo la buscaré.

Mientras el océano se tragaba el sol, el cielo se tornó de un azul zafiro profundo. ¿De verdad iba a llamar a la puerta de la destartalada choza de Biao-Wu, que compartía con otros seis soldados?

—Entra con Lan; Di y yo volveremos pronto.

Estaba cansada y no quería abrirme paso entre esa hierba fétida, pero Mamá pasaría todo el día siguiente de pie y necesitaba un respiro. Cuando ella tomó en brazos a Lan, somnolienta, yo salí en busca de Di.

Me arrepentí de haberle gritado, pero aún estaba enfadada.

Aunque no lo admitiera, comprendía lo que había querido decir.

Para nosotras, el gobierno estaba tan lejano como el cielo. Nacionalista, comunista, británico… No teníamos más remedio que aceptar al régimen en el poder y seguir adelante. Era como aprender a llevar un paraguas y sonreír bajo la lluvia.

Lo que Papá había hecho, en cambio, era personal.

Por muy fuerte que fuera la tormenta, Di no estaba dispuesta a volver a su refugio.

¿Era yo también tan orgullosa? Yo también me imaginaba una vida en Hong Kong, más allá de las ruinas del Monte Davis. Tenía un catálogo inmenso de sueños, porque donde estábamos todo era

ambicioso, y todo valía la pena imaginarlo.

Pero también comprendía a Mamá. Una cosa era soportar la tormenta tú sola, pero otra muy distinta era ver a tus hijos sufrir bajo ella.

Había perdido de vista a Di hacía rato y me di cuenta de que en realidad no sabía dónde estaba la choza de Biao-Wu. Cada vez se hacía más difícil ver. Unos pocos encendían hogueras con la leña que les sobraba, pero su luz titilante solo hacía más negra la senda frente a mí.

—Hola, preciosa —dijo un hombre, alzando un vaso en mi dirección, mientras se agazapaba en círculo con sus amigos. El olor a licor era penetrante, y se carcajearon cuando aceleré el paso.

—¡Oh, tan tímida! —comentó otro—. ¿Cómo te llamas?

—¡No vamos a hacerte daño! —soltó un tercero—. Quédate un rato con nosotros…

Eché a correr, asustada por sus insinuaciones y avergonzada por sus risas. Para ellos, mi miedo era un chiste, pero yo había escuchado demasiadas historias de atrocidades sufridas por chicas en las calles, como para sentir otra cosa que no fuera miedo.

—¡Biao-Wu! —grité, dejando que la ansiedad me dominara—. ¡Di! ¡Biao-Wu! ¡Di! ¿Dónde estáis?

Habría estado más segura regresando a casa, pero no podía dejar atrás a mi hermana. ¿Y si también estaba perdida, vagando entre esos borrachos burlones? Había miles de tiendas y chozas, y ni siquiera estaba segura de haber tomado el camino correcto. Me reproché por creer que podríamos salir adelante en Hong Kong, cuando ni siquiera podía orientarme en esa ladera.

—¡Hai!

La voz de Biao-Wu resonó, clara y fuerte.

Corrí hacia él y distinguí su silueta recortada junto a la luz dorada de la hoguera que ardía detrás. Su brazo en alto era como una bandera, señalando territorio amigo.

Al acercarme al fuego, vi a Di de pie, frente a la choza de Biao-Wu, con seis hombres más, y su ropa de cama tendida sobre la

hierba.

—Tienes mucho descaro —le dije, sin aliento—. ¡Casi me pierdo intentando encontrarte! ¿Sabes lo peligroso que es que andes sola por ahí?

—¡Vete! —gritó mi hermana—. Me voy a quedar aquí esta noche. Biao-Wu y sus amigos me dejarán dormir en su choza.

Me quedé boquiabierta, y Biao-Wu se apresuró a aclarar:

—No todos juntos, por supuesto. Mis amigos y yo dormiremos aquí fuera; Di estará sola en la choza.

—No es eso lo que me preocupa —repliqué con brusquedad. Lo que me había dejado pasmada era que los hombres ya se habían preparado para dormir al aire libre—. ¿Mi hermana os ha convencido para cederle vuestro refugio, cuando ella tiene una habitación de cemento esperándola?

—Ellos me lo han ofrecido —aclaró Di, helada.

Parecía indignada, pero yo la conocía. Con su lengua de plata los había enredado a todos, y siete soldados habían accedido, de buena gana, a complacer a esta damisela en apuros. ¡Absurdo! Pensé que el secuestro de Di debía ser lo último que le preocupara a Mamá.

—Vamos, Di —dije con brusquedad, sin importarme sonar como una abusona—. Mamá está preocupada. Tenemos que volver a casa.

—¡No! —chilló, metiéndose en la choza y corriendo la raída estera de ratán, que servía de puerta.

—¡Di! —grité a través de la estera—. ¡Biao-Wu tiene que levantarse temprano para trabajar en la fábrica! ¡Y quizás sus amigos también! ¡Deja de ser tan egoísta!

Uno de los soldados que estaba en la hierba dijo:

—Tranquila, hermanita. No vale la pena ponerse así. Déjala quedarse por esta noche. Nosotros cuidaremos de ella, lo prometemos.

Me giré hacia él y respondí:

—Si vuelvo a casa y le digo a mi madre que he dejado a mi hermana pequeña quedarse toda la noche con siete hombres, ¡me hará dormir en la hierba a mí también!

Entré corriendo en la choza y le agarré de la oreja a Di, que chilló y me tiró del pelo.

Gritamos y nos aferramos la una a la otra, arañando y pateando.

En la refriega, algo cayó del bolsillo de Di, flotando hasta aterrizar bocarriba junto al fuego.

Era una tarjeta coleccionable.

La visión me golpeó como un cubo de agua helada, arrancándome del calor de la pelea. Aunque la luz era tenue y el papel estaba muy gastado, para distinguir de quién era, sabía que era de uno de los cantantes que Di atesoraba.

Hasta ese momento no la había visto con ninguna carta, y había supuesto que las había dejado todas atrás.

Me había equivocado.

Había sido estúpida. Todo este tiempo había creído que mi hermana era ruidosa, que gritaba mucho, pendenciera y problemática. ¿Cómo no había comprendido que en realidad mi hermana estaba en silencio? Desde que habíamos dejado nuestro siheyuan, Di no había cantado una sola canción: ni una palabra, ni una nota, ni siquiera una melodía tarareada. En esa pequeña y arrugada tarjeta vi un rostro, el de una joven de Zhucheng, que había dejado de existir… y su pérdida me dolió más que cualquier golpe físico.

Distraída, olvidé nuestra pelea, hasta que Di me agarró del cuello de la camisa.

—Está bien, está bien… —gritó Biao-Wu, interponiéndose entre nosotras, y recibiendo en el pecho una patada destinada a mí—. ¡Basta de pelear! Algunos de los que estamos aquí puede que no volvamos a ver a nuestros hermanos y, mientras tanto, vosotras dos intentáis mataros. —Alisándose la camisa, hizo un gesto para que lo siguiéramos—. Os voy a acompañar de regreso, ahora mismo. Tal vez así aprovechéis el camino para reconciliaros y pensar en lo afortunadas que sois por teneros la una a la otra.

Biao-Wu era mayor que nosotras, así que cedí, aunque estaba harta de su tono moralista.

Lo seguimos por el sendero, caminando cada una en un extremo.

Como por arte de magia, la tarjeta de Di había desaparecido. Ni siquiera la había visto recogerla. ¿Me lo habría imaginado?

En Hong Kong, había arriesgado mi propia seguridad dos veces para salvar a Di, pero, en realidad, ella nunca había necesitado mi ayuda. Mientras yo estaba aterrada buscándola en la oscuridad, ella había encontrado la choza de Biao-Wu y se había convertido en su reina.

Antes pensaba que era manipuladora y desvergonzada, pero ahora la veía por lo que realmente era: una chica obligada a crecer demasiado rápido y sin piedad. Donde otros se habrían derrumbado bajo la presión, Di se había vuelto una vara de hierro, cambiando su voz llena de alma, por una armadura.

Me había equivocado al dudar de nuestra supervivencia en Hong Kong. Quizás, Mamá y yo tendríamos que luchar, pero, con el tiempo suficiente, la guerrera que había reemplazado a mi hermana ruiseñor podría llegar a gobernar esta ciudad.

27
CUELLO AHORCADO

Di y Mamá apenas hablaron durante semanas, hasta que logré convencer a mi hermana de que era pronto para estar tan enfadada, ya que desconocían si se irían, finalmente.

Con la ayuda de la señora Anita, conseguimos copias de nuestras tarjetas de identificación de Hong Kong y las enviamos a la dirección del tío Jian, pero aún quedaban muchas piezas que debían encajar, antes de que salir de Hong Kong fuera una posibilidad.

Mamá y Di eran optimistas, pero con expectativas opuestas, y, mientras no habláramos del tema, nuestras cenas se mantenían en calma.

Sin embargo, esa breve estabilidad se rompió con rapidez.

Todo empezó como un susurro, que se propagó de un oído sucio a otro, hasta que todos escuchamos que iban a cerrar el Monte Davis.

Las autoridades de Hong Kong iban a reubicarnos en Rennie's Mill, en Junk Bay.

Ninguno de nosotros había estado allí, pero el señor Han nos dijo que era tan remoto, que tardaríamos más de tres horas en regresar a la isla de Hong Kong desde allí.

La señora Gao nos contó que en cantonés su nombre, Tiu Keng Leng, significaba «Cresta del Cuello Ahorcado», y que estaba embrujado por fantasmas extranjeros.

En la oscuridad de nuestro armario, nos relató la leyenda local: el empresario canadiense Alfred Rennie había intentado montar allí una compañía molinera, y se ahorcó cuando fracasó. Desde entonces, el lugar había quedado abandonado, y solo los fantasmas se atrevían a ir allí.

Intranquila por la historia, le pregunté al señor Han si era cierto lo que había dicho.

Este respondió:

—No, no lo es. —Suspiré de alivio, pero luego continuó—: El suicidio de Rennie fue por ahogamiento, no por ahorcamiento. Pero, aparte de ese detalle, sí, todo es cierto.

Un escalofrío me recorrió y recé para que nos protegieran de los espíritus furiosos y llegaran pronto nuestros permisos de entrada.

El señor Han se manifestó en contra de la reubicación y organizaba reuniones en las laderas, para planear protestas.

—Necesitamos estar unidos —dijo un día frente a la multitud—. Nada de más divisiones por provincias o apellidos. Debemos reconocernos juntos, como la comunidad del Monte Davis, como un todo, o no tendremos esperanza de luchar contra esto.

Un sábado, los cuatro y Biao-Wu marchamos por todo Central, a instancias del señor Han, en una protesta que fue dispersada con rapidez, por policías armados. Mientras corríamos de regreso, desde el centro de la ciudad hacia Monte Davis, los locales nos arrojaban cubetas de agua y basura desde sus balcones, gritándonos en cantonés.

—Nos llaman parásitos sucios —se enfureció Di—. Dicen que estamos arruinando Hong Kong, comiendo y viviendo gratis, y bajando los salarios. ¡Quieren que nos larguemos de su ciudad!

—Muchos deseamos irnos —respondí, con barro en los hombros y comida podrida en el pelo—. Pero mira lo que pasó con el señor Chong, y con toda la gente que no puede conseguir permisos. ¡Estamos atrapados aquí!

Hubo algunas protestas más pequeñas frente a la oficina administrativa del hospital, pero las voces de miles de refugiados

harapientos se perdían frente a los gritos amplificados de unos pocos privilegiados en Victoria Peale, que impulsaban la reubicación.

La Oficina de Bienestar Social comenzó a hacer encuestas para asignar cupos, con la esperanza de que la mayoría optara por buscar vivienda por su cuenta.

Como Biao-Wu tenía trabajo, decidió juntar recursos con otros y alquilar un cuarto en la ciudad. Sin embargo, la mayoría de los refugiados no tenía ingresos suficientes para mantenerse.

A pesar de lo terrible que sonaba Rennie's Mill, se apuntaron tantos, que no habría espacio para todos.

Mujeres y niños estaban en el grupo de prioridad, así que teníamos lugares garantizados.

Mamá se sintió aliviada, porque todos los trámites de repatriación se coordinarían desde allí.

Di, en cambio, estaba furiosa.

—¿Y qué pasa con mis trabajos limpiando restaurantes? ¿De dónde voy a sacar dinero? —gritó—. ¿Cómo vamos a conseguir sobras del mercado en medio de la nada?

—Eres una niña, Di. Ni siquiera deberías estar trabajando —replicó Mamá, cansada—. No estaremos mucho más tiempo en Hong Kong, así que no necesitamos ganar dinero. En Rennie's Mill seguiremos teniendo comida del gobierno.

—¿Te refieres a la misma papilla de arroz que cada mes viene más aguada? —soltó Di, inclinando su tazón vacío, para mostrarnos lo fácil que se escurrían los restos—. A estas alturas no es más que sopa de arroz con col. ¡No podemos vivir de esto!

—Hemos vivido de cosas mucho peores —contestó Mamá—. Y repito, es temporal. Es probable que solo pasen unas semanas, hasta que nos lleguen los permisos de entrada a Taiwán.

No pude evitar estremecerme con la palabra «temporal»: cada vez que Mamá la decía, parecía condenarnos a un período de sufrimiento todavía más largo del que esperábamos.

—¡Estoy cansada de siempre empezar de nuevo! —gritó Di.

Mamá se levantó, cargando a Lan.

—Ya basta, Di. Enfádate si quieres, pero no voy a sentarme aquí a escuchar tus gritos. Ve a quejarte con alguien a quien le importe. Yo voy a buscar agua.

Lan agitó la mano, mientras Mamá se marchaba, y las lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas de Di. Su furia se transformó en tristeza.

—¿Por qué no dices nada? —me preguntó, llorando—. ¿Por qué no peleas?

No culpaba a Mamá por irse, pero me molestaba que me dejara lidiar con Di en su lugar. ¿De dónde sacaba tanta energía para discutir? La idea de abandonar mi negocio de cartas me deprimía: acababa de comprar un pincel sedoso y mejor papel, y me preparaba para realizar mis propias muestras.

A veces sentía que no tenía espacio para pensar en mis propios sentimientos, porque siempre estaba mediando entre las peleas de Mamá y Di.

—Yo también odio a Papá —anuncié—, pero Mamá tiene razón. Nuestra vida aquí es dura, incluso más que en Qingdao. Luchamos por todo. Hasta por lo más básico. Aunque no me guste, es obvio que en Taiwán será más fácil.

—Entonces, ¿quieres volver con los Ang?

Suspirando, respondí con lo primero que me vino a la mente:

—Quiero ir a la escuela.

Di alzó las cejas, y supe que pensaba que yo era una santurrona, pero era verdad. El callo de mi dedo ya había desaparecido, pero la memoria de aprender no.

—Quiero volver a escribir —continué—. Quiero tener mi propio papel, mis propias plumas, un escritorio y tinta. Quiero tener libros y un lugar limpio donde leerlos. Quiero todas esas pequeñas cosas que antes parecían nada y ahora están fuera de nuestro alcance.

¿Era débil por sentirme así? ¿O egoísta?

—¿Entonces perdonarás a Papá, a cambio de un poco de papel y tinta? —soltó Di entre sollozos—. Tú y Mamá estáis hechas de la misma madera. No os entiendo a ninguna de las dos.

«Y yo no te entiendo a ti», pensé, fatigada por su obstinación. Interpretar a Di era como mirar las ondas del agua e intentar ver una imagen. La veía en fragmentos y no lograba juntar las piezas para comprenderla en su totalidad.

—Siempre has sido la favorita de Mamá —continuó Di, con amargura—. Te es más fácil ponerte de su lado, porque te quiere mucho.

—Mamá también te quiere —dije, defendiéndola a ella y a mí misma—. Mamá nos quiere a todas.

—Sí, nos quiere —admitió Di—, pero hay un orden claro. Siempre lo ha habido. Tú eres especial, porque eres la primera. Lan es especial, porque es la bebé. Y yo estoy en medio. Soy la más desechable de todas las niñas.

—¿Por qué tienes que pensar así? —pregunté, frustrada con la discusión—. Ninguna de nosotras es desechable.

Di me miró a los ojos e indicó:

—Todas las niñas son desechables, y lo sabes.

Y ahí estaba, tan claro como el día, la verdadera razón, detrás de la resistencia de Di a dejar Hong Kong. De todas las personas, ella era la que jamás podía olvidar esa verdad: estaba en su propio nombre, «Hermano», que marcaba lo que Papá más había deseado, y nos recordaba constantemente lo que nunca podríamos ser.

Cuando estábamos solas, Di era una parte esencial e irremplazable de nuestra familia. Todas necesitábamos trabajar juntas para sobrevivir, pero, al regresar con los Ang, volveríamos a ser bocas inútiles que alimentar.

—No somos desechables solo porque Papá y Nai Nai piensen que lo somos —dije, aunque mi voz titubeaba con mi propia inseguridad —. Pase lo que pase en Taiwán, tú, Lan, Mamá y yo siempre seremos una familia. Somos nuestra propia familia, y eso nunca cambiará.

—Eres tan optimista como Mamá —fue todo lo que dijo Di.

Con lágrimas en su camisa y las manos entrelazadas, parecía solitaria, como si estuviera en un lugar al que ninguna de nosotras

podía llegar.

La independencia de Di era su fuerza, pero también creaba distancia entre nosotras.

No sabía qué había llegado primero, si el amor que Mamá y yo compartíamos o la consideración que teníamos la una por la otra, pero nos retroalimentábamos. No importaba cuán cansada estuviera, que yo ayudaba a Mamá con Lan y las tareas. No importaba cuán hambrienta estuviera ella, que siempre se aseguraba de que comiéramos primero. Nuestra relación se reforzaba constantemente con cuidado mutuo y sacrificio.

Me preguntaba si Di creía que no le era posible cultivar ese tipo de confianza y dependencia, o si simplemente no lo deseaba.

El amor te ata a las personas, y, si había algo que Di realmente necesitaba, era libertad. Una libertad que yo había envidiado, sin entender hasta ahora que también tenía un coste.

Cuando Mamá regresó, Di se escabulló, murmurando que iba a Central a hacer limpieza.

—Ten cuidado —le gritó Mamá, pero pude notar que se sentía aliviada con su partida. Me entregó una cantimplora pesada y húmeda—. No sé qué hacer con Di.

—Cambiará de opinión —indiqué, intentando sonar confiada—. Tiene la boca grande, pero al final somos una familia y se quedará con nosotras.

No estaba nada segura de eso, pero sabía que era lo que Mamá necesitaba escuchar.

—¿No crees que debería convencer a algún dueño de un restaurante de que la adopte? —preguntó Mamá con una sonrisa. Sabía que una broma era justo lo que necesitaba para aliviarme el corazón.

Me reí.

—Ningún dueño de restaurante puede adoptar a Di. ¡Se comería todo su menú y quebrarían en un solo día!

Mientras nos sentábamos, con Lan junto a nosotras, supe que esa camaradería era exactamente a lo que Di se refería.

Intenté sacudirme esa sensación desagradable, pero se me aferraba y desenterraba mis inseguridades.

En un mundo donde las niñas eran vistas como un regalo para los hijos de otros, ¿cómo podía estar segura de que Papá me mandaría a la escuela? El matrimonio forzado de la señora Wu, en Zhucheng, me había asustado, sin embargo, un destino similar podía esperarme en Taipéi. ¿Por qué darme libros, si era más fácil entregarme —y con ello todos estos gastos—, a otra familia?

Esa misma tarde llegó nuestra tercera carta.

Como Di aún no había regresado, Mamá y yo la leímos juntas.

Era una nota breve del tío Jian, donde explicaba que ya había presentado las solicitudes para nuestros permisos de entrada. Esperaba que tardaran solo unas semanas, pero el gobierno estaba saturado. La Oficina de Enlace notificaría a la Oficina de Bienestar Social cuando los permisos estuvieran listos.

Mamá dobló la carta y la sostuvo contra su pecho, como si con su cercanía pudiera mantener su corazón latiendo.

—Siento que por fin he hecho algo bueno —dijo, con la mirada perdida—. Cuando tu padre se fue de Zhucheng, debería haber hecho que os llevara a ti y a Di. Lamento no haber luchado más en aquel momento. Al menos, ahora sé que vais camino de regresar a la vida que merecéis; a la vida que quiero que tengáis.

Sus palabras pesaban, pero su disculpa era innecesaria.

—No importa —indiqué, recordando cómo me había sentido la noche en que la familia decidió dejarnos atrás.

Para mí, la seguridad era Mamá.

«Siempre lo ha sido y siempre lo será. Yo no me habría quedado en ningún otro lugar, Mamá. Sin dudarlo, habría elegido estar contigo».

Con Di, estaba convencida de que Taiwán era el camino correcto.

Con Mamá, sin embargo, vacilaba.

La vida que «merecía», la que quería, era una en la que mi madre y mis hermanas fueran felices. Solo que no estaba segura de en qué ciudad podría lograrse eso.

28
GOBIERNO DE REFUGIADOS

Para junio de 1950, había aproximadamente siete mil residentes en el Monte Davis, que, para entonces, ya era ampliamente conocido como un enclave pro-nacionalista.

El domingo 18 de junio, nos reunimos junto al hospital para celebrar el Festival del Bote del Dragón; una festividad con orígenes lúgubres.

Un gran patriota, Qu Yuan, se ahogó tras su injusto exilio, y sus angustiados amigos arrojaron arroz glutinoso al río, para distraer a los peces y que no mordieran su cuerpo. En su honor, los chinos comen zhongzhi y ven las carreras de botes dragón en el aniversario de su muerte.

En Zhucheng, Mamá solía preparar unos zhongzhi maravillosos, rellenos de setas jugosas, panceta de cerdo y camarones secos. En el Monte Davis, esperábamos en la fila con ansias, salivando, mientras los voluntarios del hospital traían bandejas de zhongzhi, donados por un filántropo. Sabía que no nos tocaría nada lujoso, pero incluso un poco de azúcar o unos cacahuates serían un manjar.

A lo lejos, sonó un tambor y repicaron los platillos.

Lan comenzó a mover la cabeza y aplaudir, y todos celebramos cuando vimos un grupo de cantantes danzantes que venían desde Victoria Peak; pensamos que el hospital había organizado una actuación sorpresa.

Sin embargo, al acercarse, empezamos a reconocer la melodía y a distinguir las palabras: estaban cantando la Marcha de los Voluntarios, himno de la República Popular China.

—¡Levantaos, vosotros que rehusáis ser esclavos! ¡Con nuestra carne y nuestra sangre construyamos una nueva Gran Muralla! —entonaban.

Era un sindicato de trabajadores procomunista, ondeando banderas rojas y amarillas, y llevaban a cabo una danza popular de plantación de arroz, con los rostros satisfechos mientras cargaban retratos de Mao.

—¡Marchad! ¡Marchad! ¡Marchad, marchad, marchad! —gritaban.

A nuestro lado, Biao-Wu lanzó una sarta de maldiciones y se abalanzó hacia delante. En segundos, cientos de otros veteranos saltaron desde la fila, mientras los voluntarios pedían orden, en vano.

—¡Entrad al refugio! —gritó Mamá, mientras hombres enfurecidos pasaban a empujones, con los dientes apretados y los puños en alto.

Lancé a Lan sobre mi hombro y me enganché del brazo de Di, justo cuando la mesa de zhongzhi se desplomó, esparciendo triángulos verdes sobre la hierba.

La gente se lanzó de rodillas y manos, recogiendo tantos como podía en sus brazos. Di y yo entrechocamos los codos, listas para abrirnos paso y reclamar nuestra parte.

Como si leyera nuestros pensamientos, Mamá gritó:

—¡Olvidad los zhongzhi! ¡Entrad ya!

El Monte Davis se había convertido en un campo de batalla: los refugiados chocaban con los cantantes, desgarraban sus banderas, rompían sus pancartas, derribaban a los portadores y los golpeaban sin piedad.

El sindicato de trabajadores estaba en minoría. Eran apenas cincuenta, mientras que nosotros éramos miles: miles de exsoldados, todavía dolidos por la derrota y amargados por la dura vida en la Aldea Ciudadana.

El señor Han había agarrado la pata rota de una mesa y la alzaba como espada, gritando a todos:

—¡Seguid avanzando!

Gimiendo, los manifestantes procomunistas emprendieron la retirada, y los refugiados los persiguieron, rugiendo de forma salvaje, como guerreros en plena batalla.

Dentro del refugio, presionamos las manos y los rostros contra una de las ventanas, observando cómo la policía llegaba para separar la pelea. Garrotes en mano, arrestaron a decenas y acorralaron al resto, colina arriba, amenazando con deportar a quien desobedeciera. Era una amenaza hueca —todos sabíamos que China no nos aceptaría a ninguno de nosotros—, pero los refugiados obedecieron por miedo a perder sus raciones de comida. Hojas de bambú y carteles destrozados de Mao cubrían el suelo, y cualquier cosa comestible ya había sido tomada durante la refriega.

Biao-Wu regresó con la camisa rasgada y la nariz sangrando. Había golpeado a gente con su muleta, que ahora estaba llena de manchas carmesí.

—Ha ido bien —dijo, con alegría, al ver nuestras caras de espanto—. ¡Primera victoria nacionalista en mucho tiempo!

Si el gobierno de Hong Kong aún tenía dudas sobre reubicarnos en Rennie's Mill, debieron disiparse después de esta pelea, durante el Festival del Bote del Dragón, que salió en los titulares de varios periódicos locales e internacionales. Atrajo una atención indeseada, en una situación política ya delicada.

Unos días después, en la mañana del 26 de junio, los oficiales de bienestar social nos ordenaron recoger nuestras pertenencias y dirigirnos al muelle.

En ese momento, teníamos aún menos que cuando dejamos Qingdao, así que nos llevó apenas unos minutos prepararnos y despedirnos de nuestras dos compañeras de cuarto.

Ni la señora Tung ni la señora Gao iban a Rennie's Mill.

Los soldados de habla cantonesa estaban en el último grupo de prioridad, porque el gobierno asumía que podrían adaptarse con más

facilidad a la vida en Hong Kong. Así que, el nuevo sitio sería mayoritariamente mandarín.

La señora Gao decidió buscar un apartamento con Biao-Wu y otros refugiados.

La señora Tung, mientras tanto, había comenzado a salir con otro hombre y planeaba volver a casarse.

Ninguna de las dos tenía hijos, y el amor que pudieran haber sentido por sus esposos, ahora en Taiwán, era demasiado débil para retenerlas.

Me pregunté qué habría hecho Mamá si no nos tuviera a nosotras.

Mamá tenía más canas y arrugas de preocupación, que una mujer de treinta años, pero seguía siendo hermosa y podría haber encontrado otra pareja sin problema —quizás alguien sin una suegra horrible como Nai Nai.

En mi corazón, sabía que el amor de Mamá, por nosotras, la encadenaba a su pasado. Saberlo era como cargar con una pila de ladrillos hecha de culpa, construyendo una casa de remordimiento que albergaba los recuerdos de la dura vida de Mamá.

Di, en cambio, pensaba que Mamá era débil y se negaba a creer que cada decisión que tomaba estaba motivada por sacrificio —que su disposición a volver con los Ang era prueba de su amor, no por nuestro padre, sino por nosotras—. Yo deseaba que Di pudiera ver la valentía y el altruismo de Mamá, pero no sabía cómo abrirle los ojos.

En el transcurso de un solo día, unas cinco mil personas y su equipaje fueron trasladados de Monte Davis a Rennie's Mill. Para calmar a los supersticiosos, que odiaban el macabro nombre en chino, el gobierno cambió la versión en mandarín a Tiao Jing Ling, que significaba «Cresta de Vista Suave».

A diferencia de la Aldea Ciudadana, el gobierno llamó a nuestro asentamiento en Rennie's Mill por lo que era: un campo de refugiados.

Mientras esperábamos abordar el *ferry* a Rennie's Mill, los oficiales de policía nos rociaron de delante hacia atrás con DDT, para

matar cualquier piojo que pudiera quedar en nuestros cuerpos.

—Brazos abiertos, piernas separadas —gritó un oficial.

Mamá cubrió la nariz y la boca de Lan con la mano, y nosotras cerramos los ojos y labios, mientras las pistolas de rociado nos envolvían en una densa nube química.

Inhalé algo por accidente y tosí tan fuerte, que se me llenaron los ojos de lágrimas.

Nuestra ropa quedó húmeda, pero libres de plagas, o eso decían.

Di se abanicó la cara para despejar el aire tóxico y miró con tristeza hacia el centro de la ciudad.

Mamá había guardado todo el dinero que había ganado en los últimos meses en su escondite favorito: debajo de su blusa. Ahora que nos íbamos a Taiwán, ya no necesitábamos ser tan frugales. Yo fantaseaba con que usáramos ese dinero para darnos un festín en el centro de la ciudad, salir de los restaurantes tan llenas, que tuviéramos que aflojarnos los pantalones y volver a casa tambaleándonos con las barrigas hinchadas, como mujeres embarazadas.

Sin embargo, sabía para qué ahorraba Mamá.

No podía confiar en que esos permisos de entrada llegaran.

Era la misma razón por la que aún no había vendido el brazalete de jade.

Habíamos pasado por tantos altibajos, que no sabíamos qué más nos esperaba en el camino.

El viaje desde el muelle en Kowloon fue largo y lleno de sacudidas. Nuestras cabezas iban de un lado a otro, mientras el camión giraba de forma brusca por los caminos llenos de curvas de la montaña.

A medida que nos acercábamos a Rennie’s Mill, solo se veían extensiones de tierra sin cultivar y ni una sola tienda a la vista.

Aunque hubiéramos querido gastar nuestro dinero, no había dónde hacerlo. No podía evitar pensar en Lucky; quizás, podría haber atrapado conejos en aquel páramo salvaje.

No volví a tener noticias de la señora Ding, y me pregunté si

habría recibido mi carta; tal vez sí, y su respuesta nunca llegó.

Al igual que Di, estaba cansada de mudarme —cansada de romper puentes cada vez y dejar pedazos de mi corazón con personas a las que nunca volvería a ver.

Al bajar del camión, escuchamos martillazos mientras los obreros montaban carpas adicionales, diseñadas por la Oficina de Bienestar Social, hechas de madera y papel alquitranado. El gobierno había planeado alojamiento para mil refugiados, pero llegarían unas cinco veces más.

—Aquí no hay nada más que tierra —dije en voz alta.

Las tiendas eran pequeñas, grises y uniformes, alineadas en filas ordenadas como lápidas.

—¿Puedes creer que tardaremos tres horas en regresar al muelle caminando? —preguntó Di con melancolía. El camino para coches conducía a Lei Yue Mun, un pequeño pueblo desde donde podíamos tomar un barco a Shau Kei Wan, en la isla de Hong Kong—. ¿Qué vamos a hacer aquí? ¿Convertirnos en conejos y vivir de la tierra?

Mamá mandó callar a Di, pero otros a nuestro alrededor también murmuraban, inquietos, por lo desolado del sitio. Había más mujeres y niños, y los pequeños estaban irritables. Si necesitábamos provisiones, nos llevaría medio día ir hasta el centro de la ciudad.

La señorita Anita nos recibió.

Estaba más nerviosa que de costumbre, con el pelo recogido y un intérprete a su lado. No había sido decisión suya trasladarnos allí, pero representaba al gobierno, que sí lo había hecho.

A través del intérprete, nos informó que cada tienda albergaría a cuatro personas y que cada una recibiría una tarjeta de racionamiento mensual, que podía sellarse dos veces al día, para obtener arroz y verduras en el comedor.

Cada uno debía traer su propio cuenco y cocinar su propia comida, lo que generó protestas.

No es que la gente no quisiera cocinar, pero muchos no tenían ollas ni sartenes. Ni dinero para comprarlas.

Mamá se inclinó hacia Di y hacia mí, y dijo en voz baja:

—Tendremos que ir a Central y comprar algunos utensilios. Menos mal que tenemos dinero ahorrado.

—Si vamos al centro, deberíamos comprar de más, y revenderlo aquí al doble del precio —comentó Di.

Mamá frunció el ceño.

—Es mal karma aprovecharse de la desesperación de la gente.

—Solo intento ser ingeniosa —replicó mi hermana con altivez.

Centramos la atención en la señorita Anita, que ahora daba una charla sobre el agua, que debíamos sacar de un arroyo.

—Si tienen sed, puede que sea tentador beber directamente del río, fresco y claro. ¡No lo hagan! Hiervan el agua antes de bebería.

A continuación, enumeró los distintos tipos de parásitos transmitidos por el agua que nos enfermarían, y sacó una carpeta con fotografías para ilustrar sus advertencias.

La gente soltó exclamaciones de horror al verlas: gusanos saliendo del ano, de la boca e incluso de los ojos de las víctimas.

—Dioses, acabamos de llegar al infierno —susurró Di, mientras la señorita Anita repartía las fotos para que todos pudieran verlas de cerca.

Cuando llegaron a nosotras, las pasamos rápido, con asco. Yo ya tenía demasiadas pesadillas, como para añadir a la lista parásitos devoradores de carne.

La señorita Anita concluyó su presentación informando que habría personal de la Oficina de Bienestar Social en el comedor todos los días, por si surgían emergencias médicas serias. Nos deseó lo mejor y nos indicó que nos registráramos con sus colegas.

La Oficina nos asignó a las cuatro en una sola tienda: la número 68.

Mamá se agachó y levantó la lona con cuidado.

Nos metimos detrás de ella, pero apenas había espacio suficiente para nosotras. Era difícil imaginar a cuatro hombres grandes, como el señor Han, compartiendo aquel lugar.

No había nada en el suelo. Solo tierra.

Una vez cerrada la lona, la oscuridad mezclada con el olor a

suelo fresco, me hizo sentir que estaba dentro de una cripta.

Di, al notar mi miedo, puso una mano en mi hombro.

—Sabes, hermana —susurró—, he escuchado que los locales enterraron a Alfred Rennie en una tumba sin marcar. ¿Y si su cuerpo está justo debajo de una de estas tiendas?

Con un grito, salí corriendo de vuelta a la luz del sol, mientras las carcajadas de Di resonaban.

—Vosotras dos, basta ya —nos reprendió Mamá, enrollando la lona y sujetándola sobre el marco—. Aquí hay peligros peores que el fantasma de ese extranjero. Esos parásitos, por ejemplo.

Todas nos estremecimos al recordar las horrendas fotos.

—Me pregunto qué tipo de apartamento habrá encontrado Biao-Wu —dijo Di con nostalgia, sentándose al lado de la tienda y abrazándose las rodillas—. Seguro que tiene electricidad, y quizás hasta agua corriente. Apuesto a que vive encima de un montón de restaurantes y un mercado.

—Ojalá le vaya bien —deseé yo, mirando a un ciempiés que reptaba.

Con la lona abierta, las moscas zumbaban y se colaban en la tienda, enredándose en nuestro cabello. Había pensado que con el Monte Davis habíamos tocado fondo, pero ahora estábamos aquí.

Esa primera noche, doblamos nuestras mochilas y las usamos como almohadas. Unas mantas de lana, donadas por misioneros, nos separaba del suelo pedregoso.

Lan durmió tendida sobre el pecho de Mamá, pero Di y yo pasamos la noche dando vueltas, clavándonos algo puntiagudo, sin importar cómo nos acomodáramos.

Al día siguiente, Mamá salió hacia la isla de Hong Kong y regresó tarde, con un poco de relleno grueso y papel alquitranado, un rollo de cuerda, un cuchillo grande de cocina y una tetera.

—¡Esa caminata es de más de tres horas! —resopló, dejando en el suelo los objetos más pesados—. Tal vez para gente fuerte, como Biao-Wu y sus amigos, sea de dos horas y media, pero es un camino muy largo y lleno de piedras.

Mientras se sentaba en el suelo, le masajeé los pies, notando que le sangraban los talones, por el roce de los zapatos.

—Voy a hervir agua y buscar qué podemos usar de vendaje —dije, imaginando gusanos entrando en esas heridas abiertas—. ¡No podemos dejar que se infecten!

Mamá asintió, abanicándose tras el esfuerzo.

Durante los siguientes días, más refugiados llegaron al campo a pie. Algunos trajeron sus propios materiales y levantaron refugios, mientras que otros dormían al aire libre. Muchos no estaban registrados, lo que significaba que no recibían raciones. Recogían granos de arroz y frijoles del suelo del comedor, y mendigaban a otros refugiados.

La vida diaria era tan difícil, que cientos de exsoldados no registrados se ofrecieron como voluntarios para luchar por la República de Corea en la Guerra de Corea, que había estallado en junio.

Por desgracia, los surcoreanos no los quisieron, y los devolvieron a Rennie's Mill.

Nuestras raciones eran escasas, pero Mamá nunca decía que no, si alguien pedía ayuda; por norma general, lo único que podíamos ofrecer eran unas cuantas cucharadas de arroz, pero ella siempre se aseguraba de dar algo.

Verla en el campamento me recordaba su bondad con los obreros en Zhucheng; la misma que Nai Nai consideraba no solo una debilidad, sino también una traición a la familia —una pérdida de recursos que podrían haber beneficiado a los nuestros—. Todo ese arroz extra que regalábamos podía haberse almacenado o vendido en la isla de Hong Kong, pero esa no era la naturaleza de Mamá.

Su generosidad, sin embargo, era correspondida de distintas maneras, pues quienes recibían su ayuda, nos apoyaban como podían.

Un hombre reforzó nuestra tienda con madera que encontró, para que nuestras paredes se sacudieran menos con el viento. Otro construyó estantes para guardar nuestras cosas y una plataforma

donde poner la ropa de cama por la noche. El pago más valioso vino de parte del señor Tai, que sabía matar conejos con un tirachinas. Una vez instalado, nos dio trozos de carne para el guiso y nos enseñó a Di y a mí a poner trampas para conejos. Aunque rara vez teníamos éxito, al menos nos mantenía ocupadas —separarla maleza y buscar bolitas marrones de excremento de conejo, alejaba un poco el aburrimiento, aunque no el hambre.

La señora Ying, esposa de un médico, nos enseñó a identificar la «vid de la fiebre», una planta medicinal usada para tratar inflamaciones, y cuyas hojas eran comestibles. Olían horrible, pero teníamos tanta hambre, que nos tapábamos la nariz y las comíamos crudas, cuando las encontrábamos. También había algunos tipos de hierbas y semillas que podíamos comer o hervir para hacer té, y Di y yo pasábamos los días buscándolas.

—Tened cuidado. —Le escuchamos decir a una mujer a sus hijos —. Vuestro tío dice que ha visto un jabalí salvaje.

Debería haber tenido más miedo de los jabalíes que de los fantasmas, pero aquella advertencia solo me emocionó.

—¡Di, imagina si lográramos matar uno! ¡Podríamos comer durante meses! —exclamé, mientras nuestro patético intento de trampa para conejos me parecía ya una pérdida de tiempo y en mi cabeza desfilaban imágenes de un cerdo asado, albóndigas, pasteles de sangre y sopa de costillas.

—Debemos ser muy amables con el señor Tai —indicó Di, con los ojos brillando de ambición—. ¡Ni siquiera recuerdo la última vez que comí un codillo de cerdo! Si alguien puede atrapar un jabalí, es él.

Más tarde, guardamos unas hojas de vid de fiebre y fuimos a buscar al señor Tai.

Había una reunión junto al comedor, y el señor Han y algunos hombres hablaban ante un pequeño grupo.

—¡La unión hace la fuerza! —exclamó el señor Han—. Rennie's Mill es ahora nuestro hogar, y necesitamos trabajar codo con codo para hacerlo habitable.

Los residentes, liderados por el señor Han, habían pedido

permiso a las autoridades de Hong Kong para formar un gobierno de refugiados. Planeaban organizar una fuerza policial, compuesta por exsoldados, para proteger el área de la infiltración comunista. También iban a establecer reglas para promover la higiene y el saneamiento, incluyendo regulaciones sobre cuándo y cómo usar el río, además de zonas designadas como letrinas. Un equipo de voluntarios se encargaría de coordinarse con organizaciones benéficas, para financiar grandes proyectos, como un muelle, y necesidades más pequeñas, como suministros médicos.

Después de la reunión, encontramos al señor Tai, le ofrecimos nuestras hojas arrugadas y le preguntamos si podía ayudarnos a cazar un jabalí.

—¿Estáis locas? —preguntó, sorprendido por nuestra petición—. Eso sería un suicidio. No tengo las herramientas para derribar a un jabalí. Son fuertes y violentos. Si alguna llega a ver uno, retroceded con lentitud y alejaos lo máximo que podáis.

Desilusionadas, volvimos a nuestra tienda, con nuestros sueños culinarios destrozados, masticando hierbas apestosas, acompañadas de arroz y verduras saladas.

En agosto, Biao-Wu llegó al campamento, avergonzado de que su intento de independencia hubiera fracasado.

—Sé lo que estáis pensando —comentó de inmediato, al vernos —. He sido demasiado orgulloso y me he sobreestimado. He perdido el tiempo y el poco dinero que tenía, solo para acabar viniendo aquí de todos modos.

—Tonterías —soltó Mamá, dándole una palmada fuerte en la espalda—. ¡Nos alegra que estés aquí!

Lo invitamos a comer con nosotras, hasta que le dieron su tarjeta de racionamiento. Después de eso, Mamá cocinaba su parte junto con la nuestra, y comíamos todos juntos, al igual que en Monte Davis.

—Mi cantonés no es lo suficientemente bueno —nos explicó una tarde—. Es difícil vivir en el centro de la ciudad sin dominarlo. Sé lo básico y logro arreglármelas, pero subestimé lo reconfortante que

era regresar al Monte Davis cada noche y simplemente entender, y ser entendido. Estaba solo, y eso fue lo que me volvió loco. —Entre bocados de arroz, continuó—: Mi salario en la fábrica apenas daba para cubrir comida y alquiler. Ya sabéis lo poco que pagan. Pensé que, si iba a sobrevivir con lo mínimo, al menos podía hacerlo aquí, con mis amigos y compañeros soldados.

El señor Han y algunos veteranos de Shandong saludaron a Biao-Wu con entusiasmo.

—¡Prepárate para trabajar, joven! —ordenó el señor Han—. Tenemos varios proyectos en marcha. Mientras puedas sostener un martillo, puedes servir.

El proyecto más ambicioso de ese otoño fue un camino —EL camino—. Nuestro gobierno de refugiados había decidido construir una carretera, más corta y mejor, que nos permitiera llegar a Lei Yue Mun en solo treinta minutos. Si lo lograban, muchos de nosotros podríamos volver a trabajar a la isla de Hong Kong.

El gobierno proveyó los materiales, y cada hombre capaz debía construir al menos noventa metros de camino. Quienes no podían participar en el trabajo físico, ayudaban cocinando las raciones, para que los trabajadores regresaran y tuvieran una comida caliente.

Había aspiraciones por todas partes, y construcción por otras tantas.

Un grupo de misioneros aceptó financiar materiales para una clínica de salud. El hospital aceptó financiar las letrinas. Cada día, la gente trabajaba en chozas con techos de paja, ventanas de papel y puertas de madera. Poco a poco, Rennie's Mill empezaba a convertirse en un pueblo rudimentario.

—Me sorprende que sigáis aquí —me comentó un día Biao-Wu, mientras yo estaba fuera, usando su cuchillo para afilar una rama en punta.

Si los refugiados podían construir un camino, nosotras podíamos levantar una trampa para jabalíes. Otro niño nos había descrito una que había visto en su aldea, y, contra la advertencia del señor Tai, yo había convencido a Biao-Wu de ayudarme a construirla.

—Pensaba que ya estaríais en Taiwán.

Toqué con el dedo la punta de mi lanza improvisada, preguntándome si sería lo bastante afilada para atravesar la piel áspera de un jabalí.

—El proceso es demasiado lento —respondí—. Imagino que atraparemos un jabalí, antes de que lleguen nuestros permisos, si es que llegan.

Biao-Wu y yo habíamos fabricado siete de esas lanzas y planeábamos cavar una zanja en el suelo, y cubrirla con ramas y hojas. Con suerte, un jabalí pasaría por encima, caería sobre las estacas de madera y, entonces, tendríamos un banquete.

Pero antes de que pudiéramos pedir una pala, el señor Han detuvo en seco todo el proyecto.

—¡Imprudentes! —nos reprendió, confiscando nuestras lanzas—. ¿Sabéis cuántos niños corren por este campamento? ¿Sabéis lo fácil que es matar a un niño, antes que a un jabalí salvaje? ¡El mayor enemigo de la humanidad es la estupidez! Si tenéis energía de sobra, id a llevar agua a los hombres que trabajan en el camino.

Me dolían las manos de tanto tallar, e hice una mueca al ver al señor Han alejarse con las lanzas, en las que había trabajado con tanto esmero.

—Lo siento, Hai —dijo Biao-Wu—. Supongo que, cuando terminen esa carretera, podrás retomar tu negocio de escribir cartas y comprar un poco de cerdo con tus ganancias.

—¿Y cuándo crees que será eso? —pregunté, temiendo la respuesta—. ¿Meses? ¿Medio año?

Biao-Wu limpió su cuchillo con la camisa y lo guardó con cuidado en su funda.

—El señor Han dice que estará lista para la primavera.

¿Seguiríamos en Rennie's Mill para entonces? Ya nos acercábamos al final del verano. Ese invierno cumpliría quince años. Habían pasado meses desde la última vez que supimos de tío Jian, y el sabor de la hierba y de las plantas medicinales me revolvía el estómago. Me olía el aliento a rayos, como la vid de la fiebre, y

había perdido más peso. Aunque aún no era otoño, tiritaba de frío por la anemia y no tenía suficiente ropa para mantenerme caliente. A nuestro alrededor, el campamento mejoraba, pero los cambios eran demasiado lentos para mí. No necesitaba cazar el jabalí por la carne; la necesitaba para tener algo por lo que esforzarme, algo que pudiera controlar. Sobre todo, necesitaba una distracción de esos permisos de entrada, que parecían cada día más improbables.

Cuando Biao-Wu y yo regresamos, desanimados, al área de las tiendas, encontramos a Mamá aplaudiendo y silbando con entusiasmo. Lan estaba de pie, junto al límite de los árboles, con sus pequeños brazos extendidos, como alas de avión.

Al vernos, agitó la mano y dio unos pasos.

Dejando atrás a Biao-Wu, corrí a tomarla de la mano, temiendo que le cedieran las rodillas y cayera, raspándose las palmas con las ramitas y la grava. Pero, cuando sonrió y siguió avanzando tambaleante, me quedé congelada. Cojeaba, con torpeza y cuidado, como lo haría una niña más pequeña, pero se movía sola.

Incluso en un lugar como ese, Lan había crecido —más despacio de lo esperado, sí, pero había crecido.

Mientras Biao-Wu la animaba y se arrodillaba con los brazos abiertos, para recibirla, comprendí que era más fuerte de lo que pensaba. Era el trigo que brotaba de la tierra de Shandong, y las flores del norte que crecían en la nieve.

Entonces, sentí consuelo, porque quizás yo también era más fuerte de lo que pensaba.

Todos lo éramos.

Con la cabeza en alto y los puños apretados, podríamos soportar otro invierno más, y meses después, cuando finalmente cedieran los vientos helados, nuestro nuevo camino nos daría la bienvenida a la primavera.

29
PASAJES DORADOS

Una vez por semana, un funcionario de asistencia social venía al campamento con novedades sobre los permisos de entrada de la Oficina de Enlace. A principios de septiembre de 1950, las autoridades de Hong Kong habían logrado negociar permisos para cientos de veteranos discapacitados.

La señorita Anita, entusiasmada, le ofreció a Biao-Wu un lugar, y se quedó confundida cuando él lo rechazó.

—¿Tú… no quieres ir? —repitió, preguntándose si había cometido un error en la traducción.

—Quiero quedarme aquí —confirmó Biao-Wu.

Más tarde, durante la cena, nos explicó:

—Lo que dije la primera vez, sigue siendo lo que pienso. No me interesa volver con los nacionalistas. Que no lo haya logrado en mi primer intento, no significa que no pueda hacerlo en el futuro. Hong Kong será mi hogar. Con el tiempo aprenderé cantones, y, quizás, cuando las cosas mejoren en el continente, pueda volver a buscar a mi madre.

El señor Han lo reprendió cuando lo escuchó:

—¡Terco! ¡Estúpido! Biao-Wu, alguien te ha ofrecido un pasaje dorado y has dicho que no. ¿Sabes cuántos miles de personas matarían por estar en tu lugar?

Biao-Wu se encogió de hombros.

—No tienen que matar a nadie para estar en mi lugar. Solo tendrían que cortarse una pierna.

Ofendido por su tono, el señor Han levantó su cuenco y se fue a comer con otros.

—No puedo tragarme la comida en compañía de tanta idiotez. La fortuna se desperdicia en los tontos. ¡La juventud se desperdicia con estos jóvenes! —bramó, alejándose, mientras murmuraba sobre segundas oportunidades y ocasiones perdidas.

Ya casi era el Festival del Medio Otoño, de nuevo, y una organización benéfica, financiada por el gobierno nacionalista, nos había enviado cientos de faroles rojos con la bandera de la República de China y las palabras «¡Larga vida al presidente Chiang Kai-shek!».

El señor Han nos entregó a Di y a mí una caja de faroles para doblar y repartir, prometiendo como recompensa un pastel de luna.

Esa misma organización de caridad iba a mandar varias cajas de esos tesoros dorados, y corría el rumor de que vendrían con yemas enteras dentro. Hacía meses que no comíamos huevos, y era maravilloso tener algo tangible que esperar.

Yo acababa de terminar de doblar el último farol, con cuidado para no arrugar ni doblar el nombre de Chiang Kai-shek, como nos había advertido el señor Han, y me apresuraba a recoger la ropa —pues pronto terminarían las horas permitidas en el arroyo—, cuando escuché a Mamá gritarnos desde el comedor.

—¡Hai! ¡Di! ¡Hai!

Corría lo más rápido que podía, agitando los brazos como una loca, casi tropezando con una roca, cuando me vio junto a la tienda.

Algo horrible debía haber pasado.

¿Había perdido una de nuestras tarjetas de racionamiento? ¿Alguien había sido embestido por un jabalí? ¿El gobierno había decidido cerrar también Rennie’s Mill?

Solté todo lo que tenía en los brazos y corrí hacia ella.

—¿Qué pasa, Mamá? —pregunté ansiosa—. ¿Qué sucede?

Esta me rodeó con los brazos y me apretó tan fuerte, que casi me caí.

—¡Nuestros permisos de entrada han llegado! ¡Nuestros permisos han llegado! —Me sacudió y saltó de alegría—. ¡Nos vamos a Taiwán!

Grité y la abracé, hundiendo mi cara en su hombro, pero por dentro me sentía vacía y entumecida. A pesar de todo el tiempo que había pasado obsesionada con Taiwán, nunca había esperado que este día llegara. Creía que seríamos como el señor Han, hablando de los permisos de entrada sin recibirlos jamás.

—La señorita Anita me avisará de cuándo sale el próximo barco —me explicó Mamá, todavía jadeando por haber corrido desde el comedor—. Una vez que haya suficientes pasajeros con permisos, el gobierno fletará un navío. ¡Puede que nos vayamos antes del invierno!

Cuando Di regresó, Mamá le agarró las manos con tanta fuerza, que los dedos de mi hermana se pusieron blancos, mientras le daba la noticia con júbilo.

Di se tapó la boca y rio, eufórica, abrazándonos a ambas.

—¡Por fin podremos dejar este lodazal! —exclamó—. Estaba segura de que íbamos a envejecer y morir en esta tienda.

Las condiciones en Rennie's Mill eran tan terribles, que incluso Di ansiaba un cambio. Ya no podía complementar su dieta con sobras de restaurantes, y los guisos de hierbas y pasto habían quebrado su resistencia.

El día del Festival del Medio Otoño, Di y yo recibimos nuestros pasteles de luna, rellenos de pasta de frijol rojo. No tenían yema, pero no nos importó. En Taiwán, podríamos volver a comer huevos y disfrutar de pasteles de luna de verdad.

Nos sentamos juntas fuera de la tienda, sosteniendo nuestros pasteles, como si fueran pajaritos recién nacidos.

—¿Crees que Yei Yei todavía tiene dinero? —preguntó Di, terminando el suyo en dos bocados.

—Se lo llevaron todo cuando se fueron a Qingdao —respondí,

saboreando el mío, en pequeños mordiscos, dejando que la pasta granulosa se extendiera sobre mi lengua—. Seguro que llegaron con una fortuna. Tal vez, ya se la han gastado. O tal vez, Papá tenga un buen trabajo en Taiwán y estén ganando más que antes. Espero que sea eso.

Guardé la mitad de mi pastel, envolviéndolo con cuidado en un paño, para poder disfrutarlo después.

—¿Cómo te sientes ante la idea de ver a Papá otra vez? —preguntó Di.

—No lo he pensado —contesté—. No creo que me parezca real, hasta que estemos en ese barco.

A estas alturas, Papá era para mí una entidad difusa, más un concepto que una persona real. Lo definía por su ausencia, y ni siquiera podía imaginar verlo en carne y hueso.

Di lanzó una mirada envidiosa a la porción de pastel que guardaba en mi bolsillo.

—Yo nunca podré perdonarlo por habernos dejado atrás.

—No creo que tengamos que hacerlo —respondí—. Solo tenemos que coexistir con él. No tenemos que quererlo.

En realidad, nunca habíamos tenido mucha interacción con Papá, y era probable que no notara, si dos de sus hijas le imponían la ley del silencio.

Di apoyó su cabeza en mi hombro, más pesada de lo que esperaba.

—¿Vas a echar de menos este lugar cuando nos vayamos?

La idea de echar de menos la tierra fétida de Rennie's Mill me pareció tan absurda, que solté una carcajada. Di empezó a reírse también, y en segundos nuestras carcajadas se contagiaron, vibrando en nuestros cuerpos, hasta hacernos caer de espaldas, con los ojos fijos en el cielo.

Encima de nosotros, las nubes arrastradas por el viento parecían hilos de algodón de azúcar, y empecé a llorar, viendo cómo la luz blanca y azul se desdibujaba. Las lágrimas corrían libres, cayendo de mi rostro y filtrándose en la tierra, como si mis pensamientos se

hundieran en lo más crudo del suelo. Irnos iba a romperme el corazón, pero no necesitaba decirlo en voz alta: mi hermana ya lo sabía.

Esa noche, nos reunimos con algunos de nuestros amigos y subimos al sitio más alto para contemplar la luna llena; un orbe dorado y luminoso. Sin electricidad ni construcciones humanas a nuestro alrededor, el cielo nocturno era un manto negro, cubierto de estrellas plateadas y brillantes.

Nos abrazamos, y pensé en las personas que habíamos conocido desde que dejamos Zhucheng. Tal vez ellos observaban esta misma luna, que también brillaba sobre el señor Zhang, la señora Ding y el tío Sen.

A kilómetros de distancia en Taiwán, quizás Papá también estuviera alzando la vista al cielo.

Lan estaba acurrucada en el regazo de Mamá, con la luz lunar reflejada en sus ojitos negros. En ese momento, había pasado la mayor parte de su vida como refugiada.

Era una fresca mañana de octubre, cuando subimos a los camiones militares que el gobierno envió para recoger a los pocos cientos de refugiados que irían a Taiwán. Biao-Wu podría haberse sentado junto a nosotros, pero, en su lugar, se quedó fuera, con el señor Han, despidiéndose con la mano.

Mamá le dejó nuestra tetera y le recordó que hirviera el agua antes de bebería.

Él no había visto la traumática presentación de parásitos de la señorita Anita, y Mamá estaba convencida de que se volvería perezoso y bebería del arroyo directamente.

—Otros soldados beben del río y están bien —nos dijo—. Los extranjeros necesitan hervir el agua, porque tienen estómagos débiles, pero nosotros, que hemos crecido aquí, estamos acostumbrados.

—Hierva el agua —le rogó Mamá—. Es muy fácil, y solo lleva

unos minutos.

—No cuando tienes que esperar a que se enfríe —replicó—. Pero lo haré, solo para darle tranquilidad.

Yo estaba bastante segura de que no lo haría, pero ya no estaba en nuestras manos. Era mejor rezar para que su estómago fuera tan fuerte como él pensaba.

Lan estaba molesta y muy poco cooperativa, llorando porque quería volver a la cama, mientras se escurría de los brazos de Mamá e intentaba escapar del camión.

Nada podía empañar el ánimo de Mamá, que nos comentó a Di y a mí:

—Supongo que ahora que vosotras dos os estáis portando tan bien, le toca a Lan pelear conmigo.

Lan era pequeña, y Mamá la levantó con facilidad, sujetándola con fuerza, mientras lloraba y forcejeaba sin éxito.

A diferencia del tren, esta vez estábamos rodeadas de personas que conocíamos desde hacía meses. Fueron pacientes y se turnaron para dedicarle palabras amables a Lan, que solo echaba la cabeza hacia atrás y lloraba todavía más fuerte.

Cuando el camión arrancó, Lan levantó la mirada y se calmó de repente, interesada en mirar por la ventana cómo el paisaje pasaba. Se acomodó en el regazo de Mamá, con la cara enrojecida por el llanto, y agitó la mano hacia Biao-Wu y nuestros amigos, mientras bajábamos por el sendero de la montaña.

Nuestra hermana era demasiado joven para entender que esa era una despedida real, y que era probable que nunca volviéramos a verlos.

Justo cuando sus lágrimas cesaron, empezaron a caer las mías: sabía que Biao-Wu y otros que queríamos ya eran solo nombres en mi lista de cartas por escribir. Ojalá tuviera mejor suerte recibiendo respuestas, una vez que tuviéramos una dirección fija en Taiwán; perderlos en persona era bastante doloroso, pero no soportaría perderlos también en papel.

Cuando llegamos al puerto, el cielo estaba gris y el mar reflejaba

sus tonos apagados. Nunca había subido a un barco de vapor y quedé impresionada por su tamaño: era más grande que muchas casas juntas.

La señorita Anita sonrió al vernos y gritó:

—¡Hoy es el gran día!

Corrí desde el camión y la abracé con fuerza, lo que pareció sorprenderla y alegrarla, pues me envolvió en sus largos brazos. Me di cuenta de que también la echaría de menos: aquella extranjera entusiasta y peculiar, que me había dado papel durante todos esos meses.

—Te voy a echar de menos, Hai —me dijo—. Espero que por fin puedas volver a la escuela en Taiwán. Y quizás, cuando seas mayor, te conviertas en una calígrafa famosa, y lea sobre ti en el periódico.

Me sonrojé ante sus grandes esperanzas, cuando para mí solo volver a la escuela ya parecía un sueño lejano, habiendo perdido tanto tiempo.

Después de tantas despedidas, desearía ser insensible a ellas, pero me inundaba la tristeza con cada una de ellas.

Mamá agradeció a la señorita Anita todo lo que había hecho por nosotras, mientras Di me susurraba:

—Es su trabajo. Le pagan por esto. No es caridad.

Le di un pellizco, y ella chilló y me pisó los dedos del pie con el talón.

Aunque grité de dolor, Mamá nos ignoró. Ya había revisado nuestros documentos varias veces, pero volvió a hacerlo, antes de entregárselos a la señorita Anita, que también los revisó.

—Todo está en orden —indicó—. Espero que me mandéis noticias cuando podáis, para saber que estáis bien.

—Lo haré —prometí.

El papel que ella me había dado estaba cuidadosamente guardado en la mochila de Mamá, envuelto en ropa, para protegerlo de la suciedad.

Ahora llevábamos menos cosas, pues no habíamos cargado provisiones, excepto nuestras cantimploras y unas tiras de carne

seca de cerdo, que Biao-Wu nos había comprado con sus ahorros. «No es tan buena como la carne de jabalí, pero quizás me recordéis cuando la comáis», había dicho.

Nuestros pies resonaron mientras subíamos por la pasarela.

La bocina del barco sonó fuerte y, por instinto, me tapé los oídos, dejando que mi mochila se deslizara hacia delante.

Encontramos una fila de asientos en la cabina y nos acomodamos.

¡Qué lujo era navegar en un barco así y sentarse en sillas de verdad, otra vez!

Otro fuerte pitido anunció nuestra partida, y el barco comenzó a moverse con torpeza, como si empujara barro, en lugar de agua. Luego, suavemente y con firmeza, avanzó con gracia, deslizándose lejos del muelle.

Mamá se quedó sentada con Lan, mientras Di y yo corrimos a la cubierta para observar la ciudad.

Mientras la imponente Hong Kong se desvanecía en la distancia, no pude evitar sentir miedo y tristeza.

De vuelta en nuestros asientos, Mamá sonreía de oreja a oreja, y Lan reía, pero yo no lograba quitarme el peso del pecho. Habíamos vivido en condiciones miserables e insalubres, apenas con comida suficiente, y por fin nos íbamos. Sin embargo, también dejábamos atrás una comunidad con la que habíamos creado lazos fuertes, donde nos habíamos sentido cuidadas y queridas.

Ahora nos dirigíamos hacia lo desconocido.

Pensé en Chiao, mi primo, a quien había echado de menos años atrás. ¿Seguiría siendo igual nuestra amistad?

Hacia Taiwán había esperanza, pero todas las emociones que había enterrado en mi interior comenzaron a salir a flote. ¿Cómo sería volver a ver a Papá? ¿Y a Nai Nai?

Me dolía el corazón.

Extendí la mano hacia la única persona cuyos sentimientos sabía que eran iguales a los míos.

Los dedos de Di se cerraron alrededor de los míos, y me sostuvo

con fuerza.

El viento soplaba y agitaba nuestra ropa y nuestro cabello, pero el calor de su mano hizo que me sintiera firme y segura. Al menos, por un breve instante. Ambas sabíamos que, en más de un sentido, nunca podríamos volver a casa.

TAIWÁN

30
REUNIFICACIÓN

Cuando nuestro barco echó el ancla, Mamá se puso la mano en el pecho, donde guardaba nuestros preciados documentos de viaje.

Para un extraño, parecía una patriota, jurando lealtad a la isla, mientras bajaba la pasarela.

Docenas de banderas adornaban el puerto: cielo azul, sol blanco y rojo por todas partes; la orgullosa bandera de la República de China. Verlas ondear, desafiantes, era surrealista, como si la revolución no hubiera ocurrido. El país que habíamos llorado todos esos años seguía vivo, aferrándose todavía a lo que le quedaba.

Hicimos fila en la oficina de aduanas e inmigración, donde en el salón principal colgaba una enorme fotografía de Chiang Kai-shek.

Chiang había declarado la ley marcial en la isla, poco antes de su llegada, en 1949, dando inicio a un período de régimen autoritario, que duraría casi cincuenta años. Sus ojos ardían con un propósito intenso, como si nos escaneara a todos, para detectar si entre nosotros se escondía algún espía.

Mamá me sostuvo la mano, pero mis dedos casi se resbalaron, debido al sudor.

Cuando llegó nuestro turno de hablar con un oficial de inmigración, Mamá corrió hacia la ventanilla y presentó nuestros papeles con manos temblorosas.

Me sentía como cuando estuvimos en el último puesto de control en Qingdao, aunque esta vez todos nuestros documentos eran legítimos. Aun así, había una parte de mí que no creía que fuera a funcionar, que nos mandarían de regreso en el próximo barco a Hong Kong, a pedir que nos devolvieran nuestra tienda en Rennie's Mill.

El oficial de inmigración hojeó nuestros documentos tan rápido, que me pregunté si había leído siquiera nuestros nombres. Levantó cada una de nuestras tarjetas de identificación y miró nuestros rostros. Luego tomó un gran sello, estampó nuestros formularios de entrada con una hermosa tinta roja y firmó debajo.

—Bienvenidas a la República de China —dijo, devolviéndonos todo.

Mamá hizo una reverencia apresurada y le dio las gracias, mientras agarraba los papeles. Caminó deprisa por el pasillo, tirando de nosotras, como si temiera que fuera a cambiar de opinión.

Un largo ventanal nos separaba de la gente que esperaba en la sala de llegadas.

Todos buscaban a alguien, escaneando con ansias cada rostro que aparecía. Gritos de alegría estallaban a medida que las personas se reencontraban.

Más adelante, un hombre y una mujer corrieron el uno hacia el otro y se abrazaron como dos mitades de un imán. A nuestro lado, un hombre con lágrimas en los ojos golpeaba el vidrio y agitaba la mano con desesperación hacia su esposa e hijo, que acababan de doblar la esquina. Un joven soldado gritó «¡Mamá!», mientras corría, arrebatándole la bolsa a una anciana, que se cubría el rostro y lloraba.

La algarabía de risas era desconcertante, con grupos de soldados recibiendo a sus camaradas, mientras saltaban unos sobre otros como niños.

El aire estaba impregnado de amor, las personas volvían a unirse, y empezaban a sanar la angustia de meses o incluso años de separación.

Quería alegrarme por todos ellos, pero la envidia me consumía, mientras esperábamos en la puerta, incómodas, sin poder reconocer a nadie entre la multitud.

«¿Dónde estaba mi padre?».

Entonces, escuchamos una voz que nos llamó con timidez.

—¿Cuñada?

Al girarnos, vimos a un hombre de unos treinta, de rostro alargado, cejas y labios gruesos, y orejas que sobresalían un poco.

Los ojos de Mamá se agrandaron.

—¡Jian! —exclamó aliviada.

—¡Por los cielos, tenéis un aspecto horrible! —exclamó este, aún brusco y descuidado con sus palabras—. He pensado que debíais ser vosotras; no puede haber muchas mujeres con tres niñas en el barco.

El tío Jian no había cambiado mucho, desde la última vez que lo vimos, poco antes del nacimiento de Lan. Lucía distinguido, con su uniforme verde, perfectamente planchado, y sus zapatos lustrados.

Nuestra ropa, en cambio, era una mezcla de donaciones de caridad y algunas prendas que habían sobrevivido desde Zhucheng; nos colgaba grande, como velas de barco sobre el cuerpo. Nuestros hombros parecían perillas de puerta y las clavículas sobresalían como alas de pollo. Hacía mucho que no tratábamos con alguien que no fuera refugiado o alguien que trabajara con refugiados, por lo que nuestra apariencia debía ser bastante impactante.

—Gracias por venir a recogernos —indicó Mamá, rígida y formal, como si hablara con un extraño y no con un familiar.

—No me des las gracias. Es lo que corresponde —respondió el tío Jian, extendiendo la mano hacia mi mochila—. Dame tu bolsa.

Tenía un aspecto patético y abultado, y me sentí avergonzada, como si le entregara basura.

—No habéis traído mucho —comentó—. No puedo imaginarme por lo que habréis pasado. Vamos a casa, debéis estar exhaustas. ¿Habéis comido ya?

—No —respondió Mamá con sinceridad.

«No habíamos comido de verdad en mucho tiempo», pensé.

—Perdón, qué pregunta tan estúpida. No debería haberla hecho. Es la costumbre —dijo Jian, carraspeando—. Debéis estar muertas de hambre. ¡Las niñas parecen esqueletos!

Nos condujo al aparcamiento lleno de vehículos militares.

Tras meter nuestro equipaje en la parte de atrás de un todoterreno del ejército, abrió las puertas para que Di y yo subiéramos atrás, mientras Mamá entraba delante con Lan.

—Tomará unos cuarenta minutos llegar a casa, así que poneos cómodas —nos indicó, arrancando el vehículo.

Me recosté contra los asientos de tela, sintiendo el zumbido del motor, a través de ella. La carretera bordeaba la costa, y las olas golpeaban la orilla rocosa, llenando de espuma blanca las pozas de marea. Más allá, los barcos de pesca extendían amplias redes, como telarañas sobre el agua.

Mientras el tío Jian conducía, nos envolvía un silencio denso y sombrío.

Mamá miraba por la ventanilla, pero el ceño fruncido delataba que su mente era una tormenta.

De pronto, sin que nadie se lo pidiera, Di preguntó:

—¿Por qué Papá no ha venido a recogernos?

El tío Jian mantuvo la vista en la carretera y contestó:

—Esta zona está restringida para que solo el personal militar recoja a sus familiares o colegas. Recordad, ahora solo las familias de soldados o funcionarios pueden entrar en Taiwán. He tenido dificultades para patrocinar vuestros permisos de entrada, ya que no sois mis parientes directos, pero al final he podido pedir algunos favores. Lamento la demora; ha llevado mucho tiempo poner todo en orden.

En efecto, habían pasado casi seis meses desde que recibimos su primera carta.

—Gracias, Jian —insistió Mamá, con sinceridad—. Estamos muy agradecidas.

—¿De qué hablas? —respondió el tío Jian, mientras pasábamos

junto a un santuario en ruinas—. Somos familia. Es mi deber, nada más. Por favor, no más agradecimientos. Solo lamento que el proceso no haya sido más rápido.

Habíamos dejado la costa atrás y estábamos pasando por tierras agrícolas; los campos estaban delimitados en líneas rectas y ordenadas. Me recordaban a las granjas de Zhucheng, por los campesinos que usaban amplios sombreros de paja para protegerse del sol en la cara… Salvo que, en octubre, Zhucheng ya era frío y la mayoría de los cultivos habrían sido cosechados.

La pregunta que todos estábamos ansiosos por hacer era sobre la enfermera que Nai Nai había mencionado en su carta.

Dirigí mi mirada a Di, esperando que fuera lo bastante atrevida para sacarlo a relucir.

Esta me devolvió la mirada con los labios apretados, dando a entender que ya había preguntado por la presencia de Papá.

Era mi turno.

Respiré hondo y solté de golpe:

—Nai Nai dijo que Papá iba a casarse con una enfermera. ¿Es cierto?

—¡Hai! —exclamó Mamá—. Hablaremos con Papá cuando lo veamos.

Su indignación era fingida, y miró al tío Jian, preguntándose cómo respondería este.

Las espesas cejas del tío Jian se arquearon, como orugas doblándose.

—¿Cuándo habéis recibido noticias de Madre? —preguntó—. ¿Os ha escrito?

—Sí —respondió Mamá, tensa—. La primera respuesta que recibimos fue de ella. Nos dijo que no viniéramos, porque tu hermano estaba a punto de casarse con una enfermera.

El tío Jian rio.

—Ah, Madre. Es tan astuta.

Nai Nai había sido bendecida con dos hijos obedientes: Papá, que seguía cada una de sus palabras, y el tío Jian, que encontraba

encanto en sus caprichos.

Ninguno de los dos reconocía su maldad, y desestimaban sus actos crueles como simples rarezas, sin comprender el alcance de su impacto. Para nosotras, el posible nuevo matrimonio de Papá no era ninguna broma: había consumido a Mamá en la ansiedad y la había hundido en depresión durante varios meses.

—Sabía que tramaba algo —continuó el tío Jian, apenas exasperado—. Se ofreció a enviaros mi carta. Como nunca recibí respuesta, sospeché que podría haber hecho algo, pero no quise acusarla, por si se había perdido en el correo. Ya sabéis lo sensible que es. Así que escribí mi segunda carta y la envié yo mismo. Además, pedí que me mandaran las respuestas a mi dirección militar.

Di se inclinó y me susurró:

—Teníamos razón. ¡Esa vieja bruja asquerosa!

Yo apenas la escuchaba, porque estaba demasiado concentrada en lo que diría el tío Jian.

—Entonces, ¿qué hay de esa enfermera? —insistió Mamá, esperando que nos dijera que era solo una invención de Nai Nai.

—Oh ¿Yan-Fei? —preguntó el tío Jian, sin darse cuenta de que la naturalidad con la que pronunciaba el nombre traicionaba la seriedad de aquella relación—. Mi hermano estaba saliendo con ella, y sí, es enfermera. Es cierto. Pero en su defensa, no estábamos seguros de que estuvierais vivas. Habíamos escuchado historias espantosas de los comunistas matando gente en el campo.

Al parecer, habían asumido que estábamos muertas… ¿O lo habían esperado? En el mitin de denuncia, estuve cerca. ¿Se habrían preocupado los Ang al oír esas historias? Si yo hubiera muerto ¿Papá habría guardado luto por mí? ¿Habría encendido incienso y rezado en el templo? ¿Alguno de los Ang lo habría hecho? Pensé en Mamá, Di y yo, solas en el funeral de Tres, y respondí a mi propia pregunta: por supuesto que no.

—¿Cuánto tiempo han estado saliendo? —preguntó Mamá, con un tono tan sereno que helaba.

Gotas de sudor se formaron en la frente del tío Jian, visibles para mí, a través del retrovisor. Evadiendo la pregunta, dijo:

—En cuanto recibimos tu carta, Papá le dijo que terminara con ella. Era cuestión de honor. Una vez que supimos que estabais vivas y que podíais volver con nosotros, no podíamos…

Se detuvo de forma brusca, pero escuchamos la palabra que no había sido pronunciada: reemplazarte. Como ropa vieja o tazones rotos, una mujer perdida podía ser sustituida por un nuevo vientre o, peor aún, por un nuevo amor.

Quise tomar la mano de Mamá, pero estaba demasiado lejos.

La angustia emanaba de ella, encorvada, con los puños apretados, preguntándose qué tan cerca había estado Papá de casarse de nuevo.

Yo también hervía de ira: me enfurecía que hubiera sido Yei Yei quien terminó la relación y no Papá. Ni siquiera habían pasado dos años desde nuestra separación. ¿Cómo nos había dado por perdidas tan rápido? ¿Cómo fue capaz de poner a esa mujer para reemplazar a Mamá, esperando que tuviera hijos, que nos sustituyeran a nosotras? Pensaba que ya no me importaban Papá ni sus opiniones, pero mi armadura se había resquebrajado, y ahí estaba yo, herida, al igual que Mamá, mientras el tío Jian nos recordaba lo poco que significábamos.

Mientras las tres hervíamos en silencio con nuestros pensamientos, el tío Jian intentó aliviar la tensión parloteando:

—Madre quería que se casara con la enfermera. Sé que nunca os habéis llevado bien con ella, pero ya la conocéis. El resto estuvimos en contra en cuanto supimos que vendríais, y, desde entonces, no hemos vuelto a ver a Yan-Fei. No hay daño hecho. Tú y mi hermano podéis estar juntos de nuevo. Es como si nunca hubiera pasado nada. Qué suerte que nos escribierais cuando lo hicisteis; de lo contrario, habríamos tenido una situación realmente embarazosa. —Forzó una risa, pero sonó entrecortada y falsa. A mi lado, Di parecía lista para destrozar a alguien con sus propias manos—. Tal vez, no debería haber dicho nada —se rindió el tío Jian—. Me siento mal por

alteraros. No es tan grave como suena; es solo que no soy un hombre de palabras. Por eso, me hice soldado. No estoy hecho para la universidad, como mi hermano.

—No —indicó Mamá, con rigidez. Es probable que fuera mejor escucharlo de Jian, ya que incluso sus intentos de endulzar el pasado eran más honestos que cualquier cosa que Papá pudiera decir—. Me alegra que me lo hayas contado. Todo este tiempo me he preguntado si habría una segunda esposa esperándome. Al menos ahora puedo entrar a la casa con un poco más de calma.

—No digas tonterías. ¿Segunda esposa? La poligamia fue prohibida hace mucho. ¿Qué crees, que somos unos bárbaros anticuados? —exclamó el tío Jian—. No, eres solo tú. Y estamos muy agradecidos de que sigas viva. No sabía que no estabais en Qingdao, cuando la familia se marchó a Taiwán, y cuando llegaron a Taipéi, me sentí fatal porque fui yo quien los incitó a marcharse. Lamento mucho lo que habéis pasado; de haber sabido que estabais en Zhucheng, les habría pedido que esperaran y cogieran el siguiente barco, para tener tiempo de volver por vosotras.

—No tienes que disculparte —comentó Mamá, suavizando su tono—. Eres la razón por la que estamos aquí ahora. Y no somos tu responsabilidad. Mi esposo pudo haber decidido esperar un barco y llevarnos con él.

El tío Jian suspiró, dispuesto a defender a su hermano.

—No pensó que sería tan difícil volver al continente. No quería dejaros atrás.

—¿De verdad? —preguntó Mamá, incrédula.

—¡Por supuesto! —Aseguró el tío Jian—. Se sintió incluso peor que yo por lo ocurrido. Quería regresar a por vosotras, pero las regulaciones de salida le impidieron volver al continente.

Me incliné hacia Di y le susurré:

—Me pregunto en qué momento pasó de sentirse tan mal, a salir de cacería en busca de una nueva esposa.

—Exacto —me susurró esta, en respuesta—. Qué convenientes esas regulaciones de salida.

Quizás habíamos hablado demasiado alto, porque Mamá giró la cabeza y nos lanzó una mirada intensa y reprobatoria.

Cerramos la boca de inmediato y apoyamos las manos en el regazo, reprimiendo nuestra agitación.

Las regulaciones de salida no eran mentira.

Aunque eran estrictas, no dudaba de que los mismos hilos que el tío Jian movió para conseguirnos los permisos de entrada, podían haber sido movidos si Papá hubiera querido encontrarnos.

Pensé en el señor Chong en el Monte Davis, cuando cruzó la frontera en secreto, arriesgándose a la persecución, para encontrar a su esposa e hijas, y en aquel padre que vimos en el aeropuerto llorando, al reunirse con su familia.

Ese amor que aquellos hombres sentían por sus esposas e hijos no existía entre Papá y nosotras. Incluso sin las regulaciones de salida, habría habido otra excusa: los pasajes de barco eran demasiado difíciles de conseguir; el viaje era demasiado peligroso; Nai Nai necesitaba a su hijo… Por eso, lo odiaba aún más.

El tío Jian salió de la carretera principal y avanzamos por calles más pequeñas y sinuosas. Aunque Taipéi seguía siendo en su mayoría rural, estaban creándose zonas urbanas para acomodar el repentino aumento de población.

Pasamos junto a personas que llevaban chaquetas, aunque hacía calor. Sus rostros y manos estaban bronceados, y, aunque era temprano, había movimiento en cada calle. Niños vestidos con uniformes escolares sujetaban libros en sus brazos, y pedicabs recogían pasajeros. Las bicicletas estaban por todas partes, superando a cualquier otro medio de transporte.

Pasamos por un mercado donde los vendedores montaban sus mesas y puestos. Una mujer desató lo que parecía una gran sábana, que usaba como saco. Como una maga, la extendió sobre la mesa, con un movimiento de muñeca, y la tela se desplegó sobre los bordes, como un mantel. La ropa dentro seguía doblada en pilas ordenadas, así que solo tuvo que recolocarla y ya estaba lista para comenzar su día.

El todoterreno del tío Jian se detuvo frente a un pequeño y viejo siheyuan. Estaba deteriorado, pero, aun así, era de las casas más agradables, en un vecindario de edificios desgastados y de aspecto calcáreo. Las paredes eran de hormigón gris, alisado con yeso, y las ventanas y puertas estaban pintadas de bermellón. En lugar de leones de piedra, había un joven árbol de mango en la entrada. Sin esas estatuas imponentes, Nai Nai había tenido que complementar la protección de la casa: a ambos lados de una puerta de hierro, como mechones de cabello, colgaban pergaminos rojos, con frases en letras doradas, para alejar la desgracia y la mala suerte.

Sentí que éramos fantasmas, y que esas advertencias estaban dirigidas a nosotras. A pesar de los esfuerzos de Nai Nai, sus fantasmas hambrientos habían llegado.

—Bienvenidas a casa —indicó el tío Jian al bajar del todoterreno —. Ya os hemos preparado un espacio. No tenemos tanto dinero como antes, pero hemos podido comprar este siheyuan y establecernos aquí. Eso sí, no esperéis que sea tan bueno como en Zhucheng. —Se detuvo, dándose cuenta de sus palabras, y se disculpó de nuevo—: Lo siento. Soy un idiota. Sé que debéis haber visto cosas mucho peores en el camino. Me alegra que hayamos llegado para que pueda cerrar la boca y dejar de decir tonterías.

El tío Jian estaba arrepentido, pero yo ya lo había perdonado, cuando recibimos su primera carta, y, como Mamá, le daba el mérito de habernos conseguido los permisos de entrada.

También decidí perdonar a Yei Yei, que había obligado a Papá a dejar a su nueva novia, y también le había ordenado al tío Jian asegurarse de nuestra vuelta.

Me dolía el estómago y me sudaban las palmas, al pensar que pronto nos enfrentaríamos a Papá y a Nai Nai. Sabía también que, pasara lo que pasara, las primeras palabras tenían que salir de Mamá. ¿Cómo reaccionaría al ver a Papá? ¿Podría Di contener su lengua explosiva? ¿Y yo, podría controlarme si Mamá guardaba silencio?

Las puertas del patio se abrieron antes de que llegáramos, y

Papá salió, con el sol detrás de él, como un halo.

Como el tío Jian, no había cambiado. Su cabello era negro azabache, mientras que el de Mamá ya tenía hebras grises. Vestía una camisa blanca de manga corta impecable y pantalones azul marino. Siempre había tenido un rostro juvenil, y ahora parecía más nuestro hermano, que el esposo de Mamá.

—Gracias a los dioses, estáis todas aquí y vivas. Estoy tan agradecido a las deidades que os han protegido y os han traído hasta nuestra puerta —dijo, mientras sostenía la puerta del patio para que entráramos.

Mamá avanzó, rígida, con inseguridad, haciéndome estremecer. Ojalá hubiera cruzado ese umbral con la cabeza en alto y la barbilla erguida, pero, en cambio, parecía una mendiga acercándose a la casa de un hombre rico.

—Mamá es quien nos ha traído hasta esta puerta —dije con firmeza—. Rezamos en el camino, sí, pero no rezamos para llegar aquí. Caminamos, nos arrastramos y viajamos por tren y mar hasta alcanzar este destino.

Papá me miró, parpadeó y respondió:

—Sí, por supuesto. Después de todo, nosotros mismos nos creamos nuestra fortuna.

Forcé una sonrisa, mientras Di ni siquiera lo intentó. Lo miró con ojos como dagas, lo que me hizo sentir una traidora, por haber tratado de ser cortés.

—¿Esta es Lan? —preguntó Papá, mientras nuestra hermana se encogía en brazos de Mamá, agotada por el viaje e intimidada por aquellos hombres a quienes había olvidado por completo.

Mamá asintió.

—Ya tiene dos años. Ha cambiado mucho, ¿verdad?

Lan había pasado de ser un bebé regordete, con pliegues en brazos y piernas, a una niña con extremidades frágiles y un vientre que sobresalía, no por grasa, sino probablemente por parásitos intestinales.

Se escondió bajo la barbilla de Mamá y nos miró a Di y a mí,

inquieta por la intensidad de la rabia que irradiaban nuestros cuerpos rígidos.

Nai Nai y Yei Yei entraron al patio, junto con la tía Ji y Pei.

Reconocí todos sus rostros y, sorprendentemente, no sentí que hubiera pasado tanto tiempo —era como si hubiéramos despertado de una larga pesadilla y apenas ayer hubiéramos vivido y comido juntos, en el mismo sitio.

Nai Nai se apoyaba en el brazo de Yei Yei, pero también llevaba un bastón de madera tallado con un sencillo loto.

—¿Hai? —llamó la voz profunda de un hombre.

Tardé un minuto en darme cuenta de que era Chiao. Había perdido la gordura infantil y crecido al menos treinta centímetros. Mi travieso primo había desaparecido, y, en su lugar, estaba un joven sofisticado, con uniforme escolar.

—¡Chiao! —exclamé, saludándolo con la mano.

—Por los cielos, tienes muy mal aspecto —indicó, tan directo como su padre—. Es decir, horrible. ¿Qué os ha pasado? Debe haber sido terrible, porque estáis fatal.

—Tú también has cambiado —respondí—. Aunque supongo que para mejor. ¡Pareces un soldado!

Chiao negó.

—No deberíamos haberlas dejado en Zhucheng. Parecen refugiadas.

—Lo hemos sido —contesté. Y me pregunté en silencio: «¿Lo seguimos siendo? ¿Es un estatus que alguna vez desaparece?».

Nai Nai, como Di, no se molestó en disimular sus sentimientos. No fingió alegría por vernos ni preocupación por nuestro bienestar. Su expresión parecía una mezcla de estreñimiento severo e indignación, como si la hubiésemos interrumpido en el baño. Mirando la pierna en mal estado de Lan, frunció el ceño y dijo:

—¿Qué le ha pasado a la pierna de Tres?

La expresión fulminante de Mamá habría despellejado a cualquier persona normal, pero un viejo dragón como Nai Nai, ni siquiera se estremeció. Yo quería pisarle los delicados pies y verla derrumbarse

en el suelo de dolor. ¡Cómo anhelaba ver esa mueca de disgusto transformarse en angustia!

Sin embargo, Mamá reemplazó su rostro por su máscara serena e informó:

—Lan contrajo tuberculosis en Qingdao. La infección llegó a sus piernas, pero la llevamos a un médico y sobrevivió.

Nai Nai alzó las cejas, sopesando el costo financiero de criar a Lan, frente a lo útil que podría ser para la casa. ¿Facturas médicas? ¿Cirugía? Luego, arrugó la nariz.

—Qué peste —dijo, con asco—. Debéis lavaros en el patio. Esos campamentos ilegales en Hong Kong están llenos de enfermedades. No queremos que traigáis tuberculosis u otra peste a esta casa. ¡O piojos! ¿Sabéis lo difícil que es deshacerse de los piojos?

El cuero cabelludo me ardía al recordar el penetrante olor de insecticida, pero Mamá solo inclinó la cabeza e indicó:

—Por supuesto, Madre. Nos lavaremos ahora mismo.

—Vamos, Madre, déjalas comer primero —comentó el tío Jian, abriendo la puerta de la casa—. Deben de estar muertas de hambre.

—No digas tonterías, Jian —chilló Nai Nai—. Solo serán unos minutos para que se laven, y luego podrán disfrutar de la comida, como gente civilizada, y no como refugiados.

Pronunció la palabra «refugiados» como si fuera un insulto, al nivel de «bárbaros» o, peor aún, «comunistas».

—Sacaré agua del baño —dijo Papá, creyendo que ayudaba.

Yo me estremecí, al pensar en cómo Di siempre me llamaba «bebé de Mamá», por ser tan obediente. ¿Me veía ella como yo lo veía a él? Ojalá que no.

Mientras los demás entraban de nuevo, Nai Nai nos obligó a desnudarnos y lavarnos en el patio, porque no quería que arrastráramos nuestra suciedad dentro.

—Aseguraos de enjuagar el suelo del patio, para que el agua sucia no se quede acumulada —ordenó Nai Nai desde el umbral.

Si no fuera por los vecinos, nos habría mandado a limpiarnos fuera, en un abrevadero, como animales.

El agua del pozo estaba helada, y Mamá tuvo que sujetar a Lan para enjabonarla. Pero pronto se volvió demasiado resbaladiza y escapó, gateando por el patio, gritando:

—¡No baño, no baño!

Mamá y yo la perseguimos, todas desnudas, con los brazos enjabonados y resbaladizos como anguilas, escapando de nuestros dedos.

Cuando por fin Di logró atraparla, Lan le hundió los dientes en el hombro, lo que provocó que esta le diera una palmada en las nalgas. Ambas gritaron, un espectáculo vergonzoso que solo se agravaba, porque ni siquiera estábamos tan sucias. ¡En Rennie's Mill nos habíamos bañado en los arroyos con frecuencia!

—Enjabonáos bien el pelo —ordenó Mamá, mientras sujetaba a Lan y la restregaba sin compasión.

Yo solo esperaba que ninguno de nuestros parientes hubiera presenciado aquel circo, que nos hacía ver más incultas aún.

Para evitar el asco de Nai Nai, Di y yo nos lavamos tan a fondo, que capas de mugre gris se desprendieron de nuestra piel, dejándola rosada y sensible.

Supongo que no era justo esperar que Mamá hiciera otra cosa que obedecer, pero había un torrente de emociones que reprimía —no solo en ella, sino en todas nosotras.

«¿Cuándo aprenderán estos cerdos ricos el significado de la justicia? Tiene que haber rendición de cuentas por sus crímenes». Aunque intentaba resistirlo, mi mente regurgitaba frases comunistas, deseando salir. Las tragué y ayudé a Mamá a enjuagar el patio, como Nai Nai había pedido.

Después de secarnos bien los pies con unas toallas, nos pusimos ropa limpia de la tía Ji y fuimos a la cocina.

Nuestro nuevo hogar era sencillo, con muebles de madera y pocas decoraciones. Había una urna de porcelana y una pintura antigua del Bodhisattva Guang-Yin, que recordaba de Zhucheng, pero, al parecer, la familia había dejado la mayoría de sus pertenencias en Qingdao.

El tío Jian decía que en pocos años los nacionalistas atacarían otra vez el continente y podrían regresar a recuperarlas. Según él, la Séptima Flota estadounidense —nuestros viejos conocidos de Qingdao—, bloqueaba el estrecho por la Guerra de Corea, que había estallado poco antes de nuestra mudanza a Rennie's Mill. El Ejército Popular de Liberación había estado a punto de invadir Taiwán, y Mao, furioso por la interferencia, había enviado esas tropas a la frontera coreana, dándole tiempo a Chiang, y afianzando aún más la alianza de los nacionalistas con Estados Unidos.

En la cocina, la tía Ji había preparado una bandeja con bollos y frutas: pifias, plátanos, papayas y rodajas de sandía, junto con frutas que nunca habíamos visto antes —manzanas de montaña taiwanesas con piel roja brillante, y guayabas verdes con pulpa rosada y llena de semillas—. El arcoíris frente a mí era tan irreal, como un espejismo. Ni siquiera recordaba el sabor de la fruta fresca.

Di agarró un plátano, y yo empecé a devorar la suave papaya, apenas tragando antes de seguir con mordiscos de pifia ácida. La sandía crujiente explotaba en mi lengua, mientras masticaba hasta la corteza, tragándome las semillas sin detenerme.

Lan hundió la cara en la bandeja, levantándose luego con un trozo de papaya, colgando de la nariz.

—¿Acaso los comunistas han prohibido los palillos? —bufó Nai Nai, con desdén, al vernos chuparnos los dedos—. ¿Y los modales en la mesa?

Si las miradas mataran, ya habríamos caído fulminadas en un charco de zumo de frutas, pero teníamos tanta hambre, que no nos importó. Devoramos todo lo que había en la mesa, aunque seguíamos famélicas. La fruta calmaba la sed, pero no llenaba el estómago, y los pocos bollos no podían compensar años de racionamiento.

Me sentía como una invitada ingrata, deseando más, pero sin confianza suficiente en mis anfitriones para pedirlo.

31MUJERES SALVAJES

Tanto Yei Yei como Papá trabajaban como maestros en Taipéi y dependían de modestos salarios del gobierno, sin tierras ni negocios para complementar sus ingresos. Aunque Yei Yei había traído dinero desde el continente, no era suficiente para sostener el estilo de vida al que se habían acostumbrado en Zhucheng.

Era sorprendente escuchar a Nai Nai quejarse de las dificultades que había soportado, desde que se mudaron a Taiwán. Lamentaba tener que usar un bastón, porque había menos personas en la casa para ayudarla a caminar. Estaba desconsolada porque la carne era un bien limitado y tenía que comer arroz. Estaba devastada porque su casa era más pequeña, porque sus muebles eran sencillos y porque no había tenido ropa nueva, últimamente.

A pesar de las privaciones, Nai Nai aún conservaba algunos de sus hábitos de Zhucheng. Cada semana, comía un riñón de cerdo entero, porque un médico tradicional se lo había recomendado. Todas las mañanas, tomaba dos huevos escalfados en caldo de pollo, convencida de que eso preservaría su juventud y vitalidad. Rara vez hacía las tareas de la casa y aún pasaba la mayor parte del día descansando como una reina, y lanzando órdenes a las demás mujeres.

Poco después de llegar, Mamá lavó toda la ropa de cama y las sábanas, y limpió toda la casa, con la esperanza de agradar a Nai Nai y facilitar nuestra transición.

Cada día se levantaba temprano para preparar el desayuno y se acostaba solo cuando cada superficie de la casa brillaba.

Aun así, Nai Nai murmuraba que ya no servía para nada, sin sirvientes que cocinaran para ella, y le asignaba cualquier tarea extra que se le ocurriera, como lustrar su bastón y todos los zapatos de Yei Yei y de Papá.

A pesar de los años transcurridos, Nai Nai todavía tenía presentes las palabras del adivino. Recordándole a Mamá que solo tenía treinta y tres años, por lo que preparó todo para que las cuatro compartiéramos un dormitorio, mientras Papá dormía solo en la sala.

—Cuatro bocas más que alimentar —murmuraba Nai Nai—. Y una de ellas, una lisiada. ¡No podemos permitirnos más!

De vez en cuando, si Nai Nai estaba de muy mal humor, mencionaba a la enfermera con la que su hijo casi se había casado y decía:

—Yan-Fei era una chica muy lista. Y tan útil. Podía aportar ingresos. Qué lástima.

En Zhucheng, Nai Nai habría escupido si una enfermera se hubiera acercado a su hijo, pero en los tiempos difíciles de Taiwán, aceptaba con gusto cualquier salario adicional para las arcas familiares.

Mamá la ignoraba, con la cabeza baja como siempre, y seguía con sus quehaceres, mientras Di y yo apretábamos los dientes.

Una mañana, yo barría la cocina, mientras Di había llevado a Lan fuera, a jugar. Nai Nai estaba sentada en la mesa del comedor, bebiendo las últimas gotas de sus huevos diarios en sopa, mientras Mamá recogía los platos de Papá y de Yei Yei.

Cuando Mamá caminaba hacia el fregadero, un tazón se le resbaló de las manos y se hizo añicos contra el suelo.

Nai Nai gritó como si alguien hubiera dejado caer a su primogénito.

Con el rostro arrugado lleno de furia, chilló:

—¡Descuidada! ¡Tan descuidada!

Desconcertada, Mamá se agachó para recoger los trozos de

cerámica, cortándose el pulgar con las prisas.

—¿Crees que ahora que has vuelto puedes estar distraída, como si nadáramos en dinero? ¡Ve a arrodillarte!

—Lo siento, Madre —respondió Mamá de forma automática, como una máquina, en lugar de una persona.

Tiró los fragmentos a la basura, se secó las manos y aceptó su castigo, arrodillándose obediente en la esquina de la cocina.

—¡No le grites a mi madre! —solté de golpe, sin darme cuenta. Mis palabras fueron como pájaros furiosos escapando de su jaula.

Años atrás, jamás me habría atrevido a alzarle la voz a Nai Nai, pero ver a mi valiente madre, la que nos había conducido a través de la oscuridad de la guerra, humillada ante esa reina ignorante, era demasiado.

Ya no podía contenerme, ya no podía quedarme callada.

—¡Ha sido un accidente! —grité, sosteniendo la mirada de los ojos de obsidiana de Nai Nai—. Ella es quien trabaja todo el día, mientras tú no haces nada. ¡La inútil y bocazas aquí, eres tú!

Con la cara enrojecida, Nai Nai se apoyó en la mesa para levantarse y, en un movimiento rápido, me azotó en la cara con su bastón.

La sangre brotó de mi labio partido, y su sabor metálico encendió un interruptor y mi visión se nubló. Los recuerdos resurgieron, y me vi de rodillas en el campo de flores silvestres, con las manos atadas y el corazón palpitando de terror. Era pequeña, impotente, mientras luchaba con mi mente para permanecer en el presente.

«Estoy en Taiwán. Estoy en la casa de los Ang».

El suelo que había por debajo de mí se transformaba en arena, y me hundía, mientras las palabras «canalla y serpiente venenosa» resonaban en mis oídos.

Mamá gritó y corrió hacia mí, sus fuertes brazos envolviéndome el torso como un torniquete. Su contacto y su voz me devolvieron a la realidad, mientras seguía temblando: la cocina se solidificó ante mis ojos, que se llenaban de lágrimas al parpadear.

Rennie’s Mill nos había convertido en mujeres salvajes: le había

gritado a un anciano, y Mamá se había levantado sin permiso.

Blandiendo su bastón como una espada, Nai Nai golpeó a Mamá en la espalda, como si intentara partirla en dos.

—¡Madre terrible, hija terrible! ¡Ojalá los comunistas os hubieran matado a todas para que estas mujeres ingratas y repugnantes no estuvieran en mi casa! ¡Las dos, id a arrodillaros!

Aún sacudida, respiré hondo, mientras Mamá me tomó de la mano y nos dirigimos a arrodillarnos en la esquina de la cocina. Me limpié los labios, dejando un rastro carmesí en la palma, mientras Mamá presionaba el corte en su pulgar.

Cuando Nai Nai se alejó, Mamá dijo en voz baja:

—Hai, tienes que respetar a tus mayores.

Esas eran las palabras que debía pronunciar, repitiendo ese mantra tradicional, como los cuadros repetían los discursos de Mao.

Aún podíamos escuchar el bastón de Nai Nai golpeando con fuerza el suelo, como un reloj que marcaba el tiempo.

Finalmente, mi corazón empezó a calmarse, y respondí:

—Respetar a los mayores significa defenderse, cuando ellos son los que maltratan.

Mamá sonrió, pero mis palabras parecían haber resquebrajado su coraza.

—No te preocupes por mí, Hai —dijo con voz temblorosa—. Estoy acostumbrada a ella. Ha pasado tiempo, pero conozco esta vida. Es mi vida. —Hizo una pausa, y añadió—: Pero no quiero que la tuya se parezca en nada a esto. —Las lágrimas empezaron a rodar por su rostro, pero se las secó con rapidez y continuó—: Quiero que te cases bien, pero también quiero que seas como esa enfermera, para que nadie te menosprecie. Ten un trabajo, para que puedas mantenerte por ti misma.

Creo que lo que quería decir era: para que puedas irte, si quieres.

—Nadie debería menospreciarte, Mamá —escupí con rabia—. Tú trabajas más duro que cualquiera en esta casa.

—Pero yo no puedo llevar dinero a la mesa —explicó Mamá—. Mi

trabajo no cuenta.

Ardía de rabia al pensar en lo diligente que era Mamá, al cumplir con sus deberes domésticos, y en todo el esfuerzo que ponía en criarnos. Nai Nai consideraba que contratar ayuda era demasiado costoso, y, aun así, no reconocía las contribuciones de Mamá como un ahorro. En ese sentido, como un ingreso para la familia.

Mientras me arrodillaba junto a Mamá, me hice una promesa para ambas: estudiaría con rigor en cuanto volviera a la escuela. Si me iba lo bastante bien, quizás podría conseguir un trabajo con buen sueldo, y Mamá, Di y yo podríamos hacer lo que habíamos planeado en Hong Kong: vivir por nuestra cuenta.

—Por favor, no llores, Mamá —le pedí, intentando consolarla—. Trabajaré duro. Me aseguraré de que Di también lo haga. Las dos volveremos a la escuela. No tienes que preocuparte.

Mamá asintió y dijo:

—Si vas a la escuela y te va bien, entonces este viaje habrá valido la pena. Vivir con Nai Nai habrá valido la pena.

Más tarde, en nuestro dormitorio, Di vio mi labio partido y me preguntó qué había pasado.

Le conté sobre mi pelea con Nai Nai, esperando un elogio. En cambio, me respondió en tono acusador:

—¿Has tenido una pelea con esa vieja bruja y no me has llamado?

Me sentí confundida. Di siempre me decía que era una santurrona, y, cuando por fin me había defendido, se enfadaba.

—¿Estás enfadada conmigo? —pregunté, incrédula.

—¡Sí! —gritó Di, con una pataleta—. He querido gritarle a esa bruja malvada desde el primer día que llegamos, pero me he aguantado tanto, que es probable que ya tenga una úlcera en el estómago. Porque tú y Mamá siempre me decís que sea buena y me controle. ¡Y ahora vosotras dos, hipócritas, os desahogáis a gusto y yo no he tenido oportunidad de decir mi parte!

—Yo no lo llamaría exactamente desahogo —repliqué, señalándome el labio, molesta de que Di tuviera el descaro de

regañarme—. ¿Cómo íbamos a llamarte si estábamos ocupadas esquivando los bastonazos de Nai Nai?

Di cruzó los brazos, aún molesta.

—¿Crees que todavía estoy a tiempo de ir a gritarle también?

—¡No! —exclamé—. No lo empeores. Mamá y yo hemos tenido que arrodillarnos todo el día, hasta que he ido a pedirle a Yei Yei que nos dejara levantarnos. No le he contado que le había gritado a Nai Nai. Solo que nos habían hecho arrodillarnos porque Mamá había roto un cuenco. Este puso los ojos en blanco, suspiró y dijo que Nai Nai había estado ansiosa, últimamente, y nos aconsejó mantenernos fuera de su vista. Lo que es imposible, considerando que tiene una lista interminable de tareas para Mamá.

Ojalá le hubiera dicho a Di que me había tropezado y caído, porque los días siguientes estaba desesperada por una confrontación, esperando que Nai Nai dijera algo desagradable, para devolverle una sarta de insultos.

Angustiada, caminaba de puntillas, anticipando la explosión de furia de Di, que de forma inevitable le traería más problemas a Mamá.

Ese momento llegó una tarde, después de que Papá volviera del trabajo.

—¡Rápido, rápido! —llamó Nai Nai a Mamá—. ¡Tráele té a tu esposo! Ha trabajado todo el día, y necesita relajarse al llegar a casa.

Con un gemido suave, Mamá se levantó. Sabía que le dolían los pies, porque había pasado el día entero acarreando cubetas de agua por el patio. Había restregado y enjuagado las paredes del siheyuan, hasta parecer varios tonos más blancos, y tenía las manos agrietadas y los brazos doloridos.

—Yo traeré el té, Mamá —me ofrecí, saltando y corriendo a la cocina.

—¡Una señorita bien educada no corre como un niño! —me reprendió Nai Nai a mis espaldas.

Reduje el paso, caminando con pasos pequeños y deliberados,

como si practicara una danza, hasta quedar fuera de su vista. La casa era lo bastante pequeña para seguir escuchándola desde la cocina.

—Hablando de señoritas bien educadas —añadió—, ¿cómo está Yan-Fei? ¿Sigue yendo a la escuela?

Me quedé petrificada a medio verter el agua, con la tetera en el aire. Era la primera vez que Nai Nai mencionaba a la enfermera, desde nuestra pelea en la cocina. Me tensé, segura de que esa sería la provocación que Di aprovecharía.

Silencio.

—No mucho. —Escuché responder a Papá.

Antes de que pudiera decir más, solté la tetera sobre la mesa con un golpe seco y regresé corriendo a la sala, ya no como un niño, sino como un huracán.

—¿Yan-Fei? —repetí, con el coraje alimentado por la rabia que me recorría las venas—. ¿Yan-Fei? ¿Cómo podéis seguir hablando de esa mujer como si aún fuera parte de nuestra familia? ¿Acaso mi madre no ha pasado por suficiente?

No sé qué fue lo que había contenido a Di, pero mi arrebato fue el catalizador que ella necesitaba para estallar.

—¡Eres una vieja miserable y malvada! —gritó Di, poniéndose de pie.

—¡Di! —exclamaron al unísono Mamá y Papá.

—No le hables así a tu abuela —indicó Papá, con su furia creciendo como una ola. Cuando éramos más pequeñas, nos aterraba hacerlo enfadar, pero ya no éramos niñas… y ya no teníamos miedo.

Volviéndose hacia él, Di le gritó:

—¡Y tú eres un cobarde patético!

—No eres demasiado grande para que te dé una paliza —ladró Papá, alzando el puño.

Mamá levantó las manos y suplicó:

—¡Las dos, callaos ya!

Ignorando a Mamá, me uní a Di, y nuestras dos tormentas se

fusionaron en una sola:

—Tú, Papá, eres al que más culpamos —grité—. ¡Se suponía que debías protegernos, pero huiste para salvarte!

Papá intentó golpearme, pero lo esquivé con facilidad y me escabullí al otro lado de la sala.

Señalé a Nai Nai, y añadí:

—Tú te sientas aquí, quejándote sin parar, cuando no tienes ni idea de lo que tuvimos que vivir después de que nos abandonarais en Zhucheng. ¡Tuvimos que vivir con animales en un establo!

Papá me persiguió con torpeza, pero yo era demasiado rápida.

De niña solía quedarme quieta y aguantar sus golpes. Verlo chocar con los muebles, mientras trataba de alcanzarme, me mostró lo débil que era ahora, que habíamos dejado de obedecer sus reglas.

—¡Caminamos hasta sangrar por los pies para llegar a Qingdao, solo para que nos dijeran que habíais huido a Taiwán sin nosotras! ¡Tuvimos que meternos en las alcantarillas para sacar huesos de pollo, porque estábamos hambrientas!

—¡Tuvimos piojos! —gritó Di.

Papá jadeaba exhausto, y su mano había caído a su costado.

Era la primera vez que una de nosotras hablaba de lo que habíamos soportado.

Di lo miró con veneno en los ojos y dijo:

—Por tu culpa y por las riquezas de la familia Ang, Hai fue torturada por los comunistas. ¿Lo sabías? ¿Mamá te lo ha contado?

La boca de Papá se abrió, pero no respondió.

Sabía que Mamá no se lo había dicho. Ese tipo de secreto se reserva solo para la familia, pero el abismo entre nosotros era ya tan grande, que la sangre compartida no podía tender un puente.

Yo no sentía vergüenza. Al contrario, él debía saberlo.

El rostro de Di estaba encendido mientras continuaba:

—Por tus ganancias y la riqueza de los Ang, Hai tuvo que arrodillarse sobre el hielo mientras le gritaban y le lanzaban tierra y nieve en la cara. ¡La golpearon tanto, que casi muere! ¡Casi se congela!

—Deberías haber sido tú —espeté, encontrando los solemnes ojos de Papá, manteniendo la mirada, hasta que la apartó. Mis palabras fueron atrevidas, pero también eran verdad, y no más duras de lo que merecía escuchar—. Mientras vosotros estabais aquí, comiendo fruta y sopa de pollo, yo recibí tu castigo. Sobrevivimos a la gente que te asustó tanto, que huiste al otro lado del mar. Hemos enfrentado cosas peores que tú, y no permitiremos que ninguno de vosotros insulte a nuestra madre otra vez. —A Nai Nai le grité—: ¡Si alguna vez, una sola vez, mencionas de nuevo a esa enfermera, como sea que se llame, agarraré tu bastón y te haré arrodillarte!

—¡Te golpearé, como los comunistas golpearon a mi hermana, para que pruebes lo que se siente! —chilló Di, alcanzando un tono tan agudo, que podría haber hecho estallar un vidrio.

Asustada por los gritos, Lan comenzó a llorar.

Papá se quedó paralizado, con el ceño fruncido y los ojos bajos. ¿Era eso culpa? ¿Se sentía responsable, arrepentido?

Nai Nai temblaba, no de miedo, sino de furia. Alzó su bastón e intentó levantarse, pero su pie resbaló y volvió a caer en la silla, con un patético golpe.

Aunque Mamá no había hecho nada, parecía aterrada, preparándose para la ira que sabía que vendría. Con una mano nos hizo señas a Di y a mí, para que nos pusiéramos detrás de ella, pero no hacía falta. Mientras Nai Nai luchaba por levantarse, la vi como lo que era: la más débil de todos, incapaz de sostenerse por sí misma, dependiente de nuestra obediencia para reinar.

La puerta principal se abrió y entró Yei Yei, sin darse cuenta de que estaba entrando en el ojo de la tormenta. Confundido, miró de un rostro a otro y se detuvo en su temblorosa esposa.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—¡Fuera de mi casa! —gritó Nai Nai, aferrándose a los brazos de la silla. Una vena azul palpitaba en su sien—. Esta mujer pagana y sus hijas bárbaras son una plaga para nuestro hogar. Nunca en mi vida he presenciado un comportamiento tan vergonzoso. ¡Las quiero fuera! ¡Las quiero fuera!

Yei Yei se llevó las manos a la cabeza y dijo:

—No puede haber sido para tanto. ¿Han roto más platos?

—¡Las quiero fuera! —chilló Nai Nai, apenas coherente, con saliva goteando de la boca.

—¡Todos a vuestra habitación! —ordenó Yei Yei, exasperado. Miró a Papá y añadió—: Tú no, Xiao-Long. Tú quédate y dime lo que ha pasado. ¡Todas las mujeres, a vuestra habitación!

Nai Nai empezó a llorar.

—Después de todo lo que he hecho por ellas, me maltratan. Mi nuera ingrata viene a mi casa, come mi comida, duerme bajo mi techo y me insulta, y nadie me defiende. Mi propio hijo, al que crie desde bebé, solo mira mientras me intimidan.

—¡A tu habitación, ahora! —bramó Yei Yei.

Nai Nai tomó su bastón y cojeó hacia su cuarto, llorando fuerte, como un tren alejándose de la estación.

—¿Por qué me he molestado en tener hijos? —Sollozaba entre suspiros dramáticos.

Agarré el brazo de Mamá, mientras Di cargaba a Lan, y las cuatro nos retiramos a nuestra habitación compartida, con una puerta corredera de papel shoji.

Nos sentamos en el suelo, tratando de escuchar la conversación de Yei Yei y Papá, pero sus voces eran demasiado bajas para distinguir las palabras.

Mamá se alisó, nerviosa, las arrugas de los pantalones.

—Ahora sí que la habéis hecho —soltó con voz ronca—. Nunca había visto a Nai Nai tan enfadada.

—Era necesario decirlo —resopló Di, sin disculparse.

—No podemos seguir viviendo con ella, echándonos en cara su vida de fantasía con Papá —añadí indignada.

Mamá negó.

—Aun así, no podéis hablarle a Nai Nai de esa forma. Es vuestra abuela. Ella crio a vuestro padre. Sin ella, vosotras no existiríais.

—Ella interceptó la carta de tío Jian, para intentar impedir que viniéramos aquí —repliqué—. ¡Prefería que los comunistas nos

mataran, o que muriéramos de hambre!

—Vivir bajo el techo de Nai Nai no es peor que vivir en Rennie's Mill —enfatizó Mamá—. Aquí, al menos, está limpio, estamos a salvo y tenemos comida de verdad. ¡Ahora temo que la familia Ang nos eche a la calle!

—Tú fuiste la que dijo que no iban a esforzarse tanto en conseguirnos los permisos de entrada, solo para dejarnos morir de hambre, Mamá —recordó Di.

—¡Eso fue antes de que provocarais a Nai Nai! —gritó Mamá—. Todos dirán que soy una mala madre y que sois una mala influencia para el resto de la familia. ¡Tenéis que dejar de contestar a vuestros mayores, incluyéndome a mí!

Escuchamos los pesados pasos de Papá y callamos enseguida, mientras deslizaba la puerta. Estaba pálido y parecía afectado.

—Debéis disculparos todas con Nai Nai —dijo sombrío—. Una flor que descuida sus raíces nunca florece. Nai Nai puede ser difícil, pero sigue siendo la mujer mayor de la casa y tiene derecho a su respeto.

—Por supuesto —respondió Mamá, antes de que Di o yo pudiéramos replicar—. Lo siento por nuestras hijas. Hemos tenido un viaje difícil y están bajo mucho estrés. Es mi culpa por no haber controlado la situación.

Tomó a Lan, y Di y yo la seguimos como patitos, ignorando a Papá, que se hizo a un lado para dejarnos pasar.

Mamá abrió la puerta del cuarto de Nai Nai, y la encontramos acostada en su cama, con el dorso de la mano sobre los ojos, y sus pequeños pies vendados apoyados en una almohada. Parecían juguetes de niños.

Estábamos en Taiwán. En una nueva era, en un lugar nuevo, pero ahí estaba Nai Nai, manteniendo sus pequeños lotos envueltos, como si aún viviéramos en la China imperial. El dolor de mantenerlos así debía ser insoportable, pero yo estaba demasiado furiosa para compadecerla.

Yei Yei estaba sentado a los pies de la cama, con las lentes en el regazo, luciendo más fastidiado que enfadado.

Mamá se arrodilló, y Di y yo hicimos lo mismo. Las tres nos postramos al unísono.

—Lo siento, Madre —dijo Mamá en nuestro nombre—. Mis hijas hablaron fuera de lugar. Me aseguraré de educarlas mejor en los próximos años.

—Perdón —repetimos Di y yo, como si aprendiéramos una palabra nueva. Tal vez deberíamos haber intentado sonar más sinceras, pero admitir la derrota ya era bastante difícil.

Nai Nai se incorporó, frunciendo el ceño.

—Solo os disculpáis porque mi hijo os ha obligado. He dicho lo que he dicho. No las quiero en mi casa. Pueden quedarse esta noche, pero mañana por la tarde quiero que ya no estén aquí.

—Hablemos de ello por la mañana —indicó Yei Yei—. Estás cansada. ¿Por qué no descansas?

—Ni pensarlo —siseó Nai Nai—. Me niego a que estas bárbaras influyan en los demás niños, transmitiéndoles esas asquerosas actitudes y hábitos vulgares, que han aprendido de los comunistas. ¡Tienen que irse!

—Lo entiendo, Madre —dijo Papá, detrás de nosotras. También se arrodilló y se postró ante Nai Nai—. Ellas son mi familia. Yo soy responsable de ellas. Quiero que vivas una vida larga y feliz, libre de preocupaciones, y si la presencia de mi esposa e hijas te causa tanto trauma, entonces no pueden vivir aquí.

Mamá ahogó un grito y juntó las manos, lista para suplicar perdón.

El arrepentimiento me golpeó, al ver su angustia…, pero solo por un momento. Sí, sentía remordimiento por quemar el puente que Mamá había construido con tanto cuidado, pero no tenía miedo. Conocíamos la vida en la calle. Por muy duro que hubiera sido, no estaba de acuerdo con Mamá: este siheyuan era peor que Rennie's Mill. Incluso allí la había visto sonreír más, que en estas últimas semanas. Montones de fruta no valían el precio de su risa. Ella había querido venir a Taipéi por nosotras. Teníamos que irnos de esta casa por ella.

Abrí la boca, lista para lanzar mi ataque, pero Papá se me adelantó y dijo:

—Me mudaré con ellas.

Me tomó un buen rato asimilar sus palabras, y, aun así, no podía creerlo.

«¿Viene con nosotras?».

Miré a Di, que estaba igual de confundida.

Papá, rara vez, tomaba bando en nada; era como una medusa, dejándose arrastrar por cualquier corriente que lo atrapara. Estábamos tan acostumbradas a la decepción, que no sabíamos cómo reaccionar. ¿Nos estaba eligiendo a nosotras?

Nai Nai se cubrió los ojos con las manos y gimió, como si este hubiera anunciado una enfermedad terminal.

—¡No! —gritó—. No es culpa tuya, Xiao-Long. No podías haberlas controlado, mientras estaban al otro lado del mar. Su comportamiento es enteramente de ellas. ¡Pide el divorcio, nadie te culpará!

—Un hombre no abandona a su esposa —le gruñó Yei Yei a Nai Nai—. Quería discutir esto mañana, pero si tienes que oírlo ahora, lo harás. Xiao-Long tiene una responsabilidad con su familia. La escuela secundaria de Douliu está buscando maestros. Es un ascenso respecto a la posición actual de Xiao-Long, como maestro de primaria. La ubicación no es tan deseable como Taipéi, pero sigue siendo una buena oportunidad.

Nai Nai volvió a llorar, acurrucándose como un animal herido.

—¡Mi hijo! ¿Cómo puedes apoyar que manden lejos a mi hijo? —Sollozó hacia Yei Yei—. ¡Mi hijo mayor! ¿Quién va a cuidarnos?

La partida de Papá rompería la tradición; una bofetada para alguien como Nai Nai, que se aferraba a los valores confucianos.

Yei Yei respondió con firmeza.

—Tenemos a otros viviendo aquí con nosotros, y tú y yo no somos tan viejos. Nos las arreglaremos.

—No estaré lejos —dijo Papá, extendiendo la mano para tomar la de Nai Nai, húmeda por las lágrimas—. Podremos visitarnos con

frecuencia. Chiang-Yue y yo educaremos bien a nuestras hijas, y quizás algún día volvamos. Pero, por ahora, la distancia es lo mejor.

Aún de rodillas, Mamá se mostraba titubeante, como si todo fuera demasiado bueno para ser verdad.

Yo también me preguntaba por qué Papá había hecho un movimiento tan audaz.

¿Era culpa? ¿Era obligación? ¿Podría ser amor?

Fuera lo que fuera, me sentí reivindicada. El silencio no era la virtud que siempre nos habían enseñado; durante todos esos años, había sido el enemigo del cambio. Con este pequeño paso, esperaba que mi madre estuviera en el camino hacia la vida que se merecía, la que yo quería para ella.

32
HERENCIA

En Douliu vivimos en una pequeña casa adosada —simple y desnuda, pero limpia—. Era increíble, no solo porque era un verdadero hogar con ventanas de vidrio, cañerías y electricidad, sino también porque era nuestro. No teníamos que compartirlo con otra familia, ni con miembros de la familia lejana.

Detrás había un pequeño patio, que Mamá usaba para criar gallinas. Estaba decidida a ayudar a generar ingresos, y todos los días hacía panes planos y bollos dulces, y los vendía en la calle, junto con huevos duros.

Como norteños, nos habíamos sentido desanimados al ver solo arrozales en el camino y sospechamos que el trigo no podía crecer en un clima tan cálido y húmedo. Aunque los taiwaneses tradicionalmente dependían del arroz, como su alimento básico, los estadounidenses habían introducido la harina de trigo, a través de programas de ayuda y organizaciones benéficas. Estábamos encantados de poder hacer nuestro pan y fideos, que los taiwaneses también comenzaron a incorporar en su cocina.

Mamá usaba sacos vacíos de harina, hechos de algodón, para coser ropa para Lan, que se convirtió en un anuncio andante de Estados Unidos, con la bandera de las barras y estrellas en cada uno de sus atuendos.

Las organizaciones benéficas cristianas repartían leche en polvo y

aceite de cocina a cualquiera que asistiera a los servicios de la iglesia y estudiara la Biblia.

Mamá era una budista devota, pero también práctica. Iba a la iglesia de San Juan, a unas calles del mercado principal, e incluso se bautizó, a cambio de esos artículos esenciales. «Tenéis que llevarlos», nos dijo emocionada un domingo, colgándonos collares de cruces de madera en el cuello. «¡Los estadounidenses están dando *Spam*!».

Corrimos a la iglesia, con las cruces bailando en nuestro cuello.

Generalmente, la carne enlatada solo se distribuía después de tormentas tropicales u otros desastres humanitarios. ¿Habría alguna festividad? ¿Una celebración americana, tal vez? No importaba. Nos encantaba el *Spam*, y esperábamos ansiosas, en fila, frente a las puertas de vidrieras de San Juan, siempre que lo distribuían.

Mientras tanto, Papá comenzó su nuevo trabajo en la escuela secundaria.

Como cortesía, el administrador nos eximió de las matrículas, pero teníamos que pagar los caros uniformes. Todo el dinero que Mamá ganaba con los huevos y el pan fue a parar a dos camisas blancas y dos faldas azules, un conjunto para Di y otro para mí.

—No los ensuciéis —advirtió Mamá, mientras yo giraba emocionada por tener ropa nueva—. Tendréis que lavarlos el fin de semana.

La escuela ocupaba mis pensamientos desde que Mamá y yo habíamos estado arrodilladas en el suelo de la cocina de Nai Nai. Después de arrastrarnos por el continente, pensé que aprender sería fácil: todo lo que tenía que hacer era sentarme, escuchar y recordar. Tenía quince años y nunca había estado en un aula, pero esperaba que fuera parecido a tener un tutor en Zhucheng.

Papá nos advirtió que las clases de las escuelas públicas se enseñaban exclusivamente en mandarín, un idioma que Di y yo apenas hablábamos.

Bajo Chiang Kai-shek, era ilegal hablar cualquier otra lengua que no fuera mandarín en público, una política destinada a promover el

nacionalismo y la unidad. Sin embargo, ninguno de los isleños lo hablaba antes de 1945 —la mayoría hablaba fujianés, hakka o lenguas aborígenes, mientras que la élite usaba japonés—. Aun así, los niños isleños eran castigados en la escuela, si los maestros los sorprendían charlando en sus lenguas nativas.

—No podéis hablar shandongés en clase —enfatizó Papá—. Sé que el mandarín es difícil para vosotras, pero, cuando tengáis dudas, recordad que el silencio es el amigo del sabio.

A pesar de su preocupación, no me sentí intimidada. Después de todo, habíamos sobrevivido en Hong Kong sin cantonés. Me encogí de hombros y me fui, dando saltos, a la escuela con una mochila llena de autoconfianza.

El primer día de clases, sin embargo, después de que el maestro me presentó, solo entendí unas pocas frases. En el continente, podía seguir el mandarín, si me concentraba, pero nunca había tenido que mantener esa concentración durante horas.

Los administradores me habían puesto unos cursos atrás, debido a la brecha en mi educación, pero, aun así, estaba perdida. Las matemáticas contenían símbolos que nunca había visto, y la literatura era un misterio. La escuela bien podría estar llena de brujas lanzando hechizos.

Todos los días, me sentaba con los labios apretados y las manos juntas, asintiendo de vez en cuando, para fingir que seguía la lección.

Una tarde, sin embargo, en la clase de historia, el maestro dijo mi nombre. En el pizarrón señaló un mapa de China y dijo:

—Ang Li-Hai, ¿qué pasó en el siglo bla bla cuando bla bla? El bla bla luchó. ¿Cómo bla bla Alemania?

Yo debería haber entendido esas frases, pero era la última clase del día y mi cansado cerebro estaba nublado. Papá había dicho que guardara silencio, pero, al no responder, el maestro se acercó y repitió la pregunta.

Mi mente defectuosa seguía negándose a traducir.

Sabía decir «parásito» en mandarín. Había hablado con

funcionarios del gobierno y conocía otras palabras difíciles como «reaccionario» y «deportación». ¿Por qué no entendía esto?

«¡No hables shandongés o todos pensarán que eres una palurda!».

En mi angustia, ni siquiera pude recordar cómo decir «no lo sé» en mandarín; una frase sencilla que había dicho innumerables veces.

El maestro ladeó la cabeza y levantó las manos.

—Li-Hai, esta debería ser una pregunta fácil, ya que vienes de Qingdao.

Mis compañeros me miraban, esperando una respuesta.

Algo sobre Alemania, pero lo único en lo que podía pensar era en la señora Ding y su constante afirmación de que había estado desde la época del dominio alemán.

«El silencio es el amigo del sabio».

—¡Lo siento! —grité en cantonés. Luego, en mandarín solté—: ¡Respuesta no tener!

Todos rieron y silbaron, mientras el maestro pedía orden y yo me hundía en mi asiento, deseando que las agujas del reloj volaran para poder volver a casa.

Fue humillante.

No era la única que tenía problemas con el idioma nacional, pero sí la única que hacía un espectáculo con ello.

La mayoría de los niños de mi clase eran de raíces fujianesas y solo habían aprendido mandarín hacía unos años. Al menos, ellos podían susurrar en sus lenguas nativas y encontrar camaradería fuera del aula.

Deprimida, me encontré con Di. Estaba apoyada en la cerca de malla del patio escolar, con su cabello corto bien peinado —las normas escolares prohibían el cabello largo, así que Mamá nos había hecho cortes bob idénticos—. Su boca se movía de forma exagerada, mientras practicaba sus tonos en mandarín, que fluían como una ola musical.

—Eres tan buena con los idiomas —le dije, frustrada por mi vergüenza—. Ojalá pudiera aprenderlos tan fácil como tú.

Di se encogió de hombros.

—Es probable que puedas, si lo intentas de verdad, en lugar de aferrarte a tu mami shandongesa.

—Cállate —solté, irritada de que hubiera convertido mi cumplido en un insulto—. ¡Es solo que no tengo tan buen oído como tú! —La facilidad con la que había conversado en cantonés, con los dueños de restaurantes en Hong Kong, me había parecido asombrosa.

Sin embargo, mientras caminábamos de vuelta a casa, supe que Di tenía razón.

Nunca me había esforzado con las lenguas, porque siempre tenía a Mamá con quien conversar, y había tenido nuestra burbuja de norteños en el Monte Davis. Hoy, mis compañeros me habían señalado y se habían burlado de mí en fujianés, y yo no había tenido réplica.

«Tal vez, ni siquiera estaban hablando de mí», pensé con esperanza, temiendo tener que volver al día siguiente. «Quizás pueda faltar a la escuela e ir a vender huevos con Mamá al mercado».

La voz de Di, sin embargo, resonó en mi cabeza: «¡La bebé de Mamá!».

Y después siguió la voz de Mamá: «Si vas a la escuela y te va bien, entonces este viaje habrá valido la pena».

Ambas tenían razón.

No solo tenía que regresar a la escuela, sino que debía mejorar.

Durante los meses siguientes, practiqué mi mandarín, repitiendo los tonos por todas partes: mientras caminaba a clase, mientras limpiaba la casa, incluso jugando con Lan. Después de la escuela, iba al mercado con Mamá y me convertía en la señora Ding, charlando con todos para practicar mi vocabulario y mis habilidades de conversación. Incluso aprendí algo de fujianés, cuando los clientes taiwaneses me respondían en su propia mezcla de lenguas.

A los pocos meses, entendí lo que los matones de la escuela habían dicho cuando me miraban con desdén: «princesa basura, chica mendiga».

Pensé que había dejado todo eso atrás, cuando cruzamos el mar.

¿Acaso esos niños sabían lo que yo había hecho en el continente? ¿Había algún olor que me delataba, o algo más que me marcaba?

Por lo visto, había refugiados en Taiwán que habían llegado sin nada y vivían en aldeas militares de dependientes. Incluso con el escaso salario de Papá, aún estábamos en una mejor posición que muchos de ellos. Esos continentales hambrientos, a menudo robaban fruta de las granjas taiwanesas. Lo supe porque un día, varios de mis compañeros, me trajeron un balde lleno de huesos de melocotón y me sorprendieron después de la escuela, lanzándomelos, mientras me llamaban ladrona.

Cubriéndome la cara con los brazos, corrí al mercado, con dos de los niños pisándome los talones.

Una taiwanesa mayor, que vendía calamar seco, la señora Chen, me vio zigzagueando entre los puestos e interceptó a mis agresores, golpeándolos con un rodillo, para mandarlos a casa, a continuación. Me dijo en mandarín que conocía a sus padres y que se aseguraría de que los castigaran, si me molestaban de nuevo.

Después de ese incidente, todos mis compañeros me dejaron en paz —literalmente—. Ojalá hubiera tenido a alguien como Biao-Wu, un amigo con quien pudiera hablar, pero el único estudiante que hablaba mi idioma era Di —que no era mi amiga—. Sin Nai Nai, las dos carecíamos de un enemigo común.

Papá, a quien antes ambas odiábamos, se había convertido ahora en fuente de conflicto entre nosotras.

Papá nunca se disculpó por habernos dejado en Zhucheng, y después de nuestra catastrófica pelea con Nai Nai, no hablamos de lo sucedido. No sé si mis padres lo discutieron entre ellos, pero en la cultura china era inapropiado que un hijo expresara tales quejas a un padre, y poco común que una familia hablara de traumas.

Dicho esto, acepté la salida de Papá de la casa de la familia Ang, como su intento de enmendarse.

Lejos de Nai Nai, Mamá por fin podía sentirse cómoda en su propio hogar, y vivir como un miembro de la familia, en lugar de

como una sirvienta. No puedo decir que hubiera perdonado a Papá, pero entendí que había tomado una decisión difícil a nuestro favor, y pude seguir adelante.

Di, en cambio, no podía dejarlo atrás. Habíamos tenido incontables discusiones sobre este tema. Un sábado, íbamos a lavar nuestros uniformes y yo también cogí las camisas blancas de Papá. Observando el montón en mis brazos, me dijo:

—Él no nos ha dicho que laváramos sus camisas.

—Lo sé —respondí—. Pero estaría bien que tuviera ropa limpia para ir a la escuela el lunes.

Era plena primavera y el sol ya brillaba con fuerza. Sudábamos tanto, que teníamos que lavar los uniformes entre semana, como los fines de semana, pero se secaban rápido, bajo el calor abrasador.

Enjuagué el fregadero de la cocina, lo tapé y lo llené con agua enjabonada.

—¿Por qué eres tan amable con él? —preguntó Di—. En Hong Kong tú eras la que decía que solo teníamos que vivir con él, pero que no debíamos quererlo.

Hundí la ropa en el fregadero para remojarla, y burbujas translúcidas flotaron en el aire.

—No tienes que querer a Papá —dije—, pero creo que serías más feliz, si dejaras de aferrarte al pasado y te enfocaras en seguir adelante.

—No es que no me guste —indicó con firmeza—. Lo desprecio.

Sabía que lo decía en serio. Podía ser educada e interactuar con Papá, pero nunca volvería a importarle.

A regañadientes, puse la tetera en la estufa. Hacía suficiente calor fuera, como para no querer más fuego dentro, pero aún teníamos que hervir el agua antes de bebería.

—Estamos viviendo bajo su techo y comiendo la comida que él paga —señalé—. Al menos, debemos estar agradecidas por eso.

La tradición confuciana insistía en que la gratitud era la base de la piedad filial: se les atribuía a los padres el regalo de la vida; una deuda que solo podía pagarse con toda una vida de obediencia y

dedicación.

—¡Estoy harta de que siempre me digáis que debo estar agradecida! —exclamó Di—. No es que no hagamos nada a cambio. Tenemos tareas en casa y también ayudamos en el mercado.

Con la tetera en el fuego, volví a la ropa y empecé a fregar cada prenda, una por una, y luego mi hermana las exprimía a mano.

—Di, si quieres seguir detestando a Papá, puedes hacerlo. Ninguna de nosotras puede detenerte. Es solo que me gustaría que entendieras que quiero que dejes ese enfado no por él, sino por ti. ¿No te resulta agotador vivir con ese odio día tras día, noche tras noche?

—No —respondió Di, retorciendo la camisa de Papá con tanta fuerza, que una pequeña cascada cayó al fregadero—. Odiar es fácil. Perdonar es difícil, y no creo que Papá merezca ese esfuerzo.

—Te equivocas —la contradije—. Perdonar es difícil a corto plazo, pero más fácil a la larga.

Quizás no había un bien o un mal en este caso, y nuestras respuestas se debían una vez más a nuestras personalidades.

Yo, rara vez guardaba rencor, porque exigía demasiada energía mental para recordar quién me había ofendido y cómo.

Di, en cambio, llevaba una lista negra interna y recordaba los detalles con una precisión asombrosa. Para ella, odiar a Papá era tan natural como respirar. Para mí, ese odio habría creado un ambiente tóxico e insoportable.

Las gallinas de Mamá cacareaban mientras llevábamos la ropa al patio. Di me pasaba las prendas y yo las colgaba en la cuerda. Bajo el sol radiante, la ropa desprendía un aroma floral a detergente, que también permanecía en nuestras manos y brazos; un perfume para chicas pobres.

Una semana después, Mamá nos sorprendió a todos anunciando que estaba embarazada de nuevo.

—¿Creéis que será niño esta vez? —pregunté una mañana, mientras Mamá sacaba su caja de costura y revisaba la ropa vieja de Lan. Ya estaba confeccionando pequeños atuendos con sacos de

harina y recolectando donaciones de la iglesia.

—Por los dioses, eso espero —indicó Mamá, poniendo una mano en su estómago, como si deseara que el bebé desarrollara la genitalidad correcta.

—Pero todavía no tienes treinta y seis años —recordó Di—. Así que, es probable que sea otra niña.

—No seas como Nai Nai —la reprendí, mientras doblaba un par de pijamas que Lan había dejado de usar; tenían las palabras «América y República de China: Cooperación», en rojo, blanco y azul a lo largo de la pierna—. ¡Papá ha dicho que nosotras nos hacemos nuestra propia fortuna!

—Exacto —asintió Mamá, cortando otro saco de harina en pedazos—. No seas tan pesimista, Di.

Ocho meses después, Mamá dio a luz a su quinta hija, a quien llamó Li-Hua; hua significaba «herencia china», un recuerdo del hogar que habíamos dejado atrás.

Nai Nai escribió una carta, que no fue más que una retahíla de «te lo dije y ¿cómo has podido no escucharme?», pero como estaba en Taipéi, su veneno, reducido a líneas de tinta en papel, fue fácilmente roto y desechado.

Sin familia cerca, Mamá tuvo que saltarse su período de cuarentena. Se tomó una semana de descanso, y luego volvió al mercado a vender lo que podía con Lan y Hua, vestidas con atuendos a juego, hechos de sacos de harina.

33
BRAZALETE DE JADE

El año en que Hua nació, fue el mismo en que Di tuvo su primera menstruación.

Aunque yo estaba a punto de cumplir diecisiete, mi cuerpo aún no se había recuperado de la desnutrición. No me importaba, porque significaba que nadie sacaría el tema del matrimonio y yo podía concentrarme por completo en mis estudios.

Después de cada examen importante, los resultados de todos se publicaban fuera de la escuela, clasificados de mayor a menor. Los tres primeros nombres siempre se escribían más grandes que el resto. Si a un estudiante le iba bien, todo el pueblo lo sabría y sus padres estarían orgullosos. Si a un estudiante le iba mal, todo el pueblo lo sabría, y eso a menudo acababa en burlas.

Uno de los que me lanzaron huesos de melocotón, un chico larguirucho con mala vista, llamado Kwan, que no tenía dinero para comprar gafas, solía estar entre los últimos diez. Una vez, su madre lo envió a comprar sepia seca de la señora Chen.

Esta movió la cabeza al verlo y le dijo:

—Veo que has tenido un mal rato con el examen. Debes estudiar más y hacerlo mejor. ¡Si no, acabarás como carne de cañón para los comunistas! —Le echó unas piezas extra de pescado seco en la bolsa y añadió—: El pescado te hace más listo. Quizás esto te ayude a que te vaya mejor, la próxima vez.

—No importa, tía Chen —replicó él—. Solo heredaré la granja de mi padre. No necesito la escuela.

La señora Chen le pellizcó el brazo e indicó:

—Todos necesitan la escuela. ¿Sabías que los campesinos instruidos tienen mejores cosechas que los ignorantes? Quizás, si prestaras más atención en clase, lo sabrías, y no tendría que decírtelo yo.

Cuando empecé en la escuela, yo también estaba en los últimos puestos, junto con Kwan. A medida que mi mandarín mejoraba, empecé a subir en la lista de nombres. Cuando salían los resultados, corría a buscar el mío, y pronto me di cuenta de que casi siempre los diez primeros eran alumnos que iban a clases particulares. Mi familia apenas podía costear los uniformes, y, con el bebé ahora, era impensable pagar una matrícula adicional.

Después de clase, los alumnos que podían pagar entraban al aula de refuerzo con sus bolsos de cuero, zapatos relucientes y uniformes impecables.

Yo observaba la puerta cerrarse y recordaba las palabras de Mamá en la frontera de Hong Kong.

En adelante, no quería arrepentirme por no haber luchado.

Un día, seguí a los de mejor rango hasta la clase de repaso y me quedé fuera, fingiendo indiferencia, cuando la maestra Lu pasó frente a mí. Era una mujer joven, no mucho mayor que yo, con el cabello corto, como el de las estudiantes.

Una vez iniciada la clase, me agaché junto a la puerta y escuché su lección, escribiendo en mi cuaderno, apoyado en las rodillas. Tal vez me regañara y me mandara a casa, pero al menos sabría que había hecho todo lo posible.

Después de semanas de verme allí, la maestra Lu me encaró justo antes de empezar su lección.

—Te he visto aquí todos los días. ¿Quieres tomar esta clase o no?

Me sonrojé, avergonzada.

—Sí —respondí, titubeante. Me sentía una ladrona que había robado su sabiduría y ahora me había descubierto—. Lo siento por

no haber pagado. Mi familia no tiene dinero.

Con la mano sobre la puerta, comentó:

—Qué lástima. —Me preparé para la reprimenda, esperando que me cerrara la puerta en la cara, pero continuó—: No quiero que sigas ahí, de forma tan incómoda. Tengo unos asientos libres, entra y siéntate. No les diré nada a los administradores, si tú tampoco lo haces.

No podía creer lo que escuchaba, cuando se hizo a un lado y sostuvo la puerta abierta para mí.

—¡Gracias! —exclamé, recogiendo mis cosas con gratitud y tomando uno de los pupitres vacíos.

Desde ese momento, por las tardes, en vez de ir al mercado, iba a las clases de repaso, absorbiendo cada lección como una esponja sedienta de agua. Mis notas siguieron subiendo, y en el último año de secundaria estaba siempre entre los diez primeros. El regalo de un extraño puede marcar la diferencia de toda una vida.

La mayoría de mis compañeros de repaso planeaban ir al instituto. Aunque yo también lo anhelaba, las cuotas, sumadas a la pérdida de posibles ingresos, lo hacían irreal para mi familia. La preferencia cultural por los hijos varones significaba que, en familias con recursos limitados, solo los chicos iban al instituto.

Para las niñas había dos opciones populares: la escuela de magisterio y la de enfermería. Escuelas especializadas sin matrícula, que ofrecían alojamiento, comida y estipendios.

Cada junio, los exámenes de ingreso a las escuelas de magisterio se realizaban el mismo día en las principales ciudades. Con mis buenas notas, me sentía lo bastante confiada para aspirar a la de mejor reputación: la Escuela Shi Fan de Taipéi. Pero aún necesitaba pagar la tasa de inscripción y comprar manuales y cuadernos de práctica.

Con cautela, le pregunté a Papá si podíamos apartar el dinero para esos gastos.

Como esperaba, este dijo:

—No, es demasiado caro.

Hua era todavía pequeña, y la leche de Mamá era tan escasa, que había que suplirla con fórmula. La pierna de Lan se inflamaba a menudo, y necesitaba medicación para poder caminar. Había demasiadas prioridades en la familia.

Pude ver que Papá se sentía mal, porque añadió:

—Ahorremos y ya veremos dónde estamos el próximo año.

Aunque ya esperaba una negativa, la decepción me pesaba sobre los hombros. Si hubiera sido hijo varón, Papá habría hecho lo imposible para conseguir el dinero, o Yei Yei y Nai Nai se lo habrían dado.

Camino a la escuela, en clase, y hasta en el repaso con la maestra Lu, una sombra cubría mi rostro. ¿Para qué esforzarme tanto? Habría sido mejor relajarme como Kwan; ninguno de los dos iba a presentar exámenes, así que, a pesar de mis esfuerzos, acabaríamos en el mismo lugar, salvo que yo ni siquiera tenía una granja que heredar. ¿Cómo podría ayudar a Mamá?

Una tarde decidí saltarme el repaso y fui a buscar a Mamá al mercado. Pensaba en dejarlo, aunque me gustaba tanto la maestra Lu, que no quería decepcionarla.

La calle donde estaba Mamá era fresca y acogedora, sombreada por los edificios durante la tarde.

Unas abuelas jugaban al mahjong, y las fichas de bambú repiqueteaban al barajarlas con amplios movimientos. La pequeña Hua dormía profundamente, atada a la espalda de Mamá, mientras Lan jugaba a las muñecas de papel, con la hija de otra vendedora del mercado.

Mamá levantó la vista, sorprendida de verme.

—Pensé que estabas en la clase de repaso —dijo.

—Hoy no ha habido —mentí. No quería contarle lo desanimada que me sentía, porque solo la haría sentir mal—. Mejor vengo a ayudarte.

La señora Chen me vio, me saludó con la mano y dijo:

—He visto tu nombre otra vez en lo más alto de la lista de resultados. ¡Excelente trabajo! ¡Tus padres son muy afortunados de

tener una hija tan aplicada! —Me envolvió un pequeño paquete de pescado seco y me lo dio—. Un pequeño regalo para ayudar a mantener fuerte ese cerebro tuyo.

—Gracias, señora Chen —respondió Mamá en mi lugar—. Es usted demasiado amable.

Acepté el pescado con una sonrisa, aunque lo que quería era hundir la cabeza entre las manos y llorar. Lo guardé en la mochila y luego recogí algunos panes en una bandeja para salir a venderlos.

Mamá me detuvo y, en voz baja, me dijo:

—Iba a contártelo esta noche, pero ya que estás aquí, quiero que lo sepas… Tengo el dinero para tus libros y la tasa de inscripción.

—¿De verdad? —pregunté, dejando los panes en el suelo, incrédula—. ¿De dónde lo has sacado?

Miró a nuestro alrededor, para asegurarse de que nadie prestara atención, desabrochó el cuello de su blusa y me mostró el brazalete de jade que colgaba de un cordón alrededor de su cuello. Mamá creía en las propiedades protectoras del jade y lo llevaba siempre, aunque no en la muñeca, porque temía que los ladrones lo vieran y la asaltaran.

Incluso en la sombra, aquella piedra verde captaba la luz y emitía un cálido resplandor.

—Vamos a vender el brazalete —anunció.

El corazón me dio un vuelco, al recordar aquel brazalete que había viajado con nosotras desde Zhucheng hasta Taiwán. Su verde me recordaba a los manojos frescos de jicai, que recogíamos en las montañas, evocando recuerdos de esperanza.

—¡Pero si esto es lo único que te queda de Lao Lao! —protesté.

Los chinos creen que, con el tiempo, el jade absorbe el aura de quien lo porta y su color cambia reflejando esa energía. En este caso, esa piedra no solo era un regalo de mi Lao Lao; también contenía su esencia, porque lo había llevado durante muchos años.

—Es muy preciado para ti. No puedo dejar que lo entregues.

Mamá negó con la cabeza.

—Atesoro este brazalete porque me permite aferrarme a mi

pasado, pero mi pasado no es tan importante como tu futuro.

—Pero debemos guardarlo para emergencias —insistí, pensando en el tratamiento de la tuberculosis de Lan y en los billetes de tren —. ¿Y si los comunistas nos invaden y tenemos que escapar otra vez?

Mamá comprendió mis temores, pero respondió:

—No podemos detener el presente, por miedo a lo que pueda venir. Hemos comido pan duro y dormido en el suelo, guardando este brazalete, para una causa importante… y esta lo es. Esta es una oportunidad, con un margen muy limitado. No quiero arriesgarme a esperar un año más, cuando tal vez Di también necesite dinero para estudiar. El próximo año quiero estar despidiéndote para ir a la escuela, y no sentada contando monedas, esperando que nos basten.

Mamá y yo sabíamos, aunque no lo dijera, que existía la posibilidad de que yo acabara casada, antes del siguiente examen. Con la presión financiera de la familia, Papá tenía incentivos para casarnos a Di y a mí, lo más pronto posible. Si me casaban antes de que se anunciara la siguiente convocatoria, la decisión de apoyar mis estudios, ya no sería de Papá, sino de mi marido.

Y lo más probable es que él prefiriera que yo criara hijos, en vez de invertir en mi educación.

—Esto tiene que pasar ahora —repitió Mamá—. No necesitamos decírselo a tu padre, hasta que se haya vendido, y tus gastos estén cubiertos.

Sería una venta en secreto; un pequeño acto de rebeldía, para abrir las puertas que Papá había declarado cerradas.

Miré a Mamá, sentada sobre un cajón, con pequeños montones de bollos, panes planos y huevos, ordenados en platos a su alrededor, y un bolso de tela gastado, con las monedas que había reunido durante todo el día.

«Esto tiene que pasar ahora, o acabarás como yo», era el verdadero significado detrás de sus palabras.

La abracé con fuerza, junto a Hua, que estaba atada a ella.

—Gracias, Mamá. Te lo prometo: voy a estudiar con todas mis fuerzas, y aprobaré.

En silencio, también me hice otra promesa: conseguiré un trabajo y ganaré dinero para mantener a Mamá.

Ese verano, mientras otros de mi edad socializaban o incluso tenían citas, yo pasaba cada hora libre memorizando los libros, con la mirada fija en la escuela Shi Fan de Taipéi. Practicaba redacciones, me concentraba en el mandarín, leía todo lo que caía en mis manos y tomaba notas de todo.

El callo de mi dedo, por sujetar el lápiz, que se había borrado mientras huíamos del continente, volvió a formarse.

Durante esas semanas de estudio constante, me dolía la mano de tanto escribir.

El peso que me aplastaba no era solo el miedo a fallar en el examen, sino también el miedo a fallarle a mi familia. Y, cuando Mamá anunció que estaba embarazada otra vez, mi sentido de la responsabilidad se hizo aún más fuerte. Ahora, más que nunca, tenía que dejar de ser una carga y conseguir esa beca.

34
CEREBRO DE PESCADO

Llegó junio, y hacía un calor abrasador todos los días.

Pensé en Zhucheng, cuando el verano traía, de vez en cuando, una ola de calor sofocante, pero nada comparado con el sol despiadado de la isla y la humedad asfixiante.

Mamá decía:

—Nuestra sangre no está hecha para estas temperaturas. Somos gente de Shandong, con hielo en las venas. Estamos hechos para soportar la furia del invierno, y no la ira del verano.

El día antes de mi examen, Papá me acompañó a Taipéi.

Solo estaríamos allí dos noches, pero Mamá había llenado mi bolso con ansiedad, como si me fuera por varias semanas.

—Mamá —dije, mientras doblaba con cuidado un qipao y lo metía debajo de un sombrero blando—. Sabes que vivimos meses en Hong Kong con la mitad de todo esto, ¿verdad?

Ella agarró un cinturón y una falda amplia, y buscó espacio para meterlos.

—No vas a Taipéi a pedir en los mercados. Vas a conocer a tus futuros compañeros de clase. Debes tener buen aspecto. Fíjate en qué llevan ahora las muchachas de la ciudad. No sé si será estilo occidental o tradicional, pero quiero que tengas ambos.

—No voy a usar un vestido para el examen —respondí, intentando sacar la ropa formal mal ajustada, que había recogido de

las donaciones de la iglesia—. Necesito estar cómoda. Llevaré mi uniforme escolar.

Los ojos de Mamá se abrieron con horror.

—¿Tu uniforme de secundaria? ¡No puedes ponerte eso! —Rebuscó en mi bolso, sacó el uniforme y lo reemplazó con una espantosa blusa de la iglesia, con el cuello fruncido y feas flores naranjas bordadas en las mangas.

En una bolsa aparte había preparado bollos y fruta para varios días.

—Habrá comida en el *siheyuan* —le dije, mientras ella contaba veinte *dumplings* de verduras y metía otro racimo de plátanos—. Papá ha dicho que Yei Yei está preparando un gran banquete para Chiao, ya que va a presentar los exámenes de ingreso al instituto.

—Nunca se sabe —contestó Mamá—. Nai Nai es tan tacaña… ¡Puede que no te deje comer con ellos! De todos modos, quiero que tengas bocadillos para el día del examen. ¿Cómo vas a rendir bien, si te da hambre?

—Está bien. Gracias, Mamá —cedí al fin.

Las bolsas pesaban, pero preparar todo era su manera de demostrar amor. Así que, no me quedaba otra que doblar las rodillas y echármelas al hombro. Sería una larga y sudorosa caminata hacia la estación de autobuses.

Esa noche, al llegar al *siheyuan*, todos estaban de buen humor, excepto Chiao, que apretaba las manos con nerviosismo, cada vez que alguien le preguntaba si se sentía preparado.

Yei Yei estaba radiante.

Quería asegurarse de que su único nieto comiera bien. Así que, había comprado carne, como si fuera la víspera del Año Nuevo Lunar.

En el patio, la tía Ji había montado una mesa larga, con platos de pescado entero al vapor, albóndigas guisadas, bok choy tierno y algunas especialidades taiwanesas: camarones frescos cocinados con ajo y tomate, y riñón de cerdo salteado con cebollino.

Me froté las manos, emocionada de poder disfrutar de la buena

voluntad destinada a Chiao.

Nai Nai se sentó varios lejos de mí, pero, aun así, me observaba con desprecio, mientras llenaba mi cuenco, calculando mentalmente el coste de cada bocado que entraba en mi boca.

—Las señoritas no deben comer tanta carne y grasa —comentó —. Es malo para la piel. Nadie quiere una esposa con la cara manchada y el pelo grasiento. Come pepinos y fruta.

—Gracias por el consejo, Nai Nai —dije, y tomé una rodaja de pepino con los palillos, antes de lanzarme sobre las esponjosas albóndigas bañadas en fragante salsa marrón.

Nai Nai frunció el ceño, pero no comentó más.

Yei Yei no quería discusiones que pudieran traer mala energía y afectar a Chiao.

Tomó el cráneo del pescado y lo puso en el cuenco de Chiao, confiando en la superstición china de que comer cerebro de pescado hacía a una persona más inteligente.

Chiao se atragantó, pero obedeció.

Nunca le había gustado el pescado, y pude ver en sus ojos llorosos que aquella masa viscosa casi lo hacía vomitar. Al parecer, debía soportar ese ritual, cada vez que la familia tenía pescado entero.

—¿Estás emocionada por mañana? —me preguntó Chiao, tras beber té, para borrar los restos de cerebro de la boca y sacudir la cabeza, como si quisiera deshacerse del sabor.

—No sé si «emocionada» es la palabra —respondí.

Mañana era el día que había tenido en mente desde que Mamá vendió su pulsera de jade meses atrás. Era el único día que determinaría si todo mi esfuerzo había valido la pena o si había sido una pérdida colosal de tiempo y dinero.

—Yo lo único que quiero es que se acabe —se lamentó Chiao—. ¡Estos meses ni siquiera podía orinar sin tener un libro de texto en la mano, porque mamá me gritaba que era un vago!

—Es demasiada presión —empaticé, aunque mis padres nunca me habían presionado.

Estos sabían que yo misma me exigía más de lo que podrían hacerlo ellos. Además, Mamá no tenía tiempo para vigilarme: Hua y Lan necesitaban atención, y ella estaba a menudo mareada por el embarazo.

La madre de Chiao solo los tenía a él y a Pei, lo cual era más sencillo, pero no una bendición: la tía Ji deseaba tener más hijos, pero después de Pei, solo tuvo abortos espontáneos y un desgarrador mortinato.

—Al menos tú eres mujer —dijo Chiao—. Si no quieres estudiar, puedes casarte y alguien se encargará de ti. Yo, en cambio, tengo que estudiar y conseguir un trabajo.

Rara vez me enfadaba con Chiao, pero repliqué con brusquedad:

—No es tan fácil como dices. Yo estaría encantada de cambiarme por ti y me iría a la universidad.

Chiao se encogió de hombros.

—Lástima que no podamos. Yo quiero alistarme en el ejército, pero papá insiste en que sea como Yei Yei, aunque él mismo no siguió ese camino. Dice que vio morir a demasiados chicos en el continente y no desea que arriesgue la vida. Sobre todo, porque el bloqueo americano en el estrecho es lo único que mantiene la guerra en pausa. En cuanto se vayan, lloverán bombas.

Aunque habíamos dejado el continente hacía tiempo, la guerra seguía siendo un telón de fondo constante en nuestras vidas. Incluso si Chiao iba a la universidad, aún tendría que cumplir los dos años de servicio militar obligatorio para todos los hombres.

Las mujeres estaban exentas, pero debían asistir a varias horas de entrenamiento con armas cada semana.

En Shi Fan, las prácticas de tiro estaban incluidas en el plan de estudios, y aprendí a manejar distintos tipos de armas. La población de Taiwán era pequeña, y cuando el Ejército Popular de Liberación desembarcara en nuestras costas, hombres y mujeres tendríamos que defender nuestro hogar.

Al final de la velada, Chiao me dio una palmada cariñosa en el hombro.

—Buena suerte, Hermana Mayor —dijo—. ¡Sé que destrozarás ese examen en mil pedazos!

—Gracias, Chiao —respondí. Mientras se levantaba, aún me costaba creer que ese muchacho alto y apuesto fuera el mismo gordito que corría conmigo por los campos y rompía sandías en Zhucheng—. Buena suerte para ti también. ¡Haznos sentir orgullosos!

—Lo intentaré —suspiró Chiao, justo cuando Yei Yei señaló su reloj, insistiendo en que se fuera a dormir, para que su cerebro descansara.

Nai Nai me lanzó una mirada sucia, antes de tomar el brazo de su esposo y cojear hasta su habitación.

Yo me quedé ayudando a la tía Ji a recoger y luego regresé a la sala para preparar unas almohadas y una manta.

Sin embargo, Papá me sorprendió y dijo:

—Hai, esta noche quiero que duermas bien, antes del examen. Tú dormirás en el dormitorio. Yo dormiré en el sofá.

—Está bien. No pasa nada —protesté—. Estoy cómoda en el sofá. He dormido en lugares peores, y estaba tan cansada, que podría quedarme dormida en cualquier parte.

Papá insistió:

—Mañana también es un día importante para ti, y necesitas descansar. Yo puedo dormir en el autobús, si me canso. Eres una chica inteligente y has trabajado duro para esto.

Esas fueron las palabras más amables que mi padre me había dicho jamás, y las guardé en mi memoria.

Su consideración era inesperada y, después de una noche escuchando a Yei Yei presumir de Chiao, no pensé que nadie, ni siquiera mi propio padre, recordara por qué había ido a Taipéi.

No necesitaba la cama, pero estaba tan hambrienta del aliento de Papá, que ese simple gesto me conmovió profundamente.

A la mañana siguiente, entré al campus de Shi Fan junto con cientos de estudiantes de todo Taiwán, con los ojos hinchados por el sueño, pero tan cargada de ansiedad, que mi mente estaba alerta.

A pesar de la buena voluntad de mi padre, había dormido fatal, sudando toda la noche, mientras se me aparecían posibles preguntas de examen en la cabeza. Incluso tuve una pesadilla en la que, al abrir el examen, descubría que estaba en un idioma extranjero: los caracteres parecían garabatos, y a mi alrededor todos escribían sin parar, mientras yo luchaba por leer.

El campus estaba impecablemente cuidado, con edificios modernos y limpios.

Había chicas con tacones, blusas de seda y lápices detrás de las orejas, sonriendo y charlando, mientras se formaban para registrarse.

Aunque había estudiado mucho, me sentí tan fuera de lugar, como aquel día en que me senté en el suelo, junto al puesto de Gao-Bing, a vender mis servicios de escritura de cartas.

«¿Acaso mis compañeras notarían que yo había sido una mendiga?».

Alisé los volantes de mi blusa, avergonzada, mientras me unía a la fila, con mis zapatos de tela y mi bolsa llena de *dumplings* y plátanos.

«Debería haberlos dejado en casa», pensé. Los había traído como amuleto de la suerte, como símbolo del apoyo de Mamá, pero el bulto olía a col y me hacía parecer, todavía más, una pordiosera callejera.

Con el corazón desbocado y la adrenalina a tope, encontré mi sala y me senté en un pupitre vacío, tensa como un caballo de carreras, esperando la señal de salida.

Un administrador leyó las instrucciones, mientras un asistente colocaba los exámenes boca abajo, frente a cada estudiante. De pie, junto al pizarrón, el administrador vigilaba el reloj, y todos teníamos los ojos fijos en el segundero. Cuando marcó las doce, dijo:

—Pueden comenzar.

El sonido del papel, al darse vuelta, fue seguido por un coro de plumas, escribiendo a toda velocidad.

Vi las preguntas y suspiré aliviada.

Eran fáciles, porque me había preparado a conciencia. Podía recitar de memoria varias respuestas, y sabía exactamente qué querían leer los correctores.

Todo iba a estar bien; mi familia iba a estar bien.

Había entrado a ese salón encorvada y con la cabeza baja, pero salí cuarenta y cinco minutos antes del límite de tiempo, con la frente en alto y la confianza reflejada en mis pasos.

De regreso en el *siheyuan*, Papá me preguntó cómo me había ido.

Le conté las preguntas y lo que había respondido.

Él escuchaba con atención y entusiasmo, ofreciendo sugerencias y elogiando algunas de mis respuestas. Era como narrarle un partido de fútbol, a alguien que era a la vez jugador y fanático.

Rara vez teníamos intereses en común para conversar y, en el autobús de Douliu a Taipéi, apenas habíamos hablado. Pero, en el viaje de regreso, disfruté de hablar de enseñanza con él. Por primera vez en mi vida, dejé de verlo solo como una figura distante y aliada de Nai Nai, la verdugo de Mamá, y lo vi como un ser humano, con el que podía conectar.

Las escuelas de especialidad publicaban los resultados en sus campus, y los aceptados recibían una carta por correo.

Primero llegó una de parte del tío Jian: Chiao había ido al campus de Shi Fan a revisar la lista para mí.

—¡Hai, tu nombre estaba en la lista de Shi Fan! —exclamó Papá al leer la carta—. ¡Chiao lo vio con sus propios ojos!

Mamá gritó y saltó, como lo había hecho cuando recibimos los permisos de entrada a Taiwán.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que lo lograrías! —Lloraba, mientras Papá le pedía que tuviera cuidado por el bebé en su vientre.

—Felicidades, Hermana Mayor —dijo Di con entusiasmo—. ¡Sabíamos que lo conseguirías!

—Espero que haya leído bien los nombres. Que esto no sea una broma —dije, recordando las travesuras de Chiao, cuando era niño.

—No digas tonterías —replicó Mamá—. ¡Chiao jamás jugaría con

algo tan serio! Tenemos que comprarte ropa nueva. Si vas a estudiar en Taipéi, no podemos mandarte pareciendo una campesina. —Mamá siguió enumerando las cosas que necesitaba, como si me estuviera preparando un ajuar de bodas—. Necesitas un vestido bonito, para ocasiones formales. Nada llamativo, algo clásico. No el de la iglesia, sino uno bien hecho, entallado. Debes verte respetable; vas a ser maestra, después de todo. Nada demasiado corto, pero tampoco quiero que parezcas una solterona.

Yo confiaba en que Chiao no bromearía con algo tan importante, pero sabía que podía ser descuidado. ¿Y si lo que había visto era Ang Li-Wai? ¿O Ang Lao-Hai?

Me mantuve cautelosamente optimista, hasta que unos días después llegó la carta oficial de la Escuela Shi Fan de Taipéi. Cuando la abrí, se rompió la represa que contenía mi felicidad, y estalló con tanta fuerza, que grité y corrí por toda la casa.

—¡He entrado, he entrado, he entrado!

Mamá solo me miró confundida y dijo:

—Sí, ya lo sabemos. Nos lo dijeron hace días.

Agité la carta frente a ella y respondí:

—¡Pero ahora es oficial!

Esa noche, dormí con la carta de aceptación bajo la almohada.

Por fin, sentía que tenía algo de control sobre mi propio destino.

En unos meses estaría en Taipéi, con una beca que traería más ingresos a casa.

Nai Nai estaba equivocada.

No éramos solo bocas inútiles que alimentar: ninguna de nosotras lo era. El dinero de la venta del brazalete de jade bastaría para que Di presentara su examen el año siguiente, y, para cuando Lan y Hua crecieran, yo ya estaría trabajando como maestra y podría ahorrar mi sueldo para pagar sus estudios y sus exámenes.

Al final, todas tendríamos un futuro, y Mamá ya no tendría que preocuparse.

35
HIJO DORADO

En el invierno de 1953, Mamá dio a luz a su sexto y último hijo: un bebé varón, a quien Yei Yei llamó Li-Ming, ming que significaba «inteligencia».
Ella acababa de cumplir treinta y seis años.

Esta diminuta y arrugada criatura desplazó a Chiao, que ya estaba en el instituto, como el siguiente heredero de la familia Ang.

Mamá se sintió aliviada de haber dado a luz a un hijo por fin, elevando así su estatus, ante los ojos de los ancianos de la familia. Sin embargo, su irrelevancia le había otorgado el lujo de una vida tranquila en Douliu.

Tras el nacimiento de Ming, Yei Yei insistió en que Papá regresara a Taipéi, porque el futuro heredero debía vivir en el siheyuan de la familia Ang.

En aquel entonces, yo terminaba mi primer semestre en Shi Fan y ganaba premios por mi caligrafía, clasificándome primera en mi escuela. No podía evitar pensar en mi servicio de escritura de cartas en Hong Kong. Sería mezquino escribirle a Gao-Bing para presumir, pero a veces fantaseaba con su reacción, si se enteraba de que la cerdita del Monte Davis había tenido su caligrafía expuesta en el centro de arte de Taipéi —¡Varias veces!—. Aunque tenía maestros maravillosos, la cafetería de la escuela fue un factor importante en la mejora de mis habilidades. Siempre había carne o pescado, y comía

tan bien, que por fin me recuperé de los años de desnutrición; tenía dieciocho años, cuando me llegó la menstruación.

Mamá tenía razón. Si hubiera esperado un año para presentar ese examen de admisión, no habría tenido la oportunidad.

Con la llegada de Ming, Papá habría destinado cada centavo que teníamos a un fondo de ahorros para su educación.

Finalmente, comprendí el aspecto de género en el libre albedrío y el destino.

Papá creía en forjar su propia fortuna, porque era un hombre con opciones a su alcance.

Nai Nai y Mamá creían en el destino porque, en general, debían depender de las decisiones de otros.

Por mi propia experiencia, aprendí que nuestras vidas son una mezcla de ambos. Yo había trabajado duro por mi lugar en Shi Fan, pero todo habría sido irrelevante si mi hermano hubiera nacido un año antes.

De niñas, Di y yo a veces resentíamos a Chiao, quien era favorecido por nuestros abuelos. Ming, sin embargo, eclipsaba tanto en nuestra casa, que el resto de hijos quedaba bajo su sombra.

Sentía lástima por Lan y Hua, porque al menos Di y yo habíamos crecido con el amor firme e inquebrantable de Mamá. Con un hermano absorbiendo cada rayo de afecto materno, mis dos hermanas menores quedaron completamente en la penumbra.

Cuando Ming tenía apenas seis meses, Mamá y yo tuvimos la peor pelea de nuestras vidas.

Era un típico viernes por la tarde.

Después de clases, subí al autobús público hacia el siheyuan, aferrándome al barandal exterior, junto a otros polizones, para ahorrar la tarifa.

Cada mes le entregaba a Mamá mi estipendio, renunciando a lujos, porque no podía disfrutarlos, sabiendo que ella seguía vendiendo huevos en el mercado.

Mamá me habló del precio de la fórmula, que había aumentado en el último año. Había hervido agua y preparado un biberón de

leche para Ming, quien gorjeaba feliz y estiraba sus manitas regordetas.

Hua tenía apenas un año, y gateaba por el suelo de la cocina.

Cuando vio el biberón, empezó a llorar.

Entregándome a Ming, Mamá se levantó para preparar otro biberón. Sin embargo, en lugar de fórmula, cogió una jarra de líquido gris y turbio. Lo reconocí de inmediato: agua de arroz.

Mamá le tendió el patético biberón gris a Hua, quien negó con la cabeza y siguió llorando.

En respuesta, Mamá lo dejó en el suelo y tomó a Ming de nuevo en sus brazos, dejando a Hua berreando.

No podía creerlo.

—Mamá, ¿por qué le das agua de arroz, cuando hay tanta fórmula?

—No te preocupes —dijo Mamá—. Ahora está molesta, pero llegará un momento en que se calme y se la beberá.

El rostro de Hua estaba rojo escarlata mientras gritaba, y se me formó un nudo en la garganta al pensar en Tres.

—¡Eso no es lo que me preocupa! —grité—. Hua debe tener hambre. ¿Con qué frecuencia toma leche?

Mamá, despreocupada, respondió:

—Hua tiene un año. Ya no necesita leche. La fórmula es carísima, y no podemos pagarla para dos bebés. Estará bien. Lan sobrevivió más de un año a base de harina y agua de arroz, y ahora es una niña sana.

—¡Lan sufrió desnutrición severa! —exclamé, perturbada por su indiferencia—. ¡Los doctores en el Monte Davis lo dijeron! ¡Sus brazos eran como varillas! ¡Eso no era normal! —Hua lloraba constantemente desde el nacimiento de Ming, y yo había supuesto que eran celos. Me horrorizaba descubrir que probablemente era por hambre—. Sé que el dinero es escaso, ¡pero tenemos suficiente para que ella también beba fórmula!

Mamá comenzó a enfadarse.

—¿Por qué gritas? ¡Mira a Hua! Está gordita. Es lo bastante

grande para comer arroz, y coge todo lo que quiere de la mesa. ¡No se está muriendo de hambre!

Abrí la boca, pero la decepción pesaba tanto, que aplastaba mis palabras.

Hua era regordeta, comparada con Lan, cuando era bebé, pero delgada, comparada con nuestro hermano. En cuanto a Lan, tampoco estaba sana. Aunque habían pasado años, desde que dejamos Hong Kong, esta tenía problemas en el hígado y los huesos, por el hambre que nos había azotado. Incluso en Taiwán, rara vez comíamos carne en casa.

Sabía que Papá esperaba que todos hiciéramos sacrificios para que Ming viviera bien, pero me sentí traicionada por el escandaloso comportamiento de Mamá.

A mi lado, Hua dejó de berrear. Gateó hacia el biberón de agua de arroz y comenzó a beber, justo cuando su hermano terminaba las últimas gotas de su leche. A tan tierna edad, ya estaba aprendiendo cómo funcionaba nuestro mundo. Algún día dejaría de luchar, y, cuando le tendieran agua de arroz gris, bebería sin quejarse.

Apreté los puños.

—¡No! —Le arranqué el biberón de las manos a Hua.

Con la boca libre, mi hermana comenzó a gritar de nuevo, aún con más fuerza, furiosa porque hasta su comida aguada le había sido arrebatada.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Mamá, poniéndose de pie.

Con Ming en brazos, no pudo detenerme cuando vacié el agua de arroz en el fregadero y llené el biberón con una cucharada generosa de fórmula.

—¡Hai, estás loca! ¡Te he dicho que no la necesita!

Ignorando a Mamá, agité el biberón, tras llenarlo con agua hervida, y se lo entregué a Hua, que lo agarró con avidez y empezó a succionar y beber a tragos, como temiendo que alguien se lo quitara.

—¡Debería darte vergüenza! —le grité a Mamá, tan fuerte que Ming comenzó a llorar—. ¡Yo siento vergüenza! ¡Me avergüenzo de

verte actuar así, cuando sabes cuánto hemos sufrido por no ser hijos varones!

Mamá meció a Ming y me fulminó con la mirada, furiosa.

—Hua es mi hija. Estoy haciendo lo mejor que puedo, para cuidar de ambos, pero tenemos que recortar gastos. ¡Tú no sabes nada de llevar una casa, ni de criar niños!

—¡Ayudé a criar a Lan! —grité—. ¡Ayudé a criar a Tres! ¡También ayudé con Hua! ¡Sé cuánta leche necesita un bebé, y Ming está bebiendo tanta, que pensaba que había dos bebés terminándose la fórmula de esta casa! ¡¿Y ahora veo que nada de eso va para Hua?! Puede que sean tus hijos, pero ¡estáis usando mi estipendio! —Me sentí mal por echarle en cara el dinero a Mamá, pero era la única manera de afirmar que tenía voz en esa casa; sin mi contribución, no era más que una hija destinada a casarse y marcharse—. No me importa cómo gastes mi estipendio, y confío en que tomes las decisiones correctas —continué—. ¡Pero es inaceptable que digas que haces lo mejor posible, cuando uno de tus hijos come como un príncipe y el otro como un refugiado!

Ming se tranquilizó, pero Mamá empezó a llorar.

—Hai, Ming es el único que nos mantendrá cuando seamos viejos. El único que podrá cuidarnos en la otra vida. Amo a Hua y a todas mis hijas, pero tengo el deber, como esposa, de asegurarme de que Ming crezca bien. Cuando tengas tu propio hijo, lo comprenderás.

Lloraba porque creía que la juzgaba injustamente, sin darse cuenta de que sus palabras me habían herido profundamente.

Mamá no lo había dicho de forma explícita, pero lo escuché alto y claro: todas nosotras, niñas, valíamos menos que Ming.

Nos quería menos que a Ming.

Y, aun así, Mamá no entendía mi rabia, ni era consciente de mi dolor.

Para ella, las antiguas tradiciones que ponían al hijo en el centro eran nuestro pilar, entrelazadas con nuestra religión, inseparables de nuestra existencia en esta tierra. Decirle que estaba herida, era

como indicarle que me ofendía el tifón que había azotado el Monte Davis. En su mente, esas injusticias eran parte de ser mujer, y soportarlas era nuestro destino, sin más.

Los hombres hacían las reglas en nuestra sociedad, pero las mujeres eran quienes más a menudo las imponían.

¿Había algo en tener un hijo que nos transformaba? ¿Era por eso, por lo que Nai Nai era tan miserable? ¿Sería yo como madre? No quería que fuera así. Después de lo que había vivido, ¿cómo podría caer en ese mismo patrón?

Cuando aspiré a la escuela de magisterio, lo hice, sobre todo, como una forma de mantener a mi familia, de hacer sentir orgullosa a Mamá, y de obtener la libertad de abandonar un hogar miserable. No me había dado cuenta de que tener mi propio dinero también me permitiría resistirme al destino y a las creencias que otros trataban de imponerme.

Me frustraba la medida en que Mamá había interiorizado la inferioridad de las niñas, pero también la entendía.

Ella había sido la persona que más había amado en toda mi vida. Conocía sus fortalezas y conocía sus debilidades. ¿Cómo podía permanecer enfadada con Mamá, si era la razón por la que yo tenía mi estipendio? ¿Cómo podía despreciarla, si no había tenido las mismas oportunidades que yo? No podía cambiar las creencias de Mamá, así como no podía apartar a Nai Nai de los adivinos, pero tampoco podía resentirme con Mamá, del mismo modo en que no podía resentirme con Hua por ceder y beber el agua de arroz.

Ese fin de semana volví temprano al campus y decidí que, en adelante, compraría la fórmula de Hua, antes de entregar el estipendio a Mamá.

No podía lograr que quisiera a Hua y a Ming por igual, pero al menos podía mitigar las consecuencias. Esta sería mi manera de adaptarme, de encontrar un camino, a través de los obstáculos que no se movían y de las personas que no cambiaban. Tal vez, aunque fuera poco, podría interrumpir la herencia de nuestra propia inferioridad de generación en generación y romper ese ciclo dañino.

36
AMOR ACCIDENTAL

Cuando le conté a Di sobre la pelea que tuve por la fórmula, no se sorprendió ni se molestó.

—Mamá es una cobarde. Te lo repito siempre, pero, aun así, actúas como si te sorprendiera cada vez que hace algo cobarde.

Di estaba ya en la escuela de enfermería, habiendo aprobado el examen de ingreso, y no consideraba los problemas del *siheyuan* de los Ang como suyos. Como un pájaro, había dejado el nido, y reaccionaba con indiferencia a mis quejas.

A principios de 1955, con el fin de la Primera Crisis del estrecho de Taiwán como telón de fondo romántico, Di anunció que estaba saliendo con alguien; un continental al que había conocido en la escuela. Había mantenido la relación en secreto durante mucho tiempo, porque su nombre era Ang Li-Tang, lo que significaba que existía una gran posibilidad de que fuera un primo lejano nuestro.

Nunca lo habíamos visto, pero Yei Yei conocía a su padre, y de hecho éramos parientes.

El amante de Di estaba más alejado de ella en la línea sanguínea que nuestros propios padres entre sí, pero, como también era un Ang, las familias consideraban la relación incestuosa.

Padre le ordenó a Di que rompiera, pero ella lo ignoró. Ya no vivía en su casa y tenía sus propios ingresos, así que no tenía cómo obligarla.

La pareja continuó saliendo casi un año.

Decidido a separarlos, Yei Yei intentó encender un romance entre Di y un oficial de aduanas, que era amigo de un amigo.

Organizó una cita para Di y el señor Yuan Jia-Shen, a la que yo debía asistir como acompañante. Los tres nos reuniríamos para almorzar, en uno de los restaurantes de mariscos favoritos de Yei Yei. Me vestí con sencillez, con una blusa blanca y pantalones, ya que estaría allí solo para preservar la modestia.

A Di no le importaba nada la cita, pero la obligué a ponerse un vestido y una horquilla con cuentas rojas de vidrio —al menos por cortesía hacia el joven que estaba a punto de invitarnos a una buena comida.

—Es tan viejo —se quejó Di—. ¿Sabes que tiene veintiséis años? ¡Seis más que yo!

—No es tanta diferencia —respondí—. Hay muchas parejas con más distancia que esa.

—De todas formas, no me importa —indicó Di—. Mi novio y yo nos vamos a casar, aunque los mayores se opongan. Estoy esperando para hacerlo en el cumpleaños de Yei Yei, y sorprenderlos en la cena de celebración. —Se carcajeó, mientras se aplicaba una fina capa de lápiz de labios y cerraba su bolso de golpe. Sus tacones resonaron en el pasillo mientras salía.

Puse los ojos en blanco.

El sentido del humor de Di solo se había vuelto más macabro en los últimos años. Como enfermera, tenía clases de anatomía con cadáveres. Un viernes, cortó un pedazo de carne de uno y lo llevó de regreso al *siheyuan* por la noche. Yo estaba fuera con Chiao, y ella nos dijo que era deliciosa cecina de res.

Lo tomé con los dedos y pensé que el olor y la textura eran extraños, así que lo rechacé.

Chiao lo cogió, lo examinó con curiosidad y luego le dio un mordisco.

—Es horrible —dijo—. Sabe a fermentado.

Entonces, Di estalló en carcajadas y lo llamó caníbal, contándole

lo que en realidad era. Se rio tanto, que las lágrimas le corrían por las mejillas, mientras nuestro primo seguía escupiendo en el suelo y frotándose la lengua.

Me estremecí al recordar esa broma espantosa, aunque Chiao me dijo después que, en cuanto a sabor, no era tan malo como el cerebro de pescado que Yei Yei solía obligarle a tragar.

Mientras caminábamos hacia el restaurante, Di avanzaba ligera, casi saltando. Me sorprendió verla tan feliz, dado lo mucho que se había opuesto a esta cita. Su pintalabios rojo era un buen detalle, en contraste con su pálida piel y haciendo juego con las cuentas de la horquilla.

Al acercarnos a la calle principal, vimos a un hombre de pie, frente al restaurante, que debía de ser Jia-Shen. Llevaba un traje de estilo occidental, con corbata de seda y zapatos recién enlucidos. Su cabello estaba bien peinado, y tenía un rostro delgado, con nariz alta y ojos que se inclinaban hacia abajo, en las comisuras. Por culpa de las quejas de Di, esperaba que pareciera un oficinista rancio, pero era apuesto. Nunca había visto a Li-Tang, pero estaba segura de que Di no podría llamar viejo a Jia-Shen, después de verlo; tenía un rostro juvenil y parecía tener nuestra edad.

Nos presentamos, y él abrió la puerta del restaurante para nosotras.

Noté que Di sonreía hacia un coche negro aparcado, al otro lado de la calle, pero no le di importancia, mientras tomábamos asiento, y Jia-Shen nos entregaba los menús y preguntaba qué nos gustaría comer.

—Cualquier cosa que pida está bien —dije, que era lo que me habían enseñado a responder.

Muchas interacciones sociales chinas seguían un guion: se hacía una pregunta abierta, pero culturalmente solo había una manera aceptable de contestarla. Como sabíamos que Jia-Shen iba a pagar y aún era un extraño, habría sido descortés sugerir platos.

—Entonces, pidamos varios diferentes —indicó este, hojeando el menú.

Si era educado, pediría comida en abundancia, que nos costaría terminar. Después de todo, esto era una cita.

Sonreí para mis adentros, pensando que una vez más me beneficiaría de la buena voluntad dirigida a otra persona. Ojalá pidiera camarones con miel y nueces —mi plato favorito—. El pato crujiente con taro también estaría bien, pero siendo un restaurante de mariscos, sería una tontería no pedir pescado.

Jia-Shen llamó al camarero y pidió pescado entero al vapor, almejas salteadas con albahaca, pepino de mar guisado con hongos, y camarones con miel y nueces.

—¡Vaya, eso suena maravilloso! —exclamé, encantada de que mi plato favorito hubiera entrado en la lista.

Bajo la mesa, empujé a Di con el pie.

—Gracias —dijo esta enseguida—. ¡Estoy muy emocionada de poder probarlo todo! Voy al tocador a lavarme las manos. —Con una sonrisa, se levantó y caminó hacia la parte trasera del restaurante.

La camarera colocó una tetera de jazmín sobre la mesa, con vapor saliendo de la boquilla.

—¿También es enfermera? —me preguntó Jia-Shen.

—No —respondí, abriendo la tetera para comprobar si el té ya estaba listo. El agua estaba pálida y las hojas de té marchitas, así que volví a poner la tapa—. Soy maestra.

—Ese es un trabajo excelente —señaló con calidez—. ¡Sus padres deben estar muy orgullosos de tener tanto a una maestra como a una enfermera en la familia!

—No, no —dije—. Es usted demasiado amable.

Otro concepto social: cuando alguien era elogiado, había que mostrarse modesto. Jactarse estaba mal visto, y esa era también la razón de que yo asistiera a esta cita —podía alabar a Di, mientras ella se limitaba a asentir con un «no, no» y un «para nada», para así parecer humilde, mientras todas sus virtudes eran destacadas.

—Me han dicho que también es de Zhucheng.

—Sí —respondí—. Ha dicho «también», ¿significa que usted también es de Zhucheng?

—¡Sí! —contestó con entusiasmo—. Qué agradable es conocer a otros de Zhucheng.

Con razón Yei Yei lo apreciaba. Ya era bastante difícil encontrar gente de Shandong en Taiwán, ¡mucho menos de Zhucheng! Estuve tentada de pasarme al shandongés, pero recordé que estábamos en público y debíamos hablar en mandarín —especialmente porque ambos éramos empleados del gobierno.

Serví el té y conversamos sobre nuestras familias durante varios minutos, antes de darme cuenta de que Di aún no había regresado del baño.

—Lo siento mucho —dije, sonrojándome—. Discúlpeme un momento, voy a revisar cómo está.

Intentando combinar rapidez con gracia, caminé hacia la parte trasera del restaurante, donde estaban los lavabos, pero solo vi al personal de cocina.

Había una puerta trasera de entregas, abierta para dejar entrar el aire fresco.

«No puede ser», pensé.

La ira me invadió, al darme cuenta de que Di se había escabullido.

¿Cómo podía dejarme en una situación tan incómoda? ¿Cómo podía ser tan egoísta? Parte de mí también se sorprendió de que mi hermana pudiera amar tanto a alguien, como para poner la comida en segundo plano. También había escuchado el festín que Jia-Shen había ordenado. ¿Cómo podía decirle que no a eso?

Me tomé unos minutos para calmarme y que Jia-Shen no notara lo furiosa que estaba. Cuando regresé a la mesa, algunos platillos ya habían llegado y él me esperaba, pacientemente, con los palillos sobre la mesa.

Me miró de forma inquisitiva.

Con mi voz más tranquila dije:

—Lamento mucho esto. Qué vergüenza…, pero parece que mi hermana se ha ido.

Para mi sorpresa, Jia-Shen soltó una cálida y profunda carcajada,

que me recordó al burbujeo de una sopa en un día de invierno.

—Vaya, esta debe de ser mi peor cita. ¡Mis amigos se van a burlar de mí cuando les cuente que la chica huyó antes incluso de que comenzara la cita! Dirán que fue mi cara la que la espantó, y supongo que debe ser eso.

—¡No! ¡Claro que no ha sido por eso! —exclamé, horrorizada, mientras intentaba inventar una buena excusa, para Di que no revelara que había otro hombre en la historia—. Se pone muy nerviosa al salir con alguien; creo que ha perdido la compostura y ha regresado a casa. Seguro que está con mis abuelos, que la estarán regañando por lo ridícula que ha sido. Lamento tanto haberle hecho perder el tiempo.

—En absoluto —respondió él—. Me lo estoy pasando muy bien.

Las normas sociales no lo obligaban a decir eso —estaba en todo su derecho de sugerir posponer la cita.

—¿De verdad? —pregunté, intentando descifrar en su expresión si hablaba con sinceridad.

—Sí —afirmó—. Por favor, siéntese y coma antes de que se enfríe. ¿O acaso también piensa huir?

—¡No, por supuesto que no! —dije, sentándome tan rápido, que casi me resbalé de la silla—. La comida parece deliciosa. Mi hermana se lo pierde.

—Así es —indicó, y, como si leyera mi mente, añadió—: Los camarones con nueces de aquí son increíbles. Es mi plato favorito.

Y así, de pronto, tuve una cita.

El padre de Jia-Shen había sido un prominente médico herborista en Zhucheng —por un tiempo fue el único doctor del pueblo, y uno de los pocos trabajadores de salud en toda el área rural—. Aunque curó a muchas personas y salvó vidas, sus propios hijos morían jóvenes. La madre de Jia-Shen dio a luz siete veces, y al final solo Jia-Shen y su hermana sobrevivieron.

El doctor Yuan solía decirle a su esposa: «¿Cómo puedo salvar a tantas personas, y, aun así, no lograr salvar a mis propios hijos?». Concluyó que debía haber cometido algún pecado en esta vida o en

una anterior, y que eso había maldecido a sus hijos.

A partir de entonces, se dedicó a hacer buenas obras, con la esperanza de contrarrestar el mal karma que había acumulado.

Además de ejercer la medicina, el doctor Yuan era terrateniente, con muchos arrendatarios en sus tierras. Decidió dejar de cobrarles rentas y solo les pidió que le dieran lo que pudieran; nunca más de lo que pudieran permitirse. Cada Año Nuevo Lunar, los arrendatarios le llevaban barriles de panceta de cerdo marinada y codillo de cerdo, como regalos de agradecimiento.

Jia-Shen me contó que ahora no podía ni ver el codillo, de tanto que lo había comido en su niñez.

La bondad del doctor Yuan llenó la vida de Jia-Shen de buena voluntad.

Al crecer, todos lo cuidaban con esmero, sabiendo que era el heredero del doctor, y uno de los dos únicos hijos supervivientes.

Cuando los comunistas invadieron Shandong, el director del internado de Jia-Shen trasladó a todos los estudiantes y maestros a Taiwán.

Todos habían asumido que las hostilidades cesarían y que podrían regresar a casa en pocos años, pero pronto se dieron cuenta de que tendrían que reconstruir sus vidas en la isla. Jia-Shen y sus compañeros se volvieron tan cercanos, como una familia, y se ayudaron mutuamente a encontrar buenos trabajos, en las primeras etapas del reagrupamiento del gobierno nacionalista.

En el continente, sin embargo, los comunistas fueron a por los Yuan.

Los campesinos se negaron a delatarlos.

Más tarde, cuando llegaron funcionarios comunistas de mayor rango a Zhucheng, arrastraron al doctor Yuan a la calle.

Ninguno de los aldeanos participó en su mitin de denuncia.

Insatisfechos, los cuadros golpearon al doctor Yuan hasta matarlo con puños y palos, y luego prohibieron a la gente de Zhucheng enterrar su cuerpo.

—Que se pudra en la calle y sea devorado por animales callejeros

—declaró un cuadro.

Un campesino del pueblo desafió la orden y dio sepultura al doctor Yuan.

Cuando los comunistas lo descubrieron, lo mataron también.

Otros campesinos ayudaron a la señora Yuan y a la hermana de Jia-Shen a escapar a Qingdao, donde continuaron viviendo con algunos parientes. Jia-Shen les escribía cada semana y les enviaba dinero cada mes, para ayudarlas a subsistir.

Después de solo tres meses de noviazgo, Jia-Shen me propuso matrimonio.

Papá y Yei Yei estaban más emocionados que yo, y lo invitaron a beber, antes de que yo diera una respuesta.

Di resopló cuando Yei Yei destacó la reputación del doctor Yuan.

—Estamos en Taiwán, y el doctor Yuan está muerto. Aquí nadie recuerda esas cosas —se burló.

Di estaba equivocada, y quizás era su enamoramiento prohibido lo que la hacía tan ingenua. Aunque estuviéramos en Taiwán, gracias a la discriminación de Chiang en la contratación, el gobierno estaba controlado por continentales —personas como Yei Yei, que siempre pensaban en sus raíces—. La carrera de Jia-Shen despegaría como un cohete. Dondequiera que fuera, alguien estaba dispuesto a ayudarlo por quién era y de quién descendía.

Papá la fulminó con la mirada y dijo:

—¡Da gracias que tu hermana reconoció a un pez gordo cuando lo vio! ¡Imagínate el escándalo que sería si Jia-Shen fuera por ahí contando lo grosera que fuiste con él! ¿Sabes lo bien conectado que está? Si arruina nuestra reputación, ¡ningún otro hombre querrá casarse con mis hijas, y tus hermanas menores acabarán solteronas!

Di rio con ligereza.

—Tenía una pinta tan ridícula, con el pelo peinado como un colegial. Pero Hai también es rara. Tendrán un futuro maravilloso juntos.

—Al menos, nuestra relación no es incestuosa —repliqué, mientras Di me hacía una mueca.

Mamá también estaba ansiosa por la unión, pero por otra razón.

—Su padre está muerto, así que no tienes de qué preocuparte. Y su madre está en el continente. ¡Quizás muera antes de que China se reunifique! Así nunca tendrás que vivir con ella.

Mamá señaló estos hechos sombríos con tanto entusiasmo, que recé en silencio una plegaria budista para disculparme con el difunto doctor Yuan.

Tras pensarlo, le puse mis condiciones a Jia-Shen.

—Me casaré contigo —le dije—, pero no dejaré a mi familia. Quiero cuidar de mis padres. Quiero conservar mi trabajo y decidir qué hacer con mi salario; incluso si eso significa mantenerlos.

Ya había terminado mis estudios y trabajaba como maestra de primaria en Taipéi.

Durante medio año, había ahorrado para un gasto importante: unas nuevas piernas para Lan. Existía una cirugía de ocho horas que podía enderezarlas, reducir su cojera y eliminar su dolor. Por mucho que quisiera a Jia-Shen, nunca sería su esposa, si eso significaba tener que pedirle permiso para cubrir ese gasto —o cualquier otro.

Jia-Shen no solo aceptó mis condiciones, sino que también aportó el resto del dinero para la operación de Lan, con sus propios ahorros.

Ahí supe que había encontrado a mi compañero de vida.

Celebramos nuestro compromiso en el mismo restaurante donde habíamos tenido nuestra primera cita accidental, y, ahora que estábamos comprometidos, no tuve que contenerme: pedí mis platillos favoritos y una ración extra de camarones con nueces.

Tres meses después, nos casamos en una pequeña ceremonia, a la que asistieron únicamente mi familia y los amigos del internado de Jia-Shen.

Di y su amante no siguieron nuestros pasos.

Aunque habían prometido ignorar la presión familiar y fugarse, al final, Li-Tang cedió y la dejó.

Yei Yei y Papá se sintieron aliviados, cuando vieron los ojos hinchados de Di, porque significaba que habían terminado. Los dos

hombres invitaron al tío Jian, a Jia-Shen y a Chiao a celebrarlo, con varias rondas de licor de arroz.

A Jia-Shen y a Chiao no les importaba la relación de Di, pero cualquier excusa era buena para emborracharse.

Mientras ellos bebían, Mamá y yo tratábamos de consolar a Di, que estaba acurrucada en su cama, sollozando contra la almohada, como si le hubieran dictado una sentencia de muerte.

A las pocas semanas, descubrimos que Di estaba embarazada.

Di siempre había sido reservada sobre la relación, así que no sabía mucho de sus conversaciones con Li-Tang, salvo que había hecho un último intento, entre lágrimas, de convencerlo por seguir adelante con el matrimonio.

No solo se negó, sino que también rechazó cualquier responsabilidad por el hijo que llevaba en su vientre.

Papá estaba furioso.

Ming era apenas un niño y no podía pelear, así que Padre pensó en enviar a Chiao a golpear a Li-Tang, en nombre de Di.

Yei Yei, sin embargo, lo prohibió.

Li-Tang seguía siendo un heredero de la familia Ang —sus descendientes barrerían la tumba y rendirían homenaje a los ancestros Ang.

—Es tu culpa por no controlar a tu hija —le soltó Yei Yei a Papá —. Li-Tang dice que el bebé no es suyo, ¡y ahora todos creen que Di es una prostituta!

Mamá llevó a una Di apática y sin fuerzas a practicarse un aborto.

—Gracias a los dioses que ya tenemos resuelto tu matrimonio —me dijo después de regresar—. No sé qué vamos a hacer con Di. La comunidad es pequeña, y la gente se enterará. La considerarán mercancía dañada.

El objetivo de Papá era casar a Di lo más rápido posible, antes de que corrieran chismes sobre la relación «incestuosa», la posibilidad de múltiples amantes y el aborto.

El aborto en sí no era tabú, pero el sexo prematrimonial sí que lo

era.

Había un maestro cuyo padre era amigo de la familia y que había quedado prendado de Di a primera vista, persiguiéndola durante varios años, a pesar de sus persistentes rechazos.

Como yo, este no había ido a la universidad.

Para una mujer, la escuela técnica era aceptable, pero para la familia Ang, un hombre apropiado debía ser universitario. Sin embargo, dado el escándalo de Di, los requisitos de la familia se volvieron más flexibles. Este pretendiente tenía una edad similar a la de Di, trabajaba para el gobierno y también era continental —y, quizás, lo más importante, sabía de la relación previa de Di y del aborto, y estaba dispuesto a aceptarlo.

Cuando este le planteó la posibilidad de matrimonio a Papá, este aceptó de inmediato.

Yo esperaba que Di armara un infierno, que desatara una furia tan aterradora que toda la isla de Taiwán temblara y que los muertos se revolvieran en sus tumbas. En cambio, Di aceptó el arreglo, sin siquiera un quejido.

Fue entonces cuando comprendí lo destrozada que estaba.

Ya no le importaba la vida.

Ya no le importaba el futuro.

Había perdido las ganas de luchar, lo que para alguien como Di significaba haber perdido su propia identidad.

Ojalá hubiera sido lo bastante entrometida para seguir a Di, como cuando éramos niñas, y averiguar dónde vivía o trabajaba Li-Tang. De haber podido, habría tomado un cuchillo de carnicero y le habría cortado los testículos, a pesar de la insistencia de Yei Yei en que debía producir hijos Ang.

Una mañana, iba caminando con Di para comprar sábanas —que serían parte de su ajuar—, cuando se sobresaltó y se escondió detrás de mí.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Demos la vuelta y vayamos por otro lado —me susurró Di.

Frente a nosotras había un reluciente coche negro aparcado.

Recordé mi primera cita con Jia-Shen y el vehículo que había observado fijamente. ¿Sería el mismo? Como no podía acordarme, pregunté:

—¿Es de Li-Tang?

—¡Basta, hermana! —siseó—. Vámonos.

—Está vacío —dije, mirando por la ventanilla.

En el asiento del copiloto había una pila de papeles, un paraguas y un pintalabios.

Si Li-Tang tenía coche, debía ser muy rico. O quizás era chófer.

Di estaba tan enamorada de él, y, sin embargo, ninguno de nosotros sabía nada de ese hombre, salvo que había sido estudiante universitario, cuando se conocieron, y que su apellido era Ang.

—Podría volver en cualquier momento —comentó, nerviosa—. No quiero verlo.

—Bien —dije—. Ve a la esquina y espérame allí.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, con la voz rota, aunque intentaba mantener el susurro.

—Ya lo verás en unos minutos —dije, espantándola con la mano.

Pero Di no se fue.

Se quedó mirando cómo sacaba mis llaves, y, en un movimiento rápido, las clavé con todas mis fuerzas y escribí en el capó del coche: «HIJO DE PUTA» y «COBARDE».

Subí al techo y dibujé líneas largas y desordenadas, como garabatos infantiles, y luego bajé para escribir en la parte trasera: «COBARDE AFEMINADO QUE MERECE LA MUERTE».

Di me observaba, boquiabierta.

La tomé del brazo.

—¡Ahora tenemos que correr!

Echamos a correr por un callejón, como si huyéramos de la policía de Hong Kong.

Nos tomamos del brazo, como si tuviéramos que abrirnos paso en la estación de tren de Qingdao.

Giramos con brusquedad en otro callejón, igual que cuando competíamos con otros niños de la calle por sobras de comida.

Tantas veces, habíamos huido juntas, mano con mano, que esto no era diferente. Ella era la única persona en mi vida, aparte de mí, cuya adolescencia había sido interrumpida por el trauma, que siempre cargaría esos recuerdos del continente, al crecer en Taiwán.

Juntas, redujimos la velocidad al llegar a una calle concurrida y recuperamos el aliento bajo la sombra de un edificio.

—¡Va a saber que he sido yo! —Sollozó Di, cubriéndose el rostro con las manos.

—Pero no has sido tú —respondí, abanicándome la cara, mientras el sudor me caía por la frente—. He sido yo. Si intenta molestarte por eso, compara tu letra con la mía. Estoy segura de que vosotros dos, os habéis escrito muchas cartas.

Di rompió a llorar.

—No puedo creer que haya sido tan estúpida de desperdiciar mi vida con este imbécil.

Había llorado tanto en las últimas semanas, que parecía imposible que le quedaran lágrimas, pero le brotaron de los ojos y rodaron por sus mejillas.

Con suavidad, sequé su cara y sus ojos con mi pañuelo.

—Vamos a comer unas tortillas de ostras y fideos de arroz. Yo invito.

Sabía que eran dos de sus especialidades favoritas de la comida callejera.

Di asintió, entre sollozos, y me dejó guiarla hasta uno de los mejores mercados al aire libre: un callejón estrecho lleno de puestos de comida.

El olor fuerte y delicioso del tofu fermentado flotaba en el aire, aunque el vendedor estaba a tres calles de distancia.

Siempre habría un lugar especial en mi corazón para esos pequeños restaurantes ambulantes.

Senté a Di en un taburete rojo, frente al puesto de tortillas, y yo me acomodé al otro lado, después de hacer nuestro pedido.

—Has cometido un error, sí, pero no has desperdiciado tu vida —le dije. A pesar de nuestras diferencias, estaba orgullosa de ella—.

Te vas a graduar este año y serás enfermera. Tendrás un trabajo y tu propio dinero. Si no quieres casarte, no te cases. ¿Qué importa si Papá se enfada? Tú, de todas las personas, no deberías preocuparte, ya que de todas formas odias a Papá.

Era un consejo sorprendente, viniendo de mí, porque normalmente trataba de hacer de puente entre Di y nuestros padres.

—No lo entiendes —dijo, sonándose y secándose los ojos con mi pañuelo—. Tú has encontrado a tu raro compañero del alma. Tienes el matrimonio perfecto.

—Nadie tiene un matrimonio perfecto —respondí, ignorando el insulto que había colado en su frase—. Pero aún puedes tener uno muy feliz. Uno dichoso. Si encuentras a la persona adecuada.

Mientras Di lloraba más fuerte, me sentí como el tío Jian, intentando consolarla, pero agravando las heridas con mis palabras.

—Yo había encontrado a la persona adecuada —sollozó—, pero nuestra familia lo ha arruinado. Me han abandonado otra vez, y ahora nadie más me va a querer.

Se me partió el corazón, al verla apoyar la cabeza sobre los brazos y llorar.

—La persona correcta nunca te habría puesto en esta situación —dije. La manera en que había usado la palabra «abandonada», me dolió en lo más hondo—. Li-Tang es un cobarde. Los dos habéis enfrentado la misma presión. Tú has resistido, y él se ha derrumbado. ¿Cómo podía un gallina como él ser un buen compañero para una mujer valiente como tú?

Di levantó la vista, con los ojos hinchados.

—Ya no quiero estar sola. Siempre he estado sola. Estoy cansada de estar sola.

Cuando éramos niñas, Di siempre jugaba sola. Había sido independiente, intrépida, descarada. Habíamos pasado toda una vida juntas, y, aun así, seguía siendo un misterio para mí. Ella había estado furiosa con Papá por abandonarnos. ¿Por qué no lo estaba con Li-Tang? Era tan rápida para llamar cobarde a Mamá. ¿Por qué no a Li-Tang? Y ahí estaba yo, sentada frente a ella. ¿Acaso yo no

contaba como persona? ¿Mi presencia no era suficiente para que no se sintiera sola?

El cocinero me llamó para recoger nuestros platos, y, cuando volví con ellos, Di comió en silencio y sin expresión —como si no pudiera saborear las suaves ostras envueltas en harina de tapioca, la masa de huevo crujiente por fuera y masticable por dentro—. Bien, podría haber estado royendo pan duro.

Sin rendirme, llevé a Di a recorrer el callejón de comida, deteniéndome en varios puestos y comprándole sopa de fideos de res, brochetas de pollo a la parrilla y tomates, y uvas bañadas en caramelo, para mitigar su desesperanza.

—Gracias, Hermana —dijo en voz baja, al terminar su último tomate—. Eres la única en la familia que se ha preocupado por mí. Si llego a echar de menos a alguien, cuando me vaya, será a ti.

Sus palabras me dejaron helada.

Mientras arrojaba la brocheta a la basura, tuve la sensación de estar viendo un fantasma. El fuego que antes ardía en ella se había extinguido. La Di con la que crecí, había sido una chica astuta y fuerte, capaz de florecer en las duras condiciones del continente. Una chica que hacía conexiones en cualquier parte y luchaba por lo que deseaba.

—Has sobrevivido a cosas mucho peores que un corazón roto —solté al fin—. No necesitas rendirte, Di.

Esta suspiró y dijo:

—Tú nunca me entenderás, y yo nunca te entenderé a ti. Nunca te han roto el corazón de verdad, Hermana Mayor. Espero que nunca te lo rompan.

A pesar de mis consejos, Di siguió adelante con el matrimonio que Papá había aprobado. Se mudó de la casa familiar, con su nuevo esposo, y nunca miró atrás.

Recordé aquellos años, cuando Di me había dicho que no podía esperar a casarse, para irse de la familia Ang. Quizás su prisa por aceptar el matrimonio era exactamente eso: poder cortar los lazos con nosotros, de una vez por todas.

Después de su boda, Di fue fiel a las palabras de su yo más joven: se convirtió en un balde de agua, que habían arrojado fuera de casa. Por más que lo intentamos, no pudimos traerla de vuelta.

37
NACIMIENTO

Tenía veintitrés años, cuando me quedé embarazada, y fue a finales de junio de 1960, cuando tuve el parto.

Cada verano que pasaba en Taiwán, sentía que me hervía la sangre, y ahora que estaba embarazada, el calor parecía filtrarse en mi piel y quemarme desde dentro.

Acostada de lado en el hospital, me sentía como una ballena varada en la orilla de una playa demasiado caliente. Mamá estaba en la habitación conmigo, abanicándome, mientras Jia-Shen esperaba fuera.

Varios de sus amigos cercanos del internado llegaron al hospital cargando cajas de cerveza y una gran botella de licor fino. La cerveza era para pasar el tiempo, y si el bebé nacía sano, celebrarían con varias rondas de tragos.

Estábamos, técnicamente, en el quinto piso, pero en realidad era el cuarto.

Los chinos consideran el número cuatro de mala suerte, porque suena como la palabra en mandarín para «muerte». La mayoría de los hospitales en Taiwán evitaban tener un cuarto piso, porque nadie quería estar allí, y en el ascensor los números pasaban directamente del tres al cinco. Incluso con nuestro piso etiquetado como cinco, Mamá murmuraba que era una mala señal, y colgó cuentas budistas en mi cama, para darme suerte. Además de una cruz cristiana, por si

acaso.

Mi parto duró dos días, y después de las primeras doce horas, mi esposo y sus amigos estaban tan borrachos de cerveza, que tuvieron que marcharse para recuperarse.

Cuando Jia-Shen volvió lo suficientemente sobrio, como para tambalearse hasta la sala de espera del hospital, yo ya estaba en las etapas finales del parto.

Hice un voto de no tener nunca más hijos, mientras las oleadas de dolor parecían inundarme por completo.

No supe que Jia-Shen había estado bebiendo hasta después; de haberlo sabido, quizás habría reunido fuerzas para levantarme de la cama y apuñalarlo con un bisturí.

Mamá me mintió para mantenerme tranquila e insistió en que él estaba paseando devotamente de un lado a otro, por el pasillo del hospital.

El tiempo era algo extraño.

Estaba convencida de que llevaba horas y horas empujando, y que el invierno ya debía haber llegado. Aferrada a las sábanas llena de agonía, comencé a creer que el bebé nunca saldría y que moriría embarazada.

Pero, de pronto, todo terminó.

Escuché un llanto y sentí una euforia cargada de alivio. Era un sonido familiar; lo había oído varias veces, cuando nacieron mis hermanos. Antes había sido Mamá, la que sudaba, pero ahora estaba yo exhausta, con ella ansiosa a mi lado.

—¡Es una niña! —anunció el médico, mientras una enfermera secaba a mi bebé y me la entregaba.

A mi lado, Mamá gimió y comenzó a llorar.

Yo estaba agotada y mareada, por las endorfinas que recorrían mi cuerpo.

Al principio pensé que alucinaba.

—¿Mamá?

—Esperaba que fuera un niño. —Sollozó, y sus delgados hombros temblaban, mientras se limpiaba los ojos con el dorso de la mano.

Mamá había dado a luz a cinco niñas y, aunque sintió desilusión, nunca había llorado, cuando se anunciaba el sexo del bebé.

—Basta, Mamá. Estás siendo muy dramática —dije con voz ronca, sosteniendo al bebé contra mi pecho, para que mamara.

Aunque era mi primer hijo, había visto a Mamá tantas veces, que sabía qué hacer.

Las lágrimas de Mamá seguían cayendo mientras decía:

—No quiero que termines como yo. Quiero que tengas un hijo, para que tu posición esté asegurada.

Extendí mi mano libre y la coloqué sobre la de ella, apretándola con suavidad.

—Mi posición está asegurada, porque vendiste tu brazalete para que recibiera una educación.

Esa noche, mientras estaba sola con mi hija, pensé en todo lo que Mamá había hecho —lo que habíamos hecho juntas—, para llegar hasta ese momento.

Mamá nunca podría olvidar los años de angustia en los que había rezado y esperado por un hijo, mientras interiorizaba la creencia de que no merecía un trato digno, si no lo tenía.

Aunque mis padres permanecieron juntos, Mamá nunca se recuperó del trauma de ser dejada atrás con sus hijas, tratada como si fuera desechable, porque sus hijos eran del sexo «equivocado».

En esa habitación de hospital, le hice una promesa a mi hija:

—Me aseguraré de que crezcas bien. Me aseguraré de que las cosas sean diferentes.

Después de mi hija, tuve dos hijos más.

Aunque mis niños tenían suficiente comida, nunca pude dejar atrás la experiencia del hambre, ni el temor persistente de que, de un día para otro, todo lo que habíamos construido pudiera derrumbarse. Alimentaba a mis hijos con el objetivo de mantenerlos gorditos; no solo porque asociaba la gordura con salud, sino también para que tuvieran un «colchón», por si llegaba el desastre. Cuando cocinaba pollo del mercado, les quitaba la piel y la cortaba en tiras para darles de comer, como si fueran fideos.

Eran bebés enormes, con brazos como salchichas y mejillas caídas, pero, aun así, me preocupaba que no comieran lo suficiente.

Durante el resto de mi vida, nunca me sentí completamente a salvo; incluso en nuestros mejores momentos, una voz dentro de mí se preguntaba cuándo tendríamos que huir de nuevo.

Con Di y yo casadas, y fuera de casa, Nai Nai reanudó su actitud cruel hacia Mamá.

Aunque Mamá había tenido, al fin, un heredero, Nai Nai estaba tan acostumbrada a maltratarla, que le resultaba fácil volver a esos hábitos.

Al principio, intentaba comportarse mejor, cuando yo la visitaba, pero con el tiempo se volvió más atrevida. Cuando llevaba a mis hijos a la casa familiar de los Ang, Nai Nai hacía arrodillarse a Mamá, frente a todos, por razones absurdas, como haber recocido un huevo.

En su vejez, se aferraba al poder como una reina enloquecida, ejerciendo su autoridad, solo para reafirmarse de que aún la tenía.

Yo había crecido viendo a Mamá arrodillada, y no quería que mi hija pasara por lo mismo.

La llevé aparte y le pregunté:

—¿Cuánto tiempo lleva sucediendo esto?

Mamá me miró perpleja y preguntó:

—¿De qué hablas?

—¡De arrodillarse! —Indiqué, molesta—. ¡De qué, si no!

—Oh, Hai —dijo Mamá, sin siquiera inmutarse—. Eso ha pasado desde siempre. Ya lo sabes.

Mamá nunca me contó nada, así que durante años asumí que Nai Nai había dejado esa práctica deplorable.

La única vez, en que Mamá se quejó de los Ang, fue cuando Lao Lao falleció.

Como muchos continentales en Taiwán, esperaba el día en que se abrieran las fronteras y pudiera visitar a los Dao. Quedó devastada al enterarse de que nunca volvería a ver a su madre, y le pidió a Papá si podía encender incienso por ella en el Año Nuevo

Lunar.

No solo le dijo que no, sino que se ofendió de que lo preguntara.

Era de mala fortuna rezar por los ancestros de otra familia; los padres de Mamá eran responsabilidad de los Dao, y no había lugar para su incienso en el altar de los Ang.

Mi vida era tan diferente a la de mi madre, que a veces olvidaba las tradiciones en las que ella seguía atrapada: tener que pedir permiso a su esposo para encender incienso por su propia madre, y luego acatar su decisión.

Traté de convencer a Mamá de separarse de los Ang y venir a vivir conmigo, pero se negó a dejar a Ming.

Durante años ahorré dinero para comprarle un pequeño apartamento en nuestro edificio, para que tuviera su propio espacio.

—Es tuyo, Mamá —le dije, al entregarle las llaves—. Cuando quieras mudarte, yo te ayudaré.

Mamá se alegró, pero no por la razón que yo esperaba.

—Esto es maravilloso —indicó—. Hemos estado ahorrando para que Ming tenga su propia casa cuando sea mayor. Por favor, pon el apartamento a su nombre. Quiero que lo tenga él.

Mamá existía para mi hermano, y no pensaba en lo austeramente que había vivido, solo para poder regalarle un lugar, donde pudiera ser feliz, donde pudiera estar segura.

Había tantas cosas de mis padres y de su relación que deseaba que cambiaran. Y, sin embargo, año tras año, repetían los mismos comportamientos, como si estuvieran en un purgatorio creado por ellos mismos.

A pesar de mi frustración, no siempre alzaba la voz cuando debía hacerlo.

En mis momentos de debilidad, pensaba en Di, a quien habíamos visto solo unas pocas veces, desde su matrimonio, aunque vivía en la misma ciudad que nosotros.

Di nunca tuvo miedo de romper el silencio, y, si lo tuviera, yo me habría sentido obligada a hacerlo. De alguna manera, en ella encontraba valor. Aunque Di y yo peleamos tantas veces durante

nuestra juventud, comprendí que, cuando se marchó, perdí una parte de mí misma.

Cuando Mamá tenía cincuenta y ocho años, Nai Nai le ordenó arrodillarse por última vez.

Por primera vez en su vida, Mamá le dijo que no.

—¿Qué quieres decir con «no»? ¡Te he dicho que te arrodilles y lo harás! —Escupió Nai Nai.

—No. —Repitió Mamá, con firmeza.

Como Mamá tenía cincuenta y ocho, Ming tenía veintidós. Ya se había graduado de la universidad y había recibido su primer sueldo.

Con lágrimas corriendo por su rostro, Mamá dijo:

—Ya no tengo que obedecerte más. Mi hijo ya gana dinero, y él me cuidará. No dependeré de ti, ni de tu hijo, nunca más.

Cuando Mamá me contó esta historia, me partió el alma. No, por su desafío —estaba agradecida por eso, y orgullosa de que por fin se hubiera enfrentado a Nai Nai—, sino porque Mamá sintiera que había tenido que esperar a que Ming creciera para hacerlo.

Cuando Ming aún llevaba pañales, yo ya le daba a Mamá mi salario. Le había comprado su apartamento. Yo estaba más que dispuesta a cuidarla en su vejez; de hecho, había preparado un presupuesto para ello. Me dolía que, a pesar de mi amor y apoyo, en su mente fuera su hijo quien marcaba la diferencia entre la servidumbre y la libertad.

Taiwán mismo había cambiado a su alrededor, pero ella seguía viendo nuestro mundo como antes de la Segunda Guerra Mundial: un mundo gobernado por hombres, donde las mujeres solo tenían importancia en la medida en que podían perpetuar ese orden, mediante el nacimiento de herederos.

Con frecuencia, pensaba en nuestro viaje por China, y en la mujer resiliente, inteligente y llena de recursos que era mi madre. Tenía tantos talentos, y, aun así, la mayor parte de su vida transcurrió entre las paredes de la familia, trabajando más duro que cualquiera a su alrededor, sin reconocimiento ni gratitud.

A menudo me preguntaba cómo habrían sido nuestras vidas, si

nos hubiéramos quedado en Hong Kong. Quizás Di habría florecido y no habría existido tanta distancia entre nosotras. Quizás Mamá habría encontrado la manera de darnos estudios, al mismo tiempo que construía una vida propia.

Mamá nunca dijo que se arrepintiera de haber ido a Taiwán. Es más, el éxito de Di y mío validaba su decisión. Sin embargo, muchas noches, sentía el arrepentimiento por ella. Ojalá hubiera puesto la dedicación y la determinación que volcó en reunirnos con los Ang, en cualquier otro plan.

Aunque, siendo realistas, sabía que nuestros recursos eran tan limitados, que no habría sido posible que ella estudiara, y comenzar un negocio habría sido una lucha.

Aun así, a veces veía a la gente vendiendo empanadillas y bollos en los mercados nocturnos, con filas tan largas, que se extendían hasta los callejones, y me preguntaba si esa podría haber sido Mamá. Veía a los dueños de restaurantes con relojes de oro y coches relucientes, y me preguntaba, si esa podría haber sido Di.

Nunca lo sabremos.

38
HEREDERA

No fue hasta que mi propia hija cumplió veintidós años, que pude dejar de obsesionarme con las vidas de Mamá y Di, y dejar ir esa angustia.

Mis mayores desafíos como madre fueron identificar los valores que deseaba transmitir a mis hijos y encontrar el valor para romper con la tradición, cuando lo necesitaba. A menudo fue difícil contradecir lo que yo misma había aprendido y apartarme de lo que los demás, a mi alrededor, continuaban defendiendo; pero sabía que el futuro de mis hijos dependía de ello.

Hay cosas en las que he fallado, pero también hay otras en las que he tenido éxito.

A pesar de la presión social, me negué a perpetuar el enfoque confuciano en los hijos varones y la anticuada creencia de que solo los hombres podían venerar a los antepasados.

Aunque no pude proteger a mi hija de la discriminación, al menos podía enfatizar la importancia de su independencia: la santidad de la elección.

Sin importar lo que quisiera hacer con su vida, yo quería que fuera lo suficientemente valiente como para abrir cualquier puerta, y lo suficientemente segura como para seguir cualquier camino.

Por mi propia experiencia, animé a mis tres hijos a valorar su educación. Algo que nunca debía darse por sentado.

De todos ellos, fue mi hija, Yun-Mei, quien más me escuchó.

Tomaba tantas notas en la escuela, que terminó con un callo en el dedo, como yo, y se quedaba despierta hasta tarde leyendo de todo. Ahorré dinero para que, cuando terminara la secundaria, pudiera presentar los exámenes de ingreso al instituto. Quería que, al igual que Chiao y mi hermano Ming, también tuviera una oportunidad de llegar a la universidad.

Yun-Mei obtuvo tan buenos resultados en sus exámenes, que fue aceptada en la First Girls' High School. Como su nombre indica, era la mejor escuela para jóvenes de toda la nación, y en la que era más difícil entrar.

La escuela era conocida por su característico uniforme verde.

Cuando compré ese uniforme, fue como si hubiera salido de la tienda con el vestido más fino y precioso del mundo: bailé de regreso a casa con mi bolsa, como si llevara dentro un atuendo de un millón de dólares.

Después de planchar con cuidado cada pliegue y arruga, le pedí que se lo pusiera y viniera conmigo a hacer recados.

Como la cultura china exige modestia, hubiera sido de mala educación salir corriendo por las calles, gritándoles a los vecinos que mi hija iba a ir a la First Girls' High School. Así que, en su lugar, fuimos a comprar harina. Fuimos a la carnicería. Tomamos el camino largo hacia la oficina de correos, para enviar una carta. Nos bajamos del autobús una parada antes, para atravesar el mercado caminando.

Yo irradiaba orgullo, mientras ella caminaba a mi lado, con su uniforme verde: un anuncio silencioso para todos los que nos miraban, porque mi hija no solo iba al instituto, sino que iba al mejor instituto.

Cuatro años después, volvió a ser junio y ella presentó sus exámenes de ingreso a la universidad. Sabía que era inteligente, así que no me preocupé por su admisión: con seguridad sería aceptada en alguna de las universidades públicas, que eran subsidiadas y, además, estaban mejor clasificadas que cualquier escuela privada.

Estaba eufórica porque mi hija sería la primera mujer de nuestra familia en asistir a la universidad.

Cuando llegaron los resultados, vimos que ella, como diría Chiao, había destrozado ese examen en mil pedazos. Fue aceptada en la Universidad Nacional de Taiwán, la mejor y más competitiva de toda la nación. Entonces, comprendí que mis aspiraciones para mi hija habían sido modestas: yo solo había querido que alcanzara las mismas metas que los hombres. Pero, como la primera de nuestra familia en ser admitida en la Universidad Nacional de Taiwán, no solo iba camino a alcanzarlas, sino a superarlas.

Mi hija tenía veintidós años cuando se graduó, y fue admitida con beca en un programa de máster —no en Taiwán, sino en los Estados Unidos—. Era difícil para los no estadounidenses entrar a estos programas, y aún más difícil conseguir apoyo financiero.

No solo iba a ser la primera de nuestros parientes en cursar un máster, sino que también sería la primera en viajar al extranjero.

En su ceremonia de graduación, me empapé del momento y llegué a la epifanía de que una historia no tiene por qué terminar con una sola persona. A veces, el éxito es algo que ocurre a lo largo de generaciones; algo que se construye vida tras vida, cada una abriendo un camino, para que, quienes vengan después, puedan andar con más facilidad, más lejos —como los refugiados que construyeron el camino en Rennie's Mill.

Mi madre tuvo una educación limitada y vendía huevos en el mercado.

Yo obtuve un título técnico, pero la universidad estuvo fuera de mi alcance.

Mi hija iba a tener un máster y se convertiría en científica. ¡Una científica!

Ese agosto, mi esposo y yo nos quedamos en el Aeropuerto Internacional Chiang Kai-shek mientras mi hija hacía cola para el control de seguridad.

Esa mañana le había arreglado el cabello, aunque ella insistía en que era innecesario, ya que estaría confinada en diferentes aviones

durante las siguientes veinticuatro horas. Con su maleta de cuero y su cabello rizado hasta los hombros, estaba elegante —y me recordaba a Mamá, con sus grandes ojos y sus pómulos marcados—. Yo había escogido para ella una blusa de seda color crema y una falda de *tweed*, hasta la rodilla. Le había comprado zapatos de tacón, aunque me dijo que no los usaría, porque los tacones eran la nueva forma de vendado de pies. Le hice llevarse *dumplings* y plátanos, aunque me advirtió de que no le dejarían pasar comida por la aduana. Dentro de su maleta estaban sus batas de laboratorio, que yo había lavado, almidonado y planchado con esmero, aunque ella insistía en que eran solo delantales y no necesitaban tanto cuidado.

Ella no entendía que yo trataba esos objetos con reverencia, por lo que simbolizaban, y no por lo que eran en realidad.

Decir que estoy orgullosa, es quedarme corta.

Cuando pienso en mi madre, siempre la recordaré como la mujer que atravesó las puertas de Qingdao con los pies desfigurados, con una hija en la espalda, otra de la mano, y empujándome a mí en una carretilla. Gracias a su fuerza, yo soy quien soy, y, por eso, no puedo evitar sentir que el éxito de mi hija también es suyo, para celebrarlo.

En ese aeropuerto, sentí que cada obstáculo duro y terrible en mi vida, había valido la pena, solo para poder gozar de la gloria de ese momento.

Mi corazón latía con fuerza, cuando vi a mi hija cruzar la zona de seguridad.

Se volvió, nos saludó con la mano y lanzó un último beso, antes de desaparecer entre la multitud que apresuraba el paso hacia las puertas de embarque.

Cuando se fue, le dije a mi esposo que quería quedarme un poco más.

Parpadeé y cayeron varias lágrimas, pero eran una mezcla de emociones: tristeza, porque estaría muy lejos de mí, y felicidad, porque había llegado muy lejos.

Cerré los ojos y la imaginé con su bata de laboratorio, en aquella tierra extranjera, derribando las barreras que ni Mamá ni yo pudimos cruzar.

Mamá había abierto puertas para mí, y yo, a mi vez, las había abierto para mi hija. Gracias a ese esfuerzo, mi hija se había ganado su independencia, y, con ella, su libertad para encontrar la felicidad.

Me sequé los ojos y sonreí para mí misma.

Supe entonces y allí, que mi hija nunca se arrodillaría ante nadie.

Tomé del brazo a mi esposo y nos alejamos de la zona de seguridad, hacia la salida principal del aeropuerto. Atravesamos la sombra de las puertas dobles, y la luz brillante nos iluminó el rostro.

Me erguí y pensé en Mamá.

Y entonces brillé.

Habíamos vencido.

NOTA DE LA AUTORA

Pasé los primeros años de mi vida en Taiwán con mi abuela, mi Puo Puo, en el cuarto piso de un edificio, que a menudo se inundaba durante la temporada de tifones.

El número cuatro es de mala suerte para los chinos, pero, en este caso, mi abuela lo consideraba buena fortuna: nunca sufrimos daños por el agua. La desventaja era que no había ascensor y tenía que cargarme, una niña de dos años, que pesaba casi veinte kilos, por tres tramos de escaleras. Era fuerte, física y mentalmente, y estaba loca en el mejor de los sentidos.

Después de que mis padres terminaron sus estudios, me mudé de regreso a Estados Unidos para vivir con ellos. Se sorprendieron de mi tamaño. Al parecer, había estado bebiendo casi cuatro litros de leche entera cada dos días, y mi abuela me alimentaba con piel de pollo. En casi todos los vídeos familiares se la ve persiguiéndome, metiéndome comida en la boca con los palillos. De niña, pensaba que su insistencia en forzarme a comer era solo una excentricidad. No fue hasta que fui adulta, que entendí que era consecuencia de un trauma.

Los pocos años que pasó como refugiada en la China continental la marcaron para toda la vida. En Taiwán, yo la conocí como una mujer que reía con facilidad y sonreía a menudo. Nunca me habló de lo que había ocurrido durante la Revolución Comunista, pero entendí que había sufrido. Cada noche se ponía una lámpara de calor en las

rodillas porque había pasado horas arrodillada sobre el hielo.

Mamá me contó que Puo Puo había tenido que recolectar plantas comestibles y mendigar sobras en los mercados, hasta que logró reunirse con su padre en Taiwán.

Yo solo conocía retazos de su historia, y no me di cuenta de lo increíble que había sido su travesía, hasta después de fallecer.

Comencé a escribir este libro en marzo de 2022, poco después del primer cumpleaños de mi hija. Estaba en Seattle, visitando a mamá, y empezamos a planear un viaje a Taiwán. Aún no había regresado a la isla, desde la muerte de mi abuela en 2013.

Para mí, Taiwán y Puo Puo eran una sola cosa, y la idea de estar allí, sin ella, me llenaba de tristeza. Odiaba que mis hijos nunca pudieran conocerla, y deseaba haberme tomado el tiempo de hacerle más preguntas mientras estaba viva.

Durante esa visita a Seattle, entrevisté a mamá sobre la travesía de mi abuela hacia Taiwán, con el objetivo de registrar una historia familiar. Sin embargo, pronto me di cuenta de que había demasiados vacíos, para que fuera una biografía real. Había demasiado que no sabía, y que nunca podría saber; demasiados fragmentos de tiempo, que desaparecieron con la partida de mi abuela. Como resultado, decidí escribir una obra de ficción, inspirada en su historia real, que se convirtió en un sueño en sí mismo.

Este libro me consumió.

Tenía poco tiempo para escribir, porque trabajaba a tiempo completo como abogada internacional de derechos humanos, y además tenía un bebé y un niño pequeño.

Cada instante libre lo dedicaba a esta historia.

Al menos la mitad de este manuscrito fue escrito en mi móvil, en cualquier momento que encontraba: en el metro, camino a la oficina; en el ascensor, subiendo y bajando al vestíbulo, o mientras caminaba para recoger a mis hijos. Varios capítulos los escribí en la oscuridad, esperando a que mis hijos se durmieran, a veces con mi hija pegada a mi pecho. Estaba decidida a terminar este libro, porque temía lo que se perdería si no lo hacía.

Línea por línea, fui uniendo párrafos que se transformaban en escenas —colecciones de fragmentos que había tomado de mamá y de entrevistas con otros familiares—. Aun así, seguían quedando muchos vacíos.

Entonces, recurrí a la investigación académica, leyendo todo lo que pude sobre Qingdao y Hong Kong, durante 1949 y 1950. Ya tenía formación en historia moderna de China, y contacté a profesores especializados en temas, que podían ser relevantes para mi libro. Mi mayor desafío fue encontrar fuentes de primera mano en inglés. Aunque hablo chino con fluidez, mi nivel de lectura es elemental. Qingdao, en particular, era un abismo oscuro. Aunque tengo varios parientes que viven allí, ninguno quiso hablar sobre el pasado. Decían que había sido un período oscuro, y que eso era todo lo que necesitaba saber.

No pude aceptar esa respuesta, así que indagué más y descubrí que los marines estadounidenses y la Séptima Flota de la Armada habían estado estacionados allí, después de la Segunda Guerra Mundial. A través de ellos, encontré fotos antiguas y mapas de Qingdao y del fracturado sistema ferroviario chino. Los diarios y memorias de soldados terminaron siendo mi recurso más valioso, para reconstruir la ciudad.

Aunque había más material en inglés disponible sobre el Hong Kong de la década de 1950, además de fotografías, había poca información sobre Rennie's Mill; algo que rápidamente se convirtió en mi obsesión.

Sabía que mi abuela había vivido allí, pero me costaba encontrar detalles.

Cuando contacté a académicos especializados en las relaciones entre Gran Bretaña y Hong Kong, me dijeron que en esa época no había campos de refugiados en Hong Kong. Sin embargo, yo también sabía que solo, entre noviembre y diciembre de 1949, unas doscientas mil personas habían cruzado a la colonia desde China. Mi proceso de investigación fue lento y titubeante, pero, poco a poco, todo comenzó a aclararse.

A través de revistas y libros académicos, descubrí que el gobierno de Hong Kong evitaba referirse a los recién llegados como «refugiados», debido a sensibilidades políticas. Aunque el gobierno de Mao Ze-Dong gobernaba China, el de Chiang Kai-shek aún ocupaba el asiento de China en las Naciones Unidas. Llamar la atención sobre la crisis de refugiados podría haber generado apoyo internacional, y cualquier intervención habría incluido a representantes nacionalistas.

Para evitar esta bomba diplomática, el gobierno de Hong Kong, al principio, se refería al Monte Davis como la «Ciudad de los Ciudadanos», en lugar de como un enclave de refugiados.

En 1954, Edvard Hambro presentó un informe al Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, titulado El problema de los refugiados chinos en Hong Kong, que ofrecía información más detallada sobre la crisis. Para entonces, el Monte Davis ya había sido clausurado, y la mayoría de los simpatizantes nacionalistas estaban en Rennie's Mill.

Como Rennie's Mill estaba cerrado a los periodistas, había muy poca información en la prensa occidental sobre las condiciones que allí tenían. Mi fuente más completa resultó ser una tesis doctoral de Kenneth On Wai Lan, presentada en la Universidad de Hong Kong, titulada Rennie's Mill: The Origin and Evolution of a Special Enclave in Hong Kong.

Sentí, y aún siento, una profunda admiración por los refugiados de Rennie's Mill, que no solo sobrevivieron, sino que prosperaron en un entorno tan hostil.

Contra todo pronóstico, convirtieron Hanging Neck Ridge en una aldea, que llegaría a conocerse como la Pequeña Taiwán.

En contra de todas las expectativas, resistió hasta 1997, cuando las autoridades la arrasaron, poco antes de que Hong Kong regresara a la República Popular China.

Aunque he intentado ser lo más fiel posible a la historia, he tomado licencias creativas, y deseo enfatizar que este libro es una obra de ficción y no debe usarse como texto histórico. Hay

personajes y eventos que nacieron enteramente de mi imaginación, y escenas dramatizadas. Sin embargo, en esencia, este libro cuenta una historia familiar; una historia que es entrañable y personal, tanto para mi madre como para mí.

Escribir este libro fue un acto de pasión, pero también un acto de duelo.

Crecí con padres que me amaban, y tuve una relación cercana con mi familia. Sin embargo, la diferencia entre hombres y mujeres seguía siendo evidente en nuestra sociedad y tradiciones, y se reiteraba constantemente. Los chinos tienen un dicho: Zhong nan qing nu, que significa «Valorar a los hombres; menospreciar a las mujeres». El sexismo estaba, y aún está, tan arraigado en nuestra cultura, que muchas mujeres lo consideran parte del destino.

Y, como ilustran tantas fábulas, alrededor del mundo, una persona no puede luchar contra el destino.

No obstante, desde la época de mi bisabuela, cada generación se ha acercado más a erradicar los daños heredados de nuestros ancestros. Atribuyo eso a nuestro creciente acceso a la educación.

Mi formación no solo me enseñó cómo es el mundo, sino que me dio las herramientas para pensar cómo debería ser y cómo podría ser. De niña, sentía que las diferencias entre niños y niñas eran injustas, y de adulta, quise un cambio. Esos sentimientos me llevaron a convertirme en abogada de derechos humanos para las mujeres y terminar trabajando para organizaciones no gubernamentales e internacionales.

Alcanzar la igualdad de género requiere que nuestra sociedad se transforme de varias formas interrelacionadas. La educación, aunque solo sea una parte, crea la base para avanzar hacia otros objetivos. Puede sacar a las personas de la pobreza y romper ciclos dañinos, que han perdurado durante siglos.

En mi opinión, no hay herramienta más poderosa para empoderar a los niños que buenos maestros y buenos padres.

Para mi familia, la libertad de aprender y estudiar nos permitió desmantelar tradiciones sexistas, y espero que mi hijo y mi hija

crezcan en un mundo más justo, como resultado. Al final, son ellos quienes me inspiran a seguir luchando por el cambio.

Este libro es un homenaje a mi abuela, pero está dedicado a mis hijos, que forman parte de su legado. Aunque no necesitaba escribir esta historia para recordar a mi Puo Puo, a través de ella, siento que he mantenido viva su memoria. Mi madre y yo nos sentimos honradas de compartir su camino y celebrar su fuerza y determinación. Siempre la echaré de menos, y agradezco haber tenido su amor feroz y desbordante. Donde sea que esté, espero que sea feliz —y espero que esté orgullosa.

AGRADECIMIENTOS

Ante todo, me gustaría agradecer a mis padres.

Han hecho incontables sacrificios por mí, y me siento privilegiada de contar con su amor y apoyo. Con respecto a mi escritura, hay dos momentos en particular que brillan. Primero, cuando estaba en la secundaria, mi padre me regaló una colección de historias de Sherlock Holmes —su favorito cuando crecía—. Dentro, escribió una dedicatoria, deseando que algún día mis propias historias florecieran. Aunque perdí ese libro, guardé con cariño ese recuerdo. Segundo, cuando tenía treinta y cinco años, y había olvidado hacía mucho mis sueños de infancia, tuve que ingresar a una cuenta antigua que mi padre había abierto para mí. Una de las preguntas de seguridad era: «¿Qué querías ser cuando crecieras?». Para mi sorpresa, mi padre había puesto «escritora» como respuesta. Eso me ayudó a recordar quién era, y me animó a soñar de nuevo.

En cuanto a este libro en particular, fue mi madre quien lo llevó adelante. Ella rescató la esencia de esta historia de sus recuerdos y me ayudó a entrevistar a familiares, y traducir artículos en chino. Lo más importante es que pude escribir sobre el amor desinteresado, que las madres tienen por sus hijas, porque es algo que yo misma he recibido en abundancia. No importa la edad que tenga, mi madre aún intenta cuidarme. Es una bondad que ya no doy por sentada, y que valoro más con el paso del tiempo. Sin mi madre, Hijas de

Shandong no existiría. Ella es, después de todo, el final feliz de esta historia.

Estoy infinitamente agradecida a las increíbles mujeres que ayudaron a transformar este libro, de un sueño a una realidad: mi espectacular agente, Alexa Stark, y mi brillante editora, Amanda Bergeron. Ha sido un privilegio trabajar con Berkley, y, en este sentido, quisiera agradecer a Ivan Held, Christine Ball, Jeanne-Marie Hudson, Craig Burke, Claire Zion, Sareer Khader, Lauren Burnstein, Tina Joell, Jin Yu, Jessica Mangicaro, Kim-Salina I, Vi-An Nguyen, Anthony Ramondo, Christine Legon y Dan Walsh.

También quisiera reconocer a mis amigas y amigos que generosamente actuaron como mis lectoras y lectores beta —especialmente a quienes se abrieron paso, con paciencia, a través de mi primer borrador y me ofrecieron su amable aliento—: Katarína Medlová, Cynthia L. Winfield, Karan Lee, Zakiya R. Adair, Norine Groden, Lan Shiow Tsai y Dorothy Du Le Ray. Además de ellas y ellos, hubo incontables personas que me brindaron el apoyo emocional tan necesario durante el proceso de escritura: mi esposo, David; mi hermano, Jesse; mi club de tejer —en especial Anne Chubbuck, Anna Gulko, Johanna Li, Joyce McKenney y Suzanne Lorang—; mi grupo de escritura AAPI; y mi amiga Sylvia Hordosch.

En particular, tengo la suerte de contar con el amor firme de David.

Finalmente, quiero expresar mi gratitud a mis hijos, Calvin y Katrina. Vosotros sois la razón por la que sigo adelante. Siempre que tengo un tropiezo o un mal día, sois vosotros los que me devolvéis la esperanza. Por vosotros puedo resistir cualquier cosa. Os quiero a los dos, por siempre y para siempre, con todo mi corazón, toda mi alma y todo lo que hay en medio.



EVE J. CHUNG es una abogada taiwanesa-estadounidense y especialista en derechos humanos de las mujeres. Ha trabajado en diversos temas, como la tortura, la violencia sexual, las formas contemporáneas de esclavitud y la legislación discriminatoria. Su escritura se inspira en los movimientos de justicia social y la lucha continua por la igualdad y las libertades fundamentales en todo el mundo. Actualmente vive en Nueva York con su esposo, sus dos hijos y sus dos perros.

Notas

[1] Estilo de construcción tradicional china, se caracteriza por ser un patio rodeado por edificaciones en sus cuatro costados. <<

[2] Tipo de calefacción, similar a un suelo radiante. <<

[3] Panecillos al vapor. <<

[4] Estilo arquitectónico del norte de China. <<

[5] Término coloquial para referirse al abuelo materno. <<

[6] «Amituofo» es una transliteración china del sánscrito «Amitabha». Significa infinito y despertar. Se utiliza como saludo, despedida, como reacción ante alguna situación o expresión de buenos deseos. <<